2

CAMINO DE GIBRALTAR

Dependencia y Sustento en La Línea y Gibraltar

Beatriz Díaz Martínez

Proyecto de Investigación:

La sobremortalidad por cáncer en El Campo de Gibraltar.
Mirar el pasado para explicar el presente

1

Sobremortalidad por cáncer en El Campo de Gibraltar
EL MEDIO SOCIAL, LA PIEDRA CLAVE

Antonio Escolar Pujolar

2

CAMINO DE GIBRALTAR
Dependencia y Sustento en La Línea y Gibraltar

Beatriz Díaz Martínez

Financia:
Secretaría General de Salud Pública.
Consejería de Salud.
Junta de Andalucía.

Línea de investigación

"Revisión histórica de la mortalidad en Andalucía".

Concepto

Estudios Epidemiológicos

Secretaria General de Salud Pública

Consejería de Salud. Junta de Andalucía. 2009

Entidad Gestora

Escuela Andaluza de Salud Pública. Granada.

.....

Proyecto de investigación

"La sobremortalidad por cáncer en El Campo de Gibraltar. Mirar al pasado para explicar el presente".

Investigador principal

Antonio Escolar Pujolar

Hospital Universitario "Puerta del Mar"

Servicio de Medicina Preventiva y Salud Pública

Jefe de Sección. Epidemiología

Delegación Provincial de Salud Cádiz

.....

Primera edición en castellano. Diciembre de 2011.

Licencia CreativeCommons

Reconocimiento - NoComercial - CompartirIgual (by-nc-sa): No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.

.....

Patrocinador de la edición

Delegación Provincial de la Consejería de Salud. Junta de Andalucía. Cádiz

Diseño y maquetación

Raúl Gómez Estudio

Depósito legal. SE-8730-2011

Impresión. PUBLIDISA. Sevilla

.....

Título

Camino de Gibraltar. Dependencia y Sustento en La Línea y Gibraltar

Autora

Beatriz Díaz Martínez. beatrizlalombriz@gmail.com • www.memoriaoral.detarifa.net

Imagen de portada

Gibraltar desde La Línea

Imagen de contraportada

Taller La Historia de mi Vida en el Centro de Día Padre Pandelo (La Velada, La Línea); abril de 2010

2

Camino de Gibraltar

Dependencia y Sustento en La Línea y Gibraltar

Beatriz Díaz Martínez

Camino de Gibraltar

Dependencia y Sustento en La Línea y Gibraltar

Testimonios de

Teresa Almagro, Vicente Ricardo, Francisca Aguilar, Vicenta López, Maruja Gil, María Torremocha, Antonio Casablanca, Isabel Álvarez y Antonio Barros

Con aportaciones de

Antonio Sotillo, José Luis Rodríguez, Francisco Gil, Dina León, José G. Jurado, Edmundo Muñoz, Francisca Barroso, José Sánchez, María Muñoz, Josefa de la Rosa, Remedios Oncina, Jacinta Muñoz, José Araújo, Esperanza Sánchez, Miguel Mougán y Mercedes Puertas

Recogidos y elaborados por

BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ

Índice de contenidos

En el autobús 17

Presentación 21

El taller La Historia de mi Vida 21

Testimonios complementarios 24

La memoria conoce su camino 27

Mapas 30

Cronología 32

Testimonios 35

1. Teresa Almagro Guerrero 37
   · Al olorcillo de Gibraltar 38
   · Montones de gente pasando la frontera 42
   · Hacían cola en el carro de la *gandinga* 46
   · Un cuerno 49
   · Estaba enamoradito de mí 50

2. Vicente Ricardo Badillo 53
   · Mi abuela era la cabeza de familia 54
   · Murió camino de Gibraltar 55
   · En el mar se conocieron 58
   · De aprendiz en una imprenta 61
   · Una calle entera con cabarés 65
   · Empezaron a llegar perseguidos 67
   · Tratando de organizar la resistencia 70
   · Una bala en la cadera 73
   · Del hospital pasé a la cárcel 75
   · Trabajando con *los ingenieros* 78
   · En la prisión de San Roque 83
   · Un paracaídas de seda natural 84
   · El contrabando grande 86
   · Estaba deseando irme de España 88

3. Francisca Aguilar Martín 95
· Me iba con mi abuela a trabajar 96
· Estaba el cielo muy revolucionado 98
· No me dejaron trabajar en Gibraltar 101
· Entraban registrando las casas 104
· Mi hermana servía en un cabaré 106
· Mi cuñada regresó con el luto puesto 109
· Yo sacaba coplas y escribía cartas 111
· Ella se unió a un refugiado de Gibraltar 113
· El color rojo y el morado lo suspendieron 116
· Yo guardaba en mi patio un cajón de tabaco 119
· Mi barraca la tenía muy limpia 120

4. Vicenta López Benítez 125
· Nosotros no habíamos hecho nada 126
· Mi padre se puso en las traíñas 128
· Gibraltar no era tan bueno como se piensa 129
· Los americanos querían estar con mujeres 131
· Emigramos a Luxemburgo 135

5. Maruja Gil Lozano 137
· Entonces reinaba la República 138
· Llegaron diciendo que mi padre era *rojo* 139
· En La Línea me encontré con otra guerra 142
· Me arreglaron el pase por mediación de un *llanito* 144
· Nos casamos con lo preciso 147
· Se murió mi niña sin saber lo que tenía 148
· Una gallina me duraba cuatro días 150

6. María Torremocha Recio 159
· Su única preocupación era darme de mamar 160
· Mi cuñado también la pegaba 162
· Chucherías de Gibraltar 165
· Mi tío traía tabaco por encargo 166
· Bidones, cartón de piedra y madera 169
· Mi tía me enseñó a agachar la cabeza 171
· Mataron a su padre cuando nació 173
· Entrábamos a Gibraltar por Tánger 176
· Me prometí que mi novio no me tocaría 178

· Ahora podíamos buscar a mi padre 181
· El último trabajador que salió de Gibraltar 182
· Me dijo que no me preocupara 185

7. Antonio Casablanca Elías 191
· Mi abuelo vino destinado a La Línea 192
· Una banda de tambores y cornetas 193
· Vi por primera vez el Peñón 195
· En casa hacía falta dinero 199
· Había muchas clases de juegos 200
· Nos fue introduciendo en la Iglesia 201
· Controles y restricciones en la aduana 205
· Vamos al cine y paseamos por la calle Real 209
· Sin pensarlo, me comprometí 211
· Una pequeña muestra de la corruptela 214
· También yo me dediqué al estraperlo 216
· Ofertas de trabajo de Francia 218
· Nos veíamos a través de la verja 219
· Buscando un sobresueldo por las tardes 222
· De la alegría al dolor en pocos años 224

8. Isabel Álvarez Casal 229
· Yo digo las cosas como son 230
· A mi madre se la llevó la Falange 233
· Se traía hasta las piedras 238
· Los ingleses nos han dado la vida 240
· Me casé con los ojos cerrados 242
· Entré en Gibraltar con la frontera cerrada 245
· Mi marido no quería que yo trabajara 248

9. Antonio Barros Campoy 255
· Mi hermano era desaparecido 256
· Por cualquier cosa lo metían en la cárcel 258
· Repartían dinero a las familias de refugiados 261
· Los patios eran una maravilla 262
· Yo tenía ilusión por llevar café 265
· Mucha gente se enriqueció 269
· Los curas tenían un poder especial 272
· Lo importante era aprender el oficio 274

· Nos prestábamos entre los mismos trabajadores 276
· Era costumbre traerse un *cuarterón* 279
· Fumar te hacía hombre 286
· Los gibraltareños nos ponían de comer 288
· Me encaraba con los carabineros 291
· Los mismos remiendos y las mismas miserias 292

Vocabulario 299

Bibliografía Consultada 307

Anexos 317

Carta de Justo Martínez de Serdio al dictador Francisco Franco, en 1954 317

Piezas de testimonios referidos al estraperlo o contrabando en la comarca 323

Recetas 329

Ventanas Temáticas

Redes y motivos de emigración

LA EMIGRACIÓN A MARRUECOS Y AMÉRICA 40
GIBRALTAR, ESPACIO DE REFUGIO 43
GIBRALTAR, PUERTO DE EMIGRACIÓN CLANDESTINA 58
TÁNGER, ESPACIO DE REFUGIO 102
LA EMIGRACIÓN A LA LÍNEA 174

Sobrevivir a la sombra de Gibraltar

ALIMENTARSE CON DESECHOS 47
CONSEGUIR ROPA DE VESTIR Y DE CASA 120
LAS BARRACAS 170
VIVIR JUNTO A GIBRALTAR: OPORTUNIDAD Y DEPENDENCIA 241

La realidad social

GENOVESES EN LA LÍNEA Y GIBRALTAR 50
LA COMUNIDAD JUDÍA DE GIBRALTAR 56
EL ESPAÑOL COMO LENGUA DE COMUNICACIÓN DE LOS GIBRALTAREÑOS 131
ABASTECIMIENTO DE VERDURAS A GIBRALTAR 163
LA SOCIEDAD LINENSE: URBANA Y PROLETARIA 203
LA POBLACIÓN DE LA LÍNEA 231
LA ENSEÑANZA EN LA LÍNEA 263
MIRANDO A LA SOCIEDAD DE GIBRALTAR 293

La industria del sexo

LA INDUSTRIA DEL SEXO EN LA LÍNEA Y GIBRALTAR 65
DEMANDA SEXUAL DE LOS SOLDADOS EN GIBRALTAR 132
TRÁFICO DE MUJERES CON FINES DE PROSTITUCIÓN EN LA LÍNEA 173

Guerra y represión

CENTROS DE DETENCIÓN DURANTE LA GUERRA CIVIL 105

LA EVACUACIÓN DE GIBRALTAR EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL 129

BOMBARDEOS EN LA LÍNEA DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL 142

DESAPARICIÓN Y DUELO INCONCLUSO 257

REPRESIÓN POLÍTICA EN LA LÍNEA: MARGINACIÓN LABORAL Y CRIMINALIZACIÓN 259

Trabajar en Gibraltar

EL PASE DE ACCESO DIARIO Y EL LIBRO DE CAMBIO 80

LA MUJER TRABAJADORA EN GIBRALTAR 180

BUROCRACIA Y SAQUEO QUE ALIMENTAN LA CORRUPCIÓN 206

TRABAJAR EN GIBRALTAR SIN PASE DIARIO 246

UN CAMBIO OBLIGATORIO QUE PROMUEVE EL ESTRAPERLO 278

El contrabando

EL CONTRABANDO DE PENICILINA 86

INDUSTRIA MILITAR Y CONTRABANDO 107

EL ESTRAPERLO DE CAFÉ 268

EL CONTRABANDO DE SACARINA 270

LA CULTURA DEL CONTRABANDO 281

FUMAR TABACO 286

El cierre de la frontera

EL CIERRE DE LA FRONTERA ESPAÑOLA CON GIBRALTAR 183

SEPARACIONES FAMILIARES Y DESPLAZAMIENTOS FORZOSOS DEBIDOS AL CIERRE DE LA FRONTERA 219

LA APERTURA DE LA FRONTERA ESPAÑOLA CON GIBRALTAR 249

En el autobús

Uno

Al correr hacia la Estación de Autobuses de La Línea para no perder el último autobús del día, una joven marroquí me indicó el camino más corto. Trabaja en casa de una familia inglesa que vive en la urbanización de lujo de Sotogrande (en San Roque), y cuida a los hijos, que se educan en Gibraltar. Ella tenía el día libre para hacer algunas gestiones, pues normalmente sale de mañana a su trabajo y regresa al anochecer.

En el autobús de La Línea a Algeciras oí por primera vez la palabra *cuécaros* (*Cuaquer oats*), una marca de cereales que aún acostumbran a tomar los gibraltareños ancianos y la generación linense correspondiente que trabajó en Gibraltar[1]. El mismo pasajero hablaba de los barquilleros de La Atunara (en La Línea) y se recordaba años atrás agolpándose junto a otros chiquillos para comprarles o amañarles un *woqui* (barquillo cónico relleno de nata).

Una noche, entre curva y curva de la maltrecha carretera que va de Algeciras hacia Tarifa, una mujer me acogió maternalmente en su regazo para evitar que me desvaneciera. Un fatal mareo del que tardé en sobreponerme. Esta mujer me contó que era trabajadora de un Centro de Día en La Línea, donde pocas semanas después llevé a cabo uno de mis talleres.

Fue en estos primeros viajes cuando presencié las riadas e inundaciones de todos los inviernos en nuestra comarca, El Campo de Gibraltar. Durante la hora y media de trayecto de Tarifa a Algeciras y a La Línea, observaba por la ventana las vivas grietas de la carretera y la gente en lo alto de los bancos de las paradas de autobús, para evitar ser arrastrada por las aguas.

Desde el autobús veía la amenazadora industria instalada en los años sesenta, que a pocos evitó el paro o la emigración, los cortijos abandonados, los desvíos a Los Barrios y a San Roque, los chalés de Campamento y Puente Mayorga (antaño de gibraltareños e ingleses), las barriadas de reasentamiento de chabolas o barracas... y, presidiendo siempre el paisaje, Gibraltar.

---

[1] *Quaker Oats Company* es una empresa estadounidense de alimentos que comenzó con productos de avena. En 2001 se fusionó con PepsiCo, resultando la cuarta compañía más grande del mundo en artículos de consumo.

Dos

La época de lluvias va retirándose y hoy, en la ruta La Línea Algeciras, los pasajeros recordamos lo que es pasar calor en un autobús público. Según se acomodaba en el asiento contiguo, una mujer también rubia y de mi edad ha irrumpido a hablar, sin exigirme más esfuerzo que alguna sonrisa cómplice y breves comentarios para hilvanar. ¿Era yo su interlocutora?

Se lo gasta una en el viaje; todo lo trabajado. Llega una agotada. Yo tengo coche, pero aguanta las colas de la frontera, busca aparcamiento... Se cansa una. Tanto control... ¡Si los que más sacan son ellos mismos! Como a los coches de matrícula de Gibraltar no les revisan, ellos cargan lo que quieren. Alcohol y tabaco.

Le voy a decir dónde trabajo: en el edificio de las apuestas de Gibraltar. Limpiando. Ahí en las oficinas trabajan más de mil personas. Pero eso no son oficinas, son mesas grandes con su ordenador, su escáner, su fax... Todo muy preparado para ahorrar tiempo. Y tienen su comedor. Para que no tengan que salir afuera: toman lo que sea y vuelta a trabajar. No hay tiempo que perder. Eso yo no... Yo salgo a comer, ¡tiene una que respirar y airearse!

Acabo a las dos de la madrugada y a esa hora no dejan pasar tabaco. Pero si una fuma, tiene que comprar tabaco. ¿No me va a dejar usted pasar mi cartón? ¡Si esta es mi hora de salida! Mucha gente saca cartones, por el paro; y todos lo venden. Yo no saco más de uno o dos porque, si quiero venderlo, ¿a quién se lo doy, si todo el mundo saca?

Se despide antes de bajar en la barriada de Miraflores, entre Campamento y San Roque. *Aquí vivo yo*. *Ya ves cómo estamos: aislados en medio de la carretera, sin tiendas, sin sombra...*

La Línea es, un poco, Gibraltar;
y Gibraltar es, un poco, La Línea:
la una impugna y confirma al mismo tiempo
lo que la otra quiere ver en sí misma.

Marcos Santos

Entre tu pueblo y mi pueblo
hay un punto y una raya:
la raya dice no hay paso
el punto vía cerrada.

Caminando por la vida
se ven ríos y montañas,
se ven selvas y desiertos
pero ni puntos ni rayas.

Porque estas cosas no existen,
sino que fueron trazadas
para que mi hambre y la tuya
estén siempre separadas.

Aníbal Nazóa

Presentación

El taller “La Historia de Mi Vida”

Antonio Escolar Pujolar me propuso participar en el proyecto de investigación “Determinantes sociales de la sobremortalidad por cáncer en El Campo de Gibraltar. Mirar al pasado para explicar el presente” con el taller “La Historia de Mi Vida”, para recoger historias de vida en profundidad.

La Memoria Oral es una herramienta imprescindible para revelar el medio psicosocial y para aproximarnos a la situación socioeconómica del pasado reciente, pero ha sido muy poco utilizada en epidemiología para entender los problemas de salud de las poblaciones. Por eso tiene especial importancia su iniciativa y la confianza que en mí ha depositado. Acepté este reto porque comparto con él la convicción de que cualquier realidad social, por encima de decisiones y motivaciones personales, tiene condicionantes sociales que deben conocerse, y responsabilidades institucionales que asumir.

El taller La Historia de mi Vida consiste en pequeños grupos de trabajo donde los participantes, a través de diversas propuestas y dinámicas, recogen su historia de vida; con el compromiso de devolverles su aportación editando y difundiendo sus memorias. Los recorridos de vida resultan inmensamente ricos en dos dimensiones humanas inseparables: la personal y la social. Ésta segunda surge en cada una de las historias, al componer el puzle con las demás y en los debates de grupo.

Son muchas las puertas a las que debo llamar para poner en marcha los grupos de trabajo. No procede detallar cuáles no se abrieron en el caso que nos ocupa, sino aquellas que me permitieron avanzar. El taller se convocó en la ciudad de La Línea, a través de los Centros de Salud, Centros de Día, Centros de Educación de Adultos, Biblioteca y Centros Sociales de La Línea. Maribel Cátedra, del Centro Social La Cátedra (El Junquillo); Marisa Nieto y Ana Medina, del Centro de Día de El Junquillo; Elena García y Anabel Gil, del Centro de Día Padre Pandelo (en La Velada); y Humberto Romero, del Centro de Adultos Almadraba, mostraron interés expreso en promoverlo, y su colaboración ha sido de vital importancia. Antonio Escolar y mi compañero Abdelaziz Jadyane, me han aportado la paciencia y respaldo que toda investigación requiere, en su ineludible dimensión laberíntica.

Se constituyeron dos grupos de trabajo con similar número de hombres y mujeres, la mayoría nacidos en los años veinte o treinta. El grupo de la barriada de El Junquillo tenía cinco personas (Francisca Aguilar, Maruja Gil, Antonio Casablanca, Isabel Álvarez y Antonio Barros), y el de La Velada seis personas (Vicenta López, María Torremocha, Antonio Sotillo, José Luis Rodríguez, Teresa Almagro y Vicente Ricardo). Vicente Ricardo nos dejó el 26 de julio de 2011. Hasta sus últimas semanas de vida, ya recluido en su casa, nos ofreció con lucidez su larga experiencia. Nos queda su impactante testimonio como huella indeleble y precioso regalo.

Los encuentros se realizaron en aulas del Centro Social La Cátedra y del Centro de Día Padre Pandelo; y un día en el Centro de Día de El Junquillo. Cada grupo realizó una sesión semanal de tres horas de duración mínima entre los meses de marzo y junio de 2010. Hubo cuatro más entre septiembre de 2010 y agosto de 2011, para repasar el documento que reunía sus aportaciones; también revisado por Natalia Díaz, Mabel Carlos y Antonio Escolar.

Taller La Historia de mi Vida en el Centro Social La Cátedra (El Junquillo, La Línea), en marzo y abril de 2010.

Algunos participantes escribieron en un cuaderno un detallado relato autobiográfico, otros una cronología laboral, o recetas relacionadas con este tiempo. Hemos leído documentos con testimonios personales sobre la represión durante y tras la Guerra Civil, y otros que describen la vida en las barriadas de La Línea y el matuteo; y visualizado vídeos sobre el contrabando en otras zonas fronterizas de la Península.

Taller La Historia de mi Vida en el Centro de Día Padre Pandelo (La Velada, La Línea), en marzo de 2010.

El grupo de La Velada (Centro de Día Padre Pandelo) tuvo un encuentro con Antonio Escolar, investigador principal del proyecto, para intercambiar experiencias y motivaciones; y asistió a la proyección del documental De Estraperlo, de Juanma Díaz, con un debate posterior. El grupo de El Junquillo también vio este vídeo. Además contó con la visita de Mabel Carlos, profesora y experta comunicadora; y paseamos por Gibraltar acompañados de Antonio Escolar, para identificar lugares en la memoria relacionados con su vida laboral. Un pequeño vídeo titulado Trabajar en Gibraltar; Lugares en Nuestra Memoria, que recoge esta experiencia, está insertado en el enlace http://www.youtube.com/watch?v=6C-FqsfIJvA.

Cinco personas han aportado escritos autobiográficos, que se han integrado en el cuerpo de su testimonio oral. Antonio Casablanca acabó de escribir sus memorias en un ordenador del Centro de Adultos donde aprende informática, poco antes de iniciarse el taller, Maruja Gil las escribió a mano hace diez años. Vicente Ricardo redactó decenas de hojas y sus hijos se las trascribieron. José Luis Rodríguez elaboró varios relatos que reflejan la realidad social de La Línea y María Torremocha escribió a mano sus memorias durante el taller. Casi todos se han formado sin oportunidades educativas, por lo que estos trabajos representan un acto de valentía y tesón, y de generosidad hacia la familia y la comunidad.

En paralelo al trabajo con los grupos se trascribieron las entrevistas grabadas y los escritos personales, y se catalogaron en pequeñas piezas según

su contenido, autor o autora, fecha, duración y posición de la pieza en la grabación o documento. Ha sido patente la limitación de tiempo para trascribir y documentarme al ritmo del trabajo de grupo. Contrasté algunas informaciones con escritos, con informantes clave y en los mismos grupos de trabajo. Con un contexto histórico o psicosocial y aclaraciones, los testimonios hilados ganan en coherencia y dan más luz sobre la realidad social. Giselle Vasallo, Natalia Díaz, José Luis G. Molina, Félix Díaz, Enrique Díaz, Chanito Trujillo, Michelle LoBianco, Vanesa Santos, Francisco Vázquez, Antonio Escolar, Pepe Fortes y Antonio Sánchez me han ayudado en mis pesquisas.

Testimonios complementarios

El carácter impersonal de los testimonios de Antonio Sotillo y José Luis Rodríguez (del grupo de La Velada) no permitió elaborar su historia de vida, y por ello los he insertado en recuadros temáticos o informativos. Esto no resta valor a su participación y constancia, que ayudó al grupo a entender muchos hechos vividos y alimentó su dinámica. Antonio Sotillo, de 77 años, nació en Écija (Sevilla), lugar de origen de sus padres y abuelos. Quedó huérfano con 8 años, y llegó a La Línea en los años cincuenta, para trabajar como farmacéutico, oficio que inició como aprendiz. José Luis Rodríguez, de 74 años, nació en La Línea. Sus abuelos eran de Estepona, La Línea, y la Sierra de Ronda (Málaga), y su padre trabajó en una barbería de Gibraltar. Estudió Magisterio y ha trabajado siempre en la enseñanza, en El Campo de Gibraltar.

Antonio Sotillo Ladehesa.

José Luis Rodríguez Calle.

Dina León Aguilar, hija de Francisca Aguilar, ha hecho todo lo posible por que su madre asistiera a cada sesión del taller, a pesar de su complicada situación familiar (su padre estuvo muy enfermo y falleció en marzo de 2011). Además, Dina aportó sus recuerdos y apoyó a su madre en la lectura de borradores y con la gestión de documentos.

Dina León Aguilar

También se ha incluido en ventanas temáticas o informativas el testimonio de algunas personas que asistieron de modo puntual. En el grupo de El Junquillo son: Jacinta Muñoz y José González Jurado, nacidos en los años veinte.

José González Jurado (conocido como *Pepe Jurado)*

José González lamentablemente falleció en septiembre de 2010. Editó varias obras autobiográficas, que también he considerado y que indico en la bibliografía. Así explica José el valor de escribir: "Yo nací en el campo y soy hijo de pastor trashumante. Estuve hasta los dieciocho años cuidando ganado y no pude ir a la escuela. Tras acabar el servicio militar me dediqué a leer todo lo que podía, y con cincuenta y tantos años tomé los primeros apuntes escritos. Escribir o leer es muy bonito, porque sirve para uno, para el amigo, para el vecino, para el hijo... Es una herencia de conocimientos que vamos dejando las personas sobre la tierra; y nunca se olvidan. Como están escritos y repetidos por varios sentimientos y por varias formas de hacer, están ahí viviendo".

En el grupo de La Velada, participaron en sesiones aisladas Edmundo Muñoz Cabrera, Francisca Barroso Millán, José Sánchez Aranda, María Muñoz Mena, Josefa de la Rosa Alexandre y Remedios Oncina Márquez.

Edmundo Muñoz Cabrera.

Francisca Barroso Millán.

José Sánchez Aranda.

María Muñoz Mena.

Josefa de la Rosa Alexandre.

Remedios Oncina Márquez.

Entrevisté a varias personas aparte de los grupos de trabajo. Francisco Gil León, nacido en Casares en 1921, fue contactado a través de su médico de familia. Trabajó de jornalero, en un puesto de verduras en el mercado de La Línea y, una vez cerraron la frontera con Gibraltar, en una refinería y como recovero. No hubo ocasión de que Francisco revisara su aportación, pues falleció en mayo de 2011.

Miguel Mougán Guerrero, cuyo encuentro me facilitó Eduardo Soto, fue párroco en la iglesia de Santiago Apóstol de La Línea entre 1952 y 1964.

Francisco Gil León.

Miguel Mougán Guerrero.

A Mercedes Puertas Agüero la conocí a través de Michelle LoBianco, participante en un taller previo. Mercedes (conocida como Mechi) es nieta por vía materna del último alcalde republicano de La Línea. Sus abuelos paternos tenían huertos en Mondéjar (actual barriada de El Junquillo), y otros negocios relacionados con el abastecimiento a la vecina Gibraltar, como ganadería y pescado para la armada inglesa. Sus padres emigraron a Marruecos y ella nació en Casablanca, en 1948.

José (Pepe) Araújo, quien ha colaborado en otras investigaciones mías, nació en Tarifa en 1936, quedó huérfano siendo niño y trabajó como contable en una empresa conservera de Tarifa. Es un apasionado lector y escritor, y observador de la realidad de los pobres en Tarifa, que ha descrito en varias publicaciones locales.

Mercedes Puertas Agüero.

José Araújo Balongo.

Miguel Ángel Marín, de Tarifa, me facilitó el encuentro con su madre, Esperanza Sánchez. Esperanza nació en los años treinta en Tarifa. Su padre era marinero y murió joven, y su madre tuvo una tienda de productos de estraperlo hasta los años ochenta, en la que ella trabajó.

La memoria conoce su camino

"Yo no tengo nada que contar", comenzó advirtiendo Isabel Álvarez el día en que se decidió a entrar en detalle. A continuación habló del exilio de sus padres desde Asturias a La Línea y del silencio sobre esta parte de la historia familiar. Y concluyó: "A mí me tira eso que vivieron mis padres; soy la hermana que menos lo conoce, y la que más desea saber". La gente necesita entender lo que vivió, para sentirse en equilibrio con su pasado y con su comunidad. Maruja Gil preguntó qué era la UHP (Unión de Hermanos Proletarios) a quienes veía manifestarse en Ceuta. Teresa Almagro quiso saber por qué se habla tanto de un sacerdote de La Línea llamado Justo, de dónde venían las maderas de las barracas, por qué su abuelo desmenuzaba el tabaco antes de liar los cigarros, y dónde eran las carreras de caballos, si Gibraltar es un monte.

Cada persona ofreció su testimonio al ritmo de sus necesidades personales, a partir de propuestas abiertas. Antonio Barros subraya que la confianza creada en el grupo permitió sacar a la luz e intercambiar en un ambiente relajado: "En mi casa yo no puedo hablar; no quieren oír. Aquí he sentido como un desahogo, al contar lo que necesitaba". A medida que las historias de vida y la conciencia de grupo tomaban forma, mis propuestas de trabajo buscaban cubrir vacíos de información o análisis.

Todos describieron primero las duras condiciones de vida en su infancia y juventud; el hambre, la escasez y el trabajo precario, que algunos han sufrido hasta hace poco. Siguieron con la represión durante o tras la Guerra Civil:

participación en la guerra, prisión o exilio de familiares cercanos, y discriminación por ideas en el ámbito laboral; especialmente negando la oportunidad de trabajar en Gibraltar.

A continuación afloraban recuerdos relacionados con el impacto de las relaciones políticas entre España y Gibraltar en su vida familiar y laboral: las dificultades para obtener los pases de acceso a la colonia, el control sobre el trasiego de productos, el cierre de la frontera y los traslados forzosos tras perder sus trabajos. Se presentan de forma clara como una generación que ha tenido ciertas oportunidades por la cercanía a la colonia, pero que ha sido objeto de los intereses económicos, cual pieza en un tablero de ajedrez desplazada según el interés del poder.

Dos realidades claramente estigmatizadas y criminalizadas salen a la luz con reparo: la represión justificada por motivos políticos, y el estraperlo y el contrabando. Éstos últimos aspectos surgieron paulatinamente, comenzando por lo más visible o aceptable socialmente. A partir de la presentación cuidadosa de algunas experiencias, la aceptación y el respeto abren posibilidades a una amplia gama de experiencias en primera persona. Como se comprobará, esto ha sido de gran valor para entender el impacto de la represión y del contrabando en la comunidad, y los propios mecanismos que los silencian.

El Campo de Gibraltar, una comarca con grandes carencias sociales. La Línea, una población urbana y proletaria (y en consecuencia luchadora y perseguida), cuyo origen y destino no pude desligarse de su vecina Gibraltar. En el último siglo, el contrabando ha sido su motor de vida (supervivencia para unos, riqueza para otros), insertado en la industria del tabaco. Una ciudad que cubre las necesidades de la base militar vecina, y con otra industria importante cuyas dimensiones están por conocer: la del sexo.

En los años cincuenta, un sacerdote que trabajaba en La Línea fue trasladado por denunciar la sangrante realidad de La Línea. Actualmente, los documentos locales suelen evitar la historia reciente de la ciudad, o bien la resumen en un simple enunciado: “tiempos duros de hambre y pobreza”, o “los años del matuteo y de los *mandaos*”. La página web titulada “Historia de la parroquia” se refiere a los bienes eclesiásticos y cofradías; y la encabezada como “Historia de La Línea” sólo describe a sus mandatarios. La historia del pueblo linense (y por tanto, del gibraltareño), ¿dónde queda reflejada?

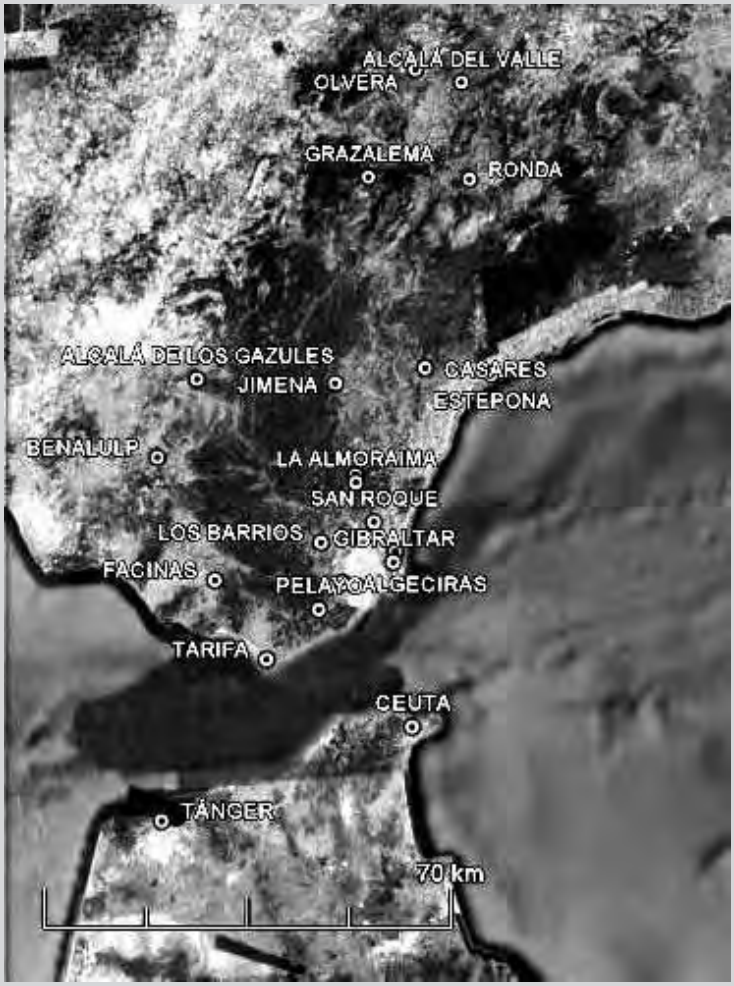
Los protagonistas han sido testigos privilegiados de situaciones difíciles de percibir desde posiciones acomodadas. “Como yo era pintor, en todos los lados andaba metido, y me daba cuenta de muchas cosas”, afirma Antonio Barros. Y Francisca Aguilar explica: “Lo que sucedió en la guerra, lo tengo en la mente y en el corazón. Las chicas un poco mayores que yo tenían novio y estaban pensando en otras cosas, pero yo sólo estaba pendiente de lo que pasaba”.

Cuando Francisca Aguilar se apuntó al taller, algunos familiares le advirtieron: "¡Tú no vayas a decir nada de la guerra". Y avanzado el curso, uno de los participantes me dijo: "¡No irás a contar que todos éramos contrabandistas!". Antonio Barros se lamentó, impotente, de no poder hablar con libertad de todo lo que sucedió a sus familiares. La represión y la criminalización se centró en las mujeres y hombres que tomaron una opción política que no beneficiaba a las clases poderosas, y en aquellos que sacaron adelante a sus familias recurriendo a oficios declarados ilegales (que, paradójicamente, sólo les permitieron salir adelante a duras penas).

En el silencio impuesto o aceptado, el estigma (contrabandista, matutera, rojo o roja, masón o mujer mala) marca destino, confunde y penaliza sin juicio ni sentencia. Es preocupante constatar que muchas personas afectadas se avergüenzan de ello, incluso sienten culpabilidad. A un mismo tiempo, y no por casualidad, esta tupida cortina deja impunes a quienes se beneficiaron con creces de los oficios de supervivencia, que han evadido su responsabilidad y caminan con la cabeza alta.

Francisca Aguilar explica: "Cuando me dicen, 'No cuentes más, que ya eso pasó', yo digo, 'Esta es la Historia de la vida. ¿No sucedió para mí?'. Si no se hablaran las cosas, no habría Historia, y los libros no existirían... ¡y a mí me gusta mucho leer!". Sólo desvelando lo vivido se desmonta la impunidad, apoyada en el silencio y en el estigma. Se trata de un paso imprescindible para colocar en su justo lugar los hechos y para devolver la dignidad a sus protagonistas.

Panorámica del Estrecho de Gibraltar.



El Estrecho de Gibraltar. Principales lugares mencionados.

Cronología

FECHA	SUCESO EN GIBRALTAR O LA LÍNEA
1700	Gibraltar, puerto español similar al de Cádiz, tiene 6.000 habitantes
1704	**Gran Bretaña ocupa Gibraltar** **La mayoría de la población abandona la ciudad**
1713	España firma tratado de cesión de Gibraltar a Gran Bretaña
1721	Gibraltar tiene 900 habitantes censados Comienzan a llegar judíos, genoveses y árabes
1804	Una epidemia reduce la población de Gibraltar de 6.000 a 1.136 Se abre en Gibraltar la biblioteca privada Garrison
1812	Se crea la sociedad de caza *Royal Calpe Hunt*
1813	Llegan a Gibraltar refugiados españoles, tras la invasión napoleónica
1820	Se abre en Gibraltar la panadería Amar
1830	**Gran Bretaña declara Gibraltar posesión británica**
1831	17.024 habitantes en Gibraltar Se frenará su aumento de población según crece La Línea
1870	**La Línea se independiza de San Roque**
1876	Primeras logias masónicas en El Campo de Gibraltar
1888	Se abre en La Línea la fábrica de corcho de los hermanos Larios
1909	España ocupa militarmente Marruecos
1914	**Comienza la Primera Guerra Mundial**
1918	Acaba la Primera Guerra Mundial
1921	Se crea el Ayuntamiento de Gibraltar, con 18.400 habitantes En La Línea hay 60.000 habitantes censados
1922	El Gobierno de Gibraltar cierra varios burdeles
1936	**Golpe de Estado en España e inicio de la Guerra Civil** Cientos de gibraltareños de La Línea y cercanías entran a Gibraltar Miles de campo gibraltareños y andaluces se refugian en Gibraltar Se empieza a exigir pase para entrar en Gibraltar
1939	Acaba la Guerra Civil en España Se instaura una dictadura fascista y economía autárquica, con racionamiento de productos básicos

1940	**Empieza la Segunda Guerra Mundial** Miles de gibraltareños (en Gibraltar y en La Línea, sobre todo) son evacuados Tropas españolas ocupan Tánger, hasta 1945. Se crea en España el Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo
1943	Gobierno español otorga pase a represaliados a quienes se lo había negado Comienza el límite de edad de 18 años para trabajar en Gibraltar y un sistema para controlar el cambio del salario
1944	En La Línea hay 38.188 habitantes censados y una sola parroquia Se crean más parroquias a partir de este año
1945	Acaba la Segunda Guerra Mundial Miles de evacuados empiezan a repatriarse a Gibraltar Comienza el racionamiento de posguerra en Gibraltar
1950	En La Línea hay 55.105 habitantes censados
1951	Se da por acabada la repatriación a Gibraltar, con 16.700 evacuados Acaba el racionamiento de productos básicos en Gibraltar
1952	Se crea el Sindicato Español de Trabajadores en Gibraltar Acaba el racionamiento de productos básicos en España
1953	Tratado de Estados Unidos con España: donaciones a cambio de aceptar bases militares en su suelo
1954	**Visita de la reina de Inglaterra a Gibraltar** Franco limita el acceso de trabajadores españoles a la colonia En La Línea hay unos 71.000 habitantes censados Empieza a funcionar la línea marítima Mons Calpe, entre Tánger y Gibraltar
1963	Aprobada constitución en Gibraltar y autogobierno en asuntos internos
1964	Se crea en Gibraltar un gobierno propio En La Línea hay unos 55.000 habitantes censados
1966	La aduana subalterna de La Línea pasa a depender de Algeciras Finaliza el acceso a Gibraltar para las trabajadoras españolas
1967	**Referéndum en Gibraltar para decidir su dependencia** Cierre del paso fronterizo de La Línea a Gibraltar
1969	**Gran Bretaña asigna constitución y parlamento a Gibraltar** **Clausura de la frontera de España con Gibraltar** Se cancelan todos los permisos de trabajo de españoles en Gibraltar Corte de líneas telefónicas y telegráficas de España con Gibraltar
1975	**Muere el dictador Franco** **Se inicia un proceso de transición política en España**
1982	**Apertura del paso fronterizo peatonal de La Línea a Gibraltar**
1985	Apertura de la frontera al paso de vehículos y de mercancías
1986	El barco Mons Calpe, de MH Bland Lines, finaliza la ruta Tánger Gibraltar

Testimonios

Camino de Gibraltar. Dependencia y Sustento en La Línea y Gibraltar

Línea de la Concepción
te quiero con toda mi alma
y con todo mi corazón.

Eres linda, eres bella,
eres castigada y sufrida,
eres una gran señora,
tienes planta de marquesa,
que todo el que te visita
aquí en tu tierra se queda.

Tú naciste entre dos mares,
tu padrino es El Peñón,
no tienes novia ni novio
ni tienes padre ni madre,
pero tienes a los linenses
que te quieren más que a nadie.

Francisca Aguilar

TERESA ALMAGRO GUERRERO

1

Al olorcillo de Gibraltar

Mi madre, Bárbara Guerrero, nació en 1896. Su familia vivía en el campo de Estepona (Málaga). Mi abuelo era Juan Guerrero y mi abuela Micaela Ruiz. Él venía a traer chumbos o lo que fuera a La Línea y a Gibraltar, donde sacaban un poquito más de dinero. Cuando vieron que la cosa estaba mala marcharon con los tres hijos (Isabel, Francisco y Bárbara) para La Línea, donde tenían alguna familia. Fueron a *trocha* por la orilla de la playa; camino que él ya conocía. Mi abuela y mi abuelo andando, porque los niños los traían en los serones a lomos de un burro.

Mi abuelo materno se murió muy pronto, de un ataque al corazón, así que mi abuela Micaela tuvo que trabajar en el servicio doméstico. Estuvo con un farmacéutico llamado señor Fariñas, que fue alcalde (hay una plaza del pueblo llamada plaza de Fariñas)[21]. Al hijo varón, Francisco, que era casi un niño, lo metió a trabajar en Gibraltar, *embarcado* como marinero. Mi madre hacía mandaíllos y a la más chica, Isabel, la tenían más mimada.

Mi padre, José Almagro, nació en 1890. Todo el mundo le llamábamos Fernando, y con el tiempo supimos que en el Registro figuraba con el nombre de José. Mi abuelo paterno, Bartolomé Almagro, era de La Rambla, provincia de Córdoba, y se dedicaba a vender porrones y otras cosas con un borrico por los pueblos. Hasta que cayó en Marbella (Málaga), donde se enamoró de mi abuela, Teresa Benítez, que era modista: hacía los vestidos que se llevaban con *corseles* y forraba las sombrillas y los abanicos iguales.

Mi padre, de soltero.

Mi abuelo se casó y echó a mi abuela para abajo. A él le gustaba salir con sus amigos y beber. Una vez, tras unos cuantos días fuera, llegó con un capazo de medias y acompañado de un amigo: “Teresa, prepara algo de comer mientras vamos a tomar una copita”. A la vuelta se encontraron un par de medias en cada plato. “Lo que has traído es lo que te pongo”, le dijo mi abuela. Cuando Teresa murió, una de sus hijas emigró a Argentina y se llevó a su padre, que falleció allí.

[2] Juan Bautista Fariñas Martín fue alcalde de La Línea durante breves periodos en 1902 y en 1906.

Mi padre vino de Córdoba a La Línea al olorcillo de Gibraltar, y estuvo descargando carbón en el puerto de Gibraltar. Trabajó luego en el *arsenal*[3] (muelle y astilleros) como patrón de una lancha; una pequeña embarcación que repartía a los trabajadores por las instalaciones exteriores del puerto, hacia el barco que tuviera necesidades, y según el oficio de cada uno: pintor, carpintero, mecánico...

Gibraltar se incorporó al **abastecimiento de carbón mineral** de forma manual cuando los veleros cedieron paso a los barcos de vapor. La colonia de Gibraltar generó un gran movimiento portuario entre los siglos XIX y XX por ser plaza militar, sumado a los barcos que atracaban para repostar o para exportar mercancía. Mientras no existían depósitos en los muelles, la carga y descarga se realizaba en barcazas ancladas en la bahía. Francisco Tornay de Cózar, archivero e investigador sobre la historia del pueblo linense y el gibraltareño, cifra entre seiscientos y ochocientos los obreros dedicados a la carga y descarga de carbón a finales del siglo XIX (Francisco Tornay de Cózar, 1995).

El padre de Antonio Casablanca y un tío de Vicente Ricardo también trabajaron en el carbón. "Las mañanas que había barcos en Gibraltar para cargar o descargar carbón, llegaban los capataces a la calle Carboneros (que estaba cerca de la frontera y por eso se llamaba así) y se llevaban a cientos de hombres. Las piedras de carbón eran muy gordas, venían en barcazas y requería un gran esfuerzo recogerlas con la pala. Una vez llena la espuerta, había que ponérsela al hombro y caminar por una pasarela, para vaciarla al otro lado".

La hermana de mi madre se murió de un ataque a la cabeza el mismo día de su boda. Entonces su hermano Francisco regresó de marinero y, junto a su madre y su esposa, se fueron a Larache. Allí montó una cantina para las tropas y para los paisanos españoles. Después de la Guerra Civil de 1936, Larache seguía gobernado por los españoles, y acusaron a Francisco de vender mercancía a los *rojos*. Él tenía miedo de que le hicieran algo, y acabó por regresar a La Línea.

Isabel Guerrero, hermana de mi madre, Bárbara, y tía mía.

[3] El *arsenal* de Gibraltar era el muelle y los astilleros, uno de los espacios laborales donde más empleo había para los hombres españoles.

Mis padres se casaron en octubre de 1921. Enseguida tuvieron la primera niña. Entonces se fueron a Melilla, donde mi padre tenía a su hermana. Su marido trabajaba en las obras del puerto, y mi padre se colocó en las oficinas. El cuñado se mató en un accidente de trabajo, y el ingeniero responsable de las obras del puerto, para compensar a la viuda y a sus dos niñas, les dio trabajo como parte del servicio en su propia casa. María se dio cuenta de que el hijo del ingeniero estaba detrás de una de sus hijas y, para evitar que sucediera algo, escribió a la hermana que se había ido para Argentina y se fueron con ella.

LA EMIGRACIÓN A MARRUECOS Y AMÉRICA

A finales del siglo XIX la abuela de Teresa emigró a Argentina por motivos económicos. En los inicios del siglo XX su tía se fue a Argentina huyendo del acoso sexual que sufría su hija. Teresa viajará a la misma ciudad a mediados del siglo XX, ante la persistente represión franquista. En etapas, tres generaciones emigraron contando con la propia red familiar, cuando se vieron en la necesidad, y por razones que no eran exclusivamente económicas ni políticas.

Experiencia de Mercedes Puertas Agüero

La familia paterna de Mercedes tuvo mayores oportunidades laborales, lo que no evitó que varios miembros emigrasen a Marruecos: "La abuela de mi padre, y su hermana, emigraron de Catalunya a La Línea tras una revuelta social. Se casó con un linense cuya familia tenía unas tierras en la actual barriada Mondéjar y El Junquillo. Eran mayoristas y abastecían de verduras a la armada inglesa en Gibraltar. Cuando no producían suficiente verdura compraban a los campesinos de Estepona. Tenían también barcos, que proveían de pescado a la armada, y ganado, que criaban en vaquerizas. Parte de la familia tuvo el servicio de autobuses de Algeciras a La Línea. En el huerto trabajaban y vivían todos los hijos, y según se casaban iban haciendo allí su pequeña vivienda. Una de las hijas se casó con un hombre de Calahonda (Granada) que había venido a trabajar al huerto, mi abuelo. Murió joven y dejó siete hijos, entre ellos mi padre, que siguió trabajando en el huerto".

"Una prima de mi abuela paterna es la primera de la familia que emigró a Marruecos, junto a su marido, que era talabartero, y su hija. Su hermana, que estaba casada con un esteponero del campo, no quería que sus siete hijos trabajaran siempre para otros como obreros

y se reunió con ella. Mi padre aprendió francés con el señor Garnier, un hombre llamado "el tío del aparato", que decían que era inventor y vivía de la caridad. Con la excusa de mejorar su francés, y como tampoco quería quedarse en el huerto, con 14 años, hacia 1931, decidió irse a Marruecos donde su tía".

A los dos años de estar en Melilla, mi madre se quedó embarazada otra vez. Quería dar a luz en La Línea, para que su madre la pudiera cuidar. Cuando tuvo al niño, Fernando, se murió la primera hija de un ataque cerebral. Dos años más tarde, en 1926, nací yo. Poco después mi padre dejó la lancha en la que trabajaba y se *embarcó* como marinero en distintas compañías, con lo que mi madre se quedó sola.

Antonio Barros explica: "**Los que se embarcaban** en el puerto de Gibraltar para desempeñar cualquier oficio en un barco, decíamos que trabajaban *embarcados*. Una vez en un petrolero (había muchos petroleros de nacionalidad americana[4]), otra vez en un mercante. No se embarcaban a la pesca, como en Tarifa o Barbate, sino que desempeñaban oficios, o bien entraban como peones en la marinería. Si te tocaba de marinero en cubierta, hacías las faenas de cubierta: limpiar, barrer... Mi hermano Manolo estuvo *embarcado* haciendo labores de carpintero; los mecánicos iban a la sala de máquinas; había engrasadores... Se ganaba mucho dinero y tenían una lista de espera. En los años sesenta, mucha gente aún trabajaba en eso".

En casa no había dinero, la familia tenía que ayudarnos con alguna cosa de un huerto que tenían y, cuando mi padre venía de la mar, quitando lo que ya estaba gastado, lo que traía era nada. La muerte de su hermana y de la niña, los hijos tan seguidos... Todo eso resultó muy duro para mi madre y a partir de entonces fue una mujer muy enferma, con diarrea crónica y psoriasis, y nunca más trabajó en la calle.

Mi madre, en una foto de soltera.

[4] La palabra "americana" se refiere a las personas o pertenencias estadounidenses.

Mi madre tuvo otro niño, Juan. Ya éramos tres hijos vivos: Fernando, yo y Juan. Cuando Juan tenía once meses, en 1931, se murió de diarrea; posiblemente fue una fiebre tifoidea. Mi padre estaba *embarcado* en ese tiempo. Cuando yo tenía nueve años, Fernando, de once, murió de un infarto cerebral.

Montones de gente pasando la frontera

Llegó la Guerra Civil de 1936. Entraron en La Línea los *moros* tocando tambores y la gente se salió a la calle a ver lo que pasaba. Se armó el tiroteo y hubo bastantes muertos. Ordenaron que los súbditos de Gibraltar, que eran muchos entonces, pusieran la bandera inglesa en el tejado de sus casas, y esas no las tocaban. En casa de mi tía Leonor había una bandera, pues su marido era gibraltareño de origen genovés, y mi padre nos llevó con ellos.

Un vecino mío que era muy chiquitito se escondió en un hueco bajo la hornilla, donde la gente guardaba el carbón y metían hasta crías de pollitos. La mujer le decía, "Sal para afuera, Curro, que ya se han ido los *moros*", y él respondía, "¡Esta mujer quiere que me cojan!". El pobre estuvo tanto tiempo dentro, que salió encorvado. Viendo la situación, mi padre cogió un cuadro masónico, una bala que tenían de la Primera Guerra Mundial y un libro muy antiguo que se llamaba "Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo"; y lo enterró todo. No sé si mi padre era masón, pero el cuadro estaba en casa.

Con el susto de los asesinatos y registros de los primeros días, mis padres decidieron refugiarse en Gibraltar. Había montones de gente pasando la frontera. La puerta de Gibraltar era de hierro y, cuando entraba un carro con verdura, un empellón de gente se metía detrás del carro, a montón[5]. Se metió mi madre con una tía mía y sus hijos, y yo me quedé fuera solita, entre el barullo de la gente. Mi madre gritando, "¡¿dónde está mi niña?!". Y yo, "¡mi madre... que la pierdo...!" En otro empellón me metí para dentro, y ahí estaba mi madre, llorando.

Muchísima gente entraba en Gibraltar y no había donde quedarse. El marido de mi tía trabajaba en una panificadora en Puerta Tierra, al lado de una laguna que ya no existe. Había dos carrillos de pan en la panificadora, donde nos acostamos una prima y yo. ¡Montamos un tinglado...! Mi madre, siempre tan malita, y además estaba de nuevo embarazada y con los vómitos propios del principio. Fueron dos noches horrorosas, sin agua para lavarse ni alimentos; así que a la tercera noche nos volvimos a La Línea. En esos días estaban todos los comercios cerrados y no teníamos qué comer. Cuando la cosa se calmó, mi padre volvió al trabajo en Gibraltar.

---

[5] El carro era el medio de carga y transporte popular que con más frecuencia atravesaba la frontera.

GIBRALTAR, ESPACIO DE REFUGIO

Desde el siglo XIX, Gibraltar constituyó un espacio de refugio transitorio para políticos españoles de diverso signo. Intentaban evitar represalias o bien usaban el enclave como puente para exiliarse a otro destino hacia el Mediterráneo o el Atlántico. Los que buscaron refugio en julio de 1936, pasaron a nado o confundidos entre los trabajadores (pues entonces no se exigía pase de acceso diario a Gibraltar); otros se quedaban una vez entraban a trabajar. Mientras, miles de trabajadores españoles seguían entrando a diario para cubrir las necesidades de la plaza militar. La población refugiada en estos primeros meses se cifra en varios miles (entre 5.000 y 10.000, según las fuentes). Además, muchos gibraltareños que residían en La Línea y comarca, y británicos que vivían en otras provincias, entraron en Gibraltar en las primeras semanas (las cifras varían entre cientos y dos mil).

Edmundo Muñoz nació en La Línea en 1931. Su abuelo materno había venido de Gaucín (Málaga) y tenía un bar. En julio de 1936 huyó a Gibraltar con su madre, donde fueron acogidos por su tío, que era de Gibraltar. A los dos meses regresaron. Jacinta Muñoz vivía en el patio Campamentero de La Línea y tenía 12 años cuando se inició la Guerra Civil: "Mi padre, con su política o lo que sea, se refugió en Gibraltar. En 1936 llegaron muchas personas a La Línea, que venían 'en busca de Gibraltar'. A los tres años volvió mi padre a La Línea y se encontró que le habían quitado los camiones (él era transportista), los muebles y la casa".

Experiencia de Mercedes Puertas Agüero

"Mi abuelo materno, José Agüero Baro, trabajaba como representante de vino Barbadillo y vivía en un patio de La Línea. Fue el último alcalde republicano[6]. El mismo 18 de julio, cuando se produjo el golpe de Estado, pasó embarcado por La Atunara hacia Gibraltar. Camuflados como trabajadores, los cuatro hermanos mayores fueron entrando en días posteriores con lo puesto. La última fue mi abuela, con la hija más pequeña, que tenía cuatro años. Al final de su vida la abuela padeció Alzheimer, y lo último que le venía repetidamente a la memoria era el momento traumático de huir a Gibraltar. Durante tres años se alojaron

[6] José Agüero Baro fue alcalde de julio de 1933 a octubre de 1934, y de febrero a julio de 1936.

en una habitación de una callejuela oscura. Mi abuelo trabajaba como periodista y mi madre, con quince años, trabajaba a cambio de la comida, en la pastelería de los Cohen, familia *hebrea*. El año que abrieron la frontera (1982) entramos y conocimos estos lugares".

De Gibraltar, la familia pasó a Tánger, con la intención de ir a la zona republicana, pero poco después acabó la Guerra Civil, empezó la segunda Guerra Mundial y Franco ocupó Tánger. Entonces, como muchos republicanos en Tánger, huyeron a Casablanca, que estaba bajo protectorado francés: "Mi abuelo cogió una panadería y mi madre entró en una fábrica de camisas. En ese mismo año los alemanes ocuparon Francia y las colonias francesas. Metieron a todos los refugiados españoles (también a mi abuela y a sus hijos) en campos de concentración, junto con judíos y otros perseguidos. Tiempo después se fueron a México. Mi madre ya había conocido a mi padre (que emigró de La Línea siendo joven) y decidieron quedarse en Casablanca. Yo nací en 1948. En 1954 mi abuelo volvió a Casablanca, y en 1966 consiguió volver a La Línea, objetivo que nunca abandonó en su exilio".

Comercio de los Cohen, en la calle Real (*Main Street*).

A mí me pusieron en una escuela privada donde se pagaba una perra chica por día (cinco céntimos de peseta). Y después en una escuela de balde de la República. En 1937 nació mi hermana María del Carmen. Con 11 años me quitaron de la escuela, porque mi hermana era una llorona y había que mecerla en brazos. A mí me gustaban mucho las manualidades y las costurillas, y mi madre me inició desde chica a bordar iniciales en los pañuelos y camisas, que entonces era costumbre. Aprendí también a hacer punto, y durante la guerra hacía bordados y jerséis para niños por encargo. Además, ayudaba a mi madre a lavar y en la casa.

Mi padre, como en su trabajo iba y venía, alguna que otra cosilla cogía de Gibraltar. Se traía cablecitos y materiales y con ellos preparaba radios galena. De

Mis compañeras y maestra, en la escuela de balde, durante la República.

noche recibían en casa a vecinos cuyos familiares estaban en zona *roja* y el que tenía el auricular escuchaba la radio; por eso se lo prestaban entre ellos[7]. Uno se quedaba en el portón de fuera vigilando no fueran a escuchar. Mi padre, como era miedoso, decía "¿para qué habré hecho yo esto?".

Mi madre no fue nunca a la escuela, pero su carácter noble le dio la oportunidad de ayudar a una amiga en una escuela de párvulos (niños y niñas de edad preescolar), y allí aprendió a leer y escribir. Ella se dedicaba también a escribir cartas a las madres que tenían hijos en la guerra; de derechas o de izquierdas, no importaba. Y después de la guerra escribía a los que tenían los hijos en el servicio militar. Recuerdo que las jovencitas, de noche salían al patio y se sentaban alrededor de mi madre, para que les leyera novelas que vendían por entregas. Cuando había algo triste se lloraba y, si se trataba de un suceso alegre, se reía.

[7] Los primitivos receptores de radio de onda media, llamados *radios galena*, utilizaban un cristal de galena (sulfuro de plomo), sobre el que se colocaba un fino hilo de acero, para rectificar y modular las ondas de radio. Estos receptores requieren auriculares, porque no tienen dispositivo amplificador.

Hacían cola en el carro de la *gandinga*

Un tío mío tenía un carro de *gandinga*. Se trataba de un bombo grande, transportado en un carro, que venía de los cuarteles de Gibraltar: ahí echaban las sobras de la comida, el arroz con leche, los garbanzos, la carne y el hueso, todo mezclado. Cuando él llegaba de Gibraltar con el carro, la gente hacía cola con un cacharrito. Mi primo metía a ciegas el cucharón en el *bombo* y ¡zas!, lo soltaba en el cacharro, salpicara a quien salpicara. ¡Daba un coraje! Cobraban por ración repartida, y en aquella época hicieron dinero. El marido de mi prima criaba cerdos con los restos de la *gandinga* que no vendía, y limpiaba los *bombos* en un patio, antes de devolverlos a Gibraltar.

Aparte, traía las galletas *cracker* que daban a los soldados junto con la comida. Unas venían enteras y otras partidas, y mi tía me reservaba las enteras. Cuando yo llegaba a recogerlas, la gente que esperaba en la calle protestaba, "¡Mira, que esa se ha colado!". "No... que voy a casa de mi prima", me disculpaba yo.

Refugiados españoles en Gibraltar, recogen rancho de un bidón como los usados para la *gandinga*. Año 1936. Tomada de http://todoslosrostros.blogspot.com/2009/01/el-rostro-del-miedo-nuevas-imgenes-de.html.

ALIMENTARSE CON DESECHOS

Al menos desde el inicio del siglo XX, una parte de la población de La Línea se alimentaba de restos de comidas de los soldados. Jean Genet, dramaturgo francés, habla en su novela autobiográfica *Journal du Voleur* (Diario de un ladrón, 1949) de sus años en España viviendo como mendigo. Jean llegó a La Línea alrededor de 1934. Imitando a otros mendigos, aplastó los bordes de una lata usada, le ató un alambre para colgársela y se fue a recoger las sobras de los soldados ingleses junto a la valla de Gibraltar.

Miguel Ángel del Arco estudió la relación entre la autarquía y la escasez y enfermedad en la España del primer franquismo, a partir de documentos de la embajada británica. En 1940 un marinero británico informaba que "la población local hace cualquier cosa por una rebanada de nuestro pan blanco", y otro decía, "los españoles se llevan las bolsas de comida, y a veces incluso los desechos de los soldados británicos" (Miguel Ángel del Arco, 2006:249). La abuela de Francisca Barroso, que llegó a La Línea en los años cuarenta, salía a la calle a pedir limosna: "Jóvenes y viejos pedían limosna. Mi abuela se iba al cuartel de los soldados y llevaba una latita donde le echaban la *zurrapa* del café, y lo tomábamos con *liquirbá* (regaliz)". Blogs de diversos pueblos de Andalucía mencionan el uso de los posos o *zurrapa* del café.

Según Antonio Sotillo, llamaban *gandinga* a los restos de vísceras que iban tirando aparte en los puestos de carne. En La Línea y Gibraltar, la palabra toma otro significado, como detalla José Luis Rodríguez: "La *gandinga* era lo que había sobrado después de repartir los ranchos del cuartel militar de Gibraltar y los desperdicios que habían quedado en los platos de los soldados. Había gente de La Línea que tenía la contrata para retirar a diario los diversos *bombos* o bidones de metal, donde se echaban estos restos. Lo traían con carros y lo vendían a la gente recién llegada, que a veces no tenía ni dónde dormir. Había recipientes para el pan (los *bollos* enteros y los pedacitos de pan) y otros para la comida cocinada. Tenían que devolverlos a Gibraltar en el día, vacíos y limpios. Yo conocí a uno que tenía un carrito y también criaba cerdos: Frasquito".

María Torremocha recuerda a otro: "Le decían el Hombre del Carro, y se dedicaba a recoger esta comida y venderla. La gente hacía cola en la calle con una lata o una perolita en la mano. Algunas madres, por vergüenza, mandaban a sus hijos. Yo iba allí con cinco o seis años, para guardarle la cola a mi hermana, cuando el marido no tenía trabajo. Había quien se encontraba hasta colillas. ¡Qué no tendría esa comida!". Antonio Barros añade: "Te echaban mezclado una patata hervida con un pedazo de salchicha. A uno le decían el Colorao y había otro que le decían el Descarao". Aunque la situación fue mejorando, Antonio recuerda que hasta finales de los cincuenta mucha gente acudía con una lata a los cuarteles de las tropas españolas para que les dieran del rancho, y seguía la venta de *gandinga*.

A mi padre le sorprendió la Segunda Guerra en la isla de Malta, a donde había llegado *embarcado*. Cuando Italia entró en la guerra, él pudo llegar desde Malta a Gibraltar, donde siguió trabajando con la lancha en el *arsenal* del puerto[8].

Era el tiempo del racionamiento. Una cartilla te especificaba una pila de artículos que podías comprar a la semana: un kilo de arroz, harina... y una tableta de chocolate. En el Ayuntamiento decían, "hoy van a dar no sé qué cosa". Te pasabas toda la mañana en cola para que te dieran un papelito, y con eso ibas a la tienda que te indicaran. Unas veces te daban aceite y jabón, y otras te daban pan con otra cosa, pero no podías preparar ninguna comida con eso[9].

Mi padre, con 55 años.

Tendría unos catorce años cuando me metí en un taller de costura, donde aprendí a coser y cortar. Me pagaban cuatro pesetas a la semana.

[8] Malta era también una colonia británica situada en la ruta del Mediterráneo hacia Oriente, y con buenas instalaciones portuarias y militares.

[9] La cartilla de racionamiento, vigente desde 1939, asignaba a cada familia una cantidad de artículos que escaseaban. Controlar su distribución favorecía la carestía y el acaparamiento, y un mercado negro en manos de privilegiados cercanos al régimen. El suministro del racionamiento era irregular e imprevisible, lo que dificultaba elaborar las comidas. A partir del 1 de abril de 1952 se suprimió el racionamiento de pan y años después el de los otros productos.

Como el trabajo me gustaba pronto aprendí a desenvolverme sola y empecé a trabajar en casas particulares haciendo vestidos, abrigos y toda clase de costura para vestir.

Un cuerno

En mi patio vivía Mariquita, una comadre de mi madre: le *bautizó* una niña, pues ella *bautizaba* a los niños del patio que iban naciendo. Curro, el marido de la comadre, era *hilero*. Ponía un rollo de fibra muy fina de cáñamo en un extremo y en el otro una rueda que un chiquillo iba girando, de modo que se iba haciendo el cordoncillo. Cuando tenía mucho material, hacía una madeja y se lo vendía a los pescadores.

José Luis Rodríguez explica que **el oficio de *hilero*** o cordelero existió en La Línea hasta hace poco. "Los *hileros* trabajaban en la playa con rollos de restos de cuerdas que venían de Gibraltar (vulgarmente le decían 'felástica'), que se deshilachaba y se tejía de nuevo. La cuerda resultante se usaba para hacer una red llamada copo, que se echa desde tierra, y para otras funciones".

Un día mi hermano Fernando (que aún no había muerto) se encuentra un cuerno y entra en el patio anunciándolo. Mariquita se acerca y le dice, "dame Fernandito, que esto le va a servir a Currito para echar el aceite a la rueda". Curro venía de la plaza con muy mala leche, y le dice Mariquita, "mira, Curro, mira el cuerno que te he conseguido...". La mujer tenía la mesa puesta con el puchero, y el Curro le metió una patada a la mesa y otra a Mariquita: "¡A mí me vas a dar un cuerno!".

El Currito se puso mejorcito, se empleó en Gibraltar y hacía el reparto de carnes. Poco después se murió de tuberculosis y se quedaron su mujer y los tres hijos en la nada, porque lo que Currito había estado ganando se lo había dado a una amante. Habían comprado tres barcas de pesca, registradas a nombre de la amante, que tenían los nombres de los hijos. Mariquita tuvo que salir con el manto de luto a trabajar en Gibraltar.

Mi madre tenía una ahijada que se llamaba Ana. Su madre era viuda, se casó con un hijo de Gibraltar y en la Segunda Guerra Mundial fue evacuada a Londres. El novio de Ana había vuelto de la guerra y ella no quería dejarlo porque estaba solo, así que cuando su madre se acogió a la evacuación, dejó a la hija en La

Línea al cuidado de mi madre. Esta chica salió de nuestra casa para casarse con el marido. Pero el marido... ¡vaya tela! Si tenía tres cuartos se lo gastaba con una cualquiera, venía borracho a la casa y le daba dos porrazos a Ana. Y ella allí, sumisa. En el patio se decía por lo bajo, "Fulano le ha dado una paliza a la mujer. ¡Uf, le ha puesto el ojo negro!". Y la mujer no salía a la calle en unos días.

Embarazada ella, cuando lo veía de llegar borracho, se venía a nuestra casa: "¡Ay, que no me vea!", y con la barriga se metía debajo de la cama. "¡Que me va a pegar!". Al otro día él no *tomaba* y venía pronto. "¡Qué bueno está José!". Y al día siguiente la volvía a maltratar. Era limpísima y se volvió puerca; la casa y los niños eran un abandono. La pobre murió joven, dejando tres chiquillos. De mayor él vivía en Gibraltar con un hijo suyo que se había casado con una *llanita*.

Estaba enamoradito de mí

Yo, parece que crecí muy pronto: acababa de cumplir quince años cuando Vicente, el que sería mi marido, me enamoró. Vicente, mi futuro marido, había estado en la guerra, donde fue herido. Al acabar la guerra se vino a vivir con su madre y su abuela, alquilados a una barraca que tenía mi tía Leonor en el Huerto de los Genoveses. El huerto se llamaba así porque allí vivían muchos genoveses, y no se cultivaban hortalizas sino flores que iban para Gibraltar.

GENOVESES EN LA LÍNEA Y GIBRALTAR

Hay evidencias de la presencia de genoveses en Gibraltar desde el siglo XVI, procedentes de Génova, Liguria y otras poblaciones de la Republica de Génova. Tras la ocupación inglesa del Peñón, algunos quedaron en La Caleta de Gibraltar, dedicados al comercio, la artesanía y la pesca (en 1753 eran el 34 por ciento de la población civil); otros se instalaron en San Roque. Las familias Capurro, Risso, Russo, Galliano, Danino y Gaggero, mencionadas en los testimonios, son de origen genovés. Cuando se fundó La Línea, en 1870, ya había muchas familias genovesas y napolitanas. Algunas vivían en el llamado Huerto de los Genoveses, donde cultivaban crisantemos, rosas, claveles, nardos, dalias, jazmines y margaritas.

El idioma genovés, variante del ligur, se habló en Gibraltar hasta el siglo pasado. Unas 700 palabras han quedado como préstamo en el *llanito*, lengua hablada por los gibraltareños, cuya base es el andaluz de la zona y el inglés, y con aportaciones del maltés, hebreo, portugués y árabe, sobre todo. Algunas palabras y expresiones del llanito también se usan en La Línea, a veces con características propias. La cultura genovesa está presente en recetas, juegos y hábitos cotidianos de La Línea y de Gibraltar.

En la tarde, mi tía hacía ramilletes de flores y yo algunas veces la ayudaba. Vicente pasaba por allí y me miraba; estaba enamoradito de mí. Me para un día y me dice, "Mira, ¿a ti te gustan las poesías?". Yo no sabía si me gustaban o no, porque nunca había leído una poesía. "Lee ésta, a ver qué te parece". Y se me declaró con esta poesía:

Era un simple huerto
y me parecía un jardín
cuando pasaba y veía
aquella rosa bonita
entre medio del jazmín.

De ese jardín floreció
sólo una rosa ambición;
yo esperaré que ella crezca
para decirle que la adoro,
yo sus pasos guiaré
y regaré ese rosal
hasta poderlo obtener.

Yo me llevo la poesía y la leo, pero ¿sabía yo qué quería decir aquello? Y no me parecía que era para mí. Yo lo veía como un hombre con experiencia, y no me consideraba digna de él. A los dos o tres días me sale al encuentro: "Qué, ¿la leíste... te gustó?". "Sí". "¿Entonces? Eso dice que me gustas, y me tienes que contestar ahora mismo". Y yo le dije, "Bueno...". Yo tenía una fotografía de un carné y se la regalé de recuerdo, dedicada: "Ni la muerte misma podrá separarnos

nunca". Y él me contestó por atrás, "Haciéndome eco de tu promesa, te juro no olvidarte jamás". Ahí entró el noviazgo nuestro.

Ni ropa, ni comida, ni trabajo; no tenía el pobrecillo nada, pero hemos llegado a sesenta y dos años juntos. Mi tía Leonor, como estaba casada con un gibraltareño bien situado, cuando se enteró que Vicente era mi novio decía: "¡Hay que ver la niña: se va con un hombre que ha venido de la guerra y es inútil, en vez de esperar uno de Gibraltar!". Casarse con uno de Gibraltar o con un carabinero era lo máximo[10].

[10] Miguel Mougán, párroco de Santiago Apóstol (La Línea) en los años cincuenta, explica: "En La Línea había un gran contraste entre la pobreza suma de las barracas y el esplendor gibraltareño. Ser gibraltareño era la mayor meta a la que podía aspirar la gente".

VICENTE RICARDO BADILLO

2

Mi abuela era la cabeza de familia

Me llamo Vicente Ricardo Badillo y nací el 4 de febrero de 1920. He vivido todos los días de mi vida, y creo han sido los noventa años más fructíferos en cinco siglos de historia, después del descubrimiento de América y aparte de la revolución francesa. El desarrollo que ha habido en las comunicaciones y en la medicina y los avances sociales ha sido tremendo. Desgraciadamente, tengo que recordar cómo vivíamos nosotros: cuando algunos decimos que no pasamos hambre significa que comíamos algo, pero necesidades había a montón.

Mi familia era sumamente pobre y mi niñez fue muy difícil. Cuando estoy tomando conciencia de mi vida y conociendo mi entorno, mi abuela, María Badillo Jiménez, era la cabeza de mi familia. En la vejez sus facciones mostraban que debió de ser bien parecida, más bien alta, delgada sin ser flaca y bien erguida, con unas cualidades centradas en la disciplina y servidumbre propia de su época. Era bondadosa y sentía afecto por todo lo que le rodeaba, personas y cosas, siempre en su lugar y bien considerados. Por mí sentía un especial cariño.

Su padre (mi bisabuelo) vivía en Ronda, donde poseía unas tierras heredadas. Tras unos años de malas cosechas se vio obligado a recurrir a un famoso prestamista del lugar, quien le hizo firmar con su huella unos papeles que resultaron ser la venta de las tierras. El hombre se sintió avergonzado ante su mujer y su familia, aturdido sólo de pensar que tenía que dejar su casa y su campo, y su reacción fue coger un arma de fuego e ir a la casa del prestamista. Le abrió la puerta la mujer, que estaba embarazada, buscó al marido por toda la casa hasta encontrarlo y lo mató de varios disparos. La mujer, como consecuencia de la tragedia, perdió su embarazo y detrás la vida. Los tribunales dictaminaron la pena de muerte para el acusado.

Su esposa (mi bisabuela) cogió los papeles y a sus dos niños y se personó en la casa de un famoso abogado del lugar, que además era "diputado en las Cortes en Madrid", según decía mi abuela. Ante la evidencia de la estafa que esta familia había sufrido, que todo el mundo conocía, el abogado estudió el caso y lo defendió y consiguió del Rey el indulto de la condena a muerte. A cambio fue trasladado a un penal y, como no sabía leer ni escribir, la familia perdió el contacto con él.

Como no podían pagar sus servicios, este señor amparó a la esposa y los dos hijos, incorporándolos al cuerpo de servidores. Mi abuela María sólo conoció esta casa, donde vivía y trabajaba con su hermano Juan, mayor que ella, y con su madre. Con siete años, María se rompió el dedo meñique de la mano izquierda lavando ropa en el río. La servidumbre era amplia y en aquella época no había horario laboral ni sueldo: el techo y la comida ya se consideraban un buen regalo. A pesar

de ello mi abuela hablaba del patrón y su familia con una veneración impresionante. Sentía gran admiración por él. Cuando el señorito llegaba desde Madrid a Ronda en calesa, era un acontecimiento extraordinario.

En la cocina trabajaba otra viuda que venía del pueblo de Grazalema y tenía un hijo llamado Nicolás Ricardo. Aunque aún era un niño, Nicolás estaba dedicado al campo y al ganado (ordeñaba las vacas, guardaba los animales...). A pesar de su duro trabajo, se empeñó en aprender a leer y escribir, porque tenía la idea de *aplicar* para carabinero, para lo cual primero había de ser cabo en el ejército, escala que requería cierto manejo de la escritura. Nicolás y María se conocían desde niños y, cuando Nicolás se fue al servicio militar, fueron a la iglesia acompañados de sus madres y en presencia del cura juraron ante Dios esperarse mutuamente. Nicolás estuvo en la Escuela de Carabineros de El Escorial y cuando se incorporó al cuerpo se casaron y ambos se trasladaron a su destino.

Como María no pudo aprender a leer y a escribir, perdió todo contacto con su hermano Juan y con el resto de la familia en Ronda. Sabía contar sólo hasta veinte y, ya muy mayor, si le preguntaba la edad me decía "tengo cuatro veces veinte y dos años más". Tuvo diez hijos, de los cuales se le murieron seis muy chicos. Nacieron cada uno en un pueblo de España: al poco tiempo de llegar destinado a un lugar pedía traslado, así que María había pasado su vida viviendo en cuarteles de carabineros, entre puertos, fronteras y playas, y viajando en tren entre baúles y niños. Juan nació en Ahigal de los Aceiteros (Salamanca) y Nicolás en Manilva (Málaga). Cuando venían de la frontera de Portugal hacia La Línea, donde mi abuelo había sido destinado, mi abuela se puso de parto. Por eso Teresa, mi madre, nació en Tarifa. Ya en La Línea nació mi tía María.

Mi abuela, María Badillo Jiménez, con ochenta años.

Murió camino de Gibraltar

En La Línea, mi abuelo Nicolás discutió con un teniente, éste le hizo un expediente por disciplina y lo expulsaron del cuerpo de carabineros. Por esta razón tuvo que trabajar en Gibraltar, cosa que afectó mucho a su ánimo y a su salud. Una mañana, camino del trabajo a Gibraltar y pasada la frontera inglesa, le dio un ataque cardiaco y se murió. Le dieron sepultura en el cementerio gibraltareño. Muchos años después mi abuela lo recordaba con tal afecto y cariño que parecía que sólo hacía días que había muerto.

Mi abuela se quedó viuda con cuatro hijos vivos y buscó trabajo en Gibraltar. Entró como cocinera con una familia *hebrea* que vivía por detrás de la iglesia. Se trataba de los Benoliel-Levi, que en ese tiempo tenían un banco en sociedad llamado Benoliel-Levi. Luego vendieron el banco y pusieron una casa de antigüedades.

Mi abuela trabajó toda su vida activa con la familia Benoliel-Levi, y con ellos se emplearía después mi madre[11]. Ella iba con dos canastos a la plaza de Gibraltar, donde llegaba la verdura de La Línea; la acompañaba el judío, que iba escogiendo y echando al canasto. Al terminar, ella lo acarreaba para la casa. Se preparaba comida en abundancia y lo que no se servía en la mesa se repartía entre la servidumbre.

El trabajo era muy laborioso, pues al ser ellos de Sinagoga completa muchas cosas tenían uso exclusivo: los utensilios que se usaban para el pescado no podían usarse para la carne, etcétera, lo que suponía limpiar y guardar demasiados cacharros. Las gallinas se compraban vivas y el rabino venía a matarlas a y autorizaba a comerlas. Si había algo en el buche que no le gustaba, no daba permiso y se tiraba o se regalaba.

De noche, después de la larga jornada de trabajo, la abuela aparecía cargada con un canasto y un bolso donde nos traía comida, pan y a veces unas galletas cuadradas que acompañaban a alguna comida especial. Muchas veces, la abundancia permitía repartir a los vecinos del patio. Recuerdo una comida llamada dafina: un arroz al horno con algo de carne y huevos duros con el cascarón, que tenía un sabor muy especial[12].

LA COMUNIDAD JUDÍA DE GIBRALTAR

Los judíos fueron expulsados de España por la Inquisición, de modo similar a los musulmanes y protestantes. Muchas familias sefardíes (como se les denomina) se instalaron en el norte de Marruecos, y en los sucesivos siglos conservaron parte de su cultura y lengua de origen. A partir de la ocupación británica del Peñón, algunas de ellas se desplazaron a este enclave. Antes de la Segunda Guerra Mundial había allí unos 1.800 judíos, y actualmente son unos 600.

[11] La confianza requerida y la deuda moral generada facilitan que el oficio de empleada de hogar (llamado de sirvienta o criada) se herede, así como sucede con otros oficios. Esto es más frecuente si las posibilidades laborales no han mejorado con el paso generacional.

[12] La dafina, guiso de legumbres, verduras y arroz con cordero, canela y clavo, es muy popular entre los judíos sefardíes. Es tradición servirlo en tres etapas: sopa, legumbre y carne; como el cocido madrileño.

El término *hebrea* o *hebreo* se emplea en el español de Gibraltar como traducción del inglés *jew*, y su uso se ha extendido en El Campo de Gibraltar. La palabra "hebrea" alude a la lengua, y el vocablo para denominar al pueblo es "judío". Como el propio Vicente indica, "en ese tiempo, y con un régimen fascista en España, pesaba mucho el recuerdo de la persecución y expulsión de los judíos, y ese término sonaba muy contundente".

La casa Ben Holiel y Cía. era una de las principales sociedades mercantiles de Gibraltar a mediados del siglo XIX. Ésta también ejercía como Banca, al igual que la empresa Hermanos Larios. Benoliel, Levi (ó Levy), Serruya, Amar (u Omar), Benady y Benzaquen son algunos apellidos judíos mencionadas en los testimonios.

Mi abuela, María Badillo Jiménez, con ochenta años.

Mi tío Juan, el hijo mayor, cuidaba de Teresa, Nicolás y María. Por la mañana, tendía la ropa que la abuela había lavado por la noche y calentaba la comida para sus hermanos. Los hijos crecieron. Juan se empleó en una tahona de pan y después en Gibraltar. Cuando yo lo conocí estaba casado con Antonia García, hija de una familia de genoveses que habían arribado por este lugar hacía años. Se fueron a Brasil y allí tuvieron cinco hijos.

Mi tío Nicolás trabajaba de camarero en La Línea. Cuando le llegó la citación para presentarse al servicio militar, la guerra de España con Marruecos estaba en pleno auge; se puso de acuerdo con la novia, Elena Babu, y se fueron en el primer barco que tocó Gibraltar, también rumbo a Brasil: como pagaban el pasaje a las familias, se anotaron como hijos de un matrimonio. En Brasil les esperaba un tren para enviarlos a la *facenda* (hacienda) donde tendrían que trabajar hasta que pagasen el viaje.

GIBRALTAR, PUERTO DE EMIGRACIÓN CLANDESTINA

Desde el siglo XIX España se implica en guerras coloniales, tanto en América como en Marruecos. En 1909 ocupa militarmente Marruecos, para garantizar la explotación de las minas de hierro próximas a Melilla. Para evitar participar en estas guerras (la más larga en Marruecos, de 1909 a 1927) muchos jóvenes y sus familias emigraron a América: de Canarias, Andalucía, Galicia o Zamora, a Brasil, Argentina, Chile o Cuba. El Gobierno español, preocupado por la salida masiva debido a este y otros motivos, trató de ejercer más control sobre los viajes a través de las navieras y de los puertos de embarque, los grandes beneficiarios. Gibraltar, libre de estas regulaciones, se convirtió en un importante puerto de partida para la emigración clandestina de los españoles, sobre todo familias, y con pasajes subvencionados. El destino principal fue Brasil, y en menor medida Argentina y Chile.

Cuando la espera del momento de partida se prolongaba por meses, las familias debían buscar el modo de alojarse y sobrevivir, lo que era más posible en el lado linense de la frontera. Dado que viajaban sin dinero ni documentación, cuando se anunciaba la salida del buque tenían que burlar la vigilancia fronteriza para entrar en Gibraltar. En ocasiones, los nuevos lazos familiares con gente del lugar o la pequeña estabilidad adquirida durante ese tiempo animaban a posponer la emigración y quedarse en la zona fronteriza.

En el mar se conocieron

A diferencia de su madre, Teresa y María sí aprendieron a leer y escribir. Y tan pronto tuvieron edad se emplearon de sirvientas; María con una hija del matrimonio Benoliel-Levi que estaba casada y Teresa con una familia inglesa cuyo dueño era un pastor protestante llamado, creo, Hugo (pues ellas le decían “Donugo”). Tenía un barco de recreo con tripulación (la mayoría de Galicia y Portugal), y hacían viajes a Inglaterra y a Portugal. Cuando estaban en Gibraltar, a veces pasaban varios días en el barco con la familia y los sirvientes.

El más joven de los tripulantes del barco, llamado Vicente y de origen gallego, se puso de novio con Teresa. Esta relación duró alrededor de un año. Teresa, que había nacido en octubre de 1902, fue madre con 17 años, pues según ella yo nací el 15 de enero de 1920. Por estas fechas aún mantenía correspondencia con su novio. Pensando en aquellos sucesos escribí estos versos:

En el mar, sobre el mar
se conocieron.
Ella era niña, él marinero.

Eran jóvenes los dos
que se querían, creyeron
y entregaron con amor
el uno al otro sus cuerpos.

No fue amor, sino pasión
aquella aventura vana:
en aquel barco velero
se entregaban al juego
prohibido de la manzana.

Eran niños y se asustaron
cuando el cielo les anunció
que les mandaba un hijo
fruto de aquella pasión.

Ella lloró de alegría,
él también se emocionó.
¿Cómo enfrentar la vida?
Se preguntaban los dos.

La patria me está llamando,
a ella he de correr
y cuando cumpla con ella
nos reuniremos los tres.

Y la niña con su niño
esperaba aquel regreso.
Fueron pasando los días,
su cuerpo se puso viejo.

Al cumplir los cinco años, me pusieron en la escuela de don Antonio Jaén. Había clases en las mañanas y en las tardes, pues algunos alumnos tenían que ayudar a sus padres o cuidar de la casa o de sus hermanos. Empezaba con un cuaderno para hacer palotes sobre una raya ya marcada para hacer el pulso, y seguía con las líneas curvas, una cartilla para aprender de la "A" a la "Z" y una tabla para los números. En unos meses lo aprendí, pues los chiquillos nos ayudábamos unos a otros.

Entonces vivíamos en el callejón del Palo, una prolongación de la calle San Cecilio muy estrecha, con un palo vertical en cada extremo para que no entraran los carros. En el extremo que daba a calle Granada había un patio grande. En la esquina, el bar El Chiquilín y al lado una casa de cuarto y cocina, como casi todas las del patio, donde vivían Pepe el Zapatero con su señora y dos hijos. Al lado no recuerdo quién estaba, y seguido, Luis el Zapatero, su señora y su hermana, viuda; todos de San Roque. Luego venía el patio: al fondo el pozo y seguido una familia gitana. El padre era herrero, y aparte de los trabajos para viviendas herraba a los animales. Un hermano suyo era domador de caballos y otro era picador de toros.

Un buen día Pepe el Zapatero se mudó y vino otra familia: Diego, su mujer, Elena, que era de Gibraltar y una niña chica. A los pocos meses Diego enfermó de una tuberculosis y falleció. Estaba en la cama acabado de amortajar (se decía "vestir al muerto") y alrededor las vecinas. Los chiquillos nos asomábamos a curiosear y una vecina me propuso que le tocara los pies. Yo me quedé cortado y ella insistió, explicando que era el modo de perder el miedo a los muertos. Con mis dos manos toqué los calcetines azules y rígidos, de los tobillos a los dedos, como ella me indicaba. La impresión fue tal que aún me acuerdo con toda nitidez de esa familia.

Mi abuela decidió trasladarse a la calle Isabel la Católica. Yo tenía siete u ocho años y me cambiaron a la escuela de don Antonio Losada, donde ya me solté a leer.

Recuerdo perfectamente el día 14 de abril de 1931, cuando se proclamó la Segunda Republica. En la tarde, cuando ya habían regresado los trabajadores de Gibraltar, se organizó una gran manifestación con banderas republicanas y dando vivas a la Republica. En febrero yo había cumplido los once años y aquel acontecimiento despertó mi curiosidad. La apertura de locales políticos, sindicales y ateneos promovieron un deseo general de conocer y participar.

Yo, con unos cinco años, en La Línea.

De aprendiz en una imprenta

Un día llegó a nuestra casa un señor de unos 35 años preguntando por mi abuela. Se llamaba Rafael Fenón y era de Málaga. Era maestro encuadernador, traía innovaciones y pronto le hicieron un contrato fijo en una imprenta de Gibraltar de muy buen prestigio llamada Berland y Malin. Esta imprenta era la única que no tiraba periódicos: hacía todos los trabajos del gobierno y del municipio local, de las fábricas de tabaco y de los cines; y también se dedicaba a la encuadernación y restauración de libros viejos. Los nombres de las otras dos imprentas, El Calpense y La Crónica (*The Gibraltar Chronicle*), lo eran también de los diarios que editaban.

Rafael traía noticias de mi tío Nicolás y Elena, que se marcharon a Brasil. Nos contó que estaban bien y que habían mantenido una buena amistad. Mi tío lo había tenido escondido un tiempo porque él formó parte de la revolución que Carlos Prestes organizó en Brasil y había estado muy perseguido[13]. Nicolás le facilitó un pasaje para España y algún dinero, y él le prometió que se lo devolvería a su madre.

En El Campo de Gibraltar **la prensa surgiría con fuerza** bajo la influencia de la colonia, desde comienzos del siglo XIX. Con la proclamación de las cortes de Cádiz en 1810 nació el periodismo de opinión en la provincia de Cádiz, abandonando su tendencia literaria, costumbrista y la censura absoluta. Entre mediados del siglo XIX y el XX se editaron en la comarca más de cien publicaciones periódicas de todas las tendencias. Entre los primeros que vieron la luz están: El Diario de Algeciras, El Perro (editado en San Roque en 1800), *The Gibraltar Chronicle* o La Crónica, (editado en 1801 en Gibraltar), El grito de Carteya, El Último Telegrama, El Correo, La Revista, El Progreso, El Centinela del Estrecho, Nuevo Papel, El Pum, Pero Grullo, La Tijera, El Sino o El Diario de La Línea.

El Calpense salió a la luz en 1868 y dejó de editarse en 1982. Es el primer diario en lengua española publicado en Gibraltar y hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial tuvo mayor tirada que los diarios en inglés, lo que indica el uso extendido del español en ese tiempo. En los años sesenta pasó a ser bilingüe.

[13] Carlos Prestes, militar y político comunista brasileño, participó en varias tentativas revolucionarias en Brasil entre 1924 y 1936.

Casi todos los sábados Rafael venía a casa a traer algún dinero a la abuela. En una de estas visitas, ella le preguntó si yo podía trabajar de aprendiz en la imprenta. Al lunes siguiente, el encargado me citó a las nueve de la mañana. Entonces no se exigía ninguna documentación para entrar en Gibraltar y la edad no importaba. Mi madre fue a hablar con el maestro de la escuela privada donde yo asistía y le dijo, "mira, el niño tiene la oportunidad de emplearse en una imprenta...". Y le dijo el maestro, "te lo puedes llevar; ¡si el niño sabe casi como yo!".

La imprenta estaba en la calle Real y cerca del Hotel Cecil, de fachada suntuosa y con personal de entrada de uniforme. En los pisos superiores vivían los dueños: en el primero la familia Berland y en el segundo *Mister* Malin, ya muy mayor. Para entrar y salir de la imprenta había que pasar por la oficina del encargado, con una amplia mesa, su teléfono de pared y, adosada a la mesa, una placa de botones para llamar a las distintas secciones: linotipia, minervas cajitas, litografía y encuadernación. Cada maestro sabía su número de timbradas. Cuando tocaba muy seguido, es que llamaba a un aprendiz: tenías que soltar todo y correr a su oficina.

Yo tenía entonces doce años (sería hacia 1932) y en la imprenta había tres aprendices mayores que yo. El trabajo consistía en barrer y tener todo limpio, recoger los recortes de papeles, limpiar de tinta las rolas de las máquinas... En fin, estar donde te llamaban para que ningún maestro diera quejas de ti. Un año después me pusieron a imprimir en una Minerva: la máquina imprimía el papel uno a uno, y había que retirar el impreso que salía con una mano y al tiempo colocar otro. Yo tenía que estar subido en un banquito para dominar la altura.

En la imprenta se hacían envoltorios para los *cuarterones* de tabaco. Había varias fábricas de tabaco en Gibraltar. La hoja del tabaco llegaba suelta; en la colonia la preparaban, la molían y la metían en prensas para hacer pastillas de un cuarto de *libra* de peso, que una vez empaquetadas es lo que llamaban *cuarterones*. El *cuarterón* llevaba dos forros: un papel basto por dentro, y sobre éste el papel fino de la marca. El envoltorio de Montecristo era el más trabajoso, porque llevaba purpurina, que era muy tóxica.

Casi todos los días llevaba un carrito grandísimo lleno de estos papeles de la imprenta a una fábrica de tabaco. Algunas veces, no siempre, me regalaban un *cuarterón*; y yo lo regalaba, porque ya había probado el cigarrillo y no me había gustado. En esa fábrica podían trabajar cuarenta o cincuenta personas, la mayoría españoles. Un día veías allí un montón de tabaco del tamaño de una habitación y al otro día, cuando llegabas a hacer la entrega de envoltorios, ya no estaba. Eso significaba que por la noche lo habían contrabandeado.

Cuarterones de tabaco de picadura de Gibraltar: La Indiana (de Juan López), El Águila Imperial (de Jorge Russo), El 41 (de Lewis-Stagnetto), El Submarino (de Benzaquen-Benoliel), El Cubanito, y Gibraltar Tras de los Cuartos (de Jorge Russo). Imágenes tomadas de las webs www.cartagenaantigua.es y www.todocoleccion.net.

Me encargaba también de llevar a los cines la propaganda de las películas, donde me daban una entrada para el gallinero, que yo regalaba. Yo no iba al cine en Gibraltar, porque cuando acababa de trabajar me regresaba para mi casa corriendo. En la imprenta también hacíamos unos libros para las carreras de caballos, donde venían los nombres de los caballos y otros datos.

Lo que actualmente hay en Sotogrande para ocio de los ricos[14], antes lo teníamos aquí. En Campamento (San Roque) había carreras de galgos y campos de polo. Los sábados y los domingos había carreras de caballos en Campamento. Venía a jugar y a cazar la gente de Gibraltar, de Sevilla, Jerez y otros lugares; la grandeza de Andalucía. Gibraltar sólo hacía carreras de caballos los sábados, pero no en la colonia sino en la zona neutral, donde está ahora el campo de aviación[15].

[14] Sotogrande, urbanización de lujo construida en los años sesenta en el término de San Roque, tiene campos de golf, puerto deportivo de lujo, club de polo e instalaciones de equitación.

[15] La primera pista de aterrizaje junto a Gibraltar se construyó en parte de la zona neutral (zona desmilitarizada tras un acuerdo en el siglo XVIII), donde estaba el hipódromo y cerca de una laguna. José Luis Rodríguez recuerda esta copla: "Vuela, vuela, palomita / vuela con precaución / que donde estaba la laguna / está el campo de aviación". Con el tiempo, la pista se convirtió en el aeródromo o campo de aviación. Esta y otras edificaciones canalizaron la ocupación británica de parte de la zona neutral establecida en territorio español.

Carrera de caballos celebrada por la *Royal Calpe Hunt*. El recorrido de la carrera abarca desde el campo neutral y el actual aeródromo, hasta la costa de Poniente linense, frente a Gibraltar. Pueden verse varios carabineros, un aguador, un guitarrista, y hombres, mujeres y niños; unos caracterizados como ingleses y otros como andaluces. Grabado en 1870, de la revista *The Illustrated London News*. Fuente: *Institut Cartogràfic de Catalunya.*

En los **espacios de ocio de las clases poderosas** de España, Gran Bretaña y Gibraltar, se consolidaban sus alianzas. Araceli Muñoz, periodista, explica: "Desde 1812 hasta 1939, en El Campo de Gibraltar existió una sociedad exclusiva llamada *Royal Calpe Hunt*, por la afiliación de las realezas inglesa y española. Solía organizar tanto la cacería del zorro (buen entrenamiento para el campo de batalla), como carreras de caballos, polo y golf. Los abuelos con más de 80 años recuerdan que los ingleses llegaban a Los Barrios para hacer batidas, y algunos de ellos actuaron durante años como guías para los señores. Toda la comarca estaba a su servicio el día de caza, lo que incluía pisotear las tierras sembradas. Al día siguiente un gibraltareño repasaba el lugar de la batida acompañado del alcalde, valoraba los destrozos y los pagaba" (adaptado de Araceli Muñoz, 2009).

"De niño veía pasar a los ingleses por el río Cachón con caballos y con bastantes perros", recuerda Antonio Barros. "Con esta herencia, y siendo mayor, organicé durante varios domingos un juego de carreras en el paseo de Poniente: con unas cuerdas tirábamos de pieles de conejos y hacíamos correr a los niños y jóvenes como locos detrás de ellas".

Una calle entera con cabarés

En la imprenta congeniaba bien con Diego, otro aprendiz mayor que yo que venía de El Calpense y sabía bastante. Vivía con su madre, que era viuda. En aquellos años, el trabajo en una imprenta estaba considerado como más rebelde que el de carpintero o albañil. Juntos nos anotamos como aprendices en la sección de Artes Gráficas de la Unión General de Trabajadores y en las Juventudes del Partido Socialista. Todos los días llegaba del trabajo, me aseaba, comía algo y me iba a la Casa del Pueblo de La Línea, donde leía los periódicos y asistía a las tertulias.

Por culpa de Gibraltar, en esos años teníamos en La Línea una calle entera con *unos pocos* de cabarés, donde muchísima gente bebía y se relacionaba con prostitutas; aquello era tremendo. En la calle Gibraltar de La Línea había entre cinco a siete cabarés; y más en la calle San José y otras. Había prostitución de alto nivel y de bajo nivel; veintitantas salas de fiesta y salas de baile, y veintitantos prostíbulos. Por supuesto que en Gibraltar también había clubes y prostitución, pero en general era más discreto, y aquí en La Línea les costaba menos.

Yo conocí en mi patio a una mujer casada con un camarero, que había trabajado en la calle Carteya como prostituta. Esto fue antes de que los cabarés se trasladaran a la calle Gibraltar. Y en esas zonas había también muchos chiquillos de doce años que trabajaban vendiendo cigarrillos.

Tiempo después tuve a una vecina a quien llamábamos "la niña del piano", cuyo padre era músico: ella tocaba el piano en un cabaré de Gibraltar a donde iban los oficiales y gente de recursos. También conocí una persona que traía contratadas diez o doce prostitutas de Valencia u otros sitios, y al cabo de una temporada las volvía a llevar para allá y traía otras. Muchas se casaban con linenses o con *llanitos*. Una escribía a la amiga contándola que había asegurado su porvenir casándose con un *llanito*, y la amiga venía también[16].

LA INDUSTRIA DEL SEXO EN LA LÍNEA Y GIBRALTAR

La Línea y Gibraltar constituyeron un espacio de prostitución que cubría la demanda sexual de los militares destinados a Gibraltar y de las escuadras que fondeaban allí (al igual que en otros puertos y fronteras), y en segundo lugar de las clases medias y altas de la comarca ▶

[16] *Llanito* denomina a los gibraltareños y a su lengua característica. Vicente sugiere que la palabra viene del inglés *janitor*, conserje. Otros suponen que es una ironía respecto a su geografía. También se relaciona con el exilio de los primeros gibraltareños tras la ocupación inglesa, pues se ubicaron en el llano frente al Peñón.

y provincias cercanas, y del turismo: un artículo del semanario SUR editado en Tarifa en 1935 presenta a La Línea como "la ventana por la que el mayor número de extranjeros se asoman a nuestro país". Andrés Moreno y Francisco Vázquez detectan que, desde finales del siglo XIX, los destinos preferentes de las prostitutas que se desplazaban desde Málaga eran Algeciras, La Línea y Gibraltar (Andrés Moreno y Francisco Vázquez, 1999:229).

En suelo gibraltareño, la industria del sexo estaba limitada por la superficie de la plaza militar y por las prioridades de uso militar y de control sanitario. En el año 1922, el gobernador militar de Gibraltar cerró unos 15 locales registrados como burdeles o casas de prostitución, la mayoría en *Serruya's Lane*, y más de cien trabajadoras (muchas de ellas españolas) tuvieron que trasladarse a La Línea. Para la colonia, esto supuso la reducción de la prostitución más pobre y a la vista; mientras, otros ámbitos de la industria del sexo como clubes y cabarés siguieron activos.

El dramaturgo francés Jean Genet en su novela ya mencionada define La Línea de los años treinta como "un gran burdel"[17]. Lucía Prieto, investigadora, cita una memoria de 1943 del Patronato de Protección a la Mujer que ubicaba en la calle Gibraltar de La Línea "uno de los más conocidos espacios de prostitución" (Lucía Prieto, 2006). El impacto de esta realidad en la sociedad linense durante muchas décadas es evidente, y muchos entrevistados aportan recuerdos en este sentido.

La moral del momento exigía a las mujeres ajenas a esta industria no coincidir ni contactar visualmente con trabajadores y clientes. Teresa Almagro explicó que en La Línea muchos hombres trataban de que las mujeres no fueran a la plaza al mediodía, "porque a esa hora la *madame* o dueña del cabaré acompañaba a las prostitutas al mercado, donde ellas compraban y cargaban los canastos. Desde los años veinte y hasta que marché en 1954 la situación era similar. Y cualquier mujer no podía pasar por la calle Gibraltar. Mi madre me avisaba, ¡mucho cuidado!". Isabel Álvarez recuerda que cuando pasaba por allí, su madre la cambiaba de acera y le volvía con sus manos la cabeza.

El tabaco y la bebida, unidos al machismo, eran aspectos fundamentales de la sociedad española en ese tiempo. Yo no tengo padre y además me metí

[17] En la versión en inglés: "*La Linea, which is simply one big brothel*" (Jean Genet, 1949).

muy joven en el partido; miraba esa realidad e iba tomando conciencia de las cosas. Varios compañeros de las Juventudes llevábamos en el bolsillo folletos informativos para quitar a los jóvenes de la calle Gibraltar. Las mujeres tenían una cartilla y tenían que ir a revisiones sanitarias periódicas pero, con todo y con eso, había muchísimas enfermedades. Les mostrábamos un librito con imágenes de las deformaciones y llagas causadas por la sífilis, y tratábamos de explicarles que una prostituta era, ante todo, una mujer que trabajaba para poder comer.

Uno de los negocios de Gibraltar que daba empleo a muchos linenses era el turismo. Llegaban barcos de *Cunard Lines* cargados de turistas procedentes de Nueva York con destino a Italia: en el viaje de ida se abastecían con la ayuda de lanchas. Tras parar en los puertos italianos, al regreso bajaban a Gibraltar, porque era barato y todavía podían gastar lo poco que les quedaba[18].

La calle Real era un gran tenderete de ropas: quimonos, trajes, pañuelos, saris... Muchos jóvenes y muchachas linenses trabajaban para los indios, atendiendo a los turistas en las puertas de sus tiendas, donde el género servía de reclamo. Los jóvenes robaban a sus empleadores, de modo que ganaban muchísimo de forma fácil. Eso provocaba grandes problemas; primero porque en La Línea y en Gibraltar había dónde gastar ese dinero y segundo, porque tras hacer el servicio militar ya no les cogían en las tiendas, y no tenían experiencia para mejorar sus posibilidades laborales.

Empezaron a llegar perseguidos

En el año 1934, cuando en las minas de Asturias González Peña y otros, cansados de la miseria, se pusieron en huelga, la derecha española dirigida por José María Gil Robles trajo a la legión de Marruecos para reprimirlos[19]. Decretó un estado de sitio, cerró sindicatos y suprimió partidos políticos, persiguió a los líderes y metió en la cárcel a cuarenta mil personas. Los partidos de izquierda pasaron a la clandestinidad y empezaron a llegar a La Línea perseguidos con ánimo de refugiarse en Gibraltar. Por distintos medios lograron llegar a Gibraltar entre quince y veinte personas, varios de ellos asturianos. Algunos desde allí se iban a Casablanca u otros lugares.

---

[18] Esta línea, de propiedad británica, se inauguró en 1909 y estuvo en servicio hasta 1934 con el trasatlántico Mauretania, que en ese momento era el mayor y más veloz del mundo.

[19] Ramón González Peña, minero y militante del sindicato Unión General de Trabajadores, es considerado uno de los principales dirigentes de la revolución asturiana de 1934. Acabada la guerra se exilió en Francia y en México.

Una tarde me preguntaron si podía esconder a un amigo que venía de Granada. Resultó ser Felipe Pretel, un abogado granadino. Como yo estaba poco significado, mi casa podía ser más segura. Lo traje y le expliqué a mi abuela. Pasamos la noche en la cocina tomando café y charlando a la luz baja del quinqué. A las cinco vinieron a por él y lo metieron en Gibraltar con los carros de las verduras que se transportaban desde La Línea.

Carabineros en el lado español de la frontera con Gibraltar, junto a civiles. Años treinta. El niño, enfundado en varias chaquetas y con alpargatas, tiene entre sus manos una cajetilla que puede ser de tabaco. Su acompañante y un carabinero están fumando. De la colección de Hulton Deutsch, tomada de http://www.corbis.co.in.

En La Línea distribuíamos panfletos de protesta y denuncias del régimen, repartíamos El Socialista y El Mundo Obrero, y recogíamos firmas que enviábamos a la embajada italiana protestando por la invasión de Abisinia. Algunos domingos nos íbamos a Gibraltar con Diego y otros amigos, y nos reuníamos en la Unión de Trabajadores.

El ejército italiano, al mando del **fascista Benito Mussolini**, ocupó Abisinia en mayo de 1935 como parte de su expansión colonial en África. La Sociedad de Naciones condenó esta acción pero no hizo nada por detenerla, y silenció el empleo de gas mostaza, de gran toxicidad. En diciembre de 1936, algunos soldados italianos que participaron en esta campaña desembarcarían junto a más milicianos fascistas en Cádiz, para sumarse al ejército franquista.

Josefa de la Rosa fue testigo de su desembarco cuando tenía siete años: "Mi familia siempre hemos vendido; nos dedicábamos a encajes, telas y lo que salía. Si nos paraba la Guardia Civil y registraban, lo que veía en el carro eran muchos niños y muy poca comida. Cuando entraron los italianos por Cádiz dijo mi padre, 'nos vamos, que aquí están matando a mucha gente'. En el camino de Cádiz a Barbate estuvimos esperando horas, para que pasaran sus camiones, tanques y camionetas".

Antonio Sotillo los vio en su pueblo en enero de 1937: "Cuando el incendio del teatro de Écija, los soldados italianos estaban alojados en un colegio de monjas frente a nuestra casa, y acudieron a apagar el fuego con cubos de agua". Poco después, estos soldados participarían en la toma de Málaga por Queipo de Llano.

La clandestinidad se volvió muy activa, pegábamos pasquines y hacíamos pintadas en las paredes. En los retretes de los bares poníamos este eslogan: "no tires de la cadena, déjaselo para el jefe", en alusión a la consigna de Gil Robles que reclamaba todo el poder para el jefe, quebrantando los principios democráticos de la República. En tal inestabilidad el gobierno no podía conducir el país, y se fijó el 16 de febrero del año 1936 para las elecciones generales. Todos los partidos de izquierda formaron el llamado Frente Popular, y su triunfo sorprendió a muchos, pues la derecha votó integra; hasta las monjas de reclusa salieron a votar.

Apenas conocimos los resultados se abrían las puertas de las cárceles. Como en las listas electorales podían figurar nombres de personas ausentes, Felipe Pretel salió diputado comunista por Granada. Francisco Largo Caballero y Ballester, de la CNT[20], estaban en la prisión del Puerto de Santa María. Antes que se dispersaran, el sindicato de Artes Gráficas organizó con ellos el primer mitin

[20] La CNT o Confederación Nacional del Trabajo aúna a sindicatos anarcosindicalistas. Tuvo mucha importancia social y política desde su creación en 1910.

de Unidad Sindical en la plaza de toros de Cádiz. Fue mi primer viaje a Cádiz, montados de pie sobre cuatro camiones de carga que salieron de la puerta del Ayuntamiento. Presencié el mitin más numeroso de mi vida. Toda esta lucha traía mucha inquietud en mi casa. Mi abuela me esperaba despierta en su silla, con un café preparado y algo de comer.

Tratando de organizar la resistencia

Ese mismo día comenzaba la feria de La Línea, y al caer la tarde sonaron los primeros disparos. Yo estaba con un numeroso grupo de personas entre la puerta del cuartel de Ballesteros y el Ayuntamiento. Allí estaban el alcalde y miembros destacados de los partidos socialistas y republicanos, para que los oficiales del ejército supieran que el pueblo estaba dispuesto a no dejarlos salir.

Al siguiente día llegaban a La Línea los *moros* de Ceuta que habían desembarcado en Algeciras[21]. Proclamaron el estado de guerra y el toque de queda, dispararon contra todo movimiento sospechoso y asesinaron a varios civiles. Se trataba de no dar tiempo a organizarse y aniquilar a toda persona con alguna influencia en un grupo político o sindical. Mi tío Juan, entusiasmado con el cambio político cuando se proclamó la República, se había vuelto de Brasil y vivía en el Huerto de los Genoveses con unos familiares de su mujer. Yo me fui a su casa.

Enmarco hasta esta fecha mi niñez y adolescencia, y mi entrega a una causa que me parecía justa. A partir del 18 de julio de 1936 los acontecimientos empezaron a forjar en mí al hombre: tengo que tomar decisiones y mi relación es con personas mayores que yo.

La clandestinidad fue para nosotros el peligroso juego que tanto atrae a la juventud y que puede resultar muy perjudicial. En nuestro caso, la pelea fue en el terreno político, con nobleza, más cándida que maligna. En cambio, el 18 de julio del 36 la cúpula militar desencadenó la Guerra Civil con toda la furia que les provocó su derrota en las urnas, sus intereses y privilegios en peligro, y el clamor del pueblo por un reparto más justo de los recursos.

Cuando entraron los *moros* todo el mundo corrió. Yo corrí, claro está, hacia donde creía que debía correr: me fui caminando por la orilla de la playa desde La

[21] El Campo de Gibraltar, zona fronteriza, fue durante los primeros meses de guerra un área estratégica, y la primera vía de entrada de las tropas de regulares marroquíes procedentes del protectorado español. Al mando de los sublevados y popularmente conocidos como "los *moros*", ocuparían ciudades y pueblos, además de participar en varios frentes de batalla.

Línea hasta Guadiaro. Muchas personas hicieron lo mismo. Allí tuve mis primeros contactos con nuestros grupos, paisanos convertidos en soldados tratando de organizar una resistencia sin saber cómo y, sobre todo, sin medios. Me incorporé a las milicias de la República y me fui a Málaga, donde se estaban formando batallones de choque. Allí me encontré con numerosos paisanos de mi pueblo.

Nos comunicaron que estaban atacando el pantano del Chorro, que aseguraba la energía eléctrica para toda la provincia de Málaga. Tomamos unos fusiles nuevos que Lázaro Cárdenas había mandado de México y nos dirigimos apiñados en camiones para Alora, el pueblo más cercano al pantano. Así nos librábamos de los bombardeos que a diario hacían los aviones sobre Málaga. Participamos en los primeros combates con más coraje que conocimiento y conseguimos establecer la línea de fuego lo suficientemente lejos para asegurar su utilización.

Allí quedó constituido el Batallón México, que junto con el Batallón Metralla, formado por anarquistas, fueron los batallones de choque de los frentes de Málaga. Una vez consolidado aquel frente nos relevaron otras fuerzas y nos fuimos para Estepona y después a Ronda. Entonces la carretera que sale de San Pedro Alcántara no estaba asfaltada, con la lluvia el barrizal era tremendo y el frente se ponía más duro. Las fuerzas traídas de Marruecos nos infligieron muchas bajas y no pudimos entrar en Ronda.

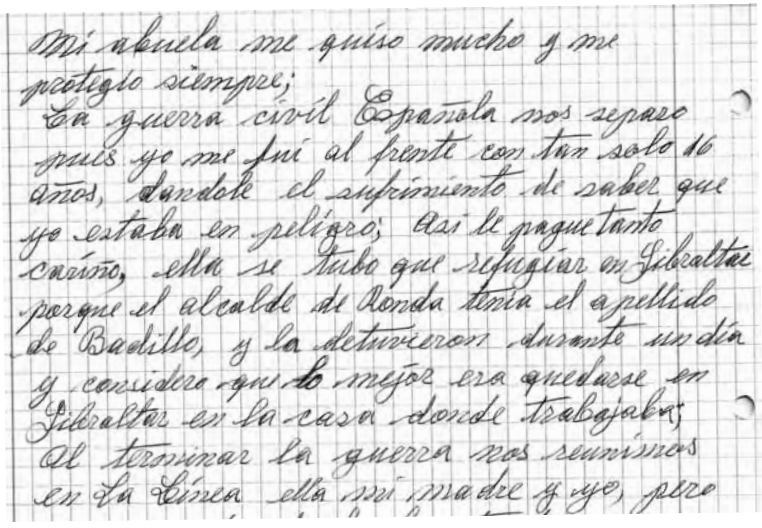
Aquí perdieron la vida muchos amigos: Ángel Pelayo, de Tarifa, Del Olmo, de La Línea, y Carmona, de Alora, son con los que más coincidí. Dardos que se te clavaban en el alma hasta hacerte salir las lágrimas. Ángel Pelayo era un poquito mayor que yo y congeniamos muy bien. Un día que veníamos en retirada llegando a Ronda, miro de lado y veo una camilla tirada en el suelo con una manta que dejaba ver el pantalón de un joven, a media pierna. Ese pantalón me resultó familiar; tiré de la manta y lo confirmé. Sólo había un chorrito de sangre pero estaba sin vida. Fue un gran impacto para mí; el primer choque fuerte que recibí.

Con este panorama te enterabas de los amigos que habían sido fusilados en La Línea. El hijo de don Antonio Gil, que había sido acalde de La Línea, tenía la edad mía y trabajaba en la imprenta. Con 16 años, cuando vinieron a buscar a su padre se agarró a él: "¡A mi padre no se lo llevan!". Fusilaron a los dos. Supe de la muerte de don Juanito el Médico, y de García Lorca, cada día más acosado y más rebelde[22].

[22] Antonio Gil Ruiz fue alcalde de La Línea entre noviembre de 1931 y julio de 1933. Respecto a don Juanito (Juan García Rodríguez), su asesinato tuvo gran impacto en la población local, dado su carisma.

Monumento a don Juanito, en una plazuela de La Línea. Fue costeado por suscripción pública y erigido en 1991.

Mi abuela consideró que era mejor quedarse refugiada en Gibraltar, en la casa donde trabajaba. Ella, que rezaba el rosario todos los días antes de comer y era ultra católica, cuando vio la actuación de la Iglesia en la Guerra Civil dejó de creer en los curas. Como de todos modos necesitaba de Dios, se hizo protestante; tal vez por su relación con Gibraltar [23].



Mi abuela me quiso mucho y me protegio siempre;
La guerra civil Española nos separo pues yo me fui al frente con tan solo 16 años, dandole el sufrimiento de saber que yo estaba en peligro; asi le pague tanto cariño, ella se tubo que refugiar en Gibraltar porque el alcalde de Ronda tenia el apellido de Badillo, y la detuvieron durante un dia y considera que lo mejor era quedarse en Gibraltar en la casa donde trabajaba;
Al terminar la guerra nos reunimos en La Linea ella mi madre y yo, pero

Pieza de escrito autobiográfico aportado por Vicente

[23] El protestantismo fue aniquilado en España por la Inquisición y se introdujo de nuevo en el siglo XIX. Durante la dictadura franquista fue perseguido con la cobertura de la Ley de Responsabilidades Políticas y de acusaciones por ideología de izquierda, o bien masónica. Gibraltar tuvo importancia en la reintroducción de esta religión en España. Aunque la mayoría de su población era y es católica (78% actualmente), el protestantismo tiene una presencia considerable, en concreto la iglesia Anglicana (7% actualmente).

Hacia febrero de 1937, cuando nos comunicaron que Málaga estaba perdida y que nos replegáramos a Motril, fuimos por grupos dispersos, sin agua, ni comida y sin lavarnos ni las manos en varios días, masticando tanto la caña de azúcar que las mandíbulas me dolían.

Tras la **toma de Málaga por el ejército sublevado**, la población civil y el ejército republicano huyeron hacia Almería. Para bloquear su marcha, los buques Canarias y Baleares se situaron frente a esta carretera, mientras ayudaba la aviación hispano italiana. Más de 150.000 personas (mujeres, niños, ancianos y milicianos) huyeron bajo sus bombas, y se calcula que hubo entre 3.000 y 5.000 muertos debido a estos ataques.

Francisco Gil contó su experiencia: "Nací en 1921 en una finca de mi padre, a una pila de kilómetros de Casares. Somos seis hermanos. En esa época los niños nacían en el campo y los *recogía* cualquiera; no había luz eléctrica y no había carreteras, nada más que burros y carros. Con once años tuve que ir a guardar vacas y dejé la escuela. Yo nací en la monarquía, cuando no había problemas, después vino la República y después el fascismo. Cuando estalló la guerra, tenía yo quince años justos y vivíamos en Sabinillas. Decían que los *moros* venían matando gente, y por el miedo nos fuimos hacia Málaga. Una noche se corrió la voz de que ya estaban los 'nacionales' en el puente y nos indicaron que río arriba había otro paso de madera camino de Málaga y Almería. Echamos seis o siete días en llegar a Almería; corriendo y sin dormir ni comer. El río de Motril lo pasamos con el agua al cuello. Cada vez que el crucero Canarias pegaba un cañonazo en dirección a la carretera, hacía añicos lo que pillaba: personas, animales y todo".

De Motril seguimos hacia Almería, y en la entrada unos controles nos recogieron las armas. Me mandaron a un hospital, ya que la sarna me tenía invadido el cuerpo y me sangraban las costras entre los dedos de las manos; ¡y no hablemos de piojos! En el hospital, cola para bañarse, frotarse con azufre hasta salir sangre, ropa limpia y un plato de comida.

Una bala en la cadera

Llegó la orden de salir para el frente de Pozoblanco, donde están ubicadas las minas de mercurio de Almadén (muy apreciadas por su valor y escasez en el

mercado mundial) para relevar a los compañeros del frente. Al llegar la noche, en las trincheras enemigas varias fogatas identificaban sus líneas para marcar las nuestras antes de bombardear. Por unos parlantes hacían sonar marchas militares y eslóganes: que no podíamos ganar porque nuestro camino era "largo" y "prieto", en alusión a nuestros líderes Largo Caballero e Indalecio Prieto, y que el suyo era "franco" y "llano". Llano aludía a Queipo de Llano, que en su día fue jefe de un grupo de carabineros y sabía tanto del contrabando como del arte militar.

A las pocas noches nos prepararon para una ofensiva. Nuestra artillería empezó el bombardeo de las trincheras. Llegamos a todo lo largo de las trincheras abandonadas por el enemigo; seguimos corriendo y de pronto salió un fuerte tiroteo de las ventanas de un cortijo donde muchos resistían, lo que nos paró detrás de una larga muralla de piedra de un metro de alto. Recibimos la orden de cercar la casa y salir de uno en uno hacia árboles o vallados de piedra, para ir rodeándolo. Salté y corrí hacia una muralla a mi izquierda, pero no llegué: un fuerte tirón en el talón del pie derecho me tumbó boca arriba. Sentía en la cadera un fuerte dolor y me quedé dormido o perdí la conciencia.

Alguien me despertó, me dio un trago de coñac de una cantimplora y me dijo, "ya vienen por ti". Por el suelo vi a muchos compañeros. Tras una primera cura me sacaron la ropa y me taparon con una manta. Me entregaron un papel en el que figuraba mi nombre, la fecha, la hora en que fui curado y los detalles primeros de la herida. Después de muchos días sin tener noción del tiempo sabía que estábamos a 27 de marzo; el mes anterior había cumplido 17 años.

Un camión nos llevó a Andújar. A mí se me había reproducido la sarna, así que me apartaron a una sala grande, con más afectados. Aquella tarde la ciudad sufrió un fuerte bombardeo de la aviación y los que no podíamos movemos aguantamos desde la cama y con tremendo miedo. Cuando el ataque pasó empezaron a traer heridos y cadáveres de mujeres, viejos, jóvenes y niños; y cuando la morgue se llenó los ponían en el suelo del patio contiguo. Los gritos y llantos de las familias se sucedieron toda la noche. Recuerdo las identificaciones, las cajas para colocar a los fallecidos y un montón de personas maldiciendo a la aviación, a los militares y a la guerra.

La bala estaba alojada en la cabeza del fémur, había producido roturas y las esquirlas del hueso estaban esparcidas. Me dijeron que lo primero era sacar la bala y que los pedacitos del hueso ya buscarían su salida. Como la cura era para tiempo me trasladaron varias veces, hasta caer en una casa grande de Sax (Alicante) habilitada para hospital, lejos del frente de la guerra.

Para cubrir el muslo y la cintura usaba varias vendas cosidas en los extremos,

en muchos casos muy manoseadas. Sufrí una infección con fiebre, estaba realmente mal y perdí peso, a pesar de que enfermeras y médicos me prestaban mucha atención. Un día el doctor, voluntario nacido en Casablanca, me preguntó por mi familia. Le expliqué que estaban en Gibraltar. Él me fue creando el ánimo del encuentro con mi madre y cuando me vio preparado la hizo pasar. Llantos y risas, alegría e incertidumbre, que en semejante estado me embargaban; un cuerpo sin fuerzas y una mente clara dibujaban el incierto futuro.

Mi madre, con 50 años.

Unas semanas antes, el familiar de un amigo había recibido una carta en Gibraltar en la que decía que yo había caído herido en Pozoblanco. Al escuchar que mi madre no sabía nada de mí desde la pérdida de Málaga, le leyó la carta. A los pocos días salía hacia Valencia un barco de Gibraltar cargado de refugiados que querían incorporarse a la lucha por la Republica. Allí se anotó mi madre y emprendió la búsqueda de su único hijo. Una familia de Sax que tenía un bar le ofreció alojamiento a cambio de su ayuda en la limpieza y haciendo tapas. Su presencia ayudó mucho a mi recuperación.

Un día me trasladaron a Torrevieja con otro grupo de heridos, y mi madre quedó en Sax. Mi herida había fistulado y las esquirlas de hueso me producían accesos inflamatorios con fiebre. Me abrían y sacaban un pedacito de hueso, pero la fístula me supuraba permanentemente por falta de medicinas; las heridas se lavaban y limpiaban con agua hervida, porque ya la escasez era generalizada.

Para evitar enchufes y acomodados en la retaguardia, el Partido Socialista había dado la orden de que sólo jubilados o heridos de guerra podían ocupar cargos políticos, así que en una asamblea me eligieron secretario general de las Juventudes. Había mucha actividad, con muchas mujeres mayores y jóvenes que participaban en las tareas del partido.

Del hospital pasé a la cárcel

Como era herido de guerra, al acabar ésta me trasladaron preso a La Línea y me ingresaron en el hospital con otros presos. En los ficheros del hospital de La Línea no figura mi estancia. No nos anotaban, por si querían hacernos

desaparecer. En el hospital estuvo conmigo un hombre que había sido alcalde en un pueblo de Almería: se había venido enfermo buscando acogida en Gibraltar, pero lo detuvieron. Una noche lo levantaron de la cama y se lo llevaron para matarlo.

Del hospital pasé a la cárcel, donde me procesaron. Se trataba de un juicio de envergadura en el Ayuntamiento de La Línea, donde condenaron a dos hombres a pena de muerte. Mi delito: haber sido voluntario en la zona *roja*. Yo afirmé que efectivamente pertenecí a las Juventudes Socialistas y fui a la guerra, pero que era obvio que con dieciséis años no tenía poder político ni poder militar.

Francisco Gil también tuvo que **participar en la guerra muy joven**. Ésta es su experiencia: "De Almería fuimos a parar a Tarragona, donde trabajamos en la agricultura. En el 37, a mi hermano le llamaron a filas. Año y medio después me mandaron al frente de Lérida, con 17 años. Cuando se perdió Cataluña, en febrero de 1939, tuvimos que pasar a Francia por la sierra. En la frontera nos hicieron dejar las armas y al llegar al primer pueblecito nos metieron en un corral de alambre como para guardar las ovejas. De allí nos trasladaron en camiones a Barcaré, un pueblo costero donde había tres campos de concentración. Estábamos entre el mar y una alambrada de dos metros de alto, para que no te escaparas; aunque hubo quien lo hizo. Había unos 65.000 hombres. Algunos catalanes que sabían francés hacían de intérpretes. Nos propusieron apuntarnos a la legión francesa; debías tener entre 18 y 40 años, y ni una cicatriz. Luego nos ofrecieron puestos de trabajo en Argelia, ganando un franco y, si el calor no permitía trabajar de día, había que hacerlo de noche. No fue casi nadie".

"Yo sabía que mi familia había pasado a Francia, porque niños, mujeres y ancianos cruzaron antes que el ejército. Escribí a los centros de refugiados españoles en varias capitales y encontré a mis padres y hermanos, que me ayudaron a salir del campo. Estuve trabajando hasta que los alemanes ocuparon parte de Francia y empezó otra guerra. Se organizó una expedición de refugiados españoles en un tren para Hendaya. Tras cruzar el puente que divide España con Francia encontramos a los guardias civiles, falangistas y soldados del ejército "nacional". Apartaron a las mujeres y los niños, y a los hombres nos fueron preguntando la edad y dónde habíamos estado. Los que decían que habían estado en la guerra los separaban; algo bueno no hicieron con ellos. Como yo era menor de edad, dije que había estado trabajando en Cataluña y punto en boca. Nos dejaron venir a nuestra tierra, donde empezamos de cero. Por haber estado con los republicanos, a mi hermano lo mandaron a un Batallón de Trabajadores en Pelayo (Algeciras)".

Me dejaron en libertad, pero la situación no era fácil para los que habíamos vuelto de zona republicana. Andrés Fuentes, un buen amigo mío, y su esposa Ana, habían tenido un hijo en Valencia. Cuando vinieron a La Línea el niño era muy chico y en el Auxilio Social no le daban su ración de leche (unos botes de leche condensada del cuartel de Gibraltar) si ellos no se casaban por la Iglesia Católica. Tuvimos que ir mi madre y yo como padrinos, se casaron y bautizaron al niño, que mientras tanto había estado tomando biberones de té[24].

Mi madre, Teresa Ricardo Badillo, en su 100 cumpleaños, con Ana, la esposa de Andrés, en un abrazo de comadre cariñosa y agradecida.

Al salir del hospital me fui a vivir con mi madre y mi abuela, que habían regresado de Gibraltar. Nos habían quitado todo; por eso no conservo fotos de mis tíos ni de ese tiempo. Ya mi abuela no podía trabajar porque era muy mayor, y cuidaba la casa. Mi madre buscó a los Levi con los que su madre y su tía habían trabajado, pero los padres ya habían muerto y los hijos se habían ido a Londres. Tuvo que empezar en casas particulares de La Línea y cuando pudo entró en Gibraltar con una familia a quien ella llamaba "los *hebreos*".

Cuando murió mi abuela, en 1950, mi esposa y yo vivíamos juntos. Se quedó mi madre sola y los Levi le hicieron un contrato para que fuera a trabajar a Londres con ellos. Fue la primera de la familia que pudo salir de España.

[24] En La Línea, en esas décadas, la leche condensada y el té de Gibraltar eran más accesibles que la leche fresca y el café.

Trabajando con *los ingenieros*

En el año 1940 me movilizaron en la llamada quinta del cuarenta y me mandaron a Cádiz, al primer Regimiento de Artillería de Costas. Como la pierna y la cadera no me habían quedado bien, me dieron por inútil y me soltaron poco después.

Por haber luchado en zona republicana no me concedían pase para trabajar en Gibraltar. En la calle Doctor Villar de La Línea se abrió una oficina del Sindicato (el único sindicato permitido durante el franquismo), donde me anoté. Me mandaron como peón a la construcción de las fortificaciones del Estrecho. Primero estuve trabajando en fortines (o búnkers) del llamado campo neutral y luego en el río Guadiaro, instalando unos cañones dobles que habían tomado de los barcos. Había compañeros que estaban concentrados en Batallones, en Sierra Carbonera: les llamábamos "los castigados"[25].

Un día llegaron a los fortines unos hombres que informaron a los obreros venidos de Guadiaro que tenía dejar ese trabajo para ir a sembrar arroz. El capitán preguntó, "¿quién ha dicho eso?". "El patrón de ellos", le respondieron. Ese día no se fue nadie, pero al día siguiente, según llegamos apartaron a los de Guadiaro y los despidieron para que fueran al arroz. Esa es la fuerza que tenían los terratenientes[26].

Viendo que no tenía trabajo en La Línea, hacia 1942 me fui a la construcción del puerto de Tarifa. Con un constructor de La Línea salíamos los lunes en un camión lleno de gente y volvíamos los sábados por la tarde. La distancia es de unos 45 kilómetros. Empecé cargando camiones de arena con una pala y ganaba 7 pesetas diarias, después de pagar el rancho. Franco vino de gira y visitó el puerto de Tarifa. Nos avisaron a los que habíamos estado en *la otra zona*, que no fuéramos esa semana, porque nos podían meter presos. Unos cincuenta obreros hicieron formación ante Franco, con las palas y los picos delante. Franco se quedó

---

[25] Al empezar la Segunda Guerra Mundial, las autoridades franquistas emprendieron la fortificación de la costa gaditana, desde Conil hasta el río Guadiaro. Entre 1939 y 1944, militares, civiles y unos 15.000 prisioneros republicanos construyeron 498 fortines, además de baterías, refugios, puestos de vigilancia, observatorios y 185 kilómetros de caminos para permitir la movilidad del ejército.

[26] En el año 1901 se autorizó a una sociedad de la familia Larios el cultivo de arroz en San Martín del Tesorillo. Con su encharcamiento, la zona se convirtió en foco endémico del paludismo (malaria), por lo que en 1917 se prohibió sembrarlo. Juan March compró la sociedad en 1929 y tras la Guerra Civil consiguió nueva autorización. Y aunque reapareció el paludismo, el cultivo siguió hasta los setenta. Juan Maestre afirma en un estudio sociológico que la influencia de los latifundistas, junto con la del Ejército y Marina, reducían considerablemente la autoridad local y provincial (Juan Maestre, 1968:42).

impresionado de la gran obra que aquel pequeño grupito de trabajadores había realizado y les regaló una semana de sueldo.

Ante la necesidad de trabajadores españoles en las obras de Gibraltar, el gobernador militar de El Campo de Gibraltar hizo un acuerdo con el gobernador militar de Gibraltar para dar pases a dos mil trabajadores[27]. Hacia 1943, y después de hacer unas colas tremendas, a muchos de los que nos lo habían negado previamente nos dieron permiso para cruzar la frontera.

Gibraltar estaba entonces dividido en tres pueblos: La Farola, alrededor del faro de Punta Europa, donde vivían italianos y malteses, con casas más baratas; La Caleta (*Catalan Bay* o Bahía de los Catalanes), al lado de Levante, con pescadores genoveses, sobre todo; y Gibraltar propiamente dicho. Por detrás de La Farola había un terreno muy grande que le llamaban *The Governor's Cot* (el Coto del Gobernador), donde llamaba mucho la atención una estatua de un perro: el Gobernador tenía enterrado allí a un perro suyo, que había matado por error en una cacería.

Me puse a trabajar con los *ingenieros*, como llamaban a los ingenieros militares ingleses. Éstos hacían trabajos de instalaciones militares, hospitales y sus propias viviendas o lugares de ocio. Una de las primeras obras que hice fue un hospital militar cerca de La Farola, y después doce bloques de casas destinadas a los médicos que trabajaban en el hospital.

El *forme* o capataz necesitaba un contacto con los obreros, y generalmente ponía de encargado a un gibraltareño que supiera inglés (pues no todos los gibraltareños hablaban esta lengua). Con él tenían más confianza, y como encargado cobraba más. El *forme* le explicaba en inglés al encargado lo que debía hacerse. Éste no dominaba la técnica del trabajo: miraba al plano y no entendía bien, así que buscaba a otro del grupo que supiera de construcción, para que le ayudara en español.

Durante mi estancia en Tarifa había hecho un curso a distancia de técnico constructor con una escuela de Barcelona. Aprendí lo que es una citara, un muro, como se enlaza un tabique con una pared, cómo se traza un cimiento si es arena o si es tierra, cuántos metros salen de tierra... Esto me fue muy útil, porque pude trabajar como ayudante.

Cada oficio o categoría tenía un salario estipulado. Lo que yo ganaba en libras como albañil, que era mi empleo declarado, tenía que cambiarlo a pesetas

[27] El gobernador militar de El Campo de Gibraltar era la máxima autoridad sobre la población civil y militar. Hasta 1977 no existió en la comarca un gobierno civil.

al precio que España quería. El cambio se registraba en una libreta llamada *libro de cambio*, que posteriormente exigían al renovar el pase semestral. De lo que cambiaba en la aduana, le daba parte a mi novia y ella lo iba reuniendo.

Por las tardes, y los sábados y domingos, trabajaba por mi cuenta arreglando cocinas, baños o lo que me pidieran. Esos trabajos los ganaba aparte y no estaban sujetos a control. Las libras que cobraba por ellos las cambiaba en el mismo Gibraltar *al estraperlo* y las pasaba escondidas, porque no me dejaban pasar más divisas de lo establecido por mi categoría.

EL PASE DE ACCESO DIARIO Y EL *LIBRO DE CAMBIO*

El pase de acceso diario

Anteriormente a 1936 no se exigía documentación para entrar y salir de Gibraltar entre el amanecer y la puesta del sol, pero en la frontera habían de hacer largas colas para ser registrados. Tiempo atrás, unos cañonazos marcaban el final y el inicio del toque de queda en la plaza militar. La hora límite para salir de Gibraltar eran las diez de la noche, y a partir de esa hora se exigía un permiso especial; esto se mantendría en décadas posteriores.

A partir de agosto de 1936 se exigía un documento para entrar y salir de Gibraltar durante el día, que duraba seis meses y se gestionaba en la Delegación de Fronteras (situada cerca de la frontera). Su máxima autoridad, el Jefe de la Frontera Sur, fue hasta 1965 el coronel José María Picatoste Vega. Antonio Casablanca añade: “Cuando conseguías el pase español, para pasar la frontera española; buscabas en Gibraltar contrato de trabajo y gestionabas el pase inglés (para la frontera inglesa), rápido y de balde, en el *manpaua* (*Manpower*, oficina de empleo). La policía inglesa no te hacía gastar dinero en la foto; te la hacían ellos mismos, de frente y de perfil y con un numerito debajo, como a los criminales. De paso, ya te tenían registrado”.

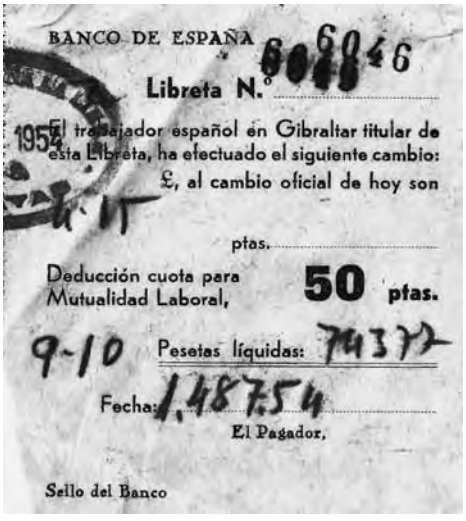
El *libro de cambio*

Este sistema se puso en práctica en enero de 1943. Para otorgar el pase se exigía un certificado expedido por el patrono gibraltareño, que indicaba el salario semanal que abonaría al trabajador según su categoría de trabajo (albañil, ayudante de albañil, oficial...). Junto al pase, se entregaba al trabajador el *libro de cambio*, una libretilla

con veintiséis hojas, correspondientes a las veintiséis semanas de un semestre. Los viernes era el día de cobro en Gibraltar. Este libro había de presentarse semanalmente en una sucursal del Banco de España para hacer el cambio de libras a pesetas, en función de su salario oficial. En el Banco de España la libra (moneda inglesa) se compraba a un precio mucho menor que en un banco de Gibraltar o en el mercado negro. Esto le reportó al gobierno español una cantidad de divisa enorme.

Cuando se cambiaba en el Banco de España, entregaban un recibo al trabajador y se dejaba la matriz del libro como comprobante del cambio. El pase para acceder a Gibraltar tenía una duración de seis meses, y para renovarlo había que presentar el *libro de cambio*, que justificaba el cambio de moneda semanal a lo largo de los seis meses.

En un artículo titulado "La plácida extorsión", José Luis Chamizo recuerda: "Si podía, esperaba a mi padre a la salida de la aduana y me ponía en la cola de las oficinas del banco para realizar el cambio y evitarle soportar esas horas de pie, después de su jornada de trabajo y en una explanada desprotegida del calor del verano y del frío y la lluvia del invierno. Esto lo hacían muchos familiares. La actualización de pensiones y abono de atrasos por los gobiernos británico y gibraltareño, sin duda muy positivos, son calderilla si los comparamos con el expolio al que los trabajadores españoles fueron sometidos por su propio gobierno durante veintiséis años" (adaptado de José Luis Chamizo, 2007).


BANCO DE ESPAÑA

Libreta N.º 60846

1954

El trabajador español en Gibraltar titular de esta Libreta, ha efectuado el siguiente cambio:

£, al cambio oficial de hoy son

ptas.

Deducción cuota para Mutualidad Laboral, 50 ptas.

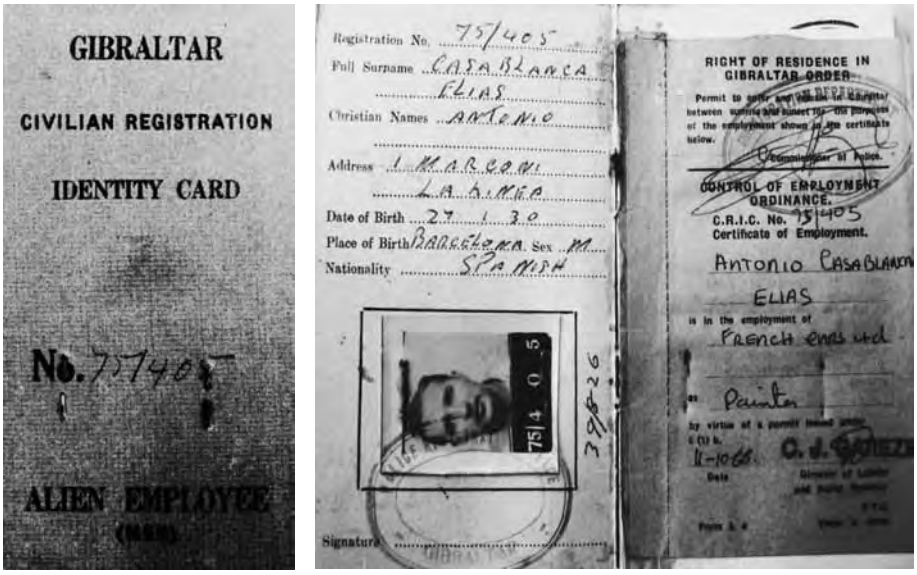
9-10 Pesetas líquidas: 74372

Fecha: 1,487,54

El Pagador,

Sello del Banco

Justificante de cambio de una libreta del año 1954. La cantidad de 9 libras y 10 chelines eran, al cambio del Banco de España, 1.487,54 pesetas.



Portada e interior del pase inglés para los trabajadores extranjeros (*Identity Card, Allien Employee*) de 1968. Figuran los datos personales del trabajador, su ocupación y el nombre del empleador.

Trabajé también con *los ingenieros* en las fábricas de la luz de los túneles de Gibraltar. Había oficiales del cuerpo de ingenieros de Canadá dirigiendo el trabajo. Los túneles se entrecruzaban a diferentes niveles y la base de cada uno servía de pilar. Después hacían unos taladros con cables que enlazaban con el túnel superior e inferior. Hicimos unas habitaciones grandísimas y, aunque estaban dentro de la piedra, había que ponerles techo, porque entraba mucha agua.

Los altos cargos definían las operaciones militares sobre unos paneles enormes, y veíamos las maquetas donde ubicaban los barcos sobre el Mediterráneo. Cuando tiraban de las cortinas y quedaban al descubierto los paneles, nos sacaban a nosotros fuera. Metieron aire acondicionado desde la calle hasta la misma oficina del almirante. Y en el cuarto de hora que nos daban a media mañana para tomar el té, los trabajadores íbamos al *nafi*[28] y coincidíamos con los oficiales de la marina. A mí me impresionaba el respeto de esa gente: si yo quería apartarme de la cola para dejar paso a un oficial, él se situaba detrás y me decía, "tranquilo, hombre".

[28] La palabra viene de la sigla NAAFI: *Naval Army Air Forces Institute*, o Instituto para los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire; que provee de comedores, tiendas y servicios para el personal militar británico.

En la prisión de San Roque

Antes de acabar la guerra mundial se empezó a organizar en la clandestinidad un Frente de Unidad Nacional con todos los partidos políticos. Esperaban que cuando los aliados desembarcaran en Europa, en España se forzaría un cambio, y se trataba de estar preparado para hacerse cargo de la situación. Yo representaba a las Juventudes Socialistas. Gabriel Baldrich, el que hizo el pasodoble de La Línea, también estaba aquí[29]. Esto nos condujo otra vez a la prisión. Una noche alguien entró en mi barraca y me puso una linterna en la cara. Me esposaron y revolvieron la habitación en busca de algún papel. En esas fechas ya tenía novia; se llamaba Teresa Almagro.

TERESA ALMAGRO

Como éramos novios, Vicente ponía la dirección de mi casa en sus documentos. Una noche llaman al portón del patio y mi madre la pobrecilla les dice sin pensarlo, "Vicente no vive aquí, vive enfrente". Fue la noche más mala de mi vida. Al amanecer entré en su casa y vi los colchones abiertos, ¡Dios mío! Y no sabía dónde se lo habían llevado. A su madre le tocaba dormir en Gibraltar, la abuelita se quedó sola y otro vecino que también había estado en la guerra la recogió. Alguien me avisó que estaban detenidos en La Línea, pero no pudimos visitarlos hasta que los llevaron a San Roque.

A la prisión había que llegar caminando por la *trocha*, y mi madre no quería que fuera con gente desconocida. Me hice amiga de las mujeres de otros presos. Yo tendría unos 16 años y era la única soltera. El día que nos tocaba visitarlo, en una ollita con una cuerdecita le llevaba un *puchero lavao* que hacía la abuela. ¡Los *zambaleones* que le daba! Me lo iba echando en las piernas y al llegar, la ollita estaba por la mitad. Una de las mujeres traía a dos niños chicos y estaba embarazada. Hablábamos desde lejos con los hombres, con dos rejas por medio, y yo levantaba a uno de los niños, para que lo viera su padre.

[29] Baldrich, escritor, poeta y periodista, nació en Melilla en 1915 y siendo joven se instaló en La Línea. Fue herido en la guerra, y estuvo en la cárcel y en un Batallón Disciplinario.

Como yo trabajaba en Gibraltar, empezaron a echarme culpas. Luego vieron que era el más joven y no podía tener tanta responsabilidad. Aquí no se pudo organizar nunca una resistencia, porque no teníamos salida. La frontera de Portugal no daba oportunidades, y Gibraltar menos que menos. Los que estaban realmente comprometidos y sabían que los iban a eliminar estaban en la sierra.

Yo tenía relación con un tal Omar, *hebreo*, que tenía la panadería de Amar. Era masón y republicano, apreciaba a la gente de La Línea y dio cobijo a muchos de ellos. Omar se ofreció a llevarme a Gibraltar y esconderme en su casa mientras podía coger un barco. Pero Julio Sánchez, secretario del Partido Comunista, que había trabajado conmigo en la imprenta y que estaba refugiado en Gibraltar, le dijo que eso no convenía: cuanta más gente en las cárceles, más se demostraba la rebeldía y el partido tendría fuerza para hacer frente a Franco.

TERESA ALMAGRO

> Cuando nos avisan que se los llevan para Sevilla, las mujeres acudimos para verlos salir. Iban esposados de dos en dos, escoltados por la Guardia Civil y caminando hasta la Estación de San Roque, para coger el tren. Yo fui a su lado. Cuando llegó el tren los metieron a empujones para dentro.

Íbamos a disposición del Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo; sin ser yo comunista y sin ser masón. En la cárcel de Sevilla estuve entre tres y cuatro meses. Un día, antes de salir del galpón donde dormíamos en el suelo más de cien tíos, supimos que los aliados habían desembarcado en Normandía: lo había escuchado por la radio un preso que era ayudante del cura. Fue un trauma para los funcionarios de la cárcel, que decían: "¡estos cabrones nos van a ganar la guerra metidos aquí!"[30].

Un paracaídas de seda natural

Salí de prisión antes de acabar la Segunda Guerra Mundial y me casé en 1947. Para casarnos habíamos alquilado en Menéndez Pelayo una habitación y una cocina; lo que se llamaba un partido. Trabajé en esos años construyendo los *glacis*, unos edificios en el campo de aviación donde dormían los aviadores y también los gibraltareños retornados que habían sido evacuados al empezar la Segunda Guerra Mundial.

[30] El 6 de junio de 1944 desembarcaron en las playas de Normandía soldados de los ejércitos aliados en la Segunda Guerra Mundial. Se inició así la ocupación de Europa, entonces bajo el poder de Hitler.

TERESA ALMAGRO

A los *glacis* llegaba material del campo de aviación que no servía, y aparece un día Vicente con un paracaídas de seda natural de los que se usaban para tirar paquetes. Una tía mía que era muy ocurrente me sugiere, "si no te puedes gastar dinero en un vestido de novia, ¿por qué no te lo haces del paracaídas?". Y eso hice. Ahora pienso que, en una habitación con dos camas, ¿cómo pude cortar eso tan grande y tan empantanado? Una vecina me dijo, "Mira si te sobra algo de telita, para hacerle un vestidito a la niña...". Y con los recortes le hice camisitas a mi primer hijo. Vicente tomaba también unos cojines muy buenos, y yo hacía mantelitos y ropita para los niños.

Cuando vi que no me venía la regla, supe que estaba embarazada. Vicente escribió este bello poema, a propósito de ese momento:

Vicente y Teresa, en La Línea, hacia 1948.

En la enorme y sublime
hoguera del deseo
se templaba nuestro amor,
se quemaban nuestros cuerpos
con locura, con pasión.

Era la entrega total,
era la consagración
cuando aquel día me dijiste
que éramos tres, y no dos.

Entonces casi nadie veía un médico ni se hacía un análisis. Estando en la cocina me dio un dolorcito y me vi algo de sangre. Vinieron mi madre, Vicente y la abuela. Teresita la partera, que también había atendido a mi madre, dijo que eso todavía tardaba, y Vicente se fue a su trabajo en Gibraltar para avisar

que su mujer iba a dar a luz. Te forraban la cama con papel de periódico para no manchar. Yo lo iba reuniendo día a día, ¡para que el niño llegara bien ilustrado! Tendida en la cama, colocaban tras del cabecero una sábana para hacer la fuerza cogida a esa sábana.

En la habitación de mi casa que daba a la calle puse un taller de costura con cuatro muchachas que me ayudaban y aprendían. Cuando llegó mi primer hijo, el taller siguió funcionando y el niño era el juguete de las chicas.

El contrabando grande

TERESA ALMAGRO

Como todo era arena o tierra, en el invierno se inundaba y los niños y los mayores usábamos botas de agua sin calcetines. ¡Cogíamos unos sabañones...! Antes de la guerra, cuando no exigían pase en la frontera, el día que amanecía lloviendo cogía uno a los niños y se iba a Gibraltar para comprarles botas de agua, sin mayor problema. O íbamos con unas alpargatas viejas, comprábamos unas zapatillas de deporte y antes de llegar a la frontera tirábamos las viejas y nos calzábamos las nuevas.

Nuestro médico se llamaba don Manuel D' Hervel, y cuando llegó a La Línea no tenía nada. Cuando Vicente volvía de Gibraltar le emprestaba a don Manuel su bicicleta, para que hiciera los mandados y para ir a ver a los enfermos. En una ocasión vino un conocido a mi casa: "Ay Teresita, tú que tienes pase para Gibraltar...", y me pidió que le consiguiese penicilina. Me pongo un abrigo de mi hermana de mangas anchas para guardarme los paquetes y hago el encargo. Tras el registro de la matrona, muevo los brazos y el bulto se va para abajo. Me lo quitó, ¡y era un dinerito!

EL CONTRABANDO DE PENICILINA

La penicilina se empezó a comercializar en 1943 y hasta 1951 no se fabricó en España. Antonio Sotillo, que trabajó en Farmacia desde los 14 años, explica: "Cuando la penicilina no se fabricaba, Sanidad daba un cupo de venta legal a los colegios farmacéuticos de cada provincia, pero se lo repartían entre ellos y casi no llegaba a la gente. Cuando uno estaba

gravemente enfermo, ponía en venta lo que hiciera falta para conseguirla de contrabando por Gibraltar, Ceuta ó Tánger (que la traían los barcos pesqueros, por ejemplo). Y venían de toda España a recogerla". Este medicamento también llegaba por Andorra y Francia.

José Araújo nació en Tarifa, y siendo pequeño su madre murió de tuberculosis: "Era una mujer alta, rubia, de buen ver; ¡y en lo que se convirtió! Tenía mi madre un primo que trabajaba en los barcos de Gibraltar y contrabandeaba con eso; se ofreció a comprarlo con su dinero. Mi madre se puso 42 tarritos de estreptomicina, y cada uno costaba 250 pesetas. Entonces mi tío (hermano de mi madre) ganaba veinticinco pesetas al mes, trabajando como maestro (supervisor) en una fábrica de pescado. Mi madre murió a los tres años de acabar el tratamiento, y pasados varios años más, mi tío terminó de pagar la deuda".

La penicilina se contrabandeaba en grandes cantidades y en pequeñas. Francisca Aguilar dice, "la mayor parte del contrabando de penicilina lo hacía la gente de dinero, no el que iba a pie". Miguel Mougán, párroco en la barriada de El Conchal entre 1952 y 1964, recuerda: "La atención sanitaria que había en El Conchal era la que yo llevaba, y cuando un pobre lo necesitaba, le comprábamos la penicilina en Gibraltar. Yo pasaba todas las semanas y se la mostraba a los policías de frontera, que ya me conocían".

En alguna época de necesidad, yo me levantaba a las seis de la mañana para entrar en Gibraltar. Cogía varios *cuarterones* de tabaco en un lugar convenido, me los colocaba en la *canana*, y vuelta a la aduana. Llegaba ante el carabinero español[31] y le daba la consigna: "El sol saliente". "Pasa". Me la traía a mi casa y me iba de nuevo corriendo a Gibraltar, para trabajar. Cuando el que hacía el encargo venían a buscar el tabaco a casa, me daba lo acordado.

José Luis Rodríguez detalla: "**Las *cananas*** eran una especie de cinturón donde se ataban los *cuarterones*. Se doblaban por la mitad dos cuerdas paralelas, anudada cada una por el extremo doblado, y se ponían los paquetes o *cuarterones* de tabaco uno a uno, amarrados por arriba y por abajo con la cuerdas. Al llegar al final se ataban las cuerdas a su inicio en bucle, formando el cinturón".

[31] El cuerpo de carabineros se deshizo en 1940, y sus miembros se integraron en la Guardia Civil. Cuando se alude a hechos anteriores a 1940, se trata de carabineros; si son posteriores, se refieren a los guardias civiles que hacían servicio en la frontera o que vigilaban el contrabando.

El contrabando grande lo hacía el que tenía medios para ello; el obrero, poca facilidad ha tenido, más allá de pasar el *cuarterón* de tabaco. Recuerdo que en junio de 1951, mientras estaba con *los ingenieros*, me tomé una semana de vacaciones junto a otro compañero para trabajar de albañil haciendo el mostrador, el alicatado y otras cuestiones en una tienda de un tal Révora, en la calle Real de Gibraltar. Un día llegó a Gibraltar el hijo de Queipo de Llano, que era comandante de la base militar de Sevilla, se fue a un hotel y entregó una lista larguísima de encargos a su chofer: penicilina, coñac, bujías... En la tienda de Révora le consiguieron todo y lo cargaron en el coche. En la aduana lo saludaban militarmente y tiraba de vuelta para Sevilla.

TERESA ALMAGRO

> Esteban Révora tenía coches de caballos que le pasaban la carga de Gibraltar a La Línea, y tenía gente pagada que le transportaba por el campo ese tabaco. Una vez, su cochero le llegó diciendo que le habían quitado el tabaco en la aduana; supongo que el pobre hombre vendió el tabaco por necesidad. Él sabía que no se lo podían haber quitado, porque ya lo tenía acordado con la gente de la aduana. Como era un bestia, le dio una paliza al cochero que por poco se lo carga.

Por lo que he visto y vivido, puedo decir que la aduana de Gibraltar era un centro de corrupción global, desde el más bajo nivel hasta las grandes alturas, y que lo manejaban entre los jefes. En mi estancia posterior en otros países comprobé que eso sucede en todas las aduanas del mundo; todas son corruptas al máximo.

Estaba deseando irme de España

TERESA ALMAGRO

> Para 1954 ya teníamos dos niños y una niña. Yo cosía y Vicente trabajaba con *los ingenieros*, pero estábamos bastante malitos de dinero. En ese tiempo, para emigrar a América necesitabas una "carta de llamada" de alguien diciendo que se hacía cargo de ti o que te daba trabajo. En Brasil no la pedían, pero había que trabajar duro en la *facenda* para costearlo. Mi prima Eugenia vivía en Argentina desde que llegó de Melilla con sus hijas, y se había casado con una persona pudiente. Hacia 1954 le escribo contándole que nos queremos ir, y ella me responde que su marido nos podía hacer "carta de llamada", ayudarnos con el pasaje y acogernos en su casa.

Vicente con los tres niños, poco antes de embarcar, hacia 1954.

Yo estaba deseando irme de España. Un brigada de la Guardia Civil retirado me arregló los pasaportes a cambio de tres mil pesetas, más el pago de varios viajes a Cádiz. Como no me fiaba, las últimas mil pesetas se las pagué cuando ya estábamos dentro del barco. En esos años aún me tenía que presentar cada quince días en la comandancia, porque estaba en libertad provisional. Después de marcharme vinieron a casa preguntando por mí, según me contaron los vecinos.

TERESA ALMAGRO

> Cuando estábamos en el puerto para embarcar, vino a despedirnos una amiga de mi madre, acompañada de una niña que tenía tos convulsiva, ¡y se lo pegó a los tres niños! Fernando tenía seis años, el segundo tenía tres años y medio, y la niña uno y medio. Mis primos de Argentina me encargaron ropa de nailon y, como mi suegra estaba en Gibraltar, nos dio también ropa. Unos *cucos* (bragas) negros me provocaron una urticaria de la cintura hasta las ingles. ¡No veas qué viaje, con los tres niños enfermos, tosiendo, y yo rascándome![32].

Tardamos veintitrés días en hacer el viaje. Como era un barco de carga y pasaje a la vez, mientras descargaba en Brasil teníamos oportunidad de bajar. ¡Estábamos deseando pisar tierra! Nos impresionó la fruta de Brasil, por su

[32] La tos convulsiva o tos ferina está causada por una bacteria, se transmite con mucha facilidad por vía aérea o por contacto con las secreciones, y tiene un periodo de incubación de 7 a 14 días. Causa cientos de miles de muertes cada año, la mayoría en niños y niñas. En España la mortalidad por tos ferina disminuyó a partir de los años cincuenta.

exagerado tamaño. Y cuando nos tomamos el primer café, nos plantan en la mesa un azucarero enorme: echabas el azúcar y girabas la cabeza a un lado y a otro con vergüenza, como si estuvieras haciendo algo malo, ¡porque eso en La Línea era imposible!

Cuando era pequeña, Francisca Barroso tomaba **posos de café con regaliz.** A Isabel Álvarez le daban café de algarroba, de cebada y de garbanzo tostado, con un caramelo: "Te ponías el caramelo en la cuchara y lo ibas chupando con cada buche de café o de té. Mi hermano se comía el caramelo antes que el café y luego decía, ¡Mamá, dame otro, que esto está amargo!". Los caramelos que acompañaban al café se compraban en Gibraltar, aclara Maruja.

TERESA ALMAGRO

En Argentina, la primera vez que mi prima me manda a la carnicería me dice, "pide cincuenta centavos de hueso con tuétano". Me dieron un hueso rodeado de un pedazote de carne, llegué asustada donde mi prima y le dije al oído, "¡se han equivocado!". Y me dice, "no mujer, eso es lo normal".

Los padres de Teresa, Fernado y Bárbara, su hermana Mari Carmen y sus sobrinos, en Mendoza (Argentina).

En 1955, a los nueve meses de salir, tiramos de los viejos; nunca los dejamos atrás. Primero vinieron a Mendoza (Argentina) los padres de Teresa y su hermana. Su madre vivió feliz al salir de España, donde tan difícil le había sido la vida.

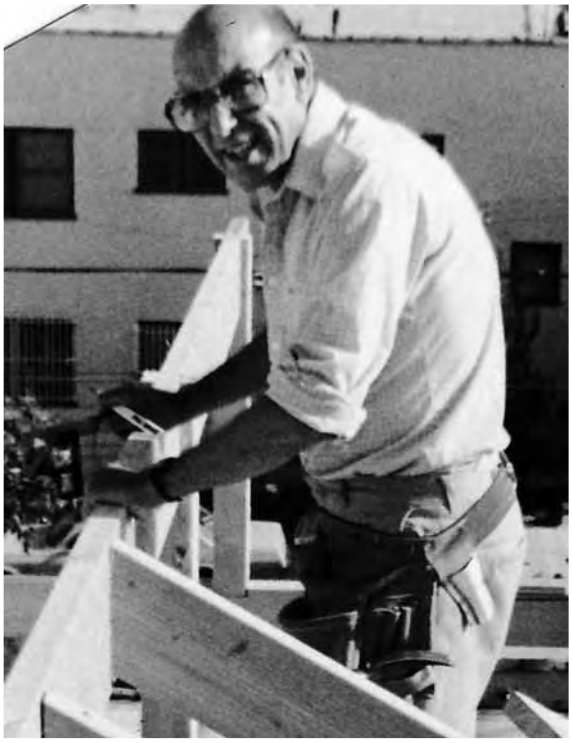
Al estar con nosotros los padres de Teresa, mi madre, que estaba trabajando en Londres, también quiso venir. La trajimos, pero yo no quería que trabajara en Argentina: cuando al año se le cumplía el visado se volvió, porque no aceptaba estar sin trabajar. Después yo enfermé muy grave y ella se dijo, "Mi sitio es con mi familia". Desde entonces no se separó de nosotros. Había trabajado en Londres diez años: en la casa de los Levi y en un hospital; eso le sirvió para que le dieran una jubilación. Ha muerto en La Línea, con 101 años.

TERESA ALMAGRO

Derrumbaron a Perón en 1955 y después Argentina fue el desastre: una dictadura militar tras otra, lo que empeoraba la economía. Hasta que decidimos trasladarnos a Los Ángeles (California). Como en Argentina me había dedicado a hacer algunos vestidos de novia, me empleé en una fábrica de costura; pero me pusieron con una máquina de fuerza industrial que no podía manejar, y me echaron. De allí me fui a otra fábrica y a otra, hasta que fui dominando la máquina. En una fábrica que hacía cuellos de camisa, me pagaban cincuenta centavos de dólar por cada docena de cuellos; ¡había que trabajar duro! Luego entré con un diseñador de alta costura, cuyo trabajo más importante era manual, lo que yo había hecho siempre. Aquí trabajé diez años.

Un tiempo después se reunieron con nosotros mis padres y mi hermana con su familia. Mi padre murió en 1976, a los 86 años. Mi madre envejeció rodeada del cariño de sus hijos y nietos, pues con su carácter se ganaba el afecto de todos. Murió en Los Ángeles a los 92 años.

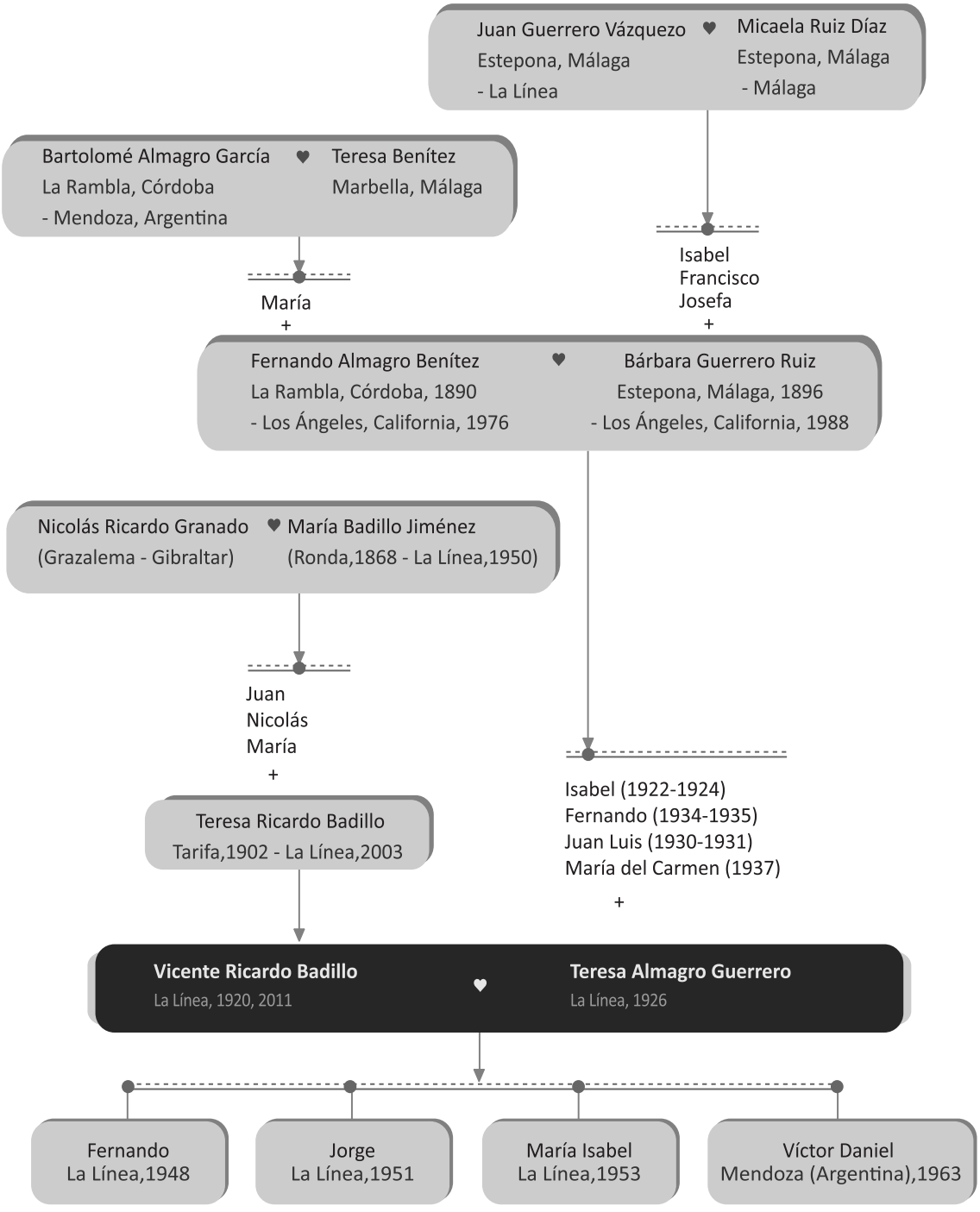
Desde que murió Franco en 1976, tras 22 años de salir de España, cada dos años veníamos a La Línea. Disfrutábamos con los conocidos que todavía teníamos, y los hijos de aquellos amigos se hacían amigos de nosotros. En el año 91 dejamos los cuatro hijos en California, ya casados, y regresamos al pueblo.



Trabajando en *Ricardo Constructions*, una empresa que monté con mi hijo en Los Ángeles. Hacia 1975.

He vivido en California diecisiete años. Fui presidente de la casa de España de Los Ángeles cuando la guerra de Nicaragua y de El Salvador, y en consecuencia estuvimos vigilados por la CIA. En La Línea me incorporé a la Cruz Roja como voluntario. He sido presidente de Cruz Roja durante nueve años. Cuando marché a Argentina ya tenía 35 años y había trabajado desde los 12 años, pero no figuro como trabajador en la Seguridad Social de España, así que tengo una pensión no contributiva. Ahora estoy descansando.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE TERESA ALMAGRO Y VICENTE RICARDO



FRANCISCA AGUILAR MARTÍN

3

Me iba con mi abuela a trabajar

Me llamo Francisca Aguilar y soy la más chica de nueve hijos que tuvo mi madre. Nicolás nació en 1909, Ángela en 1911, José en 1913, Ana en 1921 y yo en 1925. Cuatro hermanos murieron de niños; yo no les conocí pero recuerdo que en casa se hablaba de Joselito, Dieguito, Andreíta y otro más.

Salí del cuerpo de mi madre metida en una gasa, y por eso decían que yo *tenía gracia*. Y será verdad, porque muchas veces he soñado o presentido alguna cosa y he sabido lo que iba a pasar. La comadrona que atendió a mi madre se llevó la gasa para hacer reliquias: la secó, la cortó en trozos y se lo daba a las mujeres, que la colgaban a los niños que no sacaban los dientes, para que no les echaran mal de ojo[33].

Mi abuela Ángela, la madre de mi madre, era de Almuñécar y se casó con un catalán antes de ser mayor de edad. Mi madre nació en Almuñécar. Después mi abuela se divorció y se juntó con otro hombre. Mi abuela Francisca, la madre de mi padre, era gallega y se murió con 110 años. Se juntó con mi abuelo Andrés, que era de Ubrique de las Petacas (el otro pueblo se llama Ubrique de las Planchas). Mi padre decía, "yo he nacido en el sitio del cuero", y yo repetía de pequeña, "mi padre trabaja encuero". No que estaba desnudo, sino que era del pueblo donde se trabajaba el cuero.

Cuando la República nos daban en la escuela el *babi*, la combinación y las braguitas, que tenían una puntillita colorada bordada[34]. El grupo escolar de Santiago lo hicieron en el cementerio viejo, que yo me ponía a jugar y sacaba las tapaderas de las cajas. Las niñas cuando estábamos en el baño, decíamos que aparecía la cajita de un niño chico. Y contaban que de noche se veía una sombra, como un hombre de pie.

Siendo yo pequeña, había hombres que se sentaban en el suelo junto a los portones de los patios para cantar, y las vecinas salían a escucharlos. Les faltaban los brazos o las piernas, y mi madre me dijo que era porque habían trabajado en las minas de Asturias. Cantaban canciones por las calles y las vendían impresas en papelitos rosas. A mí se me quedó grabada esta canción:

---

[33] Al nacer el bebé, el amnios puede quedar pegado a su cuerpo. En ese caso se dice que la criatura ha nacido en zurrón, en tul, en gasa, o enmantillada, y en pueblos de Andalucía, de América y anglosajones esto se relaciona con su buena suerte y con cualidades para curar.

[34] A Teresa Almagro, cuando entró en la escuela pública de la Segunda República le dieron tela para el *babi.*

Cuando el maquinista vio
la rueda llena de sangre
mandó parte a la Justicia,
a su padre y a su madre.

Madre, que la tierra me llama
yo no me quisiera ir,
porque me dejo una rosa
y un capullo a medio abrir.

Cuando a ti te estén poniendo
tus zarcillitos brillantes,
a mí me estarán poniendo
cuatro velas por delante.

Cuando a ti te estén poniendo
tu vestidito azul,
a mí me estarán llevando
metido en el ataúd.

Cuando a ti te estén poniendo
tus mediecitas de seda,
a mí me estarán echando
espuertecitas de arena[35].

Mi abuela Ángela servía en Gibraltar en la casa de Olga Danino, gente trabajadora que vivía en un patio grande, que se podía permitir tener alguien en casa porque tenían más sueldo que aquí[36]. A veces me iba yo con ella a Gibraltar. Mi abuela decía, "yo traigo a Francisquita para que aprenda y me ayude", y me ponía un banquito para que subiera a fregar los platitos. Le decía Olga, "¡Ay, *seña* Ángela, que es muy chica; déjela usted que juegue con mi niña!".

Yo veía que era gente muy cariñosa. Llegabas, "venga, mi alma, que te vas a tomar un poquito de café". En Gibraltar no pagaban mucho, pero daban más que

[35] Pieza de un romance popular en Canarias. Tiene versiones en muchos lugares de la Península.

[36] Danino es apellido de origen genovés.

Mi abuela, Ángela Castillo, en la azotea de la casa de Gibraltar donde servía.

aquí y, cuando te ibas para La Línea, te llenaban el bolso de regalos. Nos daban ropa y nos daban *mandaítos* al salir: comida, pan, el jabón azul, café, azúcar... Para que no le tiraran el azúcar en la aduana, mi abuela llevaba una botella de café y el azúcar disuelto; esto le servía luego para endulzar el café[37].

Con siete u ocho años me fui a bregar en una casa de La Línea: cuidaba a una niña chica llamada Carmen, que tenía cuatro años. Cuando marché la niña lloraba por mí. El día en que abrieron la frontera ella, con más de cincuenta años, fue la primera que pasó de Gibraltar a La Línea[38]. No eran gente de dinero, eran trabajadores. Me daban siete pesetas al mes; ¡un capital!

En las casas de La Línea nos tenían *esmayás* y nos trataban con la punta del pie. Recuerdo que un día estaba la señora en la mecedora con la hija pequeña; yo pasé por detrás con el biberón, que lo había lavado, y me lo tiró al mecerse. Se partió el biberón y empezó ella a chillarme. El marido la regañó: "¿No ves que es una niña?".

Estaba el cielo muy revolucionado

A mi hermano Nicolás lo echaron de la escuela porque le dijo el maestro a mi madre, "Ascensión, el niño sabe más que yo. Si va a estudiar algo, puede ir a otro centro". Pero entonces no existían sitios para estudiar los pobres. Nicolás era muy trabajador, y estuvo de *ditero* (vendedor a plazos) y de verdulero en La Línea. Luego entró de panadero junto con su hermano José en la confitería de Risso en Gibraltar[39]. Los domingos, cuando estaban libres del trabajo, el vicio de mi hermano José era tocar la guitarra, y Nicolás hacía dulces para la familia.

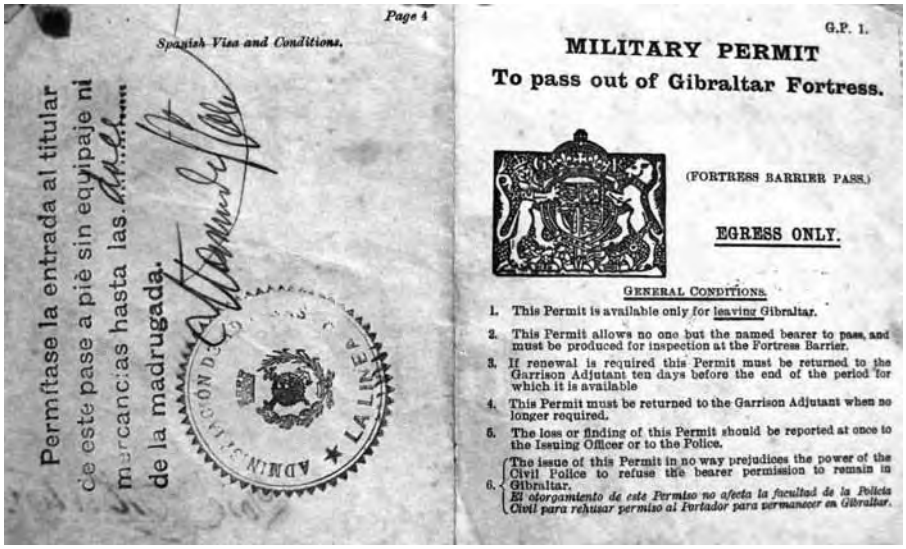
---

[37] La abuela de Vicente Ricardo disolvía el azúcar en agua, con el mismo fin.

[38] La primera persona que cruzó la frontera el 14 de diciembre de 1982, al abrirse el paso peatonal entre Gibraltar y La Línea tras 13 años de cierre, fue Carmen Warr.

[39] La familia Risso de Gibraltar son comerciantes de origen genovés. En el pase de José de 1932 figura la empresa *Albion Bakeries*, y en el de 1934, *John Risso sons.*

Entonces no se pedía un documento para entrar a Gibraltar. Cuando llegaba la cuaresma se quedaban en la panadería de noche, preparando rosarios dulces con yema de huevo y trozos de cidra. Les daban a los dos un permiso especial para poder salir de Gibraltar entre las 10 (hora límite para todos) y las 12 de la noche, pero no podían llevar *mandaos*. Por navidades, durante el mes de diciembre, lo mismo.



Page 4

Spanish Visa and Conditions.

Permítase la entrada al titular de este pase a pié sin equipaje ni mercancías hasta las ..... de la madrugada.

ADMINISTRACIÓN DE LA LÍNEA

G.P. 1.

MILITARY PERMIT

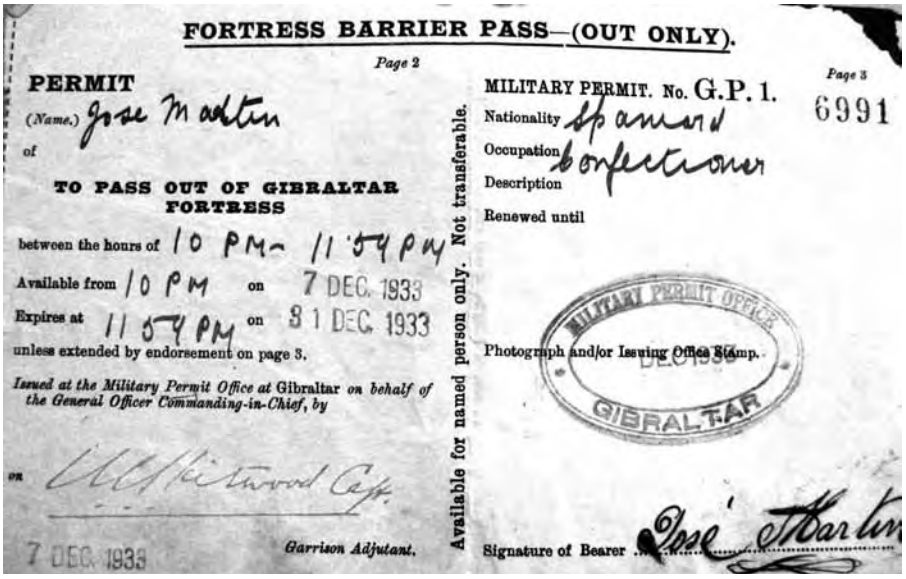
To pass out of Gibraltar Fortress.

(FORTRESS BARRIER PASS.)

EGRESS ONLY.

GENERAL CONDITIONS.

1. This Permit is available only for leaving Gibraltar.
2. This Permit allows no one but the named bearer to pass, and must be produced for inspection at the Fortress Barrier.
3. If renewal is required this Permit must be returned to the Garrison Adjutant ten days before the end of the period for which it is available
4. This Permit must be returned to the Garrison Adjutant when no longer required.
5. The loss or finding of this Permit should be reported at once to the Issuing Officer or to the Police.
6. The issue of this Permit in no way prejudices the power of the Civil Police to refuse the bearer permission to remain in Gibraltar.
   El otorgamiento de este Permiso no afecta la facultad de la Policía Civil para rehusar permiso al Portador para permanecer en Gibraltar.



FORTRESS BARRIER PASS—(OUT ONLY).

Page 2

PERMIT

(Name.) Jose Martin

of

TO PASS OUT OF GIBRALTAR FORTRESS

between the hours of 10 PM- 11.54 PM

Available from 10 PM on 7 DEC. 1933

Expires at 11.54 PM on 31 DEC. 1933

unless extended by endorsement on page 3.

Issued at the Military Permit Office at Gibraltar *on behalf of the General Officer Commanding-in-Chief, by*

on Whitwood Capt.

7 DEC. 1933

Garrison Adjutant.

Available for named person only. Not transferable.

Page 3

MILITARY PERMIT. No. G.P. 1. 6991

Nationality Spaniard

Occupation confectioner

Description

Renewed until

MILITARY PERMIT OFFICE DEC 1933 GIBRALTAR

Photograph and/or Issuing Office Stamp.

Signature of Bearer José Martin

Permiso especial de mi hermano José, para salir de la fortaleza de Gibraltar entre las diez y las doce de la noche, durante el mes de diciembre de 1932 (hasta las diez se podía entrar y salir sin permiso). En la parte izquierda de la portada hay un sello de la aduana española, que permite entrar en territorio español (de regreso) en esas dos horas de margen.

Un hermano de mi padre vivía en Castellar, y su mujer e hijos venían a la plaza de La Línea a vender lo que sacaban de la huerta. Hacia 1935 me llevaron con ellos. Estuve allí cerca de un año, porque ya corrían rumores de que iba a entrar la guerra y fue mi padre a por mí. Parecía que aquello se estaba anunciando: yo me acuerdo que las estrellas corrían mucho para un lado y para otro. Estaba el cielo muy colorado y revolucionado, y decían mi madre y las vecinas, "¡va a haber una guerra!". Antes tenían esas ideas.

Al empezar la guerra, a mi tía le robaron todo lo de la huerta. Poco después mi tío murió del disgusto. Me acuerdo que cuando la guerra, mi hermana Anita, con 16 ó 17 años, se paseaba con los árabes que trajo Franco. Yo estaba en la playa un día con un vecino de mi patio llamado Eduardo que trabajaba de camarero, y los *moros* nos ofrecieron sandía. Eduardo me dijo, "cógela, para no despreciársela".

Un día, un falangista llamado Palma llegó a mi patio y señaló a Eduardo: "Venga aquí". Me empujó a mí, empujó a su hijo de seis años, y cogió a Eduardo para llevárselo. Su hijo les gritó, "¡Ay, no os llevéis a mi padre!". Y yo al lado del niño, los dos llorando. Recuerdo que otro falangista le acompañaba, y se le saltaban las lágrimas de escucharle, porque sabía lo que iban a hacer con él.

Eduardo amaneció muerto en la carretera de San Roque. El panadero de San Roque lo vio tirado en el suelo; le quitó el pañuelo y un alfiler de corbata, y se lo llevó a su mujer. Yo lo recordaba todo, por eso de niña lloraba mucho. ¡Ha habido tantos crímenes...! Y lo que yo digo es, en el frente uno tiene que morir y no se puede odiar a nadie por eso; pero que vayan a buscarles para matarlos, ¡eso fue lo más horroroso que pasó!

El padre de Francisca Barroso fue encarcelado en la prisión de Utrera y **asesinado por orden de los golpistas** el 9 de agosto de 1936. Su hija tenía entonces un año: "Nací en 1935 en Utrera, provincia de Sevilla. Mi padre, Francisco Barroso, era jefe de pantanos. Un día estaba en la puerta de casa leyendo novelas, que es lo que le gustaba, sentado en un sillón de mimbre que lo hemos tenido reservado hasta hace poco, y vino la pareja de guardias civiles para llevarlo al cuartel. Como mi padre no regresó, al otro día por la mañana mi madre salió a darle el desayuno, y le dice un cabo de puertas, "¿para qué lo cuida usted, si lo vamos a matar?". Mi hermano mayor pudo ver cuatro camiones donde los llevaban, en pelotas, al cementerio de Utrera. Él tenía 35 años y mi madre tenía nueve hijos, con 32 años: yo era la más pequeña, con un año, y el mayor tenía nueve. Nadie podía ayudarnos, y los cinco varones y una hembra se murieron de hambre". Buscando la forma de sobrevivir al hambre y a la represión, la familia de Francisca Barroso llegó a La Línea.

No me dejaron trabajar en Gibraltar

Como mataron a Eduardo, mis hermanos cogieron miedo y, una vez que entraron a trabajar, se quedaron en Gibraltar refugiados. Mientras que siguieran ahí, estaban vivos. De allí se fue mi hermano José a Málaga, que aún no había sido tomada por los "nacionales".

Mi hermano José, con la guitarra.

Mi hermano Nicolás, de torero.

Mi tío Antonio trabajaba tocando la bandolina y el acordeón en las orquestas de los cafés de Gibraltar[40]. Él no estaba fijo, sino que trabajaba donde le llamaban, de *volatero*. En los años de la República, por carnavales salió en una comparsa disfrazado con una boina colorada, la blusa amarilla y el pantalón morado; las mujeres de la comparsa llevaban la falda morada. Lo que cantaban eran cosas más bien de política, por eso cuando empezó la guerra, mi tío cogió miedo y se quedó en Gibraltar.

Una persona conocida de mi familia que tenía influencia, hizo gestiones para que le permitieran entrar en La Línea. Pero cuando llegó a la aduana le dijo, "Antonio, si no quieres tener más problemas, a partir de ahora te tienes que

[40] En estos locales actuaban como bailarinas o tanguistas mujeres linenses. También trabajaban pianistas, entre ellas una vecina de Vicente Ricardo y María Serra, de quien se hablará.

vestir de *falange*". Mi tío se dio media vuelta para Gibraltar y cogió un barco hacia Tánger, donde siguió tocando en las orquestas. Se unió a una mujer y mucho después, en los años sesenta, se fueron los dos a Madrid.

TÁNGER, ESPACIO DE REFUGIO

Tánger fue considerada "ciudad internacional" entre diciembre de 1923 y octubre de 1956, año en que se reincorpora a Marruecos. Poco antes, este país había declarado su independencia. Entre 1940 y 1945, aprovechando la debilidad de Francia y Gran Bretaña, inmersas en la Segunda Guerra Mundial, la ciudad fue ocupada por tropas franquistas. En 1956 la población de Tánger era de 150.000 habitantes, 42.000 de los cuales eran extranjeros. En la ciudad se refugiaron muchos españoles perseguidos por el régimen franquista, entre ellos el padre de María Torremocha y la madre de Mercedes Puertas, junto a su familia. Mercedes llama la atención sobre la conflictiva situación de los españoles en esta ciudad, ya que "en ella había dos Españas, la franquista y la republicana".

Mi tío Antonio (el que se refugió en Tánger) con la mujer tangerina a la que se unió, y con un compañero suyo que también vino de La Línea y tocaba en las orquestas.

En La Línea mucha gente se tenía que vestir de *falange*, y las niñas también. Para evitar eso, mi madre me sacó de la escuela al final de ese verano, con once años. Ya tenía yo que ayudar a la casa, porque mis hermanos estaban *por ahí* [41]. Desde que se vino de San Roque, mi padre trabajaba de panadero en Gibraltar con Amat, que era *hebreo* y tenía una panadería confitería por encima de El Martillo. Yo, con doce años, estaba sirviendo en la calle La Calera de Gibraltar (por la izquierda de la calle Real[42]).

Cuando mis hermanos se fueron para la guerra, a mi padre le quitaron el pase en la frontera. Le dieron un golpe en el hombro y le dijeron: "¡Eh, usted está ya muy viejo para trabajar!". Poco después también me lo quitaron a mí. Eduardo Gómez de la Mata me metió en la sala de armas y me hizo muchas preguntas y comentarios. Hasta me preguntaron por el hermano de mi cuñada María (la mujer de mi hermano Nicolás), porque estaba en *aquella zona*. Y por cierto, que el muchacho estaba en Pozoblanco, se había juntado con una muchacha del pueblo y tenían un crío. En Pozoblanco lo mataron, y allí se quedaron ella y el crío.

Como ya no podía trabajar en Gibraltar, estuve empleada en la casa de unos señores que tenían una tienda de comestibles en la calle San Pedro. Después estuve de *cuerpo de casa* con unos feriantes chilenos, que les había cogido aquí la guerra. Fregaba los platitos, limpiaba el suelo de madera con cepillo y tenía cuidado de los niños. Era un matrimonio, dos hijos y dos nietos. Hacían unas comidas muy malas: col hervida con patatas para comer y, en vez de café o té con leche, ponían leche *migá*. Me pagaban cuatro duros al mes.

A este feriante lo vi yo trabajando con una varita y un plato, y vestido de chino; la chiquilla salía de un cajón que era como una polvera, con un vestidito rizadito, de bailarina. Tenían una caseta en la feria del Huerto de Pedro Vejer (luego La Velada), donde hacían fotos y ellos mismos las revelaban. Mucha gente se retrataba allí o arreglaba las fotos. Eran pintores y los dos trabajaban en eso: iluminaban las fotos, y con un lápiz y una plumita dibujaban lo que faltaba.

---

[41] "La otra zona", "por ahí" o "aquella zona", son eufemismos para llamar a la zona donde se mantenía el gobierno Republicano durante la guerra. Trataban de evitar la persecución franquista, que afectaba tanto a los escritos como al actuar y habla cotidianos. El propio vocablo "roja" fue usado por el franquismo para estigmatizar a la población comprometida con los cambios sociales.

[42] En el tiempo referido por Francisca, las calles de Gibraltar tenían nombre español. La gente mayor de Gibraltar y los que trabajaron allí aún lo usan. El Martillo se llama *La Piazza* o *Commercial Square* y, oficialmente *John Mackintosh Square*; calle La Calera es *Crutchett's Street* o *Portuguese Town*; y calle Real, *Main Street.*

Una señora llegó un día con una foto de su hijo, que lo habían matado en la guerra. Su nieto había roto los ojos en la foto, y la señora le decía, "yo la quiero sacar en grande y arreglar; la he llevado por todas partes y en ningún sitio me ponen de nuevo los ojos". Le llevaron un duro (cinco pesetas) por arreglárselo y se lo dejaron perfecto. La mujer se quedó llorando abrazada a la foto. Siempre me acuerdo de eso.

Yo, con unos 14 años. Me la hicieron los feriantes (cuando ya no trabajaba con ellos), que se llamaban Foto Portero.

Yo, con unos 14 años, y mi sobrina Asunción, de unos seis, en el paseíto Fariñas de La Línea.

Un día me encontré una cuchilla y se la llevé a las mayores que vivían en mi calle, para que se afeitaran las piernas. Yo, que no sabía pero repetía todo lo que veía como los monos, me afeité en seco de rodilla para abajo. Me salieron muchas llagas y tuve que dejar el trabajo.

Entraban registrando las casas

Cuando la guerra, Alfonso Cruz Herrera[43] era requeté y entraba a registrar las casas con la bayoneta en la mano, junto con otro. Como se llevaban toda la ropa nueva, mi cuñada había enterrado en el patio la *blanquería*, dentro de baúles

[43] Alfonso Cruz Herrera fue alcalde no electo de La Línea entre enero de 1953 y marzo de 1959.

grandes, y eso no lo cogieron. Trece gallinas que tenía mi abuela, se las quisieron llevar. Nuestra casa era una habitación con dos camas, una mesita y una cocinita chica; y de noche ponían otra cama de tijera. Ahí no cogieron nada porque no había lujo, pero el susto nos lo dieron.

Tiempo después yo estaba trabajando con su tía y me lo encontré. Le dije, "usted estuvo en mi casa con una bayoneta". Él me respondió, "Sí, pero no haría *na*...". "No hizo *na*", le dije, "porque usted buscaba a los jóvenes: mis hermanos ya estaban *por ahí* y mi padre estaba viejo; además de ser jorobado, igual que usted" (mi padre, de niño se cayó llevando unos sacos de carbón menudo y quedó mal de la espalda). Alfonso se echó a reír y me dijo, "¡qué *joía* eres!".

Un *falange* de La Atunara repartía rancho en su barriada para animarles a que chivatearan. A las criaturas que detenían las llevaban al pueblo, les daban purgante en el Círculo Mercantil, y las torturaban. Cuando se pasaba por detrás se sentían los lamentos. Pérez Ponce era uno de ellos, y tenía muchas cosas robadas en su casa[44]. Había otros falangistas que también tenían la casa llena de todo lo que iban cogiendo de otros.

A una señora que trabajaba en Gibraltar para mantener a los nietos, la paró un carabinero a la salida y le quitó el pan que llevaba escondido. Le dijo la señora, "¡Ay hijo, no me lo tires, que estamos pasando mucha hambre". Y le sale un *falange* que estaba cerca, "¿Está pasando hambre? Venga usted conmigo". Se la llevó al Círculo Mercantil, le dieron dos huevos fritos, le dieron purgante *migao* con pan y la pelaron. Cuando voy por El Círculo, mis hijas me pasan a la acera de enfrente, porque se me ponen los vellos de pie y digo fuerte, "¡ya estamos en el *mataero*!". Y mis niñas me dicen, "¡mamá, cállate!".

CENTROS DE DETENCIÓN DURANTE LA GUERRA CIVIL

El Círculo Mercantil, en la calle Real de La Línea, fue habilitado como centro de detención y torturas al inicio de la Guerra Civil. Isabel Álvarez lo explica así: "El Círculo Mercantil era un club privado, se consideraba cosa de los ricos y la otra gente sabía que ahí no podía entrar. Desde que empezó la guerra, allí les daban los purgantes y los pelaban, antes de pasearlos por la calle Real de La Línea. Uno que vendía pescado en la plaza es el que hacía tomar los purgantes".

[44] Se refiere a José Pérez Ponce, alcalde no electo de La Línea entre septiembre de 1940 y febrero de 1941, y corresponsal gráfico de Marca y de la agencia EFE. Organizados o consentidos en medio del caos y la impunidad, los saqueos fueron muy frecuentes durante la Guerra Civil.

En cada pueblo que se iba ocupando, se habilitaban edificios públicos o privados como centros de detención y represión. En Los Barrios, por ejemplo, se usó el edificio de El Pósito (ver Beatriz Díaz, 2011). Familiares y afectados recuerdan cómo se torturó en ellos, se administró purgante a la gente detenida o se les encerró durante días, semanas o meses, en ocasiones previos a su fusilamiento extrajudicial. Al historiar sobre estos edificios se silencian los usos anteriores, lo que supone negar una parte de la historia del pueblo, y evitar reconocer su sufrimiento y su necesaria dignificación.

Mi hermana servía en un cabaré

Desde que yo era chica, mi hermana Ángela, la mayor de las hembras, estaba sirviendo en Gibraltar con la señora Lisi, *hebrea* de Gibraltar que vivía con Damato. Durante la guerra, para estar con ella crucé la frontera sin pase: una muchacha de Gibraltar que vivía en La Línea me acompañó a la aduana, y entré escondiéndome por detrás de un coche. Me quedé con mi hermana una pila de semanas.

Damato se dedicaba al contrabando y se hizo millonario. Puso un chalet en La Línea, que es ahora la Universidad Menéndez Pelayo, construyó un hotel que le decían el hotel Damato, y compró una acera de casas entre la calle Real y la calle El Sol, en La Línea.

Tenía en Gibraltar un cabaré, el Café Universal, donde trabajaban sesenta mujeres que llamaban tanguistas[45]. Cantaban y bailaban con trajes de largo muy bonitos; no se veía nada feo. Un poco más arriba estaba la fonda donde ellas dormían y vivían; y en la cocina de esa fonda servía mi hermana. Recuerdo que hacían ensalada de remolacha y de escarola, que nosotras no conocíamos. Y preparaban un pudin con pan duro y una leche que ahora se llama Ideal. Y la *paniza*, que es parecida a la calentita, un pastel salado hecho con harina de garbanzo. En esos años vendían la *calentita* por las calles de La Línea y de Gibraltar, lo mismo que los barquillos o *woquis*.

Mientras mi hermana preparaba la comida con la señora Lisi, Damato nos contaba cosas de su vida: "Yo empecé pobre; me metía en los barcos y les vendía a los soldados corbatas y plumas estilográficas". Las plumas estilográficas de

[45] El Café Universal, en la calle Real de Gibraltar, fue construido en el siglo XIX en la antigua iglesia de Veracruz.

Mi hermana Ángela, a la izquierda, en una salida con la señora Lisi (la mujer de Damato, que está sentada en una silla). Están las otras chicas del servicio, entre ellas la costurera y la cocinera. Es en la playa de La Caleta (Gibraltar). Tomada en los años treinta del siglo XX.

estraperlo estaban muy perseguidas: no las exponían en la calle; las llevaban de *incónito*. Cuando la guerra vendían muchas, porque la gente escribía cartas a los soldados, y para regalar a los que estaban en *aquella zona.*

Después Damato empezó a contrabandear. Sus hijos tenían tiendas de ropa de trabajo en la calle Real de Gibraltar, y él iba a la zona *roja*, para vender monos de faena a los milicianos republicanos. Un día me enseñó unas monedas redondas de cartón: "Mira nena, esto son duros de la zona *roja*".

INDUSTRIA MILITAR Y CONTRABANDO

Julio Ponce Alberca, historiador, explica que Gibraltar contradijo su postura formal de no intervención en la Guerra Civil española y desarrolló un intenso comercio de combustible, carbón, minerales y armamento con el ejército sublevado (Julio Ponce, 2010). Antonio Barros y otros coinciden con Francisca en sus comentarios sobre Damato (Beagio o Biaggio D' Amato Fucci, de origen maltés) y añaden que tenía una relación estrecha con el gobierno de Franco y que vendía uniformes a ambos ejércitos. Vicente Ricardo añade: "Durante la

guerra, los ingleses suministraron material a los franquistas a través de grandes contrabandistas. Gente como Damato actuaba sin reparos para enriquecerse. A la vista de todos, salían de Gibraltar camiones enteros de botas y uniformes". José Luis Rodríguez detalla: "Las primeras armas y material para las columnas militares de Sevilla vienen por Gibraltar. Los nombres de quienes lo sacan son muy conocidos en La Línea. Y durante la guerra seguía entrando material a La Línea: llegaban del frente los batallones destrozados, los rehacían en nuevas compañías y los equipaban para volver al frente".

En 1939, Damato construyó un gran chalet de estilo innovador en el antiguo coliseo de La Línea. Este edificio fue expropiado por el Ayuntamiento años después de su muerte y hoy es la sede de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en La Línea.

Muchas veces merendaba en Gibraltar un *bollo* con jamón y queso, que compraba en una tienda de comestibles y *mandaos* que había en un callejón junto a la calle Real. El jamón se compraba por peniques. El dueño de la tienda era un viejecito de Gibraltar llamado Benajén. Se metían allí las trabajadoras y trabajadores, compraban y en la misma tienda se escondían el tabaco y otras cosas, para pasarlas por la aduana. Yo lo digo en una copla: "Debajo de la capa / de Luis Candela / se lleva el estraperlo / la Micaela". A finales de los años cuarenta, una noche entraron a la tienda para robarle y lo mataron. Era una bella persona.

Fachada de una tienda donde se compraban los *mandaos,* en los años cincuenta y sesenta.

En este tiempo en Gibraltar, yo iba a una sociedad de los republicanos llamada *woqui yunio*, donde llegaban todas las cartas de los que estaban *por ahí*, y recogía las cartas que José nos enviaba[46].

Mi hermana Ana, que me llevaba cuatro años, estaba en La Línea y me echaba de menos, así que vino a Gibraltar a recogerme. Como yo no tenía pase, para salir hacia La Línea por la frontera me dijo que llevara un periódico de La Línea que había comprado antes de entrar a Gibraltar. Pensaran que yo había entrado hacía poco y el carabinero no me dijo nada.

Mi cuñada regresó con el luto puesto

Cuando los fascistas ocuparon Málaga (en 1937), mi hermano José estaba allí con tres muchachos más que habían trabajado con él en Gibraltar: un cubano, otro de La Línea y el tercero, portugués. La madre del portugués era enfermera; visitaba mucho a mi madre y las dos se preguntaban por sus hijos. Cuando fueron a sacar un salvoconducto para poder salir de Málaga, los detuvieron y los metieron en la cárcel.

Mi hermano José Aguilar Martín, desaparecido en Málaga en febrero de 1937.

Elisa, la esposa de José, se había ido a Málaga tras de él con su hija de cuatro años y embarazada. Vivía donde un primo. Ella lo iba a visitar a la cárcel de Málaga, de donde lo sacaron un día en un camión, junto a sus compañeros, para matarlos. Al día siguiente amaneció su primo vestido de *falange*[47]. Ya con el luto puesto regresó ella a La Línea.

Cuando llegó mi cuñada, no nos dio seguridad de que lo habían matado. Para ver si daba con él, mi hermano Nicolás se fue de Gibraltar a *aquella zona* y se hizo guardia de asalto (policía armada). Damato, el jefe de mi hermana Ángela, viajó a Málaga a ver si lo encontraba. Él sacó de la cárcel a varios jóvenes de La Línea cuyas novias eran sus empleadas.

Elisa iba muchas veces a que le echaran las cartas, a ver si le decían algo de su marido.

[46] La comunicación por correo con la zona republicana se hacía a través de Gibraltar. Francisca se refiere al sindicato local *Workers Union*, que dio un gran apoyo a los republicanos.

[47] Puede que lo hiciese por temor a ser identificado con su cuñado y sufrir su mismo destino.

Mi madre y yo le acompañábamos, pero yo me quedaba sentada en un escalón en la puerta, porque antes de empezar avisaba, "esta niña que se salga, porque *tiene gracia* y no me deja trabajar" [48].

Antes de la guerra, a mi hermano José le había entrado *tiricia* (ictericia), de piedras que tenía[49]. Don Juanito, que era el médico de nuestra casa, le mando tomar unos pepinillos, que se encontraban en el monte de Gibraltar y unas pastillas que las compró allí, porque aquí no las había. Con eso se le quitó.

Un día iba yo por la calle con otra chiquita, pasó este médico en un coche de caballos y nos dio una naranja y un *chusco* (*bollo* de pan). Llevaba un saco de cada alimento, para repartirlo a los chiquillos que veía. Y cuando entraba en las habitaciones para visitar a los enfermos pobres, les metía dinero debajo de la almohada. Él murió de la misma cosa que mi hermano: fusilado. Mi madre conservó de recuerdo la guitarra de José, y metió dentro la cajita de lata donde venían las pastillas que le mandó don Juanito.

Cuando llegó el momento, mi cuñada tuvo al niño en casa. Se llamó como su padre, pero no lo querían reconocer como su hijo, por estar desaparecido. Los niños se quedaron con nosotras y Elisa se metió a trabajar en Gibraltar. Cuando llegaba de noche, mi madre le había dejado en la mesa su platito con pescaíto frito, que le gustaba mucho, y café.

Los dos hijos de mi hermano José, Asunción y Joselito, hacia 1938.

Yo no podía dormir, porque sentía un peso en el cuerpo la mar de grande. El médico dijo que tenía como un espíritu. Decía mi madre, "no te asustes, hija; eso es que tu hermano Joselito te quiere decir algo". Yo creo que, cuando uno muere, el alma se sale del cuerpo y va a algún sitio; y que eso serán los espíritus. Yo soy muy religiosa: tengo mis cadenitas, mi Virgen del Carmen sobre la cama y un rosario. Todo, porque una es católica.

Mi madre se escondía detrás de la puerta de la cocina para que yo no la viera llorar. Llorábamos las dos: nos acostábamos llorando y nos levantábamos llorando. Mi hermano José era más guapo en persona que en fotografía. Los ojos los tenía muy grandes, y las pestañas parecían

[48] Visitaban a un o una vidente, cuya capacidad Francisca podía interferir.

[49] La *tiricia* o ictericia alude al color amarillo que toma la piel si una piedra en la vesícula biliar bloquea el conducto de la bilis (que se acumula en la vesícula).

de terciopelo y le azuleaban, de negras que las tenía y del brillo. Yo de política no entiendo, pero cuando mataron a mi hermano ya fui política. Según lo que le ha pasado a una, así se hacen sus ideas.

Cuando terminó la guerra, a mi hermano Nicolás lo cogieron preso y lo trajeron a la cárcel de San Roque. Cada vez que ponían el camión en la puerta de la cárcel, todos los presos se echaban a temblar, porque de allí salían para matarlos. A otros los metieron en la Plaza de Toros de La Línea y los fusilaron; o en el mismo cementerio. Aquí hicieron horrores, porque a la ciudad la tenían muy castigada[50].

El autobús a San Roque pasaba un control de la Guardia Civil que tenía una alambrada. Una vez que fui a ver a mi hermano, no llevaba documentos. Cuando nos pararon en el control, primero le mostró la tarjeta mi hermana. Después hice un juego de manos para mostrarle al carabinero la misma tarjeta; y el hombre tragó.

En la cárcel había una reja gorda aquí y allí otra, y hablábamos con mi hermano desde lejos. Después, como tenía buena conducta y firmaron muchas personas por él, lo dejaban salir a un patio. Entonces mi madre le compraba churros y desayunábamos con él y su esposa. Al salir de la cárcel, Nicolás le escribió a Franco para que le dieran el pase para Gibraltar; se lo concedió y se empleó en la empresa de teléfonos de Gibraltar, donde ya iba su mujer a limpiar.

Yo sacaba coplas y escribía cartas

El error más grande fue cuando entró la guerra entre hermanos. Recuerdo una canción que se cantaba en *aquella zona* sobre ese motivo; éste es un pedacito:

Mi hermano Nicolás, con el uniforme de guardia de asalto.

No se ha visto en este mundo
una guerra tan cruel:
peleando dos hermanos
en el frente de Teruel.

Al mismo tiempo se oyó un disparo:
su mismo hermano fue el que le hirió,
y al mismo tiempo se oyó un quejío
que hasta la tierra se estremeció.

[50] Durante la guerra de 1936-1939, cientos de personas de la comarca serían asesinadas lejos del frente de batalla y extrajudicialmente, en algunos casos por milicias o grupos de izquierda, y en la mayoría, por las fuerzas ocupantes (falangistas y otros grupos militarizados).

¡Ay, hermano de mi alma!
Acábame de matar
y escríbele a nuestra madre
que ya no la veo más.

Mi madre no sabía leer, pero mi abuela sí, y leía muchas historias. "Los enemigos del pueblo" y "Diego Corrientes" los tenía encuadernados. Yo cogía todos los papeles que veía. Una vez, en la puerta de la casa de dos solterones de Gibraltar me encontré un cajoncito lleno de novelas. Al empezar la guerra les habían echado para allá, les registraron la casa y les tiraron muchas cosas. Me senté en mi patio a leerlas en voz alta, deletreando, y un vecino le dijo a mi madre, "Ascensión, ¿la niña qué está leyendo?". Supe que eran novelas verdes, porque lo dijo este vecino.

Yo, hacia 1942.

En esos años yo sacaba la mar de coplas, y venía gente a que se las escribiera. Me daban dinero, pero mi madre no quería que yo recibiera nada. Uno de los que me encargaba era un viejecito del campo que visitaba a la familia del camarero asesinado. Con la música de Ojos Verdes, yo saqué esta copla:

Apoyado en las trincheras
del frente Almería,
yo me puse un mono
y a luchar me fui.

Pasaban las balas
por encima mía,
y yo sonreía
y gritaba así:

¡Canallas!
Si sois unos traidores,
¿Cómo vais a ganar
si estáis haciendo crímenes
con la rélica colgá?

También escribía cartas por encargo de las mujeres que tenían familiares refugiados en Gibraltar. Y a las que tenían los maridos *embarcados*, como una amiga mía. Escribía con faltas, porque no sabía si tenía que meter la hache o la coma. Yo salí chica de la escuela y era torpe, pero mi amiga decía: "Mira, ¡a todo lo que tú pones, él me contesta!".

Cuando había que pasar por la puerta del cuartel, si estaban izando bandera, había que pararse y levantar la mano. Se escuchaba la marcha por cualquier lado, y todo el mundo tenía que estar con la mano en alto y firme. Con trece años, pasé por la puerta de la aduana cuando estaban izando bandera y no levanté la mano. "Tengo golondrinos", le dije al carabinero que estaba allí (no era verdad)[51]. Él me insistió, "levanta la mano, hija; hazlo por mí". Y la levanté.

En la calle Real de La Línea, mi hermana Ana, mi sobrina Asunción y yo, hacia 1943.

Yo no callaba. Por eso cuando tardaba al regreso de mi trabajo, mi familia me venían a buscar; se creían que me habían cogido. Una vez vi una bandera colgada en la ventana de un carabinero: le di un tirón y salí corriendo con ella en la mano. Yo hacía muy bien los sujetadores, de gorro y de piquito, y con esa bandera me hice uno con un lado rojo y otro amarillo. "Me voy a tomar un purgante / de *sardiguera*[52], / pa´cagarme en el gorro / y limpiarme en la bandera", decía yo. A la bandera la quiero yo mucho, pero entonces la tenía odio. Yo me sentía española, pero estaba muy dolida por lo de mi hermano.

Ella se unió a un refugiado de Gibraltar

En el Café Universal trabajó mi hermana Ángela hasta el año 41. En esas fechas evacuaron a las mujeres de Gibraltar y ella no quería estar sola con los hombres que quedaron allí. Hacia el año 42, mi madre murió de un cáncer en la matriz; llevaba tiempo mal, pero nosotros no nos dimos cuenta hasta el final. Recuerdo que un día empezó a sangrar mucho y se puso a llorar.

---

[51] Golondrinos es el nombre común de una inflamación de las glándulas sudoríparas de la axila.

[52] *Sardiguera* es la sal de higuera, o sulfato de magnesio.

Después de acabar la guerra, mi cuñada Elisa solicitó el pase para Gibraltar y yo la acompañé a la aduana. En la ventanilla le dijeron que no se lo daban, "porque ya tu marido (mi hermano) ha muerto". Entonces empujé a mi cuñada hacia un lado, me asomé y metí los brazos por la ventanilla: "¡Por desgracia mi hermano no ha muerto, lo habéis matado!".

Había policías que eran buenos y había malos. Yo tuve la suerte de que uno llamado Mesa me tiró del vestido por detrás y me dijo bajito, "vete a tu casa, que aunque tu hermano te corra por la sangre, tu cuñada tiene que seguir trabajando". Lo hizo para que no se complicara la situación. No se me olvidará. Porque muchas mocitas que querían entrar en Gibraltar, las conquistaban los policías secretas; tenían que acostarse con ellos y ya luego les daban el pase.

En la aduana inglesa, te controlaban lo que sacabas con una cartilla de racionamiento como la española, para pasar una *libra* de azúcar, un *pan de lata* (pan de molde), un *cuarterón* de café, la manteca, una lata de leche condensada... Más de esa cantidad no te dejaban. Lo llamábamos el papel del control[53]. Cuentan que una mujer que trabajaba en Gibraltar traía la mar de *mandaos*, y le decían en su casa, "chiquilla, ¿cómo has comprado todo esto, si tú ganas muy poco?". Y siempre respondía: "Me lo han dado con el papel del control". Estaba una noche en su casa, sentada junto a la mesa camilla con la copa (brasero) bajo la mesa, y le dicen señalando hacia abajo: "Ten cuidado, mujer, no te vayas a quemar el papel del control".

José Araújo menciona los **abusos sexuales** en la persecución del pequeño contrabando o matute: "Aunque iban de paisano, en Tarifa todo el mundo conocía a los miembros de la *brigadilla*[54]. Tenían la obligación de detener a la matutera, pero a veces no lo hacían. Unos por buen corazón y otros a cambio de algo; y en ese algo puede entrar hasta la relación sexual. De cuando en cuando las tenían que detener, les echaban una multa y ya está. Ellas seguían con su trabajo".

Esperanza Sánchez añade: "El suyo era un trabajo como otro cualquiera, pero cuando los guardias veían a estas mujeres de buena presencia, ya sabes tú lo que pasa, a lo mejor les decían, 'mira, si quieres pasar, eso a cambio de esto'. Por esa razón su trabajo estaba mal visto.

[53] Desde la Segunda Guerra Mundial y hasta 1951, en Gibraltar se racionó la compra de alimentos.

[54] Guardia Civil de paisano que persigue el contrabando.

En las fábricas de pescado, los mismos dueños de las fábricas veían que tú valías y... Eso pasaba en todos los sitios".

Igual situación se vivió en otras zonas, como recuerda una mujer identificada como Esperanza en el blog Género y Economía (2009). Eusebio Medina, que hizo un estudio tan riguroso como amplio sobre el contrabando en la frontera entre Extremadura y Portugal, constata los abusos sexuales por los *guardinhas* a muchas mujeres contrabandistas y estraperlistas apresadas, y a las que debían hacer noche una vez pasada la aduana, en la parte portuguesa (2001).

Elisa consiguió el pase y estuvo trabajando en la casa de los Galliano en Gibraltar[55], que eran dueños de una tiendecita llamada *The Golden Ham* (El Jamón de Oro). En Gibraltar se unió a un refugiado que era una bella persona, que lo había denunciado su mujer como masón. Tuvieron una niña, Elisita. Hacia 1950 le quitaron definitivamente el pase, porque estaba con este refugiado, y entró de cocinera en un bar de La Línea.

Los tres hijos de mi cuñada, Elisa Jiménez Crespo, en la feria de La Línea, en julio de 1946. La más pequeña, Elisita, es la hija de José Guerrero, el refugiado, y los otros dos (Asunción y Joselito), de mi hermano José.

[55] La familia Galliano es de origen genovés.

El color rojo y el morado lo suspendieron

Con catorce o quince años, yo trabajaba en el bar Cinzano[56], un bar de lujo en la calle Real donde entraban todos los gordos. El señor se llamaba don José Molina, ella se llamaba Isabel y era de Gibraltar, y tenían dos hijos. Ahí todo era de señorío y educación, y muchos clientes llevaban pistolas. Iban también los que estaban empleados en la aduana, y Juanito Valderrama y otros artistas.

A Diego Piñero lo conocí yo ahí, que llegaba con una pila de mujeres muy llamativas. Recuerdo que algunas iban descalzas. Cuando estaba él, sacaban las cajas de bebidas caras y se vendían en cantidad[57]. Un día, un señor mayor que venía con Diego Piñero me dijo, "vente con nosotros". Era yo jovencilla, se lo dije a mi señora y ella me metió en su alcoba: "no salgas hasta que yo te avise". Y esperó a que se hubieran marchado.

El semanario SUR de Tarifa del 10 junio del año 1935 informaba de las **celebraciones militares** en honor al rey Jorge V de Inglaterra con motivo de su cumpleaños, tanto en La Línea como en Gibraltar. En la colonia estuvo el General de Segunda División Fernández Villa Abrille y otros cargos militares de Sevilla, hubo desfile de tropas inglesas y españolas, y el Gobernador de la Plaza de Gibraltar les dio a todos una recepción. Las fuerzas militares cruzaron de nuevo la frontera y se quedaron varios días en La Línea. En la bodega de Luis Ramírez se ofreció un vino, tapas servidas por el bar Cinzano y una comida por el bar Belmonte. Después el Ayuntamiento invitó a café y licores.

Yo me acuerdo de unos señores que vinieron de Madrid al Cinzano, que hacían intercambio: traían radios y se iban cargados de cajas con cajetillas de unos cigarros ingleses que echaban muy buen olor. Trajeron una vez un mueble que le decían radiogramola, donde ponían cinco discos que iban sonando uno tras otro, sin cambiarlos.

---

[56] Después se llamaría bar Jerez.

[57] Diego Piñero Moreno, empresario tarifeño, tenía barcos y una industria conservera de pescado. Mantuvo buena relación con políticos y artistas del franquismo. El cantante Juanito Valderrama compuso una canción en su honor.

Fiesta en San Roque. En la mesa de la izquierda hay varios personajes andaluces, y al fondo a la derecha se distingue a dos carabineros. Varias personas del local están fumando. Grabado en 1889. Tomado de la revista *The Illustrated London News*. Fuente: *Institut Cartogràfic de Catalunya.*

Cuando salía muy tarde del Cinzano, para no cruzar la carretera sola dormía en casa de un familiar de los señores. Solía jugar con una chiquilla que era hija de Mesa, el que me defendió en la aduana cuando acompañé a mi cuñada. Se acercó un día el padre y fue la niña a sus brazos para que le diera un beso. "¡Papá...!". Yo me quedé parada, y luego pensé que debía haberle dado las gracias por defenderme. Lo llevo en el alma[58].

Tenía yo un conjunto de falda azul, camiseta con una raya colorada en la manga y otra arriba, y rebeca colorada. Era ropa de las orquestas que actuaban en el cabaré de Damato, que me daban cuando iba a recoger el café y los *mandaítos*. Estaba un día con ese conjunto jugando, y unos *falanges* me preguntaron: "¿Quién te ha dado esa ropa? ¿Los *rojos*?". "¿A mí? Las artistas de Gibraltar". "Anda, ve y quítatela".

Otro día fui yo al Cinzano muy agraciada con un lacito morado. Pero ese color también lo suspendieron, porque estaba en la bandera republicana. La dueña

[58] Francisca valora el reencuentro como una oportunidad; para agradecer la ayuda en un contexto de impunidad (con Mesa), o para confrontar una violación de derechos (con Alfonso Cruz).

de una tienda cercana me llamó: "Ven pa' cá, que te estoy esperando toda la mañana". "¿Qué quería usted?". "Mira, quítate eso, que están metiendo en el Círculo Mercantil a todas las mujeres con el moñito morado", me dijo.

En el contexto de una represión que afectó a los aspectos más cotidianos y personales, fueron **censurados ciertos colores**. Edmundo Muñoz tenía unos cinco años cuando su familia buscó refugio en Gibraltar, en julio de 1936: "Yo llevaba un capotito colorado, y en la frontera le dice el carabinero a mi madre: la voy a dejar pasar, pero el capotito colorado ya se lo puede quitar a su hijo". Una hermana de Isabel Álvarez fue amonestada por un guardia de frontera, un día que llevaba un traje rojo: "niña, cuando vayas a tu casa, que tu madre te quite ese traje".

Desde la cocina del bar Cinzano se escuchaba a los *falanges* jóvenes desfilando por la calle Real y cantando muchas cosas por lo claro: "Por orden del alcalde / y de la autoridad / te vamo' a dar un purgante / y te vamos a pelar". Algunas canciones eran muy feas: "En un camastrón cama redonda / había dos criadas en una fonda; / entró don Juan sin dirección ninguna / y le metió la *cuca* a una. / Haz bien y no mires a quién". O sea, que como se trataba de una criada, no importaba lo que le hiciera el señorito. Cuando era niña, las mujeres mayores contaban que habían ahorcado a un hombre de Gibraltar porque violó a su criada.

La pena de muerte estuvo vigente en Gibraltar hasta noviembre de 1965 (cuando fue abolida en Gran Bretaña), pero a partir de 1952 no hubo sentencias de muerte. En España fue aplicada por última vez en septiembre de 1975. En 1978 se suprimió, salvo en el ámbito militar, y hasta 1995 no se abolió completamente.

Isabel Álvarez divisó desde su barriada cómo izaron la bandera negra en el Castillo de Gibraltar (el Castillo Moro o *The Moorish Castle*), lo que indicaba un ahorcamiento. Posiblemente se trataba del último, en el año 1944, pues la vieja prisión fue clausurada tras acabar la Segunda Guerra Mundial por falta de condiciones. Se trataba de dos jóvenes linenses acusados de sabotaje pro alemán: Luis López Cordón y José Martín Muñoz. El último ahorcamiento por asesinato había sido en 1931, al carpintero Ernest Opisso.

Yo guardaba en mi patio un cajón de tabaco

Trabajando en el Cinzano me eché novio. Se llamaba Manuel León, tenía diez años más que yo y era de Casares. Yo no conocí a mi suegro: estaba muerto, pero nunca me dijeron si lo habían matado o qué había pasado. Mi suegra estuvo en la cárcel cuando la guerra por cosas de la política, y con ella su hija más chica.

Durante la República, Manuel era jornalero y estaba afiliado a la CNT, como otros compañeros suyos, y lo mandaron con su quinta al frente de Teruel. Él no hablaba de esto, sólo decía que había pasado mucho frío. Hace poco hemos averiguado que al acabar la guerra lo detuvieron en Puebla de Vallbona (Valencia) y lo metieron en un campo de concentración. Y a finales del año 39, que tenía él 24 años, ingresó en un Batallón de Trabajadores en la finca de El Corchadillo (Los Barrios).

Mi marido, Manuel León, y yo.

Me quedé en estado cuando no tenía los 23 años cumplidos. Ya nos casamos y dejé de trabajar en el Cinzano. Mi marido le trabajaba a los Mena, una pila de hermanos que habían venido de Ronda, y tenían *unos pocos* de hombres trabajándoles para el tabaco. Se hicieron de perras.

Sus trabajadores sacaban los *cuarterones* de tabaco en unas *cananas* puestas en la cintura, y en los calcetines. También traían azúcar. Iban andando desde La Línea por la playa de Levante hasta San Roque. Ya después el Mena le regaló una bicicleta a cada empleado; recuerdo que la de mi marido era muy pesada. El Mena se hizo una casa de lujo preciosa aquí en La Línea, que me llevaron ellos a verla.

Yo guardaba en mi casa un cajón grande lleno de tabaco, que uno de los Mena me había pedido que escondiera, porque decía que en mi casa estaba más seguro. Los policías entraban en los patios a registrar, pero muchos aceptábamos guardar contrabando, porque nos pagaban. Estaba yo un día lavando los pañales de mi niño, que se los ponía con un saquito, cuando entraron los de la *brigadilla*: "¿Conoce usted a un tal Juanito?". "Mire usted, yo llevo poco tiempo aquí y no conozco a nadie". Suerte que no entraron en mi casa, porque allí estaba el cajón.

Juanito era un muchacho joven que vivía en mi patio con su abuelo. Él pasaba tabaco en cantidad, a caballo por la playa. Escapando de la *brigadilla*, Juanito se cayó del caballo y se *estrozó*. Un practicante le estuvo curando las heridas de

incónito; porque entonces se hacía así. Recuerdo que, cuando le curaba, daba grandes lamentos, porque el cuello lo tenía torcido.

Al ver que este practicante ayudó a Juanito, yo supe que era de izquierdas. Cualquiera no ayudaba a los contrabandistas, porque en aquel tiempo lo liaban todo y, cuando querían hacer daño a alguien, por cualquier detallito que tuviera lo metían en la piña.

Mi barraca la tenía muy limpia

Desde que conocí a mi marido y durante treinta años, estuvo él trabajando en los camiones del Ayuntamiento de Gibraltar. Estos camiones llevaban al quemadero la ropa que no servía, y los trabajadores separaban todo lo que se podía aprovechar.

Le daban a él manteles cortados y pantalones de cuadritos, que se usaban en la cocina de los militares; "toma Manolo, que tu mujer lo arregla todo". Con eso les hacía blusas y pantalones a mis niños, y *babis* para mi niña. Y trapos blancos de hilo muy buenos, que con los años que tienen todavía los estamos usando. Y mantelitos nuevos, que se los ponía yo a mis hijos cuando les llevaban al campo el cura y los maestros, uno para poner el almuerzo y otro para limpiarse las manos.

CONSEGUIR ROPA DE VESTIR Y DE CASA

Casi todos los protagonistas aprovechaban la ropa que ellos o sus familiares traían de las casas donde servían o trabajaban en Gibraltar, así como paracaídas, cojines y otros. Antonio Saborido cuenta en un documental titulado 'De Estraperlo', que en la posguerra, "iba de Algeciras a La Línea, cogía cachos de saco de Gibraltar, hacía *josifas* (trapos para fregar el suelo) y me ponía a vendérselo a las mujeres. Con eso ganaba para darle de comer a mis tres hijos" (Manu Díaz, 2010). Y Antonio Barros recuerda que muchas casas de la barriada de La Colonia tenían cortinas hechas de sacos de harina de Gibraltar.

Antonio Barros recuerda que muchos españoles entraban en los *shus* o vertederos de los edificios (en inglés, *chutes*), para rebuscar ropas u objetos reutilizables: "En los bloques que tenían más de una planta, en cada casa había una boca de un tubo por donde se tiraba la basura, los restos de alimentos y la ropa usada. El tubo desembocaba en un depósito inferior al que se accedía abriendo una portezuela exterior.

Ese sistema de recogida todavía existe en los *glacis* de Gibraltar".

Los bolsos que llevaban los hombres y mujeres que trabajaban en Gibraltar, entrelargos y de tamaño mediano, eran de una tela resistente que se conseguía en Gibraltar. Vicente Ricardo explica: "Aunque ya había entrado el barco de vapor, aún había muchísimos veleros en Gibraltar, sobre todo entre gente de la Marina jubilada, y en el *arsenal* se hacían las velas. Las piezas de lona fuerte que no servían las tiraban, y la gente cogía unas cantidades tremendas y las llevaba para La Línea". En este bolso se llevaba a Gibraltar por la mañana el *costo*, y al regreso se traía la comida que sobraba en las casas, los regalos, los *mandaos*, los recortes de pan o los restos de comida tras las fiestas. Por eso llegó a ser un emblema del trasiego transfronterizo de productos.

Mi barraca la hizo un gitano, y la mar de bien. Yo la tenía muy limpia y muy bien arreglada, y con un sillón a la entrada. Vino una vez un policía tomando datos para el carné de identidad, y cuando le dije que pasara me respondió: "No voy a entrar solamente, señora, que también me voy a sentar; porque esto es una verdadera casa".

Mi hija Ana, hacia 1964, delante de nuestra barraca.

Mis hijos Dina y José, en 1969, delante de nuestra barraca.

A mis niños no les dejaba salir a la calle, para no tenerme que pelear con alguna mala persona a cuenta de ellos. Se quedaban en el patio, y los sábados las vecinas se los llevaban a la playa y a todas partes. Por la noche, los niños se lavaban por turnos; ninguno se acostaba sin lavar. Me las he arreglado para alimentarles bien y hemos salido adelante.

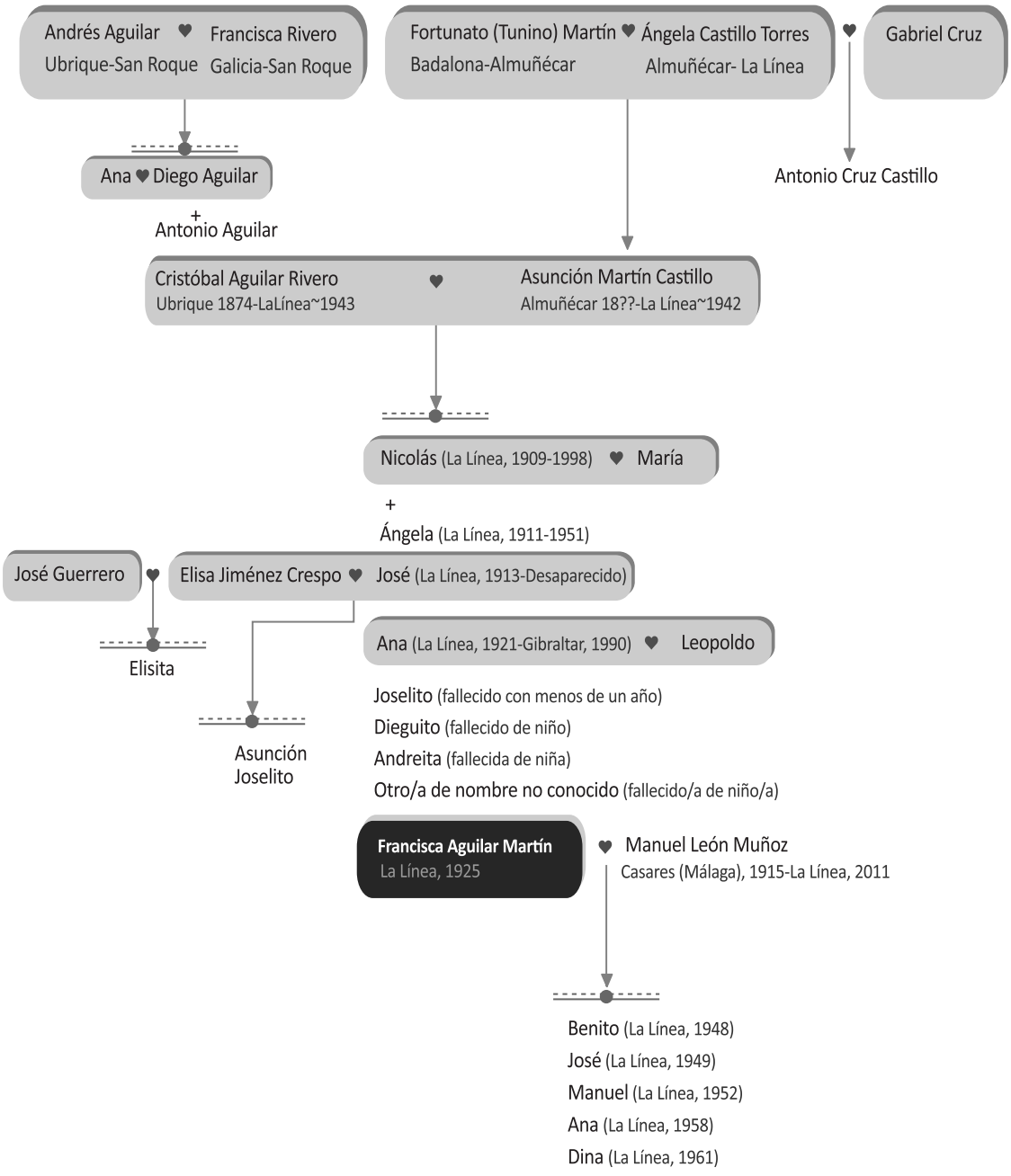
Mi familia, hacia 1960: José, yo, Ana y Manolín, Manuel (mi marido) y Benito.

Yo, en los años setenta.

Mi marido aquí en La Línea no cotizó, así que todo lo que cobramos es de Gibraltar. Antes tenía que recoger la paga en Gibraltar; ahora puedo cogerla aquí, pero de todos modos voy porque me hace ilusión comprar los *mandaos*. Como dice una copla que yo hice: "Tres cosas tiene La Línea / que no las tiene Madrid / el Peñón y la manteca / y la carne de *combí*"[59]. Me traigo dos tarrinas grandes de manteca (una para mi nieta y otra para la casa), seis paquetes de azúcar y chocolate.

[59] Carne *combí* o carne *combi* es un tipo de ternera en conserva, que se vende en Gibraltar. La palabra viene del inglés *corned beef*.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE FRANCISCA AGUILAR MARTÍN



VICENTA LÓPEZ BENÍTEZ

4

Nosotros no habíamos hecho nada

Mi vida es muy grande, porque una ha pasado muchas cosas. Yo lo recuerdo todo desde que tenía seis años. He tenido una niñez muy mala. Todo el que tenga la edad mía más o menos lo habrá pasado. Mi familia es de Estepona. Nací el 14 de julio de 1931. Mi padre se llamaba José, y mi madre, Josefa. Mi hermana mayor tiene 83 años, y el segundo falleció con 47 años. La tercera soy yo, luego un hermano que nació al empezar la guerra de España; y la más pequeña, que nació durante la Guerra Mundial.

Nosotros no hemos tenido tierras. Íbamos tirando bien: mi padre trabajaba pescando con los patrones y mi madre no trabajaba fuera de casa. Hasta que llegó la guerra. En aquel entonces, la verdad de Dios, no se tenía la sabiduría que hoy se tiene: decían que había que salir del pueblo y nos fuimos a Málaga. Estábamos refugiados en la fábrica de tabaco de Málaga, para que no nos cayeran las bombas. Recuerdo de estar en lo alto de una escalera de esa fábrica, vi llegar a mis abuelos maternos, que venían para reunirse con mi madre, y me tiré por el pasamanos de la escalera para recibirlos.

De Málaga fuimos corriendo muy lejos: hasta Mijas; por el miedo no sé de qué. La gente tenía susto, porque estaban los alemanes y los italianos aquí en España ayudándole a Franco. Había muchos conocidos de Estepona corriendo como nosotros. Para darle leche a mi hermano José, que tenía nueve meses, mi padre ordeñaba las cabras que iba encontrando por el camino.

Yo recuerdo muchas cosas de ese viaje. Me llevé un saltador, que usaba cuando parábamos un poquito para descansar. Lloraba mucho, porque me cansaba, y mi padre me decía, "cuando echemos a andar no llores, ¿eh?". Pero enseguida que empezábamos a andar, volvía a llorar. Mi padre, el pobrecito, me tenía que echar encima de sus hombros. Había tiradas por el camino muchas cosas buenas que iba dejando la gente: mantones de Manila y muebles. Nadie los cogía porque, ¿a dónde lo llevaban? ¿Iban a ir cargadas? Cuando regresamos al pueblo por el mismo camino, ya no quedaba nada[60].

En Mijas nos recogieron en unas chozas, pero no había dónde trabajar. Vivimos allí *unos pocos* de meses, hasta que ya pensamos, ¿por qué teníamos que huir, si nosotros no habíamos hecho nada? Y volvimos para el pueblo[61]. Al salir, mi padre había dejado la llave de casa en una horna de barro, en la pared

60 De Málaga a Mijas por carretera habría unos 40 kilómetros, y de Mijas a Estepona 70 kilómetros.

61 En un conflicto armado, la población civil no huye por ser responsable de la violencia, sino precisamente para evitar ser víctima de ella. Esta pregunta también se la hacía Francisco Gil, y responde al lastre de criminalización y culpabilización propio de la propaganda franquista.

de un cortijo, y cuando regresamos ya no estaba la llave allí. En Estepona nos encontramos que estaba todo hecho polvo, y no hizo falta la llave, porque la puerta de casa estaba abierta: habían entrado los milicianos.

Las familias de José Sánchez Aranda (nacido en 1934) y de María Muñoz Mena, su esposa (nacida en 1936) emigraron a La Línea en busca de un trabajo más estable. Ellos ofrecen imágenes de las duras **condiciones de vida en Estepona** en los años treinta y cuarenta, que explican la emigración a La Línea.

José Sánchez: "Del pan de maíz y del pan blanco, ¿no me voy a acordar? ¿Y de cernir harina? ¡No he pegado yo puñetazos a la harina! Y después que se hartaba uno de trabajar no lo podíamos comer. Yo estuve trabajando un mes con las bestias en la sierra de Estepona, para ir a por maderas de pino. Me dio mi padre un manojo de gordas de cartón que había antes[62], y le digo, ¿a usted no le da fatiga darme esta porquería al mes de trabajo? Me daban una peseta por cada cochino que guardaba, todo el día en el campo, y mientras no se enteraban mis padres me quedaba con el dinero. Para venirse a La Línea, una parte de tierra en la sierra que le tocó a mi madre y otra que se había comprado las tuvieron que vender por casi nada. Yo hablo de lo que yo he tenido, y por referir esas cosas se pone uno malo".

María Muñoz: "Nosotros vivíamos en un pueblecito con muy poquitas casas que se llamaba Arroyo Enmedio. Mi madre tenía un campo y allí nos hemos criado los siete hermanos. Mi padre iba con la bestia a Estepona, a vender las cosas del campo. Nos quedamos pronto sin padre, porque se murió de una neumonía. Cuando éramos muy chicas, mi madre nos dejaba en casa de las vecinas para ir a trabajar; entre todas éramos como una familia. Cuando fuimos más mayorcitas, las tres hembras escardábamos la cebolla, sembrábamos la zanahoria, la lechuga y esas cositas. Mi madre iba con la bestia al pueblo, a vender la leche, el queso y las verduras. Ya nos vinimos a Estepona, una hermana se iba a cuidar niños y yo, con doce años, me empleé en una tienda de comestibles y perfumería".

62 Una gorda equivale a diez céntimos de peseta. A partir de la Guerra Civil los metales más valiosos escasearon o fueron requisados, y se recurrió a vales, bonos y monedas de cartón.

Mi padre se puso en las traíñas

Ya la vida no estaba como antes. Había muy poco trabajo en Estepona y nos fuimos a La Línea cuando yo tenía ocho años, hacia 1939. Mi padre se puso a trabajar en un barco grande de pesca que le dicen las traíñas (o cerco), en la costa de Poniente. En aquel entonces no estaba bien pagado: se tiraban tres o cuatro meses pescando y a lo mejor venían peor que se habían ido. Unas veces traían dinero y otras veces no traían. Por eso mi madre tenía que trabajar lavando, pintando o planchando.

Cuando terminó la guerra de España, empezó la Guerra Mundial, y lo pasamos peor todavía. Como mi madre estaba embarazada de la pequeña, se fue con nosotros a casa de mi abuela en Estepona, para evitar los bombardeos que había aquí. Porque España no estaba en la guerra, pero Gibraltar sí; y La Línea, que está al lado, lo padeció. Regresamos cuando mi madre tuvo la niña.

Al final de la Guerra Mundial el hijo de los Mondéjar, una gente rica que tenían vacas y tenían huerto, le arregló el pase a mi madre para entrar en Gibraltar. Se colocó en unos *mesaos* que había cerca del campo de aviación; unos comedores para los soldados ingleses y americanos (porque entonces había muchos militares en Gibraltar)[63]. Ella estaba en la cocina, fregaba los platos y ayudaba a los cocineros. Como era de los militares, la pagaban más y se traía mucha comida buena, así que nos fuimos poniendo mejor. Ahí estuvieron ella y mi hermana hasta que cerraron Gibraltar.

Yo estuve en una escuela privada donde el maestro no era titulado. Mucha gente estudiaba con él. Era en su casa, pagabas una perra gorda por día y tenías que llevar el banquito. Como mi madre y mi padre estaban trabajando, los niños hacíamos rabona y nos íbamos por ahí a jugar. Mi hermano aprendió muy bien, y tengo amigas de mi edad que saben leer y escribir. Así que yo me pregunto, ¿será que he sido una rebelde y no quería aprender?

Antes, todas las semanas llegaban a las casas los capítulos de las novelas. Mi hermana la mayor, que es la que sabía, las leía. Ama Rosa, La Fierecita y esas cosas. Yo prefería trabajar en la casa, y me enfadaba con ella: "¡Vamos a limpiar y déjate de novelas!". Ya cuando fui más mayor y empecé a trabajar, la señora de la casa me dijo, "¿tú quieres aprender?"; me ponía una hoja y me decía lo que significaban las letras.

63 La palabra *mesao* viene del inglés *mess house*, la cantina militar donde se da el rancho.

Gibraltar no era tan bueno como se piensa

Yo quería trabajar para ayudar en mi casa y por si me hacía falta un vestido, unos zapatos o lo que fuera. En cuanto cumplí los 18 años me saqué mi pase para entrar a Gibraltar. Era 1949. Mi padre tuvo que dar su conformidad para que entrara, pues entonces no eras mayor de edad hasta los 21 años[64].

En aquel entonces, muchos gibraltareños evacuados todavía vivían en Gran Bretaña u otros destinos, y en Gibraltar había falta de trabajadores. Por eso empleaban a muchos españoles; daban bastantes facilidades para entrar, y los que ya estaban dentro te ponían en contacto con alguien que necesitaba una muchacha. Ya poquito a poco fuimos pasándolo mejor.

LA EVACUACIÓN DE GIBRALTAR EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La evacuación de la población de Gibraltar al inicio de la Segunda Guerra Mundial comenzó en mayo de 1940. Fue progresiva y tenía un doble objetivo: proteger a la población civil de los efectos de la guerra y permitir que la vida del Peñón se orientara todo lo posible a objetivos militares. Entre los evacuados, la mayoría mujeres y niños, unos residían en el mismo Gibraltar y otros vivían en La Línea o poblaciones cercanas. En ocasiones, unos miembros de las familias decidieron permanecer y otros acogerse a la evacuación.

Parte de los trabajadores españoles que entraron a Gibraltar en este tiempo cubrió el espacio laboral dejado por los evacuados. Otros atendieron las nuevas necesidades de fortificación de Gibraltar: ampliación de la red de túneles (que empezó a diseñarse a finales del siglo XVIII), edificaciones militares y alojamiento y alimentación de la guarnición militar. José Luis Rodríguez explica que la presencia de mayor población masculina y militar, junto a la evacuación de las mujeres gibraltareñas, dieron más posibilidades laborales en el trabajo doméstico y de servicios, y de nuevas relaciones de amistad y familiares.

64 Francisca Aguilar y Vicente Ricardo empezaron a trabajar en Gibraltar en los años treinta con 12 años. La hermana de Antonio Casablanca lo intentó hacia 1941, con unos 14 años. La edad mínima de 18 años para conceder el pase empezó hacia 1943. Antonio Casablanca subraya que la espera se hacía larga, pues la mayoría empezaba a trabajar entre los 10 y los 14 años.

El regreso de los evacuados de Gibraltar comenzó en 1944, llegó a 12.300 retornados para finales de 1945 y se dio por acabado en 1951, cuando habían regresado 16.700 (aunque hay referencias de retorno en 1952). Muchos siguieron haciendo vida en el lugar de evacuación o en Gran Bretaña, "porque tenían una nueva familia. Y hubo quien regresó dejando atrás descendencia" explica José Luis Rodríguez. En Gibraltar no era posible reubicar a todos: unos edificios habían sido destruidos y otros ocupados por las tropas militares, y muchas familias retornadas a Gibraltar habían sido evacuadas desde La Línea. Se instalaron campamentos provisionales y se adecuaron los *glacis*, antiguos barracones militares prefabricados.

La evacuación marca un punto de inflexión en la historia de la comunidad transfronteriza: las y los evacuados afianzaron en el exilio su cohesión como comunidad y su identidad, una buena proporción incorporó la lengua inglesa por primera vez, y muchas familias que previamente vivían en el lado español, al regreso se acogieron a las ventajas que les ofrecía la colonia.

Yo trabajaba con una familia que vivía detrás de la catedral de Gibraltar. Eran un matrimonio mayor con su hijo, *Mister* Morrou, que era jefe de los *nafis* de Gibraltar. Él también estaba casado, y tenía un niño y una niña. Yo tenía que lavar su ropita, planchar, ayudar a hacer la comida, limpiar la casa e ir de compras. Me iba a Gibraltar con la compra hecha aquí a las ocho y media de la mañana, y volvía a las diez de la noche.

Yo no he servido en La Línea, así que no sé como las trataban aquí. Pero Gibraltar no era tan bueno como se piensa; todo el mundo no tuvo suerte con el trabajo. Entonces en Gibraltar daban en el suelo el *poli* (abrillantador), y los cristales había que limpiarlos cada quince días. Estaba una *jartita* de trabajar y, al igual que en La Línea, te hacían llamarles "señora" y "señor", o "*mis*" o "*míster*", que es lo mismo. Aquí a lo mejor te daban treinta pesetas al mes, pero Gibraltar no daba sueldo de más.

Estuve ocho años trabajando allí y no cobro de Gibraltar nada, porque no me declararon[65]. Cobro ochenta libras al mes por la jubilación de mi marido. Mi hermana, que trabajó ahí muchos años, cobra una paga, y mi madre murió antes de poder cobrarla.

65 Práctica común en España hasta finales de los años setenta, que afectó probablemente a millones de personas. Ni el Estado ni las empresas han asumido responsabilidades.

Vista desde la parte superior de Gibraltar, hacia el norte: cementerio de Gibraltar, aeródromo o aeropuerto de Gibraltar (en la antigua zona neutral), instalaciones de la aduana de Gibraltar y paso fronterizo hacia España. A continuación, parque y edificios de La Línea. Al fondo, Sierra Carbonera.

Los americanos querían estar con mujeres

En esos años muchos *llanitos* hablaban español entre ellos, no sólo con nosotras. Las personas que trabajaban con los militares aprendieron más inglés, porque esos no sabían español. Yo sólo aprendí a dar los buenos días, las buenas tardes y las buenas noches en inglés.

EL ESPAÑOL COMO LENGUA DE COMUNICACIÓN DE LOS GIBRALTAREÑOS

Vicente Ricardo comentó que no todos los gibraltareños sabían inglés. Fred Mann, alemán y judío afectado por la persecución nazi durante la Segunda Guerra Mundial, fue evacuado a un campo de refugiados en Jamaica, donde convivió con gibraltareños. En sus memorias personales, explica que esta comunidad hablaba español (no inglés, como él esperaba). Afirma que la mayoría de los libros de la pequeña biblioteca del campo de refugiados estaban en español, y que las clases para los

niños eran en español (Fred Mann, 2009). El sacerdote de La Línea Justo Martínez de Serdio subraya en una carta que el propio gobierno británico se sorprendió de que la comunidad gibraltareña evacuada "hablaba, pensaba y vivía en español". Y John D. Stewart aseguraba en su libro "Gibraltar, piedra clave", escrito a finales de los años sesenta, que los gibraltareños, además "rezan y comen en español" (John D. Stewart, 1968:352). Es a partir de esta década cuando el inglés sustituye gradualmente al español como primera lengua de comunicación.

Una explicación al uso del español en Gibraltar que sólo considera el contacto con los trabajadores españoles dentro de la colonia, subestima la presencia de la población gibraltareña en La Línea (como residentes permanentes o temporales, como consumidores cotidianos, y haciendo vida familiar y social) y su estrecha relación con la población linense y andaluza, en general.

La primera vez que entré en Gibraltar me impresionó ver a tantos soldados. Cuando entraba una escuadra de barcos en Gibraltar (que era varias veces en una semana o en un mes) les daban permiso para que salieran a tierra. En esos años Gibraltar tenía muchos cabarés y traían muchas mujeres de Madrid y de otras ciudades. Los americanos o lo que fueran se emborrachaban, había muchas peleas y además, lo que pasa: querían estar con mujeres y se creían que todas las mujeres eran lo mismo.

Ese día las que servíamos teníamos que salir antes de trabajar, para que los soldados no nos pillaran por la calle. En vez de irnos a las diez, que era la hora límite, nos íbamos a las ocho. El señor de la casa donde trabajaba avisaba a su mujer: "Dile a Vicenta que salga antes, porque hay escuadra y van a entrar los soldados en el pueblo".

DEMANDA SEXUAL DE LOS SOLDADOS EN GIBRALTAR

Al menos desde el siglo XIX, Gibraltar y La Línea cubrían la demanda de ocio y sexo de los soldados que residían temporalmente en la colonia, junto a las tropas británicas acantonadas. Sumaban miles los soldados que acudían a los cafés y locales de Gibraltar. En un artículo publicado en el Heraldo de Madrid en 1909, Gabás, editor del mismo, escribe: "Son los marinos ingleses, yanquis y rusos, pertenecientes a tres escuadras que

poco antes han fondeado en Gibraltar, que apuran cientos de jarras de cerveza, vuelcan sus libras esterlinas, gritan, vociferan, entonan cantos nacionales y alguna vez arman en tierra zafarrancho".

Maruja Gil vivió en Gibraltar la misma situación que Vicenta: "Cuando trabajaba en Gibraltar, hacia 1946, los días en que había escuadra y desembarcaban los marineros, tenía que venirme antes a La Línea, porque los soldados se desmadraban y actuaban como auténticos animales". Y Francisca Aguilar dice: "Ese día no podían las muchachas pasear por la calle Real de Gibraltar, porque los soldados las cogían en brazos y las remontaban". José Luis Rodríguez explica: "Durante la Segunda Guerra Mundial había un continuo trasiego de soldados de los aliados hacia el Mediterráneo, que paraban a repostar en Gibraltar. Y tras firmar el tratado con los americanos en 1953, empiezan a venir más escuadras".

Un marino y una mujer, caminando por una calle de Gibraltar. Foto hecha por Bert Hardy en 1954. Tomada de http://www.corbis.co.in.

Un ex marino británico que estuvo en Gibraltar en 1953, rememora en la web Gibraltar Rock que los jueves, día de la paga quincenal en la armada, *Main Street* (calle Real) se convertía en un "mar de gorras blancas" y todos los bares se llenaban. Explica que en esa calle había bastantes salones de baile, algunos de los cuales también eran locales de prostitución. La noche de los jueves también era la preferida para ir a La Línea, añade. Otro ex marino que estuvo en Gibraltar de 1953 a 1955, cita los locales El Trocadero y *Panama Night Club*; habla de las chicas con quienes salían y de las peleas entre los marinos, y finaliza: "Podría hablar también de las salidas a La Línea, pero como he citado nombres y fechas no sería adecuado dejar registro de eso".

Antonio Barros dice que muchos hombres de La Línea trabajaban de guías, aprovechando sus conocimientos de inglés. "Se ponían en la aduana, para llevar a los soldados y a toda esa gente que venía de Gibraltar a las casas de prostitución y cabarés de La Línea, a cambio de dinero. Intentaban cobrar más de la cuenta para quedarse con la diferencia; era una forma de vivir".

Teresa Almagro recuerda que “en La Línea, los marinos se metían por la huerta Fava y saltaban la valla para ir a la calle Gibraltar”. Y Antonio Sotillo apunta: “Cuando venía la escuadra a La Línea, se vendía la bebida que no se había vendido nunca. Los marinos llegaban borrachos llamando a la puerta de las casas particulares para estar con una mujer. Había que echarles a puñetazos, porque no se marchaban. Rompían vasos en los bares y sacaban billetes para pagarlos”.

José Luis Rodríguez explica cómo se resolvían algunos conflictos: “La policía militar de los soldados (*Naval Shore Patrols* o Policía Militar de la Marina) tenía autorización para acceder a La Línea. Los reconocíamos porque llevaban un brazalete con sus siglas. A una hora convenida, o bien si los dueños de los establecimientos o las autoridades locales daban aviso de que había jaleo, estas patrullas entraban en unas furgonetas de batea baja, daban con sus porras a todo el que hubiera por ahí y ponían orden. Recogían a los soldados como podían y, tras llevarlos a Gibraltar, los descargaban en el muelle como si fueran sacos”.

Un grupo de marinos observa a una bailarina española de flamenco, en el bar Suiza de Gibraltar. Foto hecha por Bert Hardy en 1954. Tomada de http://gibraltar-rock.co.uk/better%20rthan%20the%20bahamas.htm

Emigramos a Luxemburgo

Mi marido, Francisco Gutiérrez Rey, es nacido y criado en La Línea. Trabajaba *embarcado* en un petrolero grande que paraba en Gibraltar e iba por el mundo entero. Yo me vine de Gibraltar con 26 años, antes de casarnos, porque él ganaba mucho dinero: "Para lo que ganas, no vale la pena que estés trabajando. Yo te lo pago y tú te quedas en casa con tu madre". Los hombres aquí en la Línea no querían que trabajara la mujer, sino tenerla en casa para ser recibidos con la mesa puesta.

Lo fui pasando como mejor se podía, hasta que me casé en 1955. Mi marido era joven y estaba siempre *embarcado*, y para mí era muy triste estar sola en casa. Entonces emigramos a Francia, y de allí nos fuimos a Luxemburgo, donde trabajé en una lavandería. Aprendí francés y aprendí un poco de italiano, porque había muchos italianos.

En Luxemburgo me confesaba con un cura español. Un día me dijo que las mujeres no necesitábamos confesarnos, que no teníamos pecados mortales y que es muy raro que una mujer haga una cosa mala. Le comenté lo de los hábitos y lo de llevar flores al santo, y me dijo, "Vicenta, lo que se va a gastar en eso, lo lleva usted en un sobre a alguien que no tenga para comer o que esté enfermo; porque al santo no se le puede comprar". Ese señor me abrió los sentidos. Yo de joven iba mucho a la iglesia y tomaba la comunión. Cuando nos íbamos a confesar las muchachas, nos preguntaban cosas que no debían preguntar. Antiguamente los curas se metían en muchas honduras.

Allí estuvimos catorce años, hasta que compramos un pisito, lo amueblamos y nos vinimos a La Línea. Mi marido tenía unos primos que se fueron a Gibraltar de pequeños, que le ayudaron a empezar en Gibraltar. Él murió va a hacer tres años y ahora vivo solita. Por él no me he puesto luto. Todo lo que he tenido que hacer, lo he hecho antes de morir. Cada una tiene su pensamiento, y yo digo ¿por qué me tengo qué vestir como diga la otra?

MARUJA GIL LOZANO

5

Entonces reinaba la República

Las cuentas ahora, a mis 71 años[66]. Me llamo María Gil Lozano. Nací en Ceuta en 1928. Mis padres fueron Victoria Lozano, natural de Ronda, y José Gil, natural de Ubrique. Mis antepasados por parte de mi padre eran de Ubrique y se vinieron a La Línea por razones de trabajo; los de mi madre buscaron porvenir en Ceuta. Cuando mi padre se fue a Ceuta a buscarse la vida conoció a mi madre. Entonces él tenía 17 años, y cuando tenía 24 se casaron.

Mi padre fue pintor de decoraciones; mi madre estaba en casa, cuidándonos. Yo soy la mayor de dieciséis hermanos. Vivimos seis, cuatro hembras y dos varones. Después de mi van Rafaela, Hortencia, Pepe, África y Manolo. Entre uno y otro ha habido ocho abortos. Y dos niñas, Pepita y Luisita, fallecieron a la edad de cuatro años. Eran preciosas las dos, y las recuerdo bien.

Mis padres se fueron a Tarragona cuando yo tenía un mes, en un barco que tardaba mucho tiempo en llegar. En una localidad que le llamaban El Regué, mi madre estuvo dando el pecho a los niños de una señora, al tiempo que me criaba a mí. Y mi padre también trabajó allí.

Yo tuve una infancia buena. Mis padres, en aquella época, eran unas personas muy cultas. Mi padre en particular, trató siempre de que los hijos supiéramos todas las letras. Disfrutaba del día de Reyes: esa noche nos hacían dormir no sin antes poner los zapatos en la ventana y en la mañana siguiente mis padres disfrutaban lo mismo que nosotros. A mi padre en este tiempo le iba bien.

Recuerdo en los primeros años treinta, cuando empezaron las huelgas y todos los jaleos que vienen cuando los gobiernos no se llevan bien. Los trabajos empezaban a faltar y pasábamos estrecheces: escaseaba el jabón (recuerdo que mis padres lo hacían en casa), los alimentos y de todo lo necesario. Las tiendas estaban cerradas y despachaban por las puertas falsas, pero con muchos cuidados.

Entonces reinaba la República. Todo iba de mal en peor. En mis pocas luces, pensaba que algo malo pasaría, como así pasó. Se temía salir a la calle, pues "por cualquier motivo detenían a cualquiera"; así le escuchaba a mi padre decir. Y que hacían fotos, y a todos los que identificaban los apresaban. En estos años murieron mis hermanas Pepita y Luisita, las dos de meningitis.

66 Maruja escribió sus memorias hacia 1999, y en 2010 han sido completadas con su relato oral.

Rafaela y yo (la mayor) con mi padre, camino de la feria de Ceuta en 1935. Es la única foto que conservo de nuestro tiempo en Ceuta.

Cumplí 8 años en mayo de 1936, y el 18 de julio llegó un barco bombardeando Ceuta. Aquello me asustó bastante. Saltó la guerra y todo fue peor de lo que ya lo estábamos pasando. Los *moros* entraron a la ciudad saqueando todo lo que encontraban a su paso. Nos robaron casi todo lo que teníamos y nos echaron a unos campos cerca de las *cabilas* de los *moros*. Era una zona de monte donde se veían bastantes animales.

Ahí estuvimos cerca de medio mes. Un día llegaron unas camionetas de la Guardia Civil, donde montaban a las mujeres y a los niños. Los hombres se quedaban en tierra; no sabemos la suerte que les acompañó. Y digo esto porque mi madre se encontraba de parto y uno de los guardias le dejó a mi padre meterse en la camioneta y taparse con una loneta.

Nos llevaron al centro de Ceuta. Nos alojamos en casa de mi tía Josefa, hermana de mi madre. Nos alumbrábamos con velas y cuidando que por la ventana no se viera nada, pues había un *falange* en cada esquina. Cuando mi madre se puso peor, llamaron al falangista para que viera lo que pasaba. Nos dejó llamar a la comadrona y aquella noche del día 15 de agosto nació mi segunda hermana. Mis padres quisieron que se bautizara, pero el cura dijo que al llamarse Hortencia no le *echaría el agua*. Cuando la niña casi cumplió la cuarentena nos fuimos a nuestra casa.

La guerra llevaba su curso. No paraban de bombardear, porque Ceuta era una plaza militar. Vivíamos siempre asustados. En uno de estos bombardeos fuimos a refugiarnos a una batería que había en el recinto y resultó que tenía un polvorín. Por poco no lo cuento. Mi madre llevaba a Hortencia en brazos y Rafaela y yo íbamos cogidas de los dos lados de mi madre. Cayó un buen proyectil cerca y cuando llegamos a la batería se acabó el bombardeo.

Llegaron diciendo que mi padre era *rojo*

Fue pasando el tiempo y mi padre casi no tenía trabajo. La familia de mi madre, aunque también estaban mal, nos ayudaba en lo que podían; estábamos unidos. Mi abuelo, que vendía lotería de la Cruz Roja, nos alquiló una vivienda

al lado de su casa. Mi hermana Rafaela y yo seguimos en el Grupo Escolar López de Vega, donde yo estudiaba Preparatorio. Comíamos en el comedor del Auxilio Social. La jefa del Auxilio tenía el escudo de Falange bien llamativo en su chaqueta y una vara en la mano: "¡Os lo tenéis que comer todo! ¡A la que deje algo le doy un palo!". ¡Era más recta...! La temíamos.

Mi madre trabajaba limpiando y lavando a la gente de los militares, que eran las que podían pagarlo. Así estuvimos pasando, y con miedo. Las personas mayores, si al andar por la calle sentían el himno desde cualquier radio, se tenían que detener y levantar el brazo; y no podían pararse en grupo con ningún familiar o amigos.

Cerca de la navidad de 1936 llegaron dos policías a mi casa diciendo que mi padre era *rojo* y que había huido. Entonces eran de dos bandos: fascista, de Franco y *rojo*, de la República. Mi madre les dijo que ni era *rojo* ni había huido. Se armó un jaleo bien grande y le respondieron, "Señora, cállese o va usted a venir con nosotros también".

En esos momentos mi padre estaba pintando el barco Cánovas del Castillo en el muelle de Ceuta. Fueron a por él, se lo llevaron a la comisaría y lo interrogaron. Uno del gremio de mi padre era masón y en los interrogatorios, a fuerza de darle martirios, le obligaron a denunciar a los amigos como "pitos" (masones). Eso estaba muy perseguido, y metieron en la cárcel a todos los que en estas circunstancias se confesaron masones. Pero él no era masón.

La masonería es una sociedad de apoyo mutuo que busca formas de mejorar la sociedad. En su nacimiento estuvo ligada a la difusión de ideas revolucionarias, y casi todos sus miembros se consideraban librepensadores. Fue muy perseguida por la Inquisición, lo que forzó su carácter secreto. A partir de 1876 se establecieron varias logias masónicas en El Campo de Gibraltar: en el inicio de la Guerra Civil había diecisiete talleres masónicos en la comarca, sumando los de La Línea, Los Barrios, San Roque, Jimena y Tarifa. Gente de clase social y motivaciones variadas estuvo relacionada con la masonería: el padre de Teresa Almagro conservaba un cuadro masónico; un amigo judío de Vicente Ricardo y un tío de Isabel Álvarez se declaraban masones; y un cuñado político de Francisca fue denunciado como masón. En marzo de 1940 se creaba el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo, que actuó hasta 1963. El tío de Isabel y el propio Vicente, fueron juzgados por este Tribunal y condenados a prisión.

Metieron a mi padre en la prisión de El Hacho, en Ceuta, como hicieron entonces con tantísimas personas. Le echaron doce años y un día, y por buena conducta estuvo tres años. Lo tuvieron incomunicado con rejas dobles, como si hubiera hecho un crimen. Para ir a la cárcel teníamos que subir el monte Hacho entre matorrales casi en fila india, y la guardia *mora* vigilando con los fusiles en alto. Una vez fue mi madre con la chica, que tenía meses, y nos volvimos sin poder visitarlo. Me acuerdo como si fuera ahora.

Nosotras lo íbamos pasando regular. Mi madre seguía trabajando, sus hermanas y su madre no nos dejaban solas, y mis abuelos paternos también nos ayudaban. Unos vecinos que eran como familia me acogieron en su casa y me pusieron en un colegio de monjas junto a sus hijas. Allí estuve un año, hasta que dejaron a mi padre en libertad y se colocó en un trabajo, que le costó encontrarlo.

Casi todo estaba destruido y faltaba todo lo esencial. Como Ceuta era una plaza militar, comíamos algunos chuscos que los mismos soldados sacaban de intendencia y nos vendían de estraperlo. Un día, en casa hicieron pan con una harina podrida. Estaba malísimo y el *descansado* de mi padre y yo lo comimos con bastante ajo untado y con un poco de aceite. De seguida avisaron con altavoces que no consumieran ese pan. Hubo quien se intoxicó, pero a nosotros no nos pasó nada; sería por el ajo.

Nos poníamos en la cola del racionamiento de aceite con botellas de cristal de agua de Carabaña, pues el aceite se despachaba con una maquinita, en raciones de cuarto o de octavo de litro. Las chiquillas solíamos ir a la cola acompañando a las madres.

Estando una noche en la cola vimos venir un militar. Se acerca al grupo, nos saluda y nos pregunta, "¿Quién de ustedes es la más necesitada?". Nadie habló, y mi madre dijo: "una servidora". "Pues tome usted", y le dio un abrigo. Este hombre resultó ser un capitán del tercio, y a esas horas venía de La Barría, un sitio donde había mujeres como las de la calle Gibraltar de La Línea. Y por cierto, una de estas mujeres tenía una hija, y como no quería que viera la vida de ella, se crió con nosotros.

Así íbamos tirando. Después del colegio yo fregaba en una portería con unos cuatro pisos. Recuerdo que la portera era bastante mayor y con el bastón me indicaba los rincones donde quería que limpiase bien. En el año 41 nació Pepe. Mi madre le daba el pecho sentada en la puerta del patio junto a varias vecinas, mientras yo jugaba en la calle. Las madres antes, mientras charlaban o hacían sus tareas, vigilaban a los hijos.

Una tarde, mi madre se puso con mucha fiebre: había cogido el tifú (tifus). El médico propuso que se quedara sola en una habitación de la casa, sin que la visitara nadie, debido al contagio que esa enfermedad tiene. Sólo entrábamos mi padre, una tía y yo. A mí no me daba miedo. Tenía trece años y ayudaba en todo lo que podía; casi me salí del colegio para cuidarla, lo mismo que mi hermano. Mi hermana Rafaela, que entraba preguntar cómo estaba, lo cogió también, pero no tan grave. Se recuperaron las dos.

En La Línea me encontré con otra guerra

Vinieron mis abuelos paternos a vernos en 1941, y me trajeron a La Línea para una temporada. Para salir de Ceuta, lo mismo que para entrar, costaba bastante. Mi padre me tuvo que hacer un salvoconducto para que saliera por quince días. ¡Y todavía estoy aquí!

En La Línea me encontré con otra guerra en la que Gibraltar estaba liado, la Segunda Guerra Mundial. A los pocos días de llegar, se equivocaron unos aviones, tiraron bombas sobre las barriadas y hubo bastantes desgracias cerca de la barraca de mi abuela, que vivía en La Colonia. Mi abuela me decía, "¡métete debajo de la cama!", porque el colchón era de lana. Estábamos asustados, sufriendo los bombardeos y el sentir de los aviones, que la gente reconocía por el ruido. Decían, "¡ahí viene El Chivato!", y después "¡que viene Ramoncito!". Uno de estos días mi familia en Ceuta *hicieron teléfono* para acá y les contaron que La Colonia había sido afectada. No lo pensaron y se vinieron para estar todos juntos.

BOMBARDEOS EN LA LÍNEA DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Los bombardeos y sus efectos

El bombardeo mencionado por Maruja fue la madrugada del sábado 12 julio de 1941. Un Savoia Marchetti SM-82 fue detectado en Gibraltar y poco después soltaba sus tres enormes bombas, que cayeron sobre La Línea. Dos de ellas no hicieron explosión, quedando medio enterradas en las dunas de la playa de Poniente, pero la tercera haría blanco en la esquina de las calles Duque de Tetuán y López de Ayala. Antonio Barros lo recuerda: "Cuando tenía diez años, una bomba cayó al lado

▶

de una escuela donde yo estudié. Mató a una hermana y a un hermano. En Duque de Tetuán y en El Sol también cayeron. Otra grande cayó en La Colonia, en el huerto del Mosca, al pie de una higuera junto al río. No llegó a explotar y nos evacuaron a todos; se quedó La Colonia vacía. Nos fuimos al centro de La Línea, ¡recuerdo que mi madre nos compró churros y todo! Con la perfecta organización que había entonces, nos avisaron de que podíamos regresar; y ya estábamos tranquilos de vuelta en La Colonia, cuando explotó la bomba".

Una vez sucedido el primer desastre, el familiar sonido de los bombarderos reavivaba esta imagen. La vivencia del terror tiene diversos efectos somáticos, como Francisca Aguilar sabe: "Cuando los italianos venían bombardeando vivíamos nosotras en la Carretera del Hospital con mi abuela. Yo tendría dieciséis años. De madrugada salimos una pila de personas al patio para mirar, y a mí del susto se me puso la boca de lado. Un médico me mandó unas gotas de yodo, que me resultaron buenísimas. Hubo muchas personas que les pasó lo mismo. Algunos cuajaban plomo en conchas de la mar y se lo ponían en el lado contrario de la boca, para hacer de contrapeso".

Protección frente a los bombardeos

Miles de gibraltareños que vivían en ambos lados de la frontera habían sido evacuados al inicio de la guerra, pero una cifra similar de españoles trabajaba en Gibraltar, sometida a los riesgos del conflicto bélico. Contaban en Gibraltar con refugios antiaéreos, como Teresa Almagro recuerda: "Al acercarse a Gibraltar los aviones cargados de bombas, los trabajadores los reconocían por el sonido y corrían a esconderse en los refugios. Una vez, mi padre tropezó corriendo y se lastimó. Avisaron a mi madre que su marido estaba herido en el hospital de Gibraltar y cuando llegó se encontró que le habían puesto a tejer a dos agujas (los ingleses dicen *hacer nitin*)".

A diferencia de Gibraltar, en La Línea no existían refugios. La gente buscaba modos de protegerse como el descrito por Maruja o por Antonio Barros: "Cuando venían los aviones, mi padre nos metía a los más chicos en la hornilla de la casa (el fogón). Los demás hermanos se ponían en los quicios de las puertas". Otra forma de reducir el riesgo fue desplazarse al pueblo de origen, como hizo la madre de Vicenta López, que estaba embarazada.

La casa de mis abuelos era una barraca bien grande, pero no cabíamos todos. Nosotros vivíamos en una habitación que servía a mi abuelo de pajar, porque él era *recovero*: tenía un caballo y una mula para salir al campo, a donde llevaba algo de aquí y a cambio traía huevos, miel y demás cosas que allí se producen. No sin antes pasar lo nuestro, encontramos otra barraca de alquiler en la calle Cardenal Cisneros de La Colonia, con dos habitaciones y una cocina grande. En ella nacieron dos hermanos más: África en el año 45 y Manolo en el año 48.

Mi padre no encontraba trabajo y mi madre tuvo que limpiar en algunas casas de pudientes. Yo también tuve que servir en una casa, y lo pasé fatal. Entonces era "servir"; hoy es "trabajar". Aquí en La Línea había una gente muy poco educada, que se creían que eran más que nadie, y te trataban muy mal. A mí me costaba llamar a mi jefa "señorita", y prefería ir directa a donde estaba ella, para decirle, "mire usted...". Sin embargo, ellas te llamaban a gritos: "¡Muchachaaa!"; nunca por tu nombre[67].

Estuvimos bastantes años en la barraca, hasta que nos dieron una vivienda en Mondéjar, una barriada nueva. Allí vivieron mis padres hasta que fallecieron, porque ya todos mis hermanos se casaron, lo mismo que yo. Hoy cada cual hace su vida, con los problemas que cada uno tenemos.

Me arreglaron el pase por mediación de un *llanito*

Ya tanto mi padre como yo estábamos mirando para poder trabajar en Gibraltar. A mí me arreglaron el pase por mediación de un *llanito* que vivía aquí, casado con una española. Mi padre no tuvo esa suerte hasta unos años después, que entró de pintor en el *arsenal* de Gibraltar. Entre que se lo daban y que no, las pasamos canutas para salir adelante.

Para lograr el pase español de entrada y salida de Gibraltar había que presentar una oferta de trabajo o "**carta de llamada**", que se tramitaba en el consulado inglés a través de una empresa o particular gibraltareño. José Luis Rodríguez detalla: "Creo que era los martes y los jueves cuando entre las diez y las once de la mañana, frente al edificio del Vice Consulado inglés se arremolinaba expectante una masa humana. Cuando en el balcón aparecía un empleado con un papel en sus manos, el silencio y la expectación eran inmensos. El empleado recitaba ▶

67 Antonio Barros afirma que él no percibe estas formas como despectivas.

los nombres de los agraciados. Junto a la alegría y la emoción de quien había recibido una 'carta de llamada' (a veces eran sólo uno o dos los afortunados) se juntaba la decepción de los que habían de esperar a la próxima vez".

Tenía cerca de 18 años cuando empecé a trabajar sirviendo en casa de la familia Ramos en la calle Real, cerca del *Rock Hotel*. La guerra había acabado y vivían mejor que nosotros en La Línea. Hacia el año 46 ganaba 15 pesetas al mes, y se lo entregaba a mi madre. Al salir del trabajo me seguía un militar inglés; un tío muy grandote. Me miraba, me esperaba y se acercaba a hablarme en inglés. Será que yo le gustaba. Yo le tenía temor a ese hombre, porque veía cómo actuaban los marineros cuando desembarcaban en Gibraltar, y le pedí al señor Ramos que me acompañara cuando saliera de la casa.

Yo , Maruja Gil Lozano, en 1946.

Trabajé después con un indio llamado Matani, casado con una madrileña que decían que era tanguista. Él tenía una tienda de ropa y otros productos de india, y vivía en la calle Real. En el *cuerpo de casa* estábamos tres mujeres de La Línea: la que lavaba y planchaba, la cocinera y yo, que limpiaba la casa.

Tomaban café sin leche cada cinco minutos, que yo se lo servía. Recuerdo que había una cocina de fuegos como las que tenemos ahora, con gas natural; porque en Gibraltar no había bombonas. Esas cocinas llegaron mucho después a España[68]. Y al señor había que ponerle en su sitio el pijama y las zapatillas, de modo que cuando entraba se las calzaba directamente.

Tenían dos perros, Jimmy y Brownie. Yo compraba todos los días un kilo de cabrito, que entonces se vendía en la plaza de La Línea, lo hervíamos en un *sospan* y se lo dábamos a los perros, que estaban tumbados en un sofá. ¡No se me olvida aquello! Los jefes no eran dados a regalar nada. La cocinera, que era de La Atunara, era la que peor lo estaba pasando, y decía, "¡Con el hambre que hay en mi casa, y mira cómo tratan a los perros!".

68 Según John D. Stewart, en Gibraltar se usaron fogones de carbón hasta inicios de 1940, y a partir de entonces se extendió el uso del gas (John D. Stewart, 1968).

Comercio que era de los Matani en los años cuarenta, en *John Mackintosh Square* o Plaza del Martillo.

Aunque estuve poco tiempo entrando y saliendo de Gibraltar, siempre me traía un poquito de azúcar, un poco de picadura... Y pasaba cajas de Craven A de cincuenta cigarrillos escondidas en los hombros. Quedaba con una tienda si querían azúcar o lo que fuera, y lo que podía lo traía. Porque, la verdad, era una ayuda. Entonces lo hacía casi todo el mundo; era una cosa muy normal.

Una de las matronas que nos revisaban a las mujeres se llamaba la Lirio, otra Eulalia y otra Rosario la Muerta. Una llamada la Piconera era prima hermana de mi suegra y más mala que un dolor. No me dejaba pasarle a mi marido el tabaco, y eso que él era como su sobrino: "¡No vayas a venir con más cosas!", me decía. Algunas matronas eran muy burras: había una que si te veía el azúcar, que venía en unos bloques grandes en forma de conos, lo partía y te quitaba la mitad.

Las matronas de frontera pertenecían a un cuerpo especial de la Guardia Civil que dejó de existir en 1986. Solían reclutarse entre huérfanas y viudas de guardias civiles, vestían uniforme verde, no eran funcionarias y no podían portar armas. Al igual que otros empleados de fronteras, tenían diversas actitudes en los registros. Algunos días Francisca Aguilar llegaba a la frontera con su hermana, para esperar a su abuela. Allí encontraban a Rosario la Muerta, tía suya: "La llamaban así

▶

porque tenía la cara muy blanca. Le daba un beso y siempre me ponía algo en la mano: anda, llévale esta manteca a mamá". Teresa Almagro tenía una amiga que era matrona en Gibraltar y antes había trabajado en Algeciras, donde registraba a las que llegaban de Tánger. Ella recuerda a otras más: Juana, Antonia y María Zafra.

Nos casamos con lo preciso

Con 16 años ya conocía al que fue mi marido durante cincuenta años. Él se empleó en una bodega de La Colonia cuando yo todavía vivía en el pajar de mis abuelos. Se llamaba Juan Uceda, tenía once años más que yo y era de Casares (Málaga). Mi suegro era yegüero; guardaba las yeguas de los dueños de un cortijo. Me acuerdo que comían de un *dornillo* muy grande, metiendo la cuchara de uno en uno; "cucharada y paso atrás", se le decía. Sin ser una eminencia, él daba clases a los más chicos de las primeras letras y los números. Mi padre también dio lecciones y preparaba para el primer año de bachiller.

Mi marido se había venido a La Línea después de la mili; los hermanos Gavira, vecinos de mi suegra en Casares, pusieron una bodega y le dieron empleo. A él le gustaba vender, y cuando pudo salir de la bodega cogió su ruta. Primero fue *ditero* y luego se hizo agente comercial, sacando su patente. Vendía trajes, libros, papelería... Toda La Colonia tenía televisores y bicicletas de él. Le pasaban muchas cosas. Recuerdo que le vendió a un matrimonio un radio y a los dos días el hombre se pega en la puerta de casa: "¿Está su marido?". "¿Qué quería?". "Que el radio no lo quiero, ¡porque no puedo escuchar a Juanito Valderrama!".

El oficio de *ditero* consistía en prestar dinero o bien en vender a plazos, siempre con ciertos intereses. Éste era el único recurso cuando no se contaba con ingresos fijos, como sucedía a la mayoría de las familias. Un hermano de Francisca trabajó como *ditero* en los años veinte. El marido de Isabel Álvarez fue *ditero* en los años cincuenta: "Iban por las calles con unas canastas muy grandes llenas de productos para la casa que traían de las tiendas (géneros, delantales y cosas de cocina), los vendían por la calle y se pagaban a ditas o plazos. Llevaban un libro gordo, y por cada pago ponían una cruz. Vendía las cosas más caras, a veces a un veinticinco por ciento más. Si le comprabas unos zapatos que no llevaba en el canasto, le dabas las ditas poco a poco y él te lo traía de la tienda. Antonio Ferraz, Cárdenas, Joselito Puyol y Paco Téllez fueron *diteros* ".

María Torremocha habla de la imagen que tenían los *diteros*: "Tenían fama de guapos y dicharacheros. Llegaban a un patio de vecinos, ponían el canasto en el centro y ya era un motivo de distracción para las vecinas. Mi cuñado era muy celoso y no quería que mi hermana comprara al *ditero*. Un día la descubrió, porque el vendedor le hizo la cuenta en la misma fachada junto a la puerta".

El día de mi boda, en 1947.

En el año 47 mi marido quiso que me viniera de trabajar en Gibraltar. Me pasaba él la manutención, comíamos los dos en casa de mi madre y él ayudaba en todo lo que podía. Junto al patio de mi madre había una barraca con una habitación y una cocina pequeña. La arreglamos como se pudo, y nos casamos con lo preciso el día 4 de octubre de 1947. Nos salieron unos padrinos algo rumbosos, que nos trajeron unos amigos con música (yo en los patios he bailado mucho). Luego nos fuimos de viaje a San Roque, que era donde se iban los novios entonces; otros llegaban hasta Algeciras.

Se murió mi niña sin saber lo que tenía

En 1948 nació Beli, que se fue a la tierra sin saber nosotros lo que tenía. Con cuatro años me la quitó Dios. Hicimos todo lo que pudimos, pero fue para nada. Se quedó como el *plasti*, transparente. A mí me parece que le entraría leucemia, pero entonces eso no se conocía.

A mi niña le hice un escapulario: dejaba que mojara un poquito de pan con su baba, añadía un granito de sal y una hojita de romero en forma de crucecita, lo metía en un trocito de tela redondita y hacía un escapulario pequeñito, al que le bordaba cualquier chaladurita. Y con un alfilerito se lo colgaba en la camisita, vuelta del revés. Cuando yo era pequeña, también mi abuela, tras lavarme en una palangana, me rezaba una oración y me ponía la camisetita al revés. Después se lo he ido haciendo a los míos, hasta a mis nietos y bisnietos.

Se pusieron malos la Beli y su hermano a la vez, y me dijeron, "llévalos a una espiritista". Íbamos acompañados de una señora del patio, y le dijo la espiritista, "usted no entre, que tiene el demonio en lo alto de los hombros". Tuvo que salir, para que la mujer pudiera trabajar. Pero ¿qué más da? A mi niña no la pudo salvar. Falleció el día 4 de junio del año 52. Ahora podría tener 61 años.

En Los Álamos (detrás de la actual gasolinera de Carrefour, llegando a La Línea), en la feria del año 1951. Mi hija Beli, una amiga, mi hermano Manolo, un amigo, mi hermana África, y otro amigo.

Mi madre tuvo a mi hermano Manolo poco antes y se llevaba la cuarentena con Beli. Como ella estaba criando a mi hermano cuando nació la niña, le dio el primer pecho ("le ha hecho las entrañas", se decía en ese caso). Mi madre se iba a Gibraltar a lavar para las personas pudientes y yo me quedaba con Manolo y con mi niña; si le daba el pecho a mi niña, a Manolo también se lo daba. Cuando mi madre regresaba de Gibraltar, se quedaba dormida dándole el pecho a Manolo. Se ve que el niño la *remamó,* como decían entonces, y cogió ella un poco de tuberculosis.

En los años en que mi niña se moría, lo estábamos pasando muy mal económicamente y mi marido se metió a llevar tabaco de Gibraltar en una furgoneta. Él era muy *asustón*, y una vez vio que la Guardia Civil llegaba; se

tiraron del coche y lo dejaron caer por un terraplén. No les pasó nada, y yo me enteré mucho después, porque él sabía que a mí no me gustaban esas cosas. Aunque algunos familiares nos ayudaron, nos quedamos con bastantes deudas, pero todo lo fuimos pagando. Y yo siempre pienso que tuvo ella que irse para nosotros respirar.

Una gallina me duraba cuatro días

Nos quedamos con Pepe, que había nacido en el año 50. En el 54 nació Victoriano, en el 57 Julio, en el 58 nació Maribel y en el 61 nació Luis Miguel. Después de Beli tuve el primer aborto y después de Luis Miguel el último.

En el patio de la familia de los Tagarninas (les decían así porque la abuela iba a recoger unos cardillos llamados tagarninas), en La Colonia, año 1949. Esta foto y la siguiente las hizo un fotógrafo ambulante que entró en el patio. Desde la izquierda: Mercedes la Tagarnina, yo, embarazada de mi hijo Pepe, mi niña Beli delante mía (con dos años) y junto a ella mi hermano Manolo (que era de su misma edad). A la izquierda de Beli, dos nietos del patio. A mi lado, dos hermanas de la Tagarnina, luego el novio de mi hermana Rafaela y ella, con Paco el Tagarnino (hijo de Mercedes) delante. Le sigue una vecina del patio, Antonio el Tagarnino, la madre de los Tagarninos, mi hermana Hortencia, mi madre, delante de ella mi hermano Pepe y luego mi hermana África. Detrás de África, a la derecha, una vecina llamada Dolores.

En todos los patios a las parturientas se les preparaba un caldo de gallina. Y si te visitaban, te traían una tableta de chocolate de Gibraltar o un huevo. Yo he curado a mis hijos cogiendo un papel de estraza, le echaba aceite y unas gotitas de gas, lo calentaba en el anafe (una lata donde echábamos el carbón) y se lo ponía en el pecho. Después les ponía un pañuelo calentito encima. Y a mi marido le he puesto yo ventosas.

Para las fiebres, cogía mi padre una penca del higo chumbo, le quitaba las espinas, la abría, la calentaba en el anafe, y se la ponía en la espalda y en el pecho. Cuando te caías y te hacías un bollo en la frente, te ponían una perra gorda (una moneda de diez céntimos) envuelta en un trapito. Y si no había perra gorda, se ponía un penique.

Si yo cocía una gallina, me duraba cuatro días: colgaba del techo un cordelito con aceite arriba, y le enganchaba un cajoncito con una telita metálica. Eso era la fresquera; porque nevera no se podía tener. Tomabas un pedazo de gallina de la fresquera y la ponías en el puchero. Si al otro día veías que se había puesto fea la otra parte, le dabas un hervor.

Los cuidados y remedios tradicionales se han transmitido de forma oral de generación en generación durante siglos, sobre todo entre las mujeres. Tanto en América como en Marruecos y pueblos de Aragón, Castilla y León existe la costumbre de ofrecer caldo de gallina tras el parto. Se trata de un plato apetitoso, digestivo, nutritivo y posible en la escasez; y no suele incluir cerdo, por lo que puede suponerse tiene un origen judío ó musulmán. María Torremocha afirma que cuando una mujer daba a luz, los vecinos se volcaban con ella. Aparte de prepararle un puchero, era tradición regalarle alimentos energéticos.

Respecto a la lactancia, varias tradiciones sugieren que la madre no se quede dormida mientras da el pecho al bebé: Maruja supone que su madre enfermó porque su hermano lactó más de lo que necesitaba (la *remamó*). En Andalucía y América Latina hay abundantes historias de serpientes que maman a la mujer mientras duerme, al tiempo que sustituyen el pezón en la boca del bebé por su propia cola. María Torremocha añade: "También decían que si una señora estaba dando de mamar a un niño y chupaba un hueso, y este hueso se lo comía luego una perra que estaba criando, la madre se quedaba sin leche".

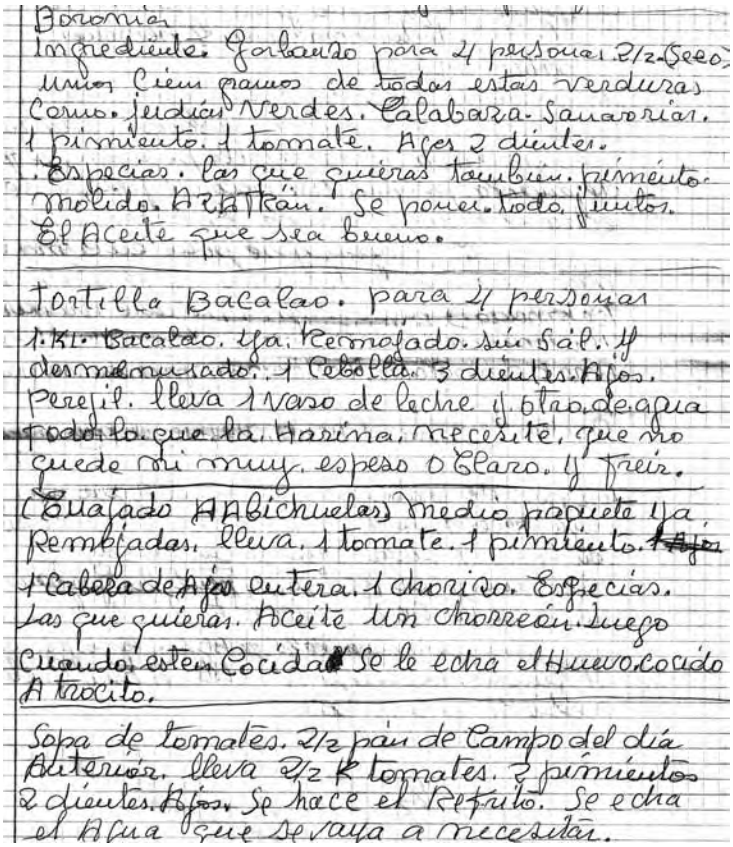
María Torremocha explica que a los niños chicos "se les metía el rabito del perejil por el culito para ayudarles a hacer caca. Con la

malvaloca se hacían lavativas para el empacho. Y un emplasto majando col, lechuga y apio, que se le ponía en la barriguita con un paño blanco". En ese caso, Teresa Almagro usaba la hoja de la *higuereta* o ricino. La madre de Vicente Ricardo le daba una cucharadita de aceite de hígado de bacalao, como vitamina, "y si llegaba a mi casa con dolor de pecho y garganta, mi abuela mezclaba un puñado de higos secos negros y azúcar morena con Ceregumil (un extracto de cereales y legumbres), y me daba una cucharada por la mañana. Yo he ido a la barbería a buscar sanguijuelas para mi abuela; porque entonces el barbero sacaba muelas y vendía sanguijuelas". Teresa Almagro no olvida los purgantes: "Todas las semanas nos daban agua de Carabaña o un purgante de *aceite de castor* (aceite de ricino), que te dejaba tres días con la barriga suelta".

En el patio de los Tagarninas (La Colonia), hacia el año 56. Mi niña ya había muerto. Desde la izquierda, mi padre, y delante, dos niños del patio; mi madre, delante mi hermana África y mi hermano Pepe, mis hermanas Hortensia y Rafaela, y mi abuela María Carrillo (de luto). Delante de ella mi hermano Manolo, uno que quería a mi hermana, y varios vecinos del patio.

Las mujeres nos preparábamos unas pastas para cocinar, que también se vendían. Íbamos unas cuantas muchachas al río Cachón (en el límite entre San Roque y La Línea), cogíamos barro con una pala y lo echábamos en un cubo. Lo meneábamos mucho y se nos ponían las manos la mar de finitas. Después añadíamos el cisco (restos finos del carbón) y hacíamos una masa. Algunos le echaban paja seca. Cogíamos dos aros de hierro, uno más grande y otro más chico, los poníamos sobre el suelo, y en medio se metía la masa y se aplastaba

con un mazo de hierro. Quitabas el aro y la torta se secaba al sol y se guardaba. Cuando ibas a cocinar el puchero, encendías el carbón y ponías las pastitas cortadas a trocitos para que te durase más tiempo[69].



Pieza de anotaciones de Maruja, aportada en el taller.

En el año 61, con mi hijo Luis Miguel de seis meses, empecé a ponerme muy enferma. Me asfixiaba y no podía hacer ningún esfuerzo. Un médico en Antequera (Málaga) me puso unas vacunas. Otro me recomendó que fuera a vivir al interior. Me fui a Casares, me llevé al hijo más travieso y los demás se quedaron con mi madre y mi suegra. Después un médico de Madrid me sugirió que me operara de la garganta y ya empecé a mejorar. Más tarde me operaron de la matriz. Así que en esos años pasé lo mío.

69 La arcilla, formada principalmente por silicato de aluminio, soporta altas temperaturas. Al mezclar el cisco o carbonilla con el barro arcilloso se aprovechan los restos de carbón, se mejora su combustión y se conserva el calor. Estas pastas o tortas de carbón vegetal (equivalentes a las briquetas industriales) se fabrican de forma casera en muchos países.

Mi marido, yo y mis hijos, en el año 1961. Yo tengo en brazos a Luis Miguel con seis meses, luego están Victoriano y mi marido con María Isabel en brazos, Julio y Juan José (Pepe).

Hoy todos los hijos se encuentran casados. Pepe tiene dos hijos, Robert y Sarat. Victoriano también tiene dos, Susana, que ya tiene un hijo y Javier, que está soltero. Julio también tiene dos, Raquel y Tatiana; Maribel tiene a Daniel y Gema; y Luis Miguel a Valeria y Ariana. Todos están trabajando y con sus problemas, como todos tenemos. El único que no se encuentra en La Línea es Victoriano, que vive en Barcelona.

Mi madre, Victoria, con sus bisnietos, en 1988.

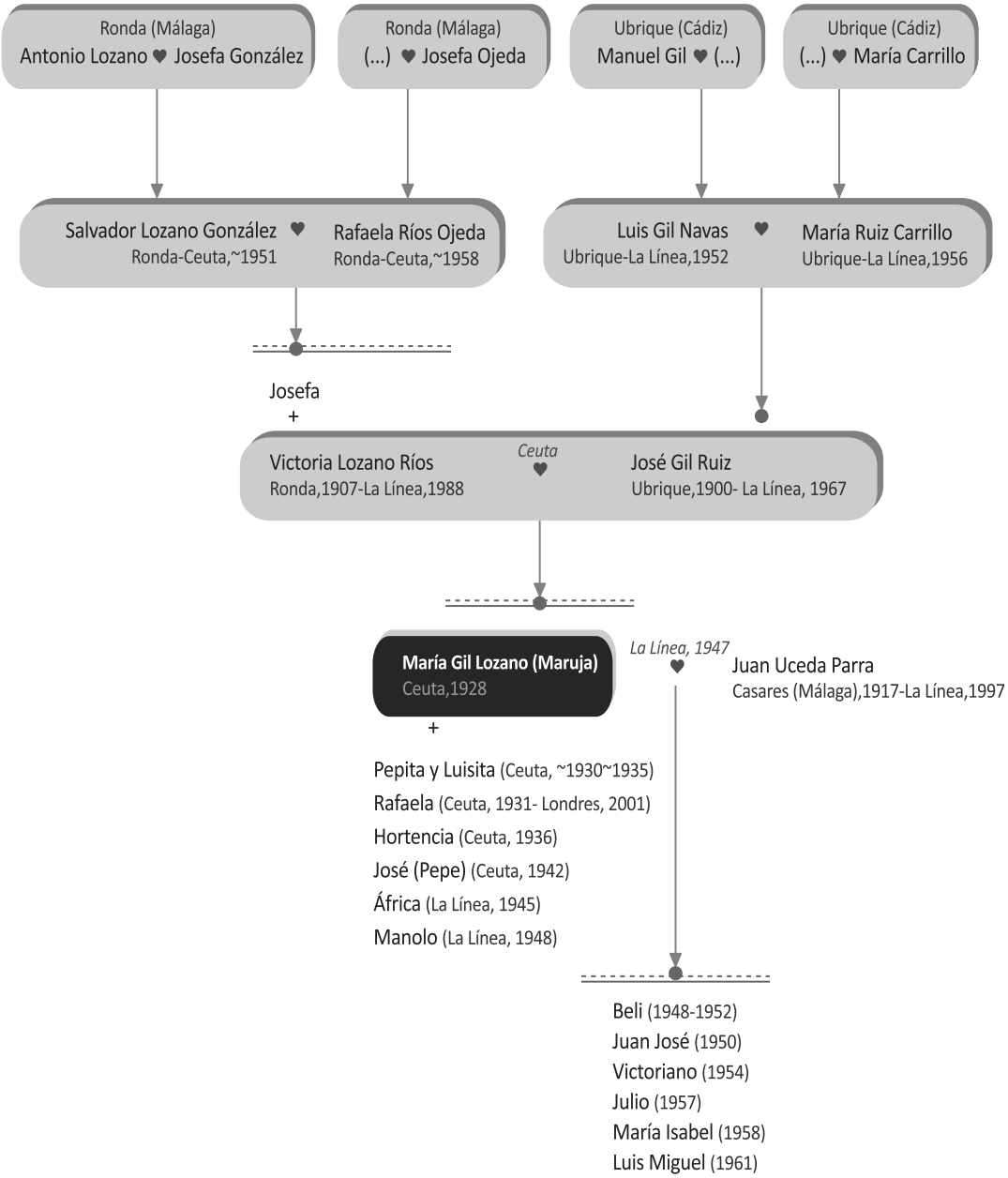
Mi padre murió de un infarto. No se sabe si la muerte fue por el propio infarto o por las pinturas que usaba, que son muy tóxicas. Entonces no se ponían mascarilla, y para contrarrestar el efecto de la pintura él tomaba mucha leche.

Como disolvente de **pinturas y barnices**, y como materia prima para su fabricación, se usaba principalmente la esencia de trementina o aguarrás: resina de pino destilada (también se llama aguarrás a un derivado del petróleo). Es un producto tóxico que exige protección personal y no debe verterse al medio. Antonio Barros, que fue aprendiz con el padre de Maruja, comenta: "Yo estuve pintando por dentro un barco: el Mons Calpe, que iba de Gibraltar a Tánger. Durante el día el barco estaba navegando. Trabajábamos de noche, y para entrar y salir a Gibraltar disponíamos de un pase especial. El olor de la pintura era horroroso, porque se usaba mucho la trementina como disolvente, que es muy fuerte, y de noche huelen las pinturas más que de día".

El 18 de julio del año 97 celebramos las bodas de oro. En agosto mi esposo tuvo que ingresar en un hospital y ya no se recuperó. Mi vida cambió un poco, acostumbrada a estar juntos, pues la soledad me daba tristeza. Todo lo que hacía él, a mí me parecía bien; por eso hoy no veo bien nada de lo que hago. A veces nada me alegra.

Yo ya tengo 81 años y vivo sola, aunque un hijo vive cerca y siempre tengo a mis hijos y nietos en la casa. Y tengo que dar gracias a Dios que hasta ahora me encuentro bien de salud. Procuro no meterme en la vida de mis hijos; no quiero hacerme pesada. Ojalá no llegara yo, al fin de mi vida, a una situación que les obligue a bregar mucho conmigo.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE MARUJA GIL LOZANO



MARÍA TORREMOCHA RECIO

6

Su única preocupación era darme de mamar

Mi madre nació en el amor de sus padres, cuando llevaban quince años casados sin tener hijos. Tenían terrenos y casas, y ella se educó en un colegio de monjas y aprendió a bordar primorosamente. A los dieciséis años conoció a mi padre. A mis abuelos no les agradó ese pretendiente, pues querían un príncipe para su princesa. Emigraron al Brasil y ella se reencontró con su novio, porque sus padres también habían emigrado. Se casaron y nació mi hermana Teresa.

Teresa tenía seis años cuando mis padres volvieron a España. Vivían con mi abuela Francisca, que por nada del mundo quería separarse de su única hija. Regresaron del Brasil también mi abuela paterna (mi abuelo falleció allí) con sus hijos, menos la hija mayor, que se había casado. Mis tíos son, por edad: Manuel, Antonio, Rafael, José. Y mis tías, Teresa y Manuela.

Mi padre se defendía bien con la escritura. Fue teniente pagador durante la República (pagaba a otros sus trabajos) y estaba afiliado a un partido republicano. Así me lo contaron en casa. Tuvieron dos hijos más: mis hermanos Francisca y Manolo. Cuando estalló la guerra, mi padre quedó en un bando y a los otros cuatro hermanos les mandaron al otro. Mi pobre abuela estaba mal económicamente, y además sufría pensando que sus hijos se podían matar entre hermanos.

Termina la guerra. Mis tíos José y Rafael trabajaban en el *arsenal* de Gibraltar, y Antonio y Manuel de albañiles y otras cosillas, en La Línea. Antonio sembraba de fresas el huerto de los abuelos, y la abuela llenaba dos canastos y las vendía en el mercado de Gibraltar, donde pagaban más. Las fresas menos buenas se vendían en la plaza de La Línea. Mi abuela materna sembraba un poquito de verdura en su terreno en Blanca de los Ríos, y mi madre bordaba para la calle.

Así estaban las cosas cuando yo nací, en 1942. A partir de mi nacimiento mi madre estaba delicada: había cogido *endeblez* y le dolía mucho la cabeza. Dicen mis hermanas que su única preocupación era darme de mamar. Le dio un ataque cerebral y con 32 años se fue. Allí se rompió todo.

A mi madre querida

Tenía siete meses
cuando Dios se llevó parte de mi vida;
siete meses
más los que estuve en su seno.

Siete meses
para contemplarla,
siete meses
que fueron un suspiro.

Cuántas veces le dije a Dios,
"¿Señor, por qué te la llevaste?"
Cuántas veces le he dicho a ella,
"¿Por qué no me llevas contigo?".

Siete meses llenándome de ella,
recibiendo sus besos y caricias,
apurando los momentos,
porque me iba a quedar sin ella.

¡Cuántas noches la he soñado
y cuántos días la he añorado!

Mi madre, poco antes de morir.

Una vecina amiga de la familia me amamantó unos pocos meses. Mi abuela no pudo soportar la pena y poco después se fue con su hija. Mi hermana Teresa tenía trece años, Francisca siete y Manolo cinco. Mi padre, cuando podía trabajaba de albañil. Teresa se encargaba de hacernos de comer y nos cuidaba, y mi tío Antonio nos echaba una miradita. Hubo que vender el terreno y nos quedamos con una habitación que daba a un sombrajo.

Tenía yo dos años cuando empezaron a buscar a mi padre para meterlo en la cárcel, por haber sido teniente republicano. A mi abuela nunca se lo quitó del pensamiento que le habían delatado unos vecinos falangistas. Se escondió en un boquete junto a una casita, entre los viñedos

Mi padre, pensando en mi madre y en mi hermana Teresa. La foto de ella y mi madre será de 1929, cuando nació mi hermana. La de mi padre puede ser antes.

de unos tíos suyos. Pero ellos temían comprometerse, y decidió trasladar su refugio al cementerio. Casi dos años estuvo escondido allí, y le llevaban la comida. La policía pegó a sus hermanos para que dijeran dónde estaba. También pegaron a Laura, la mujer de Antonio, y la apuntaron con la pistola. Viendo que no tenía otra salida, mi padre cruzó la frontera de Gibraltar con el pase de un cuñado. Un hermano suyo que también trabajaba en Gibraltar se quedó con este pase, para devolverlo a su dueño, y mi padre cogió un barco de Gibraltar a Tánger.

La vida siguió su curso. Yo me quedaba a dormir en casa de mi abuela paterna y por la mañana me iba con mi hermana Teresa; Francisca trabajaba sirviendo en una casa sólo para que dieran de comer a su hermano. A mi abuela jamás la vi reír ni llorar; había sufrido mucho y era una roca.

Mi cuñado también la pegaba

El marido de mi hermana Teresa, Francisco, era de Ubrique y conoció a mi hermana cuando hizo la mili en La Línea. Al acabar la mili se la llevó a su pueblo, porque mi padre la pegaba mucho. Pero a él le gustaba mucho salir y, si tenían una porfía por este motivo, también la pegaba. Cuando ella estaba embarazada de seis meses decidió volverse a La Línea. Él se vino detrás y al final se casaron y alquilaron una barraca en la calle Blanca de los Ríos.

Mi cuñado no era mala persona; la vida era mala[70]. Se iba a los pueblos andando en busca de trabajo; venía con los pies hinchados y ella le ponía una palanganita para que los remojara. A veces le decía a Teresa, "arregla a los niños, que vamos al cine". Tres pesetas, dos películas. Tantos cines, teatros y circos en La Línea, eran por la gente de Gibraltar; porque la mayoría no teníamos dinero

70 María subraya en varias ocasiones los condicionantes sociales de las actitudes personales. Al tomar conciencia de este vínculo, trata de no canalizar su odio y rabia hacia las personas; sin dejar de reclamar lo injusto y doloroso de los hechos.

para ir al teatro. Mientras estábamos en el cine, él se iba a un bar donde sólo había hombres. Antes avisaba, "cuando termine la película, pasa por delante del bar; ¡pero no se te ocurra entrar, ni mandar a nadie a por mí!".

Francisco se metió a trabajar en Gibraltar, conoció a una mujer y dejó de venir a casa. Mi hermana, la pobre, se quejaba de que no la hacía caso. Un día llegó a casa una carta a nombre de la otra mujer, y ya él le explicó a la cara lo que sucedía. Mi hermana se quedó sin voz, nada más que de llorar. Para sacar adelante a sus tres niños tuvo que trabajar en una freiduría. Yo me iba a su casa cuando salía de mi trabajo, haciendo turnos con mi abuela para acompañarla.

Mi hermana Teresa, hacia 1956.

Mi hermano Manolo, con 13 años vendía perejil en la plaza. Algunas veces, los policías le tiraban el canasto de perejil de una patada. Si no tenía qué vender, mi cuñado le llevaba con él a coger verduras en los huertos vecinos, para que le ayudase a saltar los muros y a burlar la vigilancia. En una ocasión le pillaron sacando verduras, lo amarraron a un árbol y lo tuvieron todo el día ahí, esperando a que dijera quién lo había ayudado. Yo tendría unos cinco años y lo vi asomada por el portón. Recuerdo que había un perro a su lado, ladrándole. Mi hermano no dijo nada, pues a mi cuñado le podían meter en la cárcel por eso[71].

ABASTECIMIENTO DE VERDURAS A GIBRALTAR

En 1870, fecha de fundación del pueblo de La Línea, había 150 huertos en el término municipal de La Línea, incluyendo los de viñas, flores y hortalizas. Surtían de hortalizas a la población civil a ambos lados de la frontera y, lo que era más importante económicamente, a la guarnición de Gibraltar. Casi todo lo relacionado con la alimentación ▶

71 En mi libro Un Rosal de Flores Chiquititas (2011) se recogen varios ejemplos de humillaciones y torturas por guardas privados de fincas. En un contexto de extrema necesidad, la represión ejemplarizante a quien recoge frutos o verduras para alimentarse resulta inhumana y sitúa a la propiedad privada como valor supremo.

tenía que importarse. En todos los pueblos de la bahía de Algeciras había huertos destinados a ese fin. Las huertas de La Línea se extendían desde la margen sur del arroyo Cachón hasta la zona conocida como Zabal Alto. En los pequeños huertos se regaba con un sistema de canalillos de ladrillo que partían de una acequia, pozo o noria; y en la mayoría el agua se trasladaba a mano en latas de gasolina o de té. En épocas de escasez los huertos fueron el sustento de muchas familias, que recibían sus productos de vecinos y familiares mejor situados, o sencillamente los recogían sorteando la vigilancia.

Francisco Gil, que llegó de Sabinillas (Málaga) a La Línea en los años cincuenta, recuerda: "Antes, tenías que ser bueno para que al día siguiente los patrones te buscaran: trabajar domingos y fiestas, segar a pulso, cavar, dirigir el arado... Yo no ganaba suficiente para poderme casar y a finales de los cuarenta empecé a dar viajes al mercado de La Línea, con tomates y cosas de la huerta. Después me puse con un primo en la plaza de La Línea: compraba a los mayoristas y lo vendía. Y luego cogí un puesto de verduras de un chaval que emigraba a Francia. Muchos me compraban para venderlo en Gibraltar por las casas con un carro, y traían de allí otras cosas. Se vendía más para Gibraltar que lo que se consumía en La Línea".

Cuando volvía de la plaza, mi hermano se iba a jugar[72]. Un día se puso a remontar una cometa en un cerrito, la cola se enganchó en el cable de la luz, que se partió y le cayó encima: la descarga lo remontó hacia arriba y al caer quedó sin conocimiento enterrado en la arena (entonces casi todas las calles eran de arena). Lo llevaron al Hospital de Caridad de las monjas (no había otra cosa), donde le limpiaron las heridas.

Encarnación, hermana de mi abuela materna, se había casado con un gibraltareño de origen italiano, vivían en Gibraltar y tenían varios hijos. Enseguida avisamos a estos primos y ellos pagaron a un médico para operarlo. Se había quemado los tendones, y tuvieron que cortarle un dedo y estirarle las manos colocándole una madera. Como no tenía ropa de abrigo adecuada, Teresa le vestía con una capa encima de otra, y eso le salvó de quemarse todo el cuerpo. Manuel siguió vendiendo perejil en la plaza, y al principio venía llorando porque la gente no le compraba: sus manos daban asco.

72 Los niños y niñas que empezaban a trabajar antes de completar su desarrollo debían asumir responsabilidades de adultos al tiempo que seguían jugando, como necesidad vital. "Todavía era un niño y ya quería trabajar como un hombre", es la expresión usada por Juan Montedeoca y por Diego García (Beatriz Díaz, 2011 y 2009). Francisca Aguilar, como servía desde los ocho años, jugaba por la noche.

Chucherías de Gibraltar

Estuve un tiempo viviendo con mi tío Antonio y su esposa Laura. Laura trabajaba en el hospital de Gibraltar como auxiliar, y cuando venía para La Línea se traía todo lo que podía. Si allí no querían una silla, pasaba la frontera cargada con la silla. A la hora que llegaba de Gibraltar, decía mi abuela, "vamos donde tu tía Laura". Y en cuanto nos sentábamos, mi tío la sugería, "Laura, trae el bolso". Del bolso sacaba un poquito de azúcar, un poquito de café, mantequilla, queso... Las cosas que siempre estaban en la casa del que trabajaba en Gibraltar.

Este tío mío bebía, y tenía una novia que vivía un poquito más arriba. Hoy nos reímos al recordarlo: mi tía Laura traía de Gibraltar un tablón para tapar un boquete de su barraca, y el tablón aparecía puesto en la barraca de la novia. Lo cierto es que lo poco que tenía, Antonio lo compartía, y siempre hablaba con orgullo de nosotros, sus sobrinos.

Laura se había casado con Antonio siendo viuda. Traía un hijo de su primer matrimonio, que entonces tendría 20 años, y tuvo luego dos más. Mi tío hizo un subterráneo de albañilería en la barraca, para criar conejos. Cuando yo tenía nueve años, el hijo mayor de mi tía me hacía entrar y me forzaba. Me decía luego, "¡no se lo vayas a contar a nadie, que no te van a creer!". Así que cuando él me miraba expresamente, me daba un miedo terrible. Todas las vecinas le querían mucho, porque repartía con ellas el chocolate y las chucherías que su madre le traía de Gibraltar.

Menos mal que mi tía Teresa se casó y me llevó con ella a la Estación de San Roque, donde vivía con José Vega, su marido. Con ella estuve desde los 9 hasta los 13 años. Antes de casarse, Teresa había trabajado en Gibraltar con unos señores muy ricos: el marido era gibraltareño y la señora era inglesa. La señora tenía un caserón en Vista Alegre (La Línea). Cuando Teresa se casó, se fue a vivir a una casita enfrente de este caserón, y lo cuidaban. Un jardinero se ocupaba del jardín y otro hombre le cultivaba un terrenito.

Mi tía Teresa y su marido José, el día de su boda, en 1949.

Esta señora veraneaba con su hija en la casa de Vista Alegre. Cuando la ropa le quedaba pequeña a la niña,

me la daban. Una vez me pasaron unos zapatos de charol que me quedaban chicos y eran un sufrimiento, pero como mi tía estaba encantada con el regalo, yo tenía que ponérmelos. Esa familia se vino a menos, acabaron vendiendo la casa de Vista Alegre, y a mis tíos se les acabó el trabajo.

Mi tío traía tabaco por encargo

Se fueron de alquiler a una casita de San Roque que había sido un abrevadero. Como el marido de Teresa hacía arreglos a estos señores en su casa de Gibraltar, tenía un pase, y con él pudo entrar y trabajar en el *arsenal*. A las cinco de la mañana se metía en carretera con la bicicleta. Cuando explotó el *arsenal*, se escuchó hasta en San Roque. Mi tía, cuando le llegó el motivo de aquel estruendo, se vino andando desde la Estación de San Roque hasta Gibraltar para ver si su marido estaba bien.

El 27 de abril de 1951, hacia las diez de la mañana **explotó el buque de la marina** de guerra británica Bedenham, usado como almacén de municiones y situado en el *arsenal* de Gibraltar. El origen fue un incendio en una barcaza que estaba cargando municiones a su lado. Vicente Ricardo y Antonio Barros trabajaban en Gibraltar cuando escucharon la explosión. Murieron trece personas (entre ellas varios linenses y varios gibraltareños), centenares fueron heridas y hubo daños en muchas viviendas y tiendas cercanas, incluso de La Línea. En esas fechas trabajaban en el *arsenal* unos 3.000 obreros españoles, por lo que la alarma en la comarca fue enorme. Los heridos poco graves regresaron a sus casas y los graves quedaron hospitalizados en Gibraltar, a donde acudieron otros médicos de El Campo de Gibraltar, para ayudar a atenderlos. Casi todos los comercios de Gibraltar cerraron sus puertas, pues la mayoría de su personal también era español.

Aprovechando que iba a Gibraltar, mi tío José hacía contrabando para encargos de las tiendas. Se hacía un cinturón o *canana* donde metía el tabaco, lo mismo que otros trabajadores. Las mañanas de invierno salía de la Estación de San Roque de madrugada y al regreso le llegaba la noche por el camino. Para visitar a mi abuela en La Línea veníamos andando, pero una vez que estaba muy enferma y hacía un temporal terrible mi tío me llevó en bicicleta. Sin darme

cuenta, yo metía las piernas entre la cadena y mi tío tenía que parar para colocarla. Así comprendí yo lo que eran sus recorridos diarios[73].

Imagen actual de la Cuesta del Cortijo La Cruz (del que se pueden ver los muros), entre San Roque y Campamento, en dirección a Gibraltar.

En el Puente Mayorga conocí a un guardia que le decían Braza y era un veneno. Iba montado a caballo, y cada vez que cogía a alguien le metía una paliza. ¡No veas el miedo que le tenía la gente! De chiquitilla, las madres no nos asustaban con el coco ni con el hombre del saco, sino con los guardias: "¡hale, hale, que viene el guardia!".

Un día le vieron a mi tío el cinturón y le quitaron el pase. Durante unos meses no pudo ir a trabajar y no tenían ni para comer. Antes, si faltaba algo se iba donde la vecina, "a ver si tienes un poquito de aceite". Pero mi tía Teresa era muy orgullosa y no pedía para ocultar su situación. Me pidió que llevase a la casa de empeño una colcha muy buena y un quinqué grande, porque a ella le daba vergüenza. Y aunque no comiéramos nada, ponía las cacerolas y los platos en la pila de lavar, como si estuvieran sucios.

73 La distancia media desde una barriada de La Línea hasta la frontera de Gibraltar es de 2,5 kilómetros; desde Puente Mayorga son 6 kilómetros y desde San Roque, entre 8,5 y 12 kilómetros, según el lugar. Este recorrido se hacía dos o cuatro veces al día, según el oficio y la necesidad. Pepe Barroso califica como "calvario", y "camino de la subsistencia" la ruta diaria de los sanroqueños que trabajaban en Gibraltar, pasando por la Cuesta del Cortijo La Cruz (Pepe Barroso, 2008).

En la Fuente de Los Tajos, hacia 1953. A la izquierda están mi hermana Teresa y su marido Francisco, yo de rodillas con el sombrero, la hija de Teresa, y Margarita (también con sombrero). Los demás de la derecha son vecinos.

El padre Bueno, de la Estación de San Roque, me quería mucho, y en la iglesia me encontraba yo como en casa. A mí no me habían bautizado, por todas las tragedias que vivió mi familia desde que murió mi madre. Mi tía Teresa, que tenía mucho miedo, siempre me decía, "¡No digas nunca que no estás bautizada¡ ¡Y no menciones el apellido de tu padre!". Un día se lo conté a una amiga mía y ella se lo dijo a las demás. Se mofaron de mí, me dijeron que Dios no me quería y se lo contaron al padre Bueno. Cuando el padre me vio llorar me dijo que no me preocupara; habló con mi tía Teresa, me bautizó y poco después hice la comunión. Como entonces en casa no había dinero, mi tía me hizo un vestido con un trozo de tela de rayas para colchones. Ese día fui muy feliz.

Para recuperar el dinero que habían gastado en el traje de comunión, la gente entraba a los patios repartiendo estampitas a modo de recordatorio, y por cada uno recibían un dinero. Yo acompañé a mi sobrina por los patios de San Roque: una mujer estaba lavando, la otra cosiendo... y cuando entrabas con las estampitas, se avisaban unas a otras y se escondían rápidamente.

Gracias a las gestiones que hizo el padre Bueno, a mi tío le devolvieron el pase y le readmitieron en su trabajo.

Bidones, cartón de piedra y madera

Mis padres enseñaron a leer y escribir a mis hermanos, pero yo no pude recibir esto de ellos. Mi tía me dejó asistir a las clases de un maestro particular que iba a casa de una amiga, a quien pagaban un duro a la semana. Cuando a mi tío le quitaron el pase tuve que dejarlo, pero lo poquito que me enseñó me valió para aprender a leer en los tebeos de hadas que alquilaba. Hablaban de cuentos medievales: el príncipe que se enamoraba de la princesa o de la campesina, la vida de palacio... Leías uno y ya estabas interesada en devolverlo para poder coger otro. Y cuando el tebeo estaba muy desgastado, se vendía.

Francisca Aguilar y María Torremocha guardan entre sus recuerdos de niñez la **lectura de novelas y tebeos** de hadas, y el modo en que se las arreglaban para conseguirlas. Vicente Ricardo, con menos de diez años, camino de su escuela compraba "los famosos cuentos de Callejas y el tebeo (TBO). Con uno leías varios, porque las cambiabas a otros chicos". El primer trabajo de Edmundo Muñoz fue vender novelas; tenía once años: "Yo me salí de la escuela en 1942 y me coloqué vendiendo y alquilando novelas en la plaza. También se cambiaban. El Coyote se vendía mucho, y El Guerrero del Antifaz. Me daban seis duros a la semana por este trabajo". La madre de Teresa Almagro y la hermana de Vicenta López leían novelas por entregas a las otras mujeres de su patio, y compartían impresiones. Estos textos constituían una importante vía de aprendizaje (muchas veces grupal), cuando no había acceso a la enseñanza.

Mis hermanas compraban en las tiendas que daban fiado, y cuando podían pagaban. La mayoría de los tenderos abusaba, y apuntaba cifras de más. Y con los *diteros* pasaba igual. Fruta, poca comíamos; si había dos naranjas se pelaban y se repartían entre todos. Por la mañana se hacía café de cebada, se tostaba el *pan de lata* que quedaba del día anterior y se tomaba con la manteca más barata.

A mediodía se guisaba un *emblanco* con jurelitos. Era lo más barato, y a veces los pescadores lo tiraban. Las bogas también, porque las cogían de las aguas con desechos. Y guisado de bacalao, que antes tenía buen precio. Lo que recogían los pescadores con el copo (una modalidad de pesca) lo vendían en la playa por ranchos. Y venían por la tarde pregonando las almejas, que las vendían a una peseta el jarrillo, y muy bien despachado.

Cuando tenía unos 13 años me vine a La Línea con mi hermana Francisca, que se había casado. Mi cuñado trabajaba como pintor en el *Rock Hotel* de Gibraltar, y arregló su barraca recortando chapas de bidones y usando cartón de piedra (un tipo de cartón con una capa de alquitrán y arena) para el techo. Todo lo trajo de Gibraltar. Más adelante tuvo para forrarla de madera, de modo que no entrase el viento y la lluvia.

LAS BARRACAS

La Comunidad cristiana de Santiago, que recogió en un libro su experiencia de trabajo comunitario en los años cincuenta y sesenta, afirma que en los cincuenta, "más de 5.000 personas vivían o malvivían en las barriadas de El Conchal y El Castillo de España, en barracas de madera, cartones y latas, en la explanada arenosa contigua a la playa de Levante, sin luz eléctrica, agua corriente, alcantarillado ni pavimentación. Había gente que dormía sobre la arena. Aprovechando cualquier palmo de solar, por días surgían nuevas barracas. Una multitud de pobres dispuestos a subsistir cada día de múltiples formas: limpiando suelos, vendiendo estilográficas a los turistas, haciendo de guías para los ingleses o en el contrabando (Comunidad cristiana de Santiago, 1989)". Y describen similar situación en las barriadas de El Zabal, Río Cachón, La Atunara y La Colonia.

Uno de los principales materiales de las barracas eran las cajas grandes de madera donde venía la comida y equipos para la población de Gibraltar, y para las escuadras que repostaban en la colonia, así como el que mantenía la base militar. José Luis Rodríguez detalla: "Algunas cajas tenían tablas de un más de un centímetro de grosor. En el patio de mi casa hicimos una habitación con un cajón grande de madera que había portado un motor de aviación". Respecto a los techos, había muchas formas de ponerlos y aislarlos; se usaban los bidones de gasolina de Gibraltar abiertos, como explica Antonio Barros, o una loneta con cera, que el marido de Francisca Aguilar traía de Gibraltar.

Francisca Barroso llegó a La Línea a inicios de los cuarenta, pues aquí vivía su abuela, en una *berraquita* de madera: "En un cajón vivían ella, su hija y su nieto. En otro cajón mi madre, las tres hijas que le quedaron vivas y una prima mía. Como el cajón era pequeño, para dormir teníamos que apoyar las piernas en la pared. Teníamos un colchón de sayo (hojas de mazorca) y una mantita pelá y mondá. Y con un infiernillo en el suelo pero, ¿qué ibas a hacer de comer, si no tenías nada?". ▶

La comunidad de Santiago recuerda a un hombre que vivía en un cajón grande de madera que había contenido botes de leche condensada: "Un día le dio una hemiplejía y quedó inhábil del lado derecho, y nos costó sacarlo del cajón para llevarlo al hospital en una silla". Y añaden que con frecuencia, si un médico entraba a atender a un enfermo, debía hacerlo en cuclillas y después de que su acompañante saliera, pues no había espacio para tres personas (Comunidad cristiana de Santiago, 1989). Antonio Barros repartía mantas entre la gente de las barracas, junto con la comunidad parroquial, y recuerda que muchas veces tenían que entrar agachados.

En un terreno frente al patio en Puente Mayorga. Por la izquierda, delante, mi hermana Francisca y su amiga Joaquina con mi sobrino Mariano. Detrás, de pie, estamos yo, mi amiga Loli y Cati, hermana de Joaquina. Sería hacia 1956.

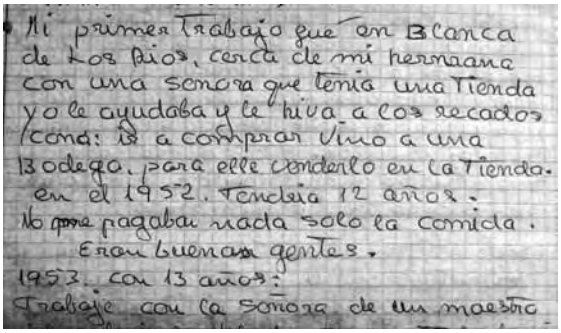
Mi tía me enseñó a agachar la cabeza

Trabajé sirviendo en casas durante muchos años. Además, los días de fiesta le ayudaba a mi abuela, a mi hermana Francisca o a mi tía Manuela. Mi primer trabajo fue con una señora que se hacía llamar "doña" porque había vivido con un militar y tenía una tienda *de chocho mosca* cerca de la casa de mi hermana. Yo tendría 12 años. Le hacía recados e iba a comprar vino a una bodega para venderlo en la tienda. Eran buena gente. No me pagaban, sólo me daban de comer.

Con 13 años trabajé en casa de un maestro. Me pagaban 60 pesetas al mes y hacía de todo: planchar, lavar, limpiar el escupidor... La señora metía a remojo sus *pañitos* en un cacharrito y me aclaró que lavarlos era tarea mía. En la cena sacaba buena cantidad de queso y leche, de la que repartían los americanos: se quedaban con parte de lo que llegaba al colegio para los niños.

Antes, cualquiera que tuviera un medio de vida un poco estable podía tener una muchacha. Ibas detrás de la señora a la plaza con un delantal hasta los pies y te ponían a prueba metiendo una peseta en la cesta de la compra. Había señoras que pasaban el dedo para revisar: "vuelva a limpiarlo". Y preferían que te quedaras a dormir, para tenerte trabajando hasta la noche. Mi tía Teresa, como había trabajado sirviendo, me enseñó a estar con las manos atrás, agachando la cabeza: "sí señora". "Lo que usted diga, señora".

Con catorce años trabajé en una casa donde me pagaban 200 pesetas. Era buena gente, pero trabajaba más que una mula. El agua de lavar se preparaba con ceniza y había que dar al suelo de madera con cepillo y jabón. Con 16 años y hasta los 20, estuve trabajando en otra casa, donde me pagaban 350 pesetas. Limpiaba, lavaba, iba a la plaza, hacía la comida y cuidaba a los niños. Los veranos iba con ellos a una casa alquilada en Puente Mayorga. Las familias gibraltareñas de más dinero vivían en los chalés de Campamento; las que tenían menos, en Puente Mayorga.


Mi primer trabajo fue en Blanca
de Los Rios, cerca de mi hermana
con una señora que tenia una Tienda
yo le ayudaba y le hiva a los recados
cond: ir a comprar vino a una
Bodega, para elle venderlo en la Tienda.
en el 1952. Tendria 12 años.
No me pagaba nada solo la comida.
Eran buenas gentes.
1953. con 13 años:
Trabaje con la señora de un maestro

Pieza de escrito autobiográfico de María, aportado en el taller.

Tendría 16 años cuando me salió un pretendiente al que nunca le veía la cara, porque se tapaba con una capa y un sombrero. Me esperaba cerca de la casa donde trabajaba y me seguía desde lejos. Yo me acostumbré a esa sombra. Un día me paró: quería echar a correr, pero me dijo que no tuviera miedo. Indagó sobre mi vida y, como si le conociera de siempre, yo le respondí. Creo que lo hice porque estaba muy falta de cariño. Me dijo que me quería y me propuso que le acompañara en un viaje, asegurándome que estaría muy bien. Me pidió que no se lo contara a nadie.

Esperó a que yo entrara en casa de mi abuela y se marchó. Cuando me acosté tuve un ensueño. Soñé que estaba en un entierro con mi hermana Francisca. Él apareció y le expliqué a mi hermana, "este hombre me quiere, y me va a llevar con él". Mi hermana, riéndose, me decía, "ese hombre no es para ti. No seas tonta, ¿no ves que se marcha?". Y desapareció de mi vista poco a poco.

Al otro día, mi pretendiente estaba esperándome al salir del trabajo. Le dije que no me iba con él y le conté el ensueño. Cubriéndose la cara, me dio un beso y me dijo, "acuérdate de mí siempre". Ya no le vi más. Nosotras nos hemos criado así: hemos sido muy decentes y nos hemos portado siempre bien. No sé qué intención tenía este hombre; el caso es que yo pensé que mi madre me ayudó a decidir.

TRÁFICO DE MUJERES CON FINES DE PROSTITUCIÓN EN LA LÍNEA

La experiencia de María Torremocha, niña huérfana que trabajaba sirviendo en casas, tiene relación con el tráfico de mujeres. Gibraltar era puerta fácil y rápida de salida hacia el Mediterráneo y el Atlántico. Sumado a esta realidad, numerosos estudios confirman que los espacios laborales del servicio de hogar y de la prostitución se cruzan entre sí, antes y ahora, con flujos en ambas direcciones.

Según un informe del Defensor del pueblo Andaluz sobre la prostitución en Andalucía, en el siglo XIX La Línea era uno de los principales puntos de partida del tráfico de mujeres con fines de prostitución, además de Sevilla, Málaga y Cádiz. Andrés Moreno y Francisco Vázquez citan en su estudio sobre la prostitución en Andalucía al cónsul de España en Casablanca, que en 1908 denunció la presencia de "mujeres de vida airada" en esa ciudad, reclutadas bajo engaño en La Línea y en otros puertos andaluces (Andrés Moreno y Francisco Vázquez, 1999:171). Y la logia masónica Resurrección, que hizo un informe sobre la situación social de La Línea en 1917, afirmaba que en esos años "la trata de blancas" era un asunto "escandaloso" (David Muñoz Martínez y J. Sáez Rodríguez, 1995).

Mataron a su padre cuando nació

Mi adolescencia fue un poquito mejor. Tuve amigas y salía un poco. Todos los días la señora donde servía me mandaba a comprar a la plaza. Yo me lo pasaba bien, porque los vendedores me decían piropos, y a mí me gustaba. A los 19 años, estaba comprando perejil y se acercó el que sería mi único novio y marido. Yo vestía un niqui negro y falda estampada. Escuché, "niña, se te ve la cinta del sujetador". Me gustó cómo me lo dijo y le di las gracias, al tiempo

que me cubría la cinta. Estuvimos saliendo unos días, hasta que tuvo que irse porque estaba de permiso.

Se llamaba Nicolás Calvo y era de Los Barrios. En la guerra de 1936, cuando Nicolás acababa de nacer, sacaron de su casa a su padre y lo mataron. Mi pobre suegra se quedó sola con cinco hijos, y luchó mucho para sacarlos adelante. En cuanto pudieron, se fueron de Los Barrios: la madre no quería convivir con quienes habían asesinado a su marido. Cuando me casé fuimos a su pueblo para preguntar por su padre, pero nadie quería hablar[74].

Mi marido, Nicolás Calvo, en una escuela de La Línea en 1943 (con 7 años).

LA EMIGRACIÓN A LA LÍNEA

En 1870, cuando La Línea se independizó de San Roque, tenía una población estimada de unos miles de vecinos. La fábrica de los hermanos Larios, abierta en 1888, dio trabajo a unos 1.000 hombres, mujeres y niños. En las mismas fechas el gobierno británico hizo una gran inversión económica para fortalecer el puerto de la colonia vecina: miles de ▶

74 Nicolás Calvo, quinto hijo de Nicolás Calvo y Catalina Millán, nació el 12 de octubre de 1936 en Los Barrios, tres meses después de la ocupación fascista de este pueblo. El día 14 de ese mes, una patrulla falangista mató a su padre en el cortijo de El Pimpollar. Lo enterraron en una fosa común en el cementerio de Los Barrios (ver Beatriz Díaz, 2011). Cuando María y Nicolás quisieron averiguar sobre su muerte, a finales de los sesenta, el silencio y el miedo a la represión aún pesaban.

personas de edades variadas trabajaban allí sin requisito alguno, salvo el de pernoctar en La Línea. A finales del siglo XIX son ya 60.000 los habitantes censados, cifra que cambiará al ritmo de las necesidades laborales en Gibraltar.

La Línea se convirtió rápidamente en el barrio obrero y marginal de una próspera ciudad colonial (Gibraltar). Las familias llegaban "al olorcillo de Gibraltar", como dice Teresa Almagro, y ante la escasez de oportunidades en sus lugares de origen. Mientras iban haciendo su hueco laboral, se construían una barraca con cajones de madera que traían los barcos, aprovechaban ropa usada, sacos, paracaídas o uniformes de Gibraltar, y comían la *gandinga* y las sobras de las familias bien situadas donde trabajaban. Además, La Línea resultaba ser una ciudad acogedora, porque casi todos venían de fuera y recientemente (aunque en diversas olas), y el imprescindible apoyo mutuo se reforzaba.

La represión como motivo de emigración

La familia de Nicolás Calvo y la de Francisca Barroso llegaron a La Línea años después de salir del lugar donde asesinaron a los padres, ya que les habían negado trabajo y estrechado el apoyo social. El padre de Antonio Casablanca se vio obligado a emigrar a La Línea para evitar una probable pena de muerte. En un libro autobiográfico titulado "Las pavesas del dolor", José González Jurado habla de un chico de 17 años que fue fusilado al término de la guerra, y "para no tener que mirar la cara de los asesinos de su hijo cada mañana, su padre tomó la determinación de marcharse de Torrox (Málaga)" (José González, 2005:93). José González describe el impacto de la represión en esta zona, en los años cuarenta e inicios de los cincuenta: "Raro era el día que no se escuchaba que fulano se había ido a la sierra, que mengano había sido detenido o que habían fusilado a alguien. En el campo, la Guardia Civil te atiborraba a preguntas a las que no sabías ni podías contestar, y si consideraban que llevabas mucha cantidad de comida, te la hacían tomar o tirar para evitar que tuviera otro destino. Sustos y peligros ocurrían casi a diario, por lo que nuestra situación era harto peligrosa: mal si callabas, peor si decías algo que perjudicara a alguien. Muchas familias de Torrox terminaron por irse a Málaga, otros a Cataluña, y los que vivían en los cortijos se mudaron al pueblo (adaptado de José González, 2005:53-55,66).

La emigración permitió a muchas familias de zonas rurales evitar el fuerte control social y la represión política. Aunque la severa vigilancia franquista investigaba el pasado político, en un lugar distante y de mayor

población, el señalamiento y la humillación podían al menos difuminarse. Esto debió influir en muchas decisiones migratorias, aunque no se mencione, precisamente por evitar la represión. Y Manuel Lara y Lluís Maruny, en su estudio sobre la migración de Cuevas Bajas (Málaga) a La Bisbal d' Empordà (Girona) en los años cuarenta y cincuenta, constatan que la represión política y la pobreza motivaron la emigración como circunstancias inseparables (Manuel Lara y Lluís Maruny, 2010:58).

La hermana mayor de mi marido, siendo una chiquilla hacía estraperlo de café, junto con su madre. Lo traían de Gibraltar hasta San Roque, y a veces se tiraban fuera varios días.

Mi marido se metió en la Legión cuando era adolescente. Decían que allí iba la gente mala; pero él era muy bueno. Se fue porque no tenía otro sitio donde ir. Cuando me conoció estaba terminando los cuatro años de compromiso de permanencia que había firmado. Estuvo en El Aayún (Marruecos) y nos hicimos novios por carta. Tras licenciarse, nos prometió a mí y a su madre no volver más a la Legión (porque ella lloraba mucho por su hijo) y fue a hablar con mi hermana Teresa para formalizar la relación[75].

Mi marido y amigos suyos, en el año 1950.

Entrábamos a Gibraltar por Tánger

La hermana mayor de mi marido se había casado con un hombre que la pegaba y llevaba muy mala vida. Entonces, si cualquier mujer amanecía con un ojo hinchado decía que se había caído y los vecinos no se metían. Y si tú opinabas te respondían, "ellos saben lo que hacen" (o sea, que si él la pegaba era por algo).

75 La Legión es una fuerza militar creada para "luchar con motivación en los combates más duros", según explica la información de la propia institución. En las últimas décadas ha participado en guerras en Europa, Centroamérica, Asia, África y Medio Oriente.

No estaba bien visto que la mujer dejara al marido, pero ella lo dejó y se metió a trabajar en Gibraltar, en casa de dos solteros que vivían con su madre: los Berini, de origen italiano. Uno de los hombre se enamoró de ella, se casaron y se quedaron en Gibraltar. Como ella había mejorado su posición y nosotros queríamos ahorrar para casarnos, le pidió a mis hermanas que me dejaran trabajar en Gibraltar y les prometió que se haría cargo de mí.

El gobierno español nos ponía las cosas muy difíciles: desde el año 1954 no daban nuevos pases. Decían que era para hacer daño a Gibraltar, pero nos lo hacían a nosotros. Yo entré a Gibraltar sacando un pasaporte y como turista, evitando la frontera española. Tenía 20 años. Muchas mujeres hacíamos eso: íbamos de La Línea a Algeciras en autobús, de Algeciras a Tánger en un barco (antes de subir, enseñabas el pasaporte a la Guardia Civil del puerto) y de Tánger a Gibraltar en otro, el Mons Calpe.

Para hacerte cualquier documento (el pasaporte, el DNI o el pase) necesitabas una entrevista con la policía. Te preguntaban por qué ibas a Gibraltar y contabas que ibas a visitar a un familiar. También me obligaron a hacer unos cursos de Falange. Una vez en Gibraltar, buscabas una familia donde trabajar e ibas a una oficina donde te preparaban un permiso de residencia. Podías cambiar de casa conservando el mismo permiso. Para salir de Gibraltar podías pasar directamente por la frontera española de La Línea.

Me quedé en casa de la hermana de mi marido, hasta que entré con una *hebrea* que ella misma me recomendó. Dormía allí, por lo que trabajaba muchas horas. Después me empleé en casa de la señora de un juez de paz y dueño de la fábrica de Cocacola en Gibraltar, *Mister* Gaggero. Eran gente muy rica y muy culta, y tenían una casa muy grande con jardines en Campamento, que la tuvieron que vender cuando cerraron la frontera. Siete mujeres de La Línea trabajaban para ellos en un edificio entero: la lavandera, la que les cosía, la que limpiaba, la cocinera, la doncella... Yo era la doncella de la hija. Nos decían “mis niñas”.

A diario, la cocinera hacía un puchero, un guiso de arroz u otra comida de las que sabía hacer. Con frecuencia esta gente tenía invitados, y entonces la esposa daba instrucciones para hacer platos ingleses: croquetitas de pescado y muchas verduras. La col, la patata y la zanahoria hervidas acompañaban a la carne asada. Yo cobraba siete u ocho libras al mes y trabajaba mucho, pero me trataron muy bien. De ahí salí para casarme.

La familia Gaggero, de origen genovés, llegó a Gibraltar a inicios del siglo XIX. A finales de ese siglo asumió la dirección de la empresa de transportes *Bland and Company Ltd*; que aún mantiene. George Gaggero tomó la dirección en 1914, en 1924 fue nombrado juez de paz y en 1931 fundó el primer servicio aéreo: *Gibraltar Airways Ltd*. En los años cuarenta la familia poseía ya líneas marítimas y aéreas, una fábrica de hielo y, desde 1949, la empresa embotelladora y distribuidora de Coca Cola en Gibraltar, que luego se uniría con Saccone y Speed. En 1958 sus hijos John y Joseph (que también sería juez de paz) se incorporan como directores de una compañía que suma a las líneas marítimas y de aviación el *Rock Hotel*, la construcción de barcos, agencias de viajes, el transporte local y el funicular.

Me prometí que mi novio no me tocaría

Mi marido entró a Gibraltar poco antes que yo y se quedaba en una pensión, que era una casa grande donde alquilaban habitaciones. Comía huevos fritos con *beicon*, patatas fritas y tomate frito, o huevo hervido en un vasito, en un restaurante barato.

Un día, una vecina mía de La Línea me comentó, "las muchachas que se van a Gibraltar se vuelven señoritas", y mi hermana Francisca añadió, "¡... u otra cosa!". Yo cogí la indirecta y me prometí a mí misma que mi novio no me tocaría hasta que nos casáramos. Muchos besitos y achuchones, y ya está. Según decían mis compañeras de trabajo, él salía conmigo de día y de noche estaba con otras. Hoy pienso que sería verdad, y hacía bien, porque siempre fue muy fogoso.

Mi marido, trabajando en Gibraltar. Es hacia el año 1965, cuando estábamos de novios.

NUMERO
16.898

REF.
RESIDENTE

ADVERTENCIAS IMPORTANTES

Los cambios de empresa, de profesión o de las condiciones de trabajo contractuadas, serán autorizados por el Servicio de Contratación de este Sindicato, cuando tengan la conformidad de la Junta Sindical.

La presentación del Carnet Sindical es necesaria para la resolución de toda gestión que se solicite de cualquier Servicio o Dependencia del Sindicato de Trabajadores Españoles en Gibraltar.

Este Carnet tiene efectividad siempre que se acredite tener ocupación laboral en Gibraltar.

Cuando observe que el número de este Carnet no figura en la Libreta de Cambio, o que la cuantía de la cuota sea distinta a la que Vd. eligió, personese en la Mutualidad Laboral para que le sean practicadas las rectificaciones procedentes.

D. N. S.
de F.E.T. y de las J.O.N.S.

SINDICATO DE TRABAJADORES ESPAÑOLES EN GIBRALTAR

CARNET SINDICAL

Apellidos CALVO MILLAN

Nombre Nicolas

Profesión Encofrador

Localidad La Linea

Afiliado desde 23-7-69

Cargo electivo

La Linea a 23 de Julio 1969

EL JEFE DEL SINDICATO,

Sindicato de Trabajadores Españoles en Gibraltar
La Linea de la Concepción

Carné de mi marido, como socio del Sindicato de Trabajadores Españoles en Gibraltar, perteneciente a la Falange. Está fechado en 1969, figura como residente en Gibraltar, y su oficio es encofrador.

LA MUJER TRABAJADORA EN GIBRALTAR

La mayor parte del servicio doméstico de Gibraltar estaba formado por mujeres que vivían en La Línea o en otros pueblos de la comarca. Juan Quero, pastor y escritor, explica en sus propias memorias la realidad de muchas familias del campo tarifeño en los años veinte y treinta: "Eran familias grandes con seis o siete hijos, cada una con una parcelita de poco más de una cuartilla de tierra, y no les daba para vivir. En ese tiempo en Gibraltar había mucho trabajo para las mujeres; así que muchas familias que tenían hijas vendieron la parcelita y se fueron para Algeciras y La Línea" (adaptado de Beatriz Díaz, 2007).

De las mujeres españolas que trabajaban en Gibraltar en 1964, el 72% eran solteras o viudas (913 y 914 respectivamente) y el 28% eran casadas (716). La esperanza de vida era muy baja en estas décadas y por lo tanto había mayor proporción de viudas en edad de trabajar. Además, al no depender económicamente de un hombre tenían más libertad para buscar trabajo en Gibraltar, al tiempo que había más urgencia de ingresos. Familiares y vecinas de todos los protagonistas buscaron trabajo en Gibraltar tras quedarse viudas o después de que su marido abandonara su responsabilidad familiar. Para mujeres como Maruja Gil y su madre, entrar en Gibraltar se hizo más necesario cuando negaron el pase a los hombres de la familia por motivos políticos.

El estigma de la mujer trabajadora en Gibraltar

Para Vicenta López, servir en Gibraltar no tenía ventajas, mientras que Isabel Álvarez sí se sintió más respetada en la colonia. El trabajo de la mujer estaba mejor pagado en Gibraltar que en La Línea, lo que daba más autonomía económica. Y al estar lejos del hogar, se reducía el control familiar. Cuando la virginidad antes del matrimonio tiene mucho valor y hay un gran control social de la mujer (entre otros colectivos), aquellas que trabajan fuera de casa son objeto de sospecha, cuando menos, y les imponen el estigma de "indecente" o "mala mujer" (mujer que transgrede las normas sociales). En los años cuarenta, la hermana de Antonio Casablanca pidió apoyo a su tío para conseguir el pase, y éste fue reticente "por la mala imagen de las mujeres que trabajaban en Gibraltar". María escuchó comentarios sobre la "pérdida de la decencia", el marido de Isabel Álvarez sospechaba de sus relaciones en Gibraltar, y Maruja Gil y Vicenta López entraron solteras y dejaron de trabajar en cuanto tuvieron un compromiso con su novio.

Ahora podíamos buscar a mi padre

En la guerra, mi padre se cayó de un camión y se hizo una herida grande en la cabeza. Mi abuela decía que entre esto y la muerte de mi madre no quedó bien de la cabeza, y que por eso se perdió su vida. A veces alguna persona que venía de Tánger le traía noticias suyas a mi abuela. Si es que trabajaba algo, sólo le llegaba para comer. Mis hermanas decían que podía haber hecho más por sus hijos y que no nos había dado cariño. Esa era la visión que yo tenía de mi padre, pero siempre guardaba la ilusión de poder verlo.

Yo pasaba por Tánger cada tres meses, cuando se me acababa el visado y tenía que volver a renovarlo en España; pero sin dinero ni tiempo no podía pensar en buscar a mi padre. Mi novio llevaba un fijo de lotería y hacia 1965 le tocaron unas doce mil pesetas. Me dijo, "María, la mitad las vamos a guardar, y con la otra mitad vamos a Tánger a buscar a tu padre". Una vez desembarcamos, preguntamos por él en los bares donde andaban los españoles. Recuerdo que mi tía seguía aconsejándonos, "Cuando preguntes por él, ¡no digas el nombre de Torremocha!".

El día de nuestra boda. A la izquierda, mi hermano Manolo. A la derecha, una vecina que hacía de madrina.

Cada uno nos daba norte de otro sitio. Estuvimos todo el día caminando por la ciudad y no dimos con él, pero se conoce que corrió la voz. A última hora, cuando íbamos a coger el barco, un *moro* que era su compañero de pensión lo llevó a nuestro encuentro. ¡Por fin vi a mi padre! Nos abrazamos emocionados y lloramos juntos, aunque éramos dos desconocidos; y nos prometimos vernos muy pronto.

Cuando les llegó la noticia, mis hermanos se pusieron muy contentos. Reunieron algún dinero, y Manuel arregló el pasaporte, fue a por él y lo llevó a casa de Teresa. El pobre no estaba bien y hubo algunos problemas, porque era alcohólico. Intentamos curarle con la ayuda de un médico, pero era difícil.

En el patio de Francisca quedó libre una casa amueblada, porque los vecinos se iban a trabajar al extranjero. Pedían 13.000 pesetas, casi lo que

nosotros teníamos ahorrado. Al poco tiempo ya estábamos allí. En mayo de 1966 nos casamos y mi padre pudo verme de novia. Al mes siguiente murió de una embolia. Después vinieron unos policías preguntando por él y mi cuñado les respondió, "les voy a decir dónde está mi suegro: en el cementerio, en tal calle y tal sitio".

En aquellos años, la persona que tenía el luto vivía metida en su casa y la gente estaba pendiente de lo que hacía. La pobre viuda llenaba un barreño grande con agua hirviendo, echaba el tinte y se ponía a darle vueltas con un palo. El luto le llegaba hasta las uñas, pero el vestido nunca quedaba negro del todo, así que iba hecha un fantoche. Había personas que se metían en el velorio a contar chistes, y hasta la doliente se hartaba de reír. Y se ofrecía una copita de anís, una copita de coñac, un cafelito.... Era una forma de pasar el rato y que no se quedaran dormidos ni se marcharan. Algunos ponían unas tijeras abiertas con sal encima del muerto, para espantar lo malo.

El último trabajador que salió de Gibraltar

Mi marido salió de Gibraltar cuando nos fuimos a casar y se empleó en la construcción de la refinería como encofrador, en las balsas para echar los primeros cimientos. Esto duró poco tiempo, y se apuntó a las listas del Sindicato para ir al extranjero. Le mandaron a Francia, a una fábrica de fundición; pero era un trabajo agotador, mucho peor que en Gibraltar, y regresó pronto. Mi hermano también fue, y le pusieron a retirar nieve de las carreteras.

¡Qué dicha más grande fue cuando nació Juan Carlos, nuestro primer hijo! Estábamos tan necesitados de todo, que nuestros hijos fueron lo mejor que Dios nos pudo regalar. Cuando mi Juan Carlos tenía dos años, hacia 1968, nos hicimos de nuevo el pasaporte para entrar en Gibraltar por Tánger. Buscamos una pensión y a mi hijo lo apuntamos a una guardería, que era la casa de una señora que cuidaba niños.

Mi marido, mi hijo Juan Carlos y yo, en 1969.

Él se empleó en una empresa de encofrado del *arsenal* y yo en casa de un *hebreo* llamado *Mister* Benady, que tenía una tienda de tejidos casi al final de la calle Real. Esta familia era muy religiosa. Cuando llegaba la Pascua, tenía que limpiar la casa a fondo, sin dejar una miguita de pan ni una pelusita. Hacían unas tortas para el mes de cuaresma (el pan ácimo), lavaban los pollos con sal para quitarles toda la sangre y tenían un fregadero para cada carne. No comían embutido de cerdo ni de cordero.

Las autoridades españolas avisaron que cerraban la frontera con Gibraltar. Mi niño y yo nos vinimos para La Línea los últimos días, como hicieron casi todos los trabajadores en Gibraltar. Mi marido esperó una semana más. Él estaba con su pasaporte y podía haberse quedado, pero el ambiente se había enrarecido, pues los gibraltareños estaban molestos por la situación que se había creado desde hacía años.

EL CIERRE DE LA FRONTERA ESPAÑOLA CON GIBRALTAR

En el contexto del conflicto entre España y Gran Bretaña, y poco después de la visita de la reina de Inglaterra a Gibraltar en 1954, Franco empezó a reducir la presencia laboral española en Gibraltar, como forma de bloqueo económico: cerró el consulado español en Gibraltar, retiró los pases de fin de semana y suspendió los nuevos permisos. Fue el comienzo de un lento y amargo proceso de estrechamiento de las condiciones para acceder a Gibraltar.

En 1954 entraban a Gibraltar con pase 12.301 trabajadores españoles. La cifra real sería sensiblemente mayor, pues muchos hombres y mujeres accedían a Gibraltar con pasaporte, a través de Tánger. Esta vía era posible antes de 1954 y fue más usada a medida que las necesidades lo exigían; también tras cerrarse la verja.

En 1966 se cerró la aduana de La Línea. Había que ir a Gibraltar en el barco que salía desde Algeciras (donde se conservaba la aduana). El 20 de agosto de 1966 retiraron los pases a las 1.791 mujeres que aún lo tenían (pues desde 1954 no se daban nuevos permisos). En 1969 anularon todos los permisos vigentes y cerraron la frontera. No se abriría hasta trece años después (febrero de 1982).

Esta dura medida dañó, como era de esperar, a la economía de La Línea. Francisco Gil afirma: “Desde el 66 ya no podías llevar a Gibraltar carros de frutas y verduras. Gibraltar lo traía de Tánger, y los puestos del

mercado, donde compraban muchos gibraltareños, empezaron a vender menos. Ya con el cierre de la frontera el mercado de La Línea se vino abajo".

Mujer marroquí limpiando la entrada a un patio de Gibraltar.

También fue un golpe duro para la economía de Gibraltar, que hasta entonces se alimentaba de personal español barato y con gran experiencia. Cambiaron las fuentes de ingresos y la mano de obra española fue sustituida principalmente por trabajadores marroquíes y locales. Respecto a la cobertura social, hospitales, hogares y escuelas infantiles absorbieron una nueva fuerza laboral: las mujeres gibraltareñas que hasta entonces no habían trabajado. Para motivarlas, el gobierno gibraltareño subió sus salarios (Stacie D. A. Burke, 2007).

Población trabajadora en los años previos al cierre

En 1964 había 2.543 mujeres con pase de acceso a Gibraltar, fundamentalmente sirvientas (2.061) o limpiadoras (183). También había cocineras (46), lavanderas (42), sastras (36), costureras (30), cigarreras (22), vendedoras (22), etcétera. La mayoría residían en La Línea (2.020), y cientos de ellas en Algeciras (340) y en San Roque (135).

En 1969, momento del cierre, había 4.827 hombres con pase; 2.468 nacidos en La Línea, 523 en San Roque, 382 en Algeciras, 598 en Málaga, 290 en Cádiz y el resto en otras provincias andaluzas. En la construcción trabajaban 2.654, en comercios y oficinas 720, en el metal 572, en el transporte 487, en la hostelería 258 y en otros oficios 145.

En esos años murió mi querida suegra. Y a mi hermano, que se había casado y tenía un puesto de fruta en Puente Mayorga, un coche le mató un hijo de tres años. Nació Nicolás, mi segundo tesoro.

Al cerrar la frontera, como no había trabajo para nadie, hicieron escuelas de formación en La Línea. Mi marido asistió a alguno de los cursos. Hasta que fueron repartiendo a los hombres para que trabajaran de celadores por ciudades diferentes: Madrid, Barcelona, Valencia... A nosotros nos tocó Zaragoza, en la planta de Traumatología de un nuevo hospital. Tenía Juan Carlos tres años, y Nicolás seis meses. ¡De qué forma tan cruda sentimos el frío de Zaragoza! De noche, soñaba que estaba en La Línea, recorría mis calles, mis playas... Estuvimos ahí 25 años. Con el tiempo les demostramos que éramos honrados y trabajadores, nos dimos a querer y quisimos, y hoy es nuestra segunda tierra.

Ex trabajadores de Gibraltar, en un curso en La Línea en 1969, cuando cerraron la frontera. Mi marido está atrás, el que hace 8 por la izquierda.

Me dijo que no me preocupara

Mi primer trabajo en Zaragoza fue en una fábrica de caramelos de goma: tenía que poner un rabito de *plasti* a las cerezas de goma, y por cada bolsa de cinco kilos me daban 300 pesetas. Me llevaba a casa las bolsas, trabajaba mientras estaba pendiente de los niños y de la comida, y se me hacía de noche.

A los 30 años se me retiró la regla y un médico nos dijo que era normal, pues según él en Andalucía a las mujeres se les retiraba antes. A los 32 años soñé que dentro de mí latía un corazón. Me hicieron pruebas y resultó ser algo maravilloso: mi niño Luis Miguel. Nos cambiamos al centro de Zaragoza, a una casa destartalada donde no pagábamos alquiler, porque hacíamos de porteros.

Con el dinero ahorrado compramos un terreno en un pueblecito del campo. Durante los fines de semana lo limpiamos de piedras, hicimos un pozo, sembramos árboles, flores, patatas, cebollas, ajos y fresas regándolo a pulso, lo cercamos con adobes y comenzamos a hacer una casa. El terreno florecía junto

a nosotros y la vida nos iba mejor. A Juan Carlos le faltaba poco para acabar sus estudios de abogado, el segundo ya era electricista y estaba haciendo la mili, y el pequeño, con doce años, era un estudiante regularcillo. Hasta que una sombra negra nos cubrió...

A mi marido le diagnosticaron cáncer de estómago. Me dijo que no me preocupara, pues con una operación se curaba, y tanto él como yo tuvimos fe. Él fue explicándome todos los papeleos a hacer en el caso de que le pasara algo. Como era muy decidido, pidió que le operaran cuanto antes y siguió trabajando mientras le hacían las pruebas. Tras la operación, el médico pidió hablar con mis niños. Cuando vi que tardaban entré en el despacho: ¡tenían una carita...! Supe que sólo le quedaban tres meses.

Como mi marido ya no ocupaba su puesto, me dieron un trabajo en el Hospital, pero de los peores: limpiar el sótano donde estaba la lavandería. Yo me quedaba sola haciendo dos turnos, limpiando las suciedades infecciosas que dejaban las ropas y con el alma hecha pedazos.

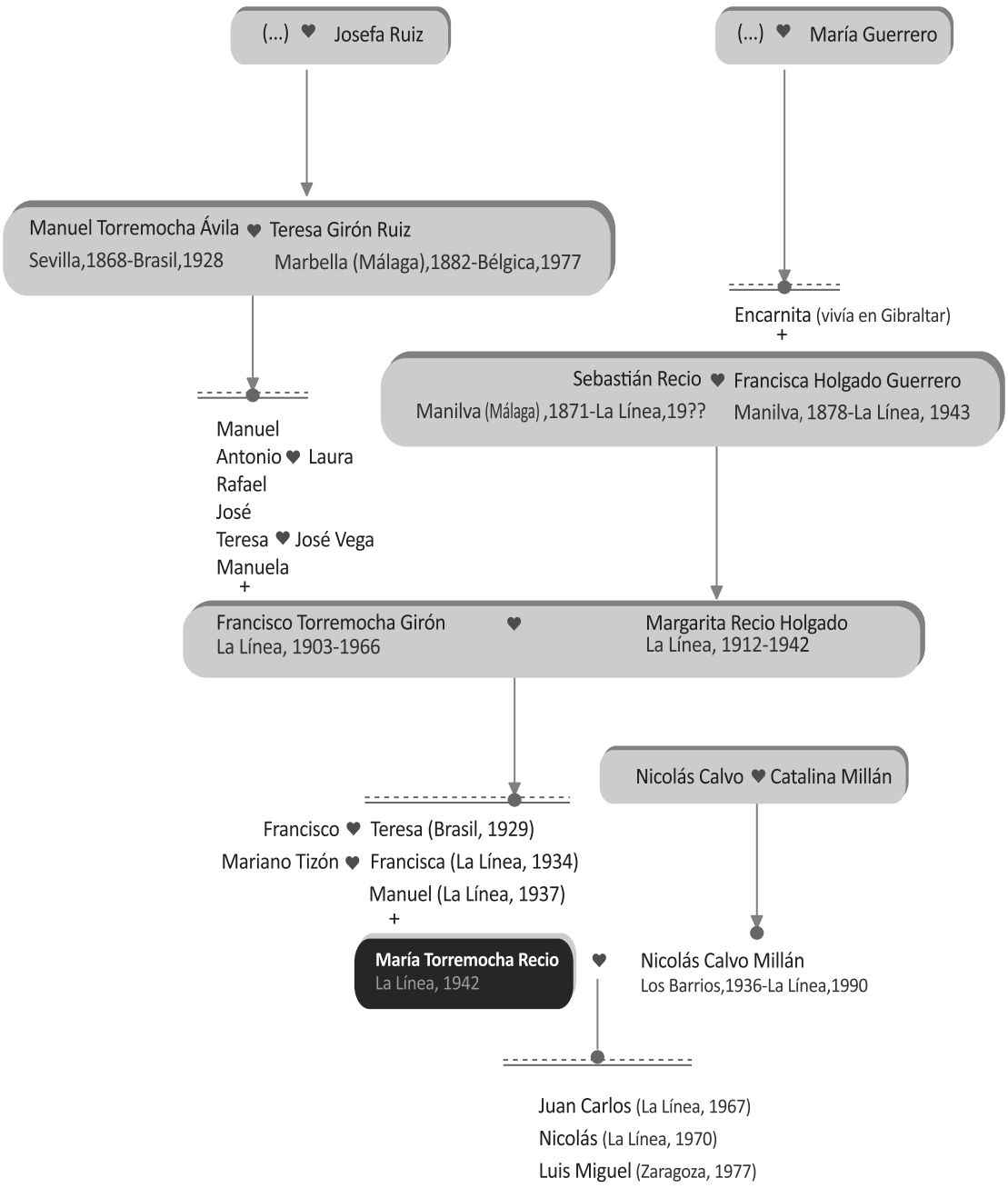
Un día, mi marido me pidió que le llevase a La Línea. Malvendimos el terreno que tanta vida nos había dado, Juan Carlos dejó los estudios y a Nico le licenciaron antes. En La Línea, los días y las noches se hacían interminables. Cuando se acercaba la feria me dijo, “Mari, si a mí me pasa algo, que los niños vayan a la feria. Y, por favor, no les pongas luto, ni tú tampoco. Te dejo muy joven y te pido que nadie maneje a mis niños”. El 10 de julio de 1990 se quitó todas las gomas que tenía y se sentó en la cama. Le fallaba la respiración, y mis niños y yo nos turnábamos con un abanico. Dulcemente descansó.

En una boda, en el año 1985. Arriba a la derecha, Juan Carlos y Nicolás. Abajo, yo y mi marido, con Luis Miguel en su brazo.

Juan Carlos y Nico se fueron a Zaragoza y alquilaron un piso. Como yo no me encontraba bien, me quedé cerca de mis hermanas. Luis, con 13 años y sin su padre, no se integraba bien. Yo no quería llorar para que él no sufriera, y él hacía lo mismo. Mi familia nos dio calor, y mi gatito cariños y besos: si tenía pesadillas, me despertaba con su naricita fresca; si llorábamos, nos lamía las lágrimas.

El médico me dijo que tenía que distraerme. Intenté sacarme el carné de conducir e intenté otras cosas, pero a parte de mi familia no le parecía bien. Tres meses después de fallecer mi marido, con 47 años, fui al Hogar del Pensionista para colaborar. Mi Juan Carlos se casó con una maña y tiene una hija. Mi Nico con una brasileña, y mi Luis también está casado y tiene un hijo. Yo, con los años me he ido espabilando. Actualmente soy presidenta del Centro de Día Padre Pandelo y llevo el grupo de teatro del centro. Todo este tiempo me he dedicado a los demás.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE MARÍA TORREMOCHA RECIO



ANTONIO CASABLANCA ELÍAS

7

Mi abuelo vino destinado a La Línea

Me llamo Antonio Casablanca, tengo 79 años y estoy felizmente casado con Violeta Díaz. Tenemos dos hijas, Silvia y Mercedes, casadas con Fernando Castillo y Manuel Muñoz respectivamente; y tres nietos: Claudia, de mi Silvia, y Elena y Manuel, de mi Merche.

Cuando mis hijas eran pequeñas, un año por Reyes les regalé una máquina de escribir Olimpia Traveller. Cuando se cansaron de usarla, yo seguí escribiendo. Un día tuve la idea de recoger los recuerdos desde mi niñez hasta el presente, pero cuando llevaba unos folios escritos se agotó la tinta de la cinta y no encontraba repuesto por ningún sitio. Las máquinas de escribir habían pasado de moda, y opté por comprarme un ordenador. Ahora venía lo peor, aprender a manejarlo: me matriculé en el Centro de Adultos Almadraba, donde se imparten clases de informática, y así logré hacer realidad este proyecto[76].

Mis nietos.

Mi padre, Jerónimo Casablanca, nació en San Bartolomé de las Torres (Huelva) en 1901. Sus padres eran extremeños y tuvieron cinco hijos. Mi abuelo era suboficial de la Guardia Civil, y al pasar a la reserva ingresó en el cuerpo de Inspectores de Emigrantes y vino destinado a La Línea.

Mi padre se fue a La Línea con su padre y sus hermanos, y cuando tuvo edad de trabajar se empleó en el muelle de Gibraltar como descargador de carbón, que era donde se ganaba más dinero. Luego estuvo de camarero en el Café Universal de Gibraltar. Al estallar la guerra de Marruecos, en los años veinte, le reclutaron y fue incorporado al frente del Rif, donde le hirieron. Una vez restablecido, ingresó como guardia en la banda de tambores y cornetas de la Guardia Civil y fue destinado a Barcelona, al cuartel de la carretera de Sants.

En Sants conoció a mi madre, Josefa Elías, que vivía cerca. Ella nació en Barcelona en 1904 y trabajó en varios oficios hasta que se casó. Mi abuelo materno, Francisco Elías, natural de Roda de Bará (Tarragona) era agricultor.

76 Antonio empezó a escribir sus memorias en enero de 2009 y acabó en enero de 2010. Se ha extraído y abreviado algunas piezas de éstas, y se han combinado con su relato oral.

Estuvo trabajando en Barcelona, como jardinero de unos señores de elevada posición social. Allí conoció a mi abuela, Eudosia Santos, de Saucelle (Salamanca), que trabajaba como sirvienta. Al casarse compraron una finca de dos pisos y planta baja, donde pusieron un negocio de venta de carbón; mi abuelo lo regentaba y mi abuela llevaba la parte burocrática y criaba a los hijos.

Mis padres tuvieron tres hijos. Pepita nació en agosto del 27, después nací yo, en enero de 1931, y por último Montserrat, en febrero del 45. Nosotros estudiábamos y hablábamos en catalán, lengua que aún conservo. Recuerdo una actuación de la clase de mi hermana cuando estudiaba primaria. Salían al escenario y cantaban una canción sobre un mercadillo de baratijas a donde iban las mozas:

Hi habian collarets	Había collares
anells i arracades	anillos y pendientes
i altres coses.	y otras cosas.
No hi ha res millor	No hay nada mejor
que un bon mocador	que un buen pañuelo
per a les noies.	para las mozas.
Alairá, alairó	Alairá, alairó
Mocador que mai fa nosa	Pañuelo que nunca estorba
Alairá, alairó	alairá, alairó
i val mes que una altra cosa;	y vale más que otra cosa;
Alairá, alairó,	alairá, alairó
mocador bon mocador	pañuelo, buen pañuelo.

Una banda de tambores y cornetas

Al proclamarse la Segunda República, la Guardia Civil fue abolida y sus miembros pasaron a la Guardia de Asalto. Vestían uniforme azulo marino, gorra de plato y correaje. En este nuevo cuerpo mi padre se afilió a la CNT. Mi tío Isidro y su familia se habían ido a vivir a un pueblecito, y nos dejó su casa cuando nos desalojaron del cuartel. Mi padre había ascendido a sargento y era director de una banda de tambores y cornetas de guardias jóvenes, que ensayaban en el patio de la casa de mi tío. A mí me gustaba mucho ver los ensayos, pues aparte de las marchas militares incluían pasajes de zarzuela.

Alguna que otra vez íbamos a un teatro en la carretera de Sants, cerca de la plaza de España. Recuerdo la actuación de Ramper, un cómico. En la posguerra, al terminar algunas actuaciones, este hombre era detenido por meterse con el gobierno. En una ocasión salió al escenario con una moto, intentaba arrancarla

y decía, “es que se le va el aceite por los muelles”, criticando la venta de aceite por el gobierno a países extranjeros[77].

Al estallar la guerra yo tenía cinco años. La terraza del cuartel donde me había criado estaba llena de sacos terreros y colchones, y en el centro había una ametralladora. A mi padre lo mandaron al frente de Madrid; fue la primera vez que sentí pena en mi corazón. Las noticias que llegaban eran cada día peores. Por la puerta de casa vi desfilar, camino del frente, a la “quinta del biberón”, chavales de 18 años que en la guerrera llevan colgado un chupete y cantaban “y aunque venga la aviación, va p’ alante el batallón de la quinta’ el biberón”.

Una bala llamada dum-dum le explotó a mi padre en el brazo izquierdo. Como estaba cerca de Madrid, donde había muy buenos cirujanos, consiguieron salvarle el brazo[78]. Se reunió con nosotros y nos fuimos al Masnou con mis abuelos para que se recuperase. Una vez restablecido le mandaron de nuevo al frente.

Mi madre por su carácter no quería que la mantuvieran: nos dejó con los abuelos y se dedicó al estraperlo. Compraba en Barcelona alimentos que escaseaban y los revendía en los pueblos de los alrededores. Mi hermana y yo ayudábamos en las faenas de la casa, y en la siembra y recolección de los productos del huerto, que mi abuela se encargaba de vender. Tenía mi abuelo plantas de tabaco, que recolectaba en su tiempo, amarraba las hojas entre dos tablas y las dejaba secar colgadas del techo. Luego las picaba con mucha paciencia y se hacía cigarros para su consumo.

En la ciudad condal los bombardeos se sucedían cada día con más frecuencia, y la gente se resguardaba en las estaciones del metro, pues faltaban refugios. Mi hermana y yo dormíamos en una cama grande hecha con una plancha de acero y dos colchones, en una habitación que servía como almacén. Cuando sonaban las sirenas anunciando un bombardeo, nos metíamos debajo de la cama.

Íbamos a un grupo escolar y teníamos nuestros ratos de juego. Un día vi en la playa a unos muchachos tocando tambores y cornetas; eran del Frente de Juventudes de la Falange. Yo tenía ocho años y no sabía de qué se trataba. Como había escuchado tantas veces a mi padre, me gustaba tocar la corneta.

---

77 Ramper se llamaba Ramón Álvarez Escudero. Fue un gran payaso y acróbata experimentado, escribía música y hacía magia y prestidigitación. La dictadura franquista necesitaba de buenos artistas para distraer a la población de la cruda realidad, pero, si lo veía necesario, controlaba sus mensajes con incesantes detenciones y multas.

78 Las balas dum dum explotan en contacto con el cuerpo, provocando complicadas heridas internas. Fueron prohibidas por la convención de Ginebra de 1925.

Le dije a mi abuela que quería aprender y al día siguiente ya estaba ensayando. Cuando terminó la guerra, fuimos a desfilar por las calles de Barcelona.

Mi padre volvió del frente en 1939 y se incorporó de nuevo a la Guardia Civil, como repartidor del pan de intendencia. Poco después lo denunciaron y lo encerraron en la cárcel Modelo de Barcelona. ¡Mi padre preso por *rojo* y yo perteneciendo a la Falange! Salió de la cárcel, pero volvieron a denunciarlo. No sabemos el motivo; seguramente sería por haber pertenecido a la CNT y por envidias de algunos conocidos. Esta vez estuvo más tiempo.

Una mañana temprano vinieron a buscarme para ir al Palacio de Justicia, donde se iba a celebrar su juicio, junto al de veinte presos más. Durante la sesión, un preso que estaba sentado junto a mi padre estuvo todo el tiempo sacando mendrugos de pan de una talega y volviéndolos a meter; me dijeron que había perdido la razón[79].

Vi por primera vez el Peñón

Al terminar el juicio me dieron permiso para ver a mi padre y estuve abrazado a él llorando. Fue absuelto, pero el Capitán que lo había defendido le aconsejó que se marchara lejos: "mientras no se tranquilicen las cosas esto va a seguir así, hasta que des con un fiscal que te condene a muerte". Sintiéndolo en lo más profundo de su corazón, decidió irse a La Línea, donde vivía su hermano mayor, que era brigada de la Guardia Civil y Comandante de puesto.

En La Línea, a mi padre le negaban el pase de acceso a Gibraltar por venir de zona *roja*. Mi tío le había buscado un trabajo como camarero en el Café Nacional de La Línea, recientemente inaugurado con el nombre de Café Imperial[80]. Ganaba diez pesetas diarias. María Serra trabajaba en este local como pianista. Ella y su marido, de apellido Soro, también habían venido de Barcelona, y al principio no les daban pase para trabajar en Gibraltar, por el mismo motivo que a mi padre. Pasado el tiempo lo consiguieron, y fueron unos músicos muy reconocidos en Gibraltar y en La Línea.

Mi padre buscó una casa muy cerca del cuartel, en la calle Marconi, y en cuanto la tuvo un poco arreglada vino a buscarnos. Cuando salimos de Barcelona llevábamos lo justo. De Cádiz llegamos en autobús a La Línea. Antes de llegar a

79 El día en que Vicente Ricardo entró en la prisión de Sevilla vio a unos hombres apartados del resto, vociferando vivas a la República; le aclararon que habían perdido la cabeza.

80 Cuando Isabel Álvarez, siendo una niña, pasaba por el Café Nacional, miraba con curiosidad por la cristalera: la forma de vestir y actuar de aquella gente le sugería que era un cabaré.

El Cafe Nacional, donde trabajó mi padre; hoy llamado Café Imperial.

Algeciras, desde la carretera vi el Peñón de Gibraltar; me impresionó esa mole en medio del mar. Al llegar fuimos a la casa cuartel donde vivían mis tíos y merendamos. Ese día probé el té por primera vez.

Antonio Barros recuerda que **el té negro en picadura** se vendía en cualquier tienda de La Línea. Durante el tiempo de la escasez y el racionamiento, el té era más accesible que el café: "Se compraba suelto en un cucurucho de papel, por reales. Y resultaba menos amargo que el café. Gran Bretaña lo producía y lo traía de la India a Gibraltar. Las mismas latas grandes donde venía envasado el té, se usaban para coger el agua de unas charcas grandes naturales (por cierto, que hace poco han sido tapadas y están dando problemas), y se transportaban para regar los canteros de los huertos".

Vicente Ricardo habló de los biberones de té como sustitutos de la leche en las situaciones de escasez de la posguerra, y otras personas explican que a los niños les daban té *migado* como desayuno. Isabel Álvarez tomaba té desde niña, y cuando fue a Cádiz en los años cuarenta supo que allí no lo conocían.

La calle Marconi, donde vivíamos, era perpendicular por el sur a la avenida de La Banqueta (avenida de los Héroes del Alcázar de Toledo). Esta avenida y todo el campo neutral era zona militar, donde no se podía entrar sin un permiso especial. El final de la calle estaba fortificado con una muralla de metro y medio y una alambrada de espinos, pero tenía un agujero por donde los soldados españoles entraban de noche al pueblo. Unos niños de mi calle se dedicaban a coger gatos y se los vendían a los soldados como alimento.

Por el mismo agujero donde pasaban los soldados al pueblo, entrábamos a jugar, porque había una arena finísima. Un día nos vieron unos soldados; pudimos escaparnos pero cogieron a uno y éste dio el nombre de los demás. Se presentaron en mi casa un sargento y dos soldados, y mi padre se llevó un susto tremendo, pues creyó que era por otra denuncia. Nunca me había dado una azotaina; esta vez lo intentó y me libré gracias a mi madre y a mi hermana.

La casa donde vivíamos constaba de dos habitaciones, cocina y un pequeño patio. En la habitación exterior dormían mis padres. Tenía una cama con un colchón de hojas de mazorca, una mesita de noche y una barra para colgar la ropa. Mi hermana y yo dormíamos en el mismo colchón. En la cocina había un fogón de carbón, una pequeña despensa y una mesa con cuatro sillas. En el *patinito* había un cajón con un barreño de cinc para lavar la ropa y una palangana para el aseo.

El patio comunitario tenía dos retretes de mampostería y un pozo para el agua de consumo, y cada vecino tenía su cordel para tender la ropa. Había catorce viviendas, tres interiores y el resto exteriores, y una era tienda de comestibles.

El patio de la calle Marconi, en años recientes.

Perpendicular a mi calle había un solar muy grande que llamábamos "el llano", donde jugábamos al fútbol. También había un *vacie*: un charco muy grande de orines y excrementos. La gente que no tenía retrete o lo tenían atascado hacía sus necesidades en un cubo y lo tiraban ahí; y cuando la tierra no absorbía más líquido se formaba el *vacie*. Aparecían allí muchas moscas y era un foco de infección permanente. Teníamos cuidado de que no cayera la pelota allí, ¡pues a ver quién se atrevía a cogerla!

Un *vacie* es un vertedero de aguas negras, basuras o escombros. La palabra se usa en Andalucía y en Ceuta. La Comunidad cristiana de Santiago recuerda que en los años cincuenta ésta era la única salida de aguas y basuras en las barriadas de El Conchal y El Castillo, donde vivían miles de personas. La situación era similar en toda la ciudad, que en los años cincuenta tendría una población real de 80.000 habitantes, según estima esta Comunidad (1989). La familia de Vicente Ricardo, en los años treinta y cuarenta usaba un cubo que se arrojaba en un *vacie*. También la de María Torremocha, en los años cincuenta y sesenta: "Mi cuñado hizo en su patio una caseta donde puso un cubito y un rodete de madera para apoyarse. Por la noche el cubo se tiraba en el *vacie*, al otro lado de la tapia".

Entrando por el portón de la calle Marconi, al fondo a la izquierda vivía un matrimonio que había venido de Casablanca y tenía cuatro hijos. Hablaban en francés[81]. Al lado vivía una señora que tenía relaciones con un gibraltareño de mucho dinero, y tenía un hijo de mi edad. A continuación vivía una mujer mayor viuda y su hija, que se casó con un carabinero. En la última vivienda exterior que daba a la calle Jardines vivía un matrimonio con tres hijos. Uno de ellos, cuando terminó el servicio militar emigró a Brasil.

Después había una familia con cinco hijos cuyo padre los abandonó; una hermana se casó con un gibraltareño, un hermano se fue a Barcelona y otro a Inglaterra. A su lado vivía un señor viudo con nueve hijos, que venían de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz). En las noches de verano se ponían a cantar y bailar sevillanas, los vecinos sacaban las sillas y les servía de distracción. A continuación vivían dos hermanas, una viuda de guerra y otra casada con un gibraltareño. Y por último un matrimonio mayor que vendió su tienda de comestibles a una señora del Tesorillo viuda de guerra.

81 En los años cuarenta, la ciudad de Casablanca era parte de la colonia francesa de Marruecos. Los europeos que vivían allí se educaban en francés y usaban esta lengua en sus relaciones sociales.

En las dos primeras casas a la derecha vivían dos matrimonios con dos hijos cada uno. En la segunda casa, el marido era carabinero y en la siguiente también. Al lado estaba mi casa y a continuación, una señora mayor que vivía con su hija solterona, que trabajaba de costurera en Gibraltar. Esta señora tenía un sobrino que trabajaba en el *Rock Hotel* de Gibraltar y casi todos los días nos traía un bolso lleno de recortes del pan que usaban para hacer los sándwiches. En la última casa vivía un matrimonio con varios hijos.

En casa hacía falta dinero

Cuando llegamos a La Línea me buscaron una escuela de pago. El maestro se llamaba Manuel Bravo y tenía más malas ideas que un gato pisao: por cualquier insignificancia te pegaba. Por no saberme el sexto mandamiento de la Santa Madre Iglesia (redimir al cautivo) me dio seis palmetazos en cada mano. Estuve llorando; creo que por la rabia, más que de dolor. Manuel Canto, mi compañero de mesa, un día en que recibió dos palmetazos le tiró un tintero a la cabeza. A continuación salió corriendo y no volvió más por la escuela. Yo eché mucho de menos a Manuel, porque nos llevábamos bien y porque su padre era confitero en Gibraltar y nos traía recortes de dulces.

Antonio Sotillo relata sobre su infancia en Écija: "Vivíamos en **un ambiente adoctrinado**, militarizado. Yo estuve en el colegio San Fulgencio, que era particular. En los años cuarenta, el régimen promovía vestir camisa azul en el colegio y hacer instrucción en el patio por la mañana. Nos daban unos fusiles de madera y tenían hasta cañoncitos simulados: "¡a formar!", "¡a cubrirse!". La Iglesia también te aprisionaba: todo era pecado y vivías asustado. Por cualquier insignificancia, tenías que confesarte. Cuatro o cinco días a la semana estabas comulgando, de monaguillo ayudando en misa, en la bendición... El director del colegio, desde el balcón y con todos formados en el patio, nos echaba arengas: "¡Cuando me muera me tenéis que envolver en la bandera nacional!".

Fui después al colegio de los salesianos y ¡para les qué digo! Ya los curas se metían con los chiquillos... allí se descubrieron muchas cosas feas. Nos daban unos castigos muy duros: de rodillas con los brazos en cruz, palmetazos en las manos, nos ponían orejas de burro a los chiquillos mirando hacia la calle. Los profesores llevaban la campanilla de decir misa sujeta por el badajo y nos daban porrazos con ella. Uno tenía un cubito de madera encima de la mesa, y cuando le parecía lo lanzaba a la frente de algún niño".

Fui poco tiempo a la escuela, pues no estaba a gusto y en casa hacía falta dinero. Me empleé en el bar Los Gallos, al lado de casa, primero fregando vasos y limpiando, y luego sirviendo. Cuando llegó el verano me tuvieron todo el día asando sardinas; las aborrecí y dejé el bar. Empecé entonces con un pintor de la construcción, Navarrito, un profesional magnífico que lo mismo pintaba una habitación que hacía un rótulo o un cuadro al óleo. Tenía tal facilidad que no le daba importancia: un día hizo dos rótulos en un autobús y le pagaron con media botella de vino. Al terminar la feria se quedó sin trabajo y despidió a toda la plantilla.

Me cogieron como aprendiz en un taller de pintura de coches. Los trabajos fueron mejorando y en poco tiempo había tres pintores y tres oficiales. Uno de ellos venía de Burgos, donde había estado preso, y fue después deportado por motivos políticos. Mientras trabajábamos nos contaba anécdotas. Decía que hacía tanto frío en Burgos que para poder rotular a veces tenían que encender una fogata.

Estando en ese taller, me matriculé en la escuela de Artes y Oficios para mecánico ajustador. Se me daba bien y me concedieron beca, pero antes de finalizar el tercer curso (en total eran nueve) tuve amígdalas, enfermedad que me acompañó durante mi juventud. Falté una semana a clase y como no lo pude justificar con un parte médico me quitaron la beca. Enfadado, me salí de la escuela.

Mi hermana Pepita, que tenía quince o dieciséis años, quería ayudar en casa. Le pidió a mi tío que le consiguiese el pase para Gibraltar, donde le ofrecían trabajar de dependienta en un comercio llamado El Emporio. Como estaba mal visto que las mujeres trabajaran en Gibraltar, él no quería facilitárselo. Al final, rogándole, lo consiguió.

Había muchas clases de juegos

Había tiempo para jugar y muchas clases de juegos al aire libre: las canicas, los trompos, a caballito manso, a guerrillas de pedradas contra los niños de otros barrios y al fútbol. La pelota era lo de menos, lo mismo daba medio limón estrujado de la basura, que una media rellena de papeles o una pelota de tenis. Si alguno se presentaba con un balón ya era lo más grande, pero tenía un inconveniente: sólo jugaban aquellos que tuvieran simpatías con el dueño. En el patio jugábamos a la comba, a la gallinita ciega, a la rayuela, al fútbol con botones, o con las chapas de cervezas y un garbanzo como pelota.

Los emigrantes recién llegados de Andalucía y otras partes de España conocieron en La Línea muchas costumbres, hábitos culinarios y formas de hablar. Tanto en Gibraltar como en La Línea residían o hacían vida cientos, quizás miles de familias transfronterizas con algún miembro gibraltareño de diverso origen (español, maltés, genovés, inglés, portugués...), y era frecuente compartir ocio y patio.

Los niños y niñas, lejos de asimilar las barreras políticas, se ven atraídos por la novedad y aprenden **todos los juegos posibles**. Antonio Barros detalla: "El *arrimaíto* era un juego maltés: se tiraban chapas contra la pared, y la que quedaba más arrimada ganaba. Machacábamos los botones de metal de las guerreras militares (a los que llamábamos *cañoneras*) y jugábamos al *hoyito*. Con las tapas de las gaseosas y de las cervezas, también. Los *meblis* (del inglés *marbles*), canicas o bolillas, eran de cristal de colores, mucho más bonitas que las de aquí. Y practicábamos el juego del *ring*: hacíamos un círculo en la tierra, colocábamos dentro una canica, y desde cierta distancia había que tirar y sacar la canica. Jugábamos al *córrela*, que era como el beisbol de los americanos, con una pelota de tenis. Al *criquet* y al *palicache*: se encajaba en el suelo un taquito de madera puntiagudo y con una tabla le dábamos al pico para que saltara y alejarlo lo más posible. Al *sacalastoas*, con un hueso de un animal que tiene unas pocas de posturas. Y al patinete, que le decimos *escuta* (del inglés *scooter*)".

Mi padre era muy amante de los niños y le gustaba ayudarnos en los juegos. En cierta ocasión, con el cajón que tenía mi madre para poner el baño y lavar la ropa nos hizo una mesa de billar, con bolas de acero de los cojinetes de los camiones y tacos de unos bastones que vendían en la feria.

Un año por Reyes, a ningún niño del patio nos trajeron juguetes, excepto a los dos hijos de Felipe el carabinero, que les trajeron un caballo de cartón muy lindo. A mi padre se le ocurrió el modo de compartir el juego: vender la carne del caballo, que entonces estaba de moda. Les dio coba a los hermanos, matamos el caballo y vendimos el resultado de la matanza. Pasamos una mañana de Reyes muy entretenida. Cuando el carabinero vino de servicio y vio cómo había quedado el caballo, no veas la que armó; pero no le dijo nada a mi padre, seguramente porque mi tío era su superior.

Nos fue introduciendo en la Iglesia

Hacia 1945 habilitaron la planta baja del grupo escolar Santiago para hacer una parroquia y se incorporó a ella un sacerdote llamado Justo Lázaro Martínez

de Serdio. En las noches calurosas de verano, el padre Justo se sentaba a leer y a rezar sus oraciones a la puerta de la escuela, y nosotros nos subíamos a la muralla que la rodeaba y le tirábamos cáscaras de limones o de sandía. Él se retiraba a sus aposentos y no decía ni una palabra. Con el tiempo nos fue introduciendo en la Iglesia y consiguió lo que él quería: quitarnos de la calle.

Primero fundó un equipo de fútbol, el Santiago. Después dedicó una sala del colegio para juegos de mesa. Hizo otro equipo para los peques, el Don Bosco, y cuando iban creciendo pasaban al primer equipo, donde yo empecé con 14 años. Cuando estábamos integrados en la Iglesia, fundó la Congregación María Auxiliadora y San Luis Gonzaga, a la cual pertenecíamos todos.

Muchos chavales de la barriada tenían padres refugiados en Gibraltar, y algunos ni siquiera los conocían. En 1949, el padre Justo organizó una visita de cortesía para conocer al Obispo de Gibraltar (¡eso es lo que explicó al Jefe de Fronteras!) e incluyó un partido de fútbol contra los *Christian Brothers*[82], equipo similar al Santiago. Los nombres de los niños con padres refugiados estaban cambiados, y todos los chavales pasamos la frontera sin contratiempo. Yo tenía 18 años. No puedo explicar por escrito el encuentro de los niños con sus padres, abrazados y llorando de emoción. Se habló mucho de esto en la barriada y las madres de los niños fueron en comisión a dar las gracias al padre.

El Santiago fútbol club en Gibraltar, en la visita que hicimos en mayo de 1949. Este campo de fútbol estaba detrás del Ayuntamiento, y hoy es un parking. El entrenador del equipo era un celador de La Línea. Yo soy el portero. Desde la izquierda, de pie: Trujillo, Castillo, uno que no recuerdo, Antonio Gómez, Juan Parra, Manolo Moreno y yo. En cuclillas, el Negro, Pérez Cabeza, Roberto Gómez y Antonio Ginés. Arriba a la izquierda, de pie, están los espectadores.

82 *The Christian Brothers* es una congregación católica dedicada a la educación. Los primeros colegios se abrieron en Irlanda a inicios del siglo XIX, y en 1878 entraron por primera vez en la colonia de Gibraltar. En 2009, un informe del gobierno irlandés concluía que en los centros de esta institución en Irlanda hubo abusos sexuales a niños.

A propósito de los refugiados, recuerdo que había en Gibraltar una asociación clandestina llamada el Socorro Rojo, que recogía dinero para mandarlo a la gente que estaba necesitada. A un chico que vivía cerca de mi casa, en los años cuarenta le compraron un carrito de ruedas[83].

En Semana Santa, el padre sacaba la procesión de La Esperanza, desde la parroquia del Carmen en la Atunara hasta la Inmaculada. Allí estábamos muchos, y era una paliza: duraba unas doce horas y cuando empezábamos el recorrido de vuelta, mi madre me esperaba con un bocadillo, que siempre debía compartir con algún amigo. El primer año nos pusimos los tres o cuatro de la pandilla uno detrás de otro. Cuando se paraba, si había chicas jóvenes viendo la procesión, nos juntábamos para meternos con ellas en broma, con el consiguiente enfado de los hermanos mayores. Al siguiente año el padre Justo sacó una innovación: dos sogas con un nudo cada dos metros, a donde debía asirse cada penitente, manteniendo la cuerda tensa. Se nos acabó el rollo y al otro año no quisimos salir.

Este padre escribió una carta a Franco donde le contaba tantas verdades, que recibió una reprimenda del obispado de Cádiz y fue deportado a un pequeño pueblo llamado Paterna de Rivera. Él prefirió ir a trabajar como médico al norte de Marruecos, y hacia 1972 volvió a La Línea, donde ocupó una plaza como médico de la Seguridad Social.

LA SOCIEDAD LINENSE: URBANA Y PROLETARIA

La carta que Justo Martínez de Serdio envió al dictador Franco en 1955 se incluye completa en un anexo. Comienza por hacer referencia a la imagen de La Línea que transmiten los medios de comunicación, como ciudad poco española, poco religiosa y masónica. Esta cuestión ya fue comentada en 1909 por Gabás, periodista del Heraldo de Madrid, en una edición especial del Heraldo dedicada a La Línea y Gibraltar.

Justo Martínez de Serdio presenta después las características del pueblo linense: una población muy reciente; con un importante componente europeo; diversa en el aspecto religioso (había católicos, protestantes, judíos y musulmanes) y poco practicante. Los datos de la Comunidad cristiana de la parroquia de Santiago corroboran esto: hasta

83 El Socorro Rojo Internacional fue organizado por la Internacional Comunista en 1922 y disuelto oficialmente en 1942. Dirigió campañas de apoyo a prisioneros comunistas, y dio ayuda material y humanitaria en situaciones específicas.

Justo Martínez de Serdio. Tomada del periódico local Área, del 2 de julio de 1995.

1944, con decenas de miles de habitantes de hecho, sólo existía en La Línea una parroquia; y en 1952 la ciudad tenía el mínimo de asistencia dominical de toda España, y la mitad de los casamientos eran de parejas que ya vivían juntas y con hijos. En 1945 se fundaron en La Línea tres nuevas parroquias, la del Sagrado Corazón en un garaje adecentado, la de La Atunara en un antiguo saladero y la de Santiago Apóstol en una escuela; encargo que recibe el propio Justo (Comunidad cristiana de Santiago, 1989).

Resaltaba que, efectivamente, La Línea había tenido mucha presencia masónica, y afirmaba que eran las logias las que garantizaban un buen empleo, frente a la ineficacia y obstaculización del Sindicato de Trabajadores Españoles en Gibraltar (que fue creado en 1952 y dependía de la Organización Sindical Española o Sindicato Vertical). Esto da indicios de la pervivencia de algunas logias en Gibraltar y en La Línea durante el franquismo; y se corrobora con testimonios como el de José Luis Chamizo (2006).

Justo decía en esta carta que La Línea era urbana y proletaria en su reducida extensión, pues dependía de las industrias del tabaco, la construcción, prostitución, ocio y servicios en la vecina colonia, y no tanto de los caciques locales y señoritos (como era el caso de otros pueblos de la comarca). Gibraltar, añadía, era lugar de refugio y fuente alternativa de información e ideas, frente a la represión y censura que existía en España.

Estando en el Santiago, jugamos un partido amistoso con el equipo de la Estación de San Roque, que también lo llevaba un cura, el padre Bueno. El premio era un trofeo y once cajas de lata de 50 cigarrillos Craven A; un tabaco que tenía mucha presencia. Faltando poco para terminar metimos un gol, y al finalizar el árbitro pitó un penalti a favor del San Roque, porque yo me había movido. Lo tiran de nuevo y lo paro. Finalizó el encuentro, pero no hubo forma de que nos entregaran los trofeos. La gente nos quería linchar y tuvimos que salir corriendo hacia el autobús. Al día siguiente, el padre Bueno nos trajo la copa, ¡pero se quedaron con las cajas de cigarrillos!

Controles y restricciones en la aduana

En el año 43 le conceden a mi padre el pase para Gibraltar y se coloca como camarero en el café El Universal, donde había trabajado de joven[84]. Estamos en plena Guerra Mundial. Los clientes son soldados de distintas nacionalidades y de los tres ejércitos, que van de tránsito a la guerra y se dejan el dinero como si tal cosa, pues su único objetivo es emborracharse. El salario de mi padre es escaso, pero sumado a las propinas y a lo que cobra de más (con la benevolencia del dueño), saca un sueldo buenísimo.

El Café Universal, en 1961. Se observan clientes vestidos de marinos, otros de civil, y empleados; entre ellos, dos miembros de una orquesta, una pianista y una bailarina. Tomada de http://www.flickr.com/photos.

En 1945 nació mi hermana pequeña, llamada Montserrat por la añoranza de nuestra tierra. Fue muy bienvenida por la edad avanzada de mis padres; tuvo una infancia muy feliz y las vecinas estaban locas con ella, por ser la más chiquitita. Iban quedando atrás los años del hambre y en mi casa también lo notamos. En 1949, recién cumplidos los dieciocho años, conseguí el pase para Gibraltar y me empleé como oficial de pintor en el garaje Capurro. Entré ganando dos libras y quince chelines a la semana, que al cambio equivalía a cuatro veces lo que ganaba en La Línea.

La parte española y la parte inglesa de la frontera distaban unos metros una de otra, y la aduana estaba aparte. Tú enseñabas el pase español al policía español, y después el pase inglés al policía inglés. A veces había que decirle el

84 Local donde trabajó una hermana de Francisca Aguilar, desde los años veinte hasta el año 41.

número del pase, y en otras ocasiones estaba mirando para otro lado y ni se fijaba. En la aduana inglesa también había controles y restricciones, pero eran más suaves que en la aduana española.

Para gestionar el pase español te obligaban a apuntarte a la Falange y pagar una cuota periódicamente. Eso sí, en el carné lo decía con claridad: "Figura obligatoriamente en la sección de Falange de La Línea". Y desde 1954 la gente de La Línea teníamos que tramitar un carné de identidad local que luego exigían para conceder cualquier otro documento. En otras poblaciones de la comarca no había este carné, y la primera documentación con la que contaron fue el DNI.

En el cine te hacían comprar una chapita de cartón con forma de escudo y motivos de la Falange, que se ponía en la solapa. Valía treinta céntimos y se consideraba como una ayuda para el gobierno, ¡pero en la puerta había un policía que no te dejaba entrar si no llevabas la chapa!

BUROCRACIA Y SAQUEO QUE ALIMENTAN LA CORRUPCIÓN

Sumado a la tramitación del carné de Falange y del carné local, los trabajadores en Gibraltar se afiliaban obligatoriamente al Sindicato de Trabajadores Españoles en Gibraltar. Antonio Barros hablará de un registro bajo cuota de las bicicletas de La Línea, usadas principalmente para ir al trabajo en Gibraltar. Y él mismo recuerda que, durante unos meses, a través de una tasa registrada en el *libro de cambio*, recogieron dinero para un obsequio que no llegó a su alto destinatario: "Cada vez que cambiábamos nos quitaban cincuenta pesetas, decían que para regalarle un bastón al gobernador militar. Este hombre rechazó el obsequio, ¡pero a nosotros no nos devolvieron el dinero!".

Los trabajadores y trabajadoras en Gibraltar se veían obligados a todos estos pagos y filiaciones si querían conservar el pase de acceso a Gibraltar. De modo que, en los años cincuenta y sesenta (a medida que aumentaba el bloqueo a Gibraltar y se estrechaban las condiciones para los trabajadores españoles en la colonia), fueron saqueados literalmente.

Cuando Isabel Álvarez era joven, "no daban a cualquiera el pasaporte, pero había un brigada que por un dinero te lo conseguía". En la misma frontera había gente que se dedicaba a canjear *libros de cambio* sin

registros, por libros completos. Antonio Barros recuerda a un judío que vendía "cartas de llamada": "Vivía entre Gibraltar y La Línea. Ibas a buscarle a la calle Méndez Núñez de La Línea, apuntaba tus datos, te cobraba quinientas pesetas, ¡un dinero curioso! y te la mandaba desde Gibraltar". Y Francisca Aguilar mostró cómo la obtención del pase o el trato favorable en los registros a las mujeres (sobre todo si eran jóvenes) podía condicionarse a las relaciones sexuales con funcionarios de fronteras. Suficientes ejemplos que evidencian cómo las restricciones burocráticas, en medio de una gran necesidad, alimentaban la corrupción de particulares y de la misma administración.

Núm.

FRENTE DE JUVENTUDES

SECCIÓN DE CENTROS DE TRABAJO

CERTIFICO: Que el aprendiz Antonio Casablanca Elías figura encuadrado OBLIGATORIAMENTE en esta Sección.

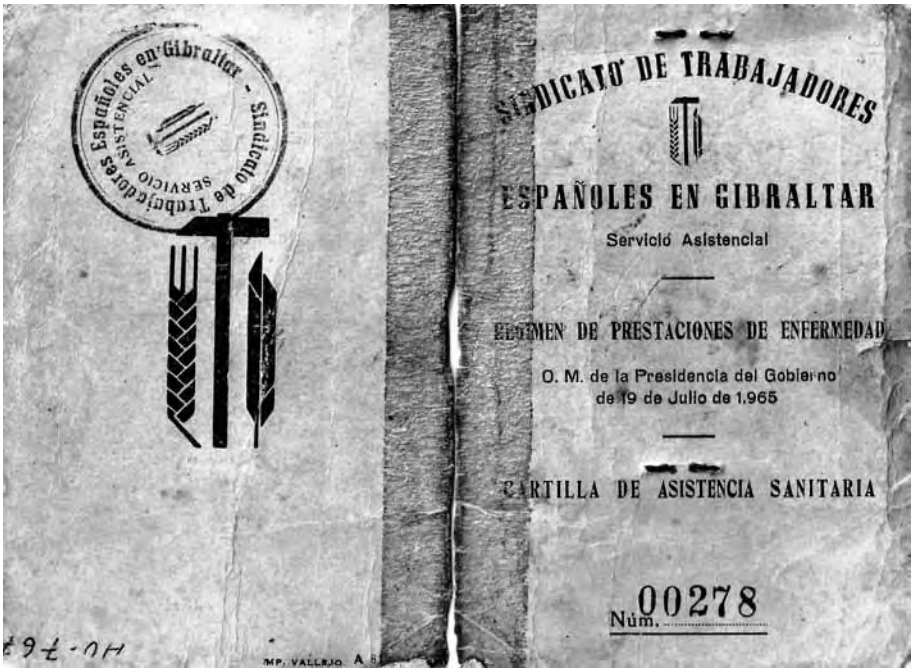
Y para que conste y a petición del interesado, expido y firmo el presente en La Línea 6 de Noviembre 1951

El Jefe de la Sección

P.O.

DE JUVENTUDES Peseta LINEA (Cádiz)

Certificado de filiación al Frente de Juventudes de Falange Española, en 1951.



Cartilla de Asistencia Sanitaria del Sindicato de Trabajadores Españoles en Gibraltar.

Recibo de cuota mensual para la Mutualidad de los Trabajadores Españoles en Gibraltar.

Tarjeta de Identidad Local de Cándida Casal (madre de Isabel Álvarez), tramitada en 1954.

Vamos al cine y paseamos por la calle Real

Mi hermana Pepita se casó con Carlos Finlayson, gibraltareño y de una familia muy buena. Un hermano suyo era músico y otro era *maestro escuela*. Cuando empezó la Segunda Guerra Mundial evacuaron a las mujeres, niños, ancianos y algunos hombres que se quisieron ir. Una hermana de Carlos se fue a Jamaica, pero el padre y todos los hermanos se quedaron aquí.

Cuando su primer hijo tenía tres años cogió leucemia, y a pesar de todos los esfuerzos no hubo forma de salvarle la vida. Fue un terrible golpe para la familia. Mi hermana y cuñado le cogieron cierta aversión a la casa y se mudaron a la calle Ingenieros, cerca de la panadería de *Mister* Risso, donde mi padre se había empleado como dependiente. En 1960 nació la segunda hija, Soraya. Solicitaron una vivienda de nueva construcción en los *glacis*, una barriada cerca del aeropuerto. El salón tenía un ventanal por donde se veía todos los vehículos y peatones que entraban y salían de Gibraltar.

Mi cuñado, Carlos Finlayson, y su nieta.

Mi cuñado se empleó en una naviera de la viuda de Mackintosh, como recepcionista de los barcos de esa compañía que llegaban a puerto: recogía al capitán del barco y lo acompañaba a las oficinas para resolver la parte burocrática. Juntos recorrían después los comercios, el capitán hacía sus compras y él cobraba mucho dinero en forma de comisiones. En 1996 mi hermana se agravó de su diabetes y la ingresaron en el hospital de Gibraltar, donde falleció. No pudimos entender bien las causas, pues los médicos del hospital eran todos ingleses.

Hice el servicio militar en Santa Cruz de Tenerife en 1953, con 22 años. A mi regreso en el 54, arreglé la documentación para tener de nuevo el pase a Gibraltar y volví al mismo taller. Si eras buen trabajador te guardaban el puesto.

Mi compañero de trabajo y yo fichamos en el *Gibraltar United*. A pesar de su pequeña extensión, en Gibraltar había cuatro campos de fútbol, cuatro equipos de primera y ocho de segunda. Al salir del trabajo íbamos al casino, nos poníamos la ropa de faena y salíamos corriendo hasta el estadio. Entrenábamos a las órdenes de *Mister* Pittman y a la vuelta ducha y merienda. Cuando iba a empezar el campeonato, el día antes de un partido con el filial me dio un ataque de anginas y no pude jugar. Me extirparon las anginas con gran esfuerzo y esto me provocó una hemorragia: empecé a vomitar sangre y llené una palangana: tuvieron que hacerme una transfusión y mi padre se ofreció; ¡le debo la vida! Cuando me restablecí dejé definitivamente el fútbol.

Viene un tiempo de bonanza. Cuando vengo del trabajo me reúno con varios amigos, y los domingos vamos al cine y paseamos por la calle Real de La Línea, que era la única diversión. También hay baile en los patios de vecinos cuando se celebra algún acontecimiento. Yo no solía acudir, porque no sabía bailar y me daba vergüenza sacar a alguna chica. En el mes de mayo adornaban los patios con cadenetas, y un altar con una cruz y muchas flores.

Los que trabajábamos en Gibraltar con 18 años, como teníamos un buen poder adquisitivo, los sábados y domingos nos permitíamos salir. Un amigo mío *jacheaba*[85] mucho del padre, porque no lo dejó trabajar en Gibraltar y lo empleó en un banco. Con el tiempo y los acontecimientos de la frontera, yo me quedé como un triste pintor y él fue director de una sucursal de Banesto.

Se inaugura en Gibraltar la representación de los automóviles Renault y me proponen trabajar con otro compañero por las tardes en un nuevo taller de pintura. El director, *Mister* Cosquieri, nos lleva al sitio donde piensan ubicar el taller, le damos una lista de las herramientas necesarias y a las dos semanas ya tienen todo. Nosotros ponemos los precios de los trabajos que vamos haciendo y sin ningún inconveniente nos lo abonan. El trabajo se va incrementando y nos ofrecen quedarnos fijos. Como el salario es casi el doble de lo que ganamos en Capurro, aceptamos.

Sin pensarlo, me comprometí

Hasta el momento, no tenía ganas de mucho jaleo de novia, y mi esfuerzo iba a ayudar en casa. Estos cambios me hacen pensar en el futuro. En los paseos de los domingos veo a una joven que me gusta. Una víspera de Reyes de 1957, mi amigo el Granaíno y yo la encontramos junto a una amiga y las invitamos para el sábado próximo al cine. Yo estaba muy nervioso y mi pensamiento estaba sólo con ella. Quedamos en salir al día siguiente.

No sabía de qué hablarle a Violeta, que así se llama, y empecé por decirle que trabajaba en Capurro. Su cuñado también trabajaba allí, y su padre era el chofer del propietario de una de las fábricas de tabaco más famosas de Gibraltar y encerraba el coche en dicho garaje. Ya la conversación fue fluida. Estaba muy enamorado, así que sin pensarlo me comprometí con ella. Desde ese día estaba deseando terminar mi jornada laboral para ir a verla. La acompañaba a su casa, volvía a la mía para cenar y de nuevo iba a su casa. Ella estaba en un taller de bordados; tenía unas manos prodigiosas y hacía unos trabajos que eran una maravilla.

Un día, Violeta y otra muchachita llevaron un traje de encargo al secretario del delegado de Fronteras. Él las preguntó, "¿ustedes queréis ir a Gibraltar?". Y les dio un pase de visita de momento. Este pase era un modo de acceder a Gibraltar para la gente que no trabajaba ahí: valía para cuatro veces al mes y, como en el otro caso, había que gestionar por separado el español y el inglés.

85 *Jachear* o *hachear* significa hablar mal de alguien.

En el **pase de visita** o *visitorio* podían incluirse los hijos menores de edad. Desde joven, José Luis Rodríguez iba a Gibraltar con el *visitorio* de su madre para practicar inglés, y desde que cumplió 14 años, con el suyo. Francisca Aguilar no conseguía que incluyeran a sus hijos: "Yo estaba loca por entrar a Gibraltar con mis tres niños, pero no me los ponían en el *visitorio*. Hasta que los anoté yo misma. Las vecinas me avisaron que eso era falsificar y que me iban a meter en la cárcel, pero yo pasé con los niños y no me dijeron nada". En febrero de 1954 el gobierno español anuló los pases de visitas.

AUTORIZACION
VALEDERA POR SEIS
MESES.

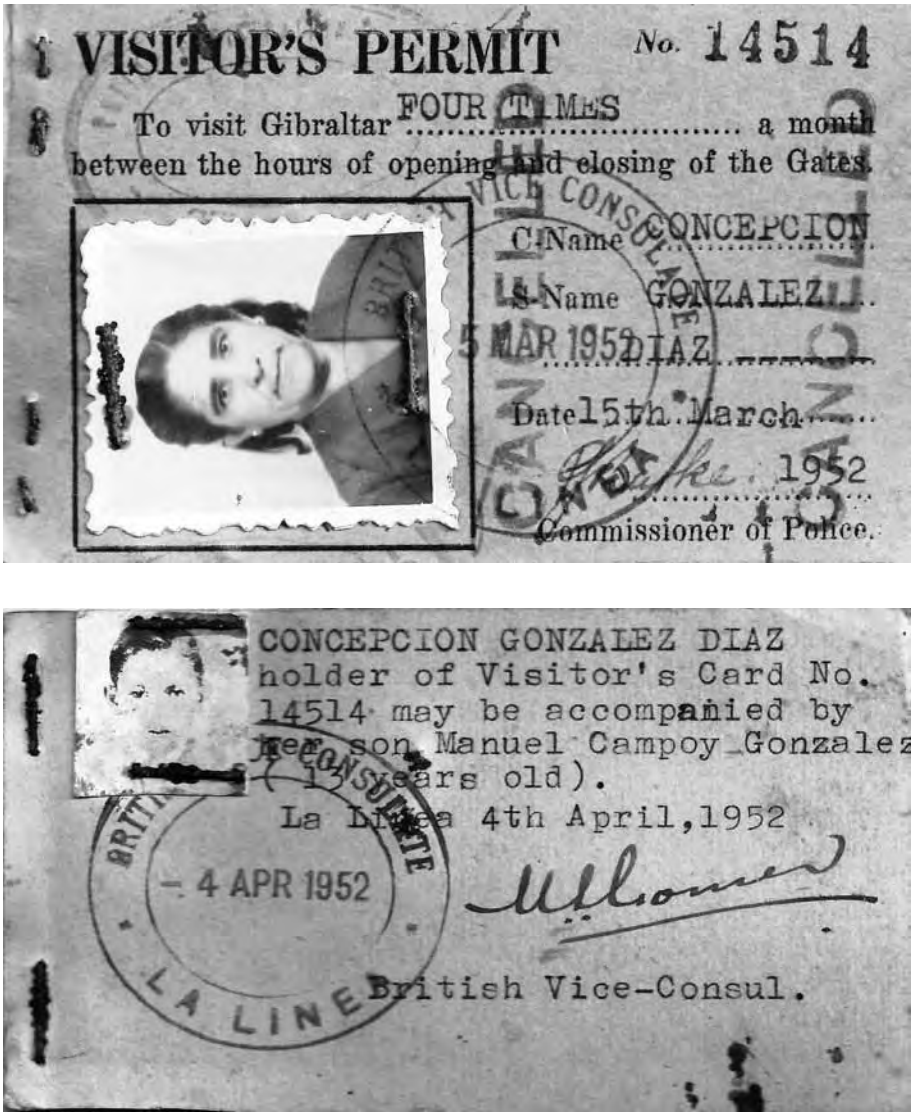
D. VIOLETA DIAZ BENITEZ
de 19 años, de estado S. natural de
La Linea
con domicilio en id
calle de Plaza Fariñas núm 23
está autorizado para cruzar esta frontera en
visita a Gibraltar CUATRO VECES AL MES
sin facultad de pernoctar ni de trasladarse
a otro lugar del extranjero.
La Linea de 1 ABR. 1952 de 19
El Delegado-Jefe,

Caduca el 30 SEP 1952

Visados del Puesto Fronterizo

FECHA	FECHA
12 MAY 1952	19 MAY. 1952
12 JUN 1952	17 JUN 1952
24 JUL. 1952	16 AGO 1952
	6 SEP. 1952

Visitorio o pase de visita español para cuatro veces al mes ("sin facultad de pernoctar ni de trasladarse a otro lugar del extranjero") de mi esposa, Violeta Díaz. Su duración era de seis meses (de abril a septiembre de 1952).


VISITOR'S PERMIT No. 14514

To visit Gibraltar FOUR TIMES a month between the hours of opening and closing of the Gates.

C.Name CONCEPCION

S.Name GONZALEZ DIAZ

5 MAR 1952

Date 15th March 1952

Commissioner of Police.

CONCEPCION GONZALEZ DIAZ holder of Visitor's Card No. 14514 may be accompanied by Person Manuel Campoy Gonzalez (13 years old).

La Linea 4th April, 1952

4 APR 1952

British Vice-Consul.

Pase de visita inglés para cuatro veces al mes de Concepción González, suegra de Antonio Barros, de 1952. "*Visitor's permit to visit Gibraltar four times a month, between the opening and closing of the gates*" (permiso para visitar Gibraltar cuatro veces al mes, desde la apertura al cierre de la verja). En el reverso incluye la posibilidad de que su hijo de 13 años la acompañe.

Llevaba varios meses saliendo con ella, pero no entraba en su casa. Hasta que un día le pedí permiso a su padre para entrar. Me dijo, "¿tú quieres formalizar el noviazgo con mi hija? Pues ya está; siempre que te portes bien, tienes las puertas abiertas". Los demás amigos se fueron echando novia, y el Granaíno, como no encontraba trabajo, se fue a Alemania con un contrato.

El día de nuestra boda.

Decidimos juntar para comprar el ajuar y todas las semanas le doy a Violeta la mitad de mi sueldo; la otra para mis padres. Un constructor nos propone hacer la casa previa fianza, poner un alquiler y, si decides irte, te devuelve la fianza. Un amigo nos hizo la instalación, otro la pintó y otro nos hizo los muebles de cocina. Yo me llevaba los muebles a Gibraltar y, con el permiso de mi jefe, en mis ratos libres los pintaba a pistola. Cuando ya teníamos todo listo fijamos la boda para el día 11 de mayo de 1961. Yo tenía 30 años y ella 27.

Un día viene a buscarme Canto, el que le tiró el tintero al maestro. Entre él y sus cuñados han montado un taller de reparación de automóviles en La Línea, tienen la representación de la casa Seat y les hace falta un pintor. Mi compañero y yo nos decidimos a probar y cuando salimos de nuestro trabajo en Gibraltar nos vamos corriendo al nuevo taller.

Violeta se queda embarazada y la niña nace en agosto de l962. Estamos todos muy felices porque está muy sana y muy bonita. Queremos que se llame Silvia, y el cura dice que hay que anteponerle el nombre de una virgen; le ponemos Ana Silvia. No estaba enterado del santoral, pues supimos que Silvia fue santa. En septiembre de 1964 mi mujer da a luz otra niña muy bonita, María de las Mercedes.

Por la mañana, después de arreglar la casa y a las niñas, Violeta se iba a casa de su madre, que siempre estaba algo pachucha, y le ayudaba en los quehaceres domésticos. Por la tarde volvía para hacerme la cena y la comida del día siguiente, porque yo salía de casa a las siete de la mañana y no volvía hasta las diez u once de la noche. A mí siempre me dio reparo la comida de Gibraltar: olía mucho a una manteca fuerte con la que guisan ellos. Nunca fui a una fonda de Gibraltar a comer; cuando no podía llevarme *costo*, me compraba un *bollo* y cualquier cosa para meter dentro.

Una pequeña muestra de la corruptela

A primeros de 1961 vendí la bicicleta con la que iba a Gibraltar y me compré una Vespa de 1.50 cilindros. Ahora sí me daba tiempo de ir a comer a casa. Siempre venía de “paquete” un compañero del trabajo que le echaba mucha cara a los carabineros. En una ocasión le encargaron una maquinilla eléctrica de afeitar, artículo que estaba prohibido pasar por la aduana; pero quien daba

un par de duros al carabinero no tenía problema. Aquel día el carabinero de turno dijo que no y nos tuvimos que volver al puesto fronterizo. Cuando mi compañero le explica al policía de guardia por qué estábamos de vuelta, le dijo, "dame la máquina y los dos duros, y vienes a recogerla después en el bar Sevilla".

En el bar Sevilla, que estaba en La Línea, pasada la aduana, se reunían a diario los policías y carabineros. En un apartado del bar vimos una pareja de carabineros sentados delante de una mesa llena de billetes de peseta, de dos pesetas y de cinco. Estaban contando lo que habían sacado a lo largo del día, para repartírselo. Esto sólo es una pequeña muestra de la corruptela de aquellos tiempos.

En un foro sobre La Línea, alguien recuerda la opción de la propina a posteriori: "**La flexibilidad para pasar los *mandaos*** estaba sujeta a la correspondiente propina, que se haría efectiva en varios establecimientos de copas de nuestra ciudad". José Luis Rodríguez dice: "La gente enrollaba bien los billetes de duro, simulando un cigarrillo, y se los metía en el bolsillo de la camisa, para que el carabinero lo encontrase cuando registraba; entonces lo sacaba discretamente y le dejaba pasar". Las mismas disposiciones arancelarias y fronterizas promueven la corrupción a diferentes niveles.

En un viaje que hicimos a Algeciras, porque jugaba La Balona, yo iba sentado al lado del conductor, que era sobrino del dueño del autobús. Antes de salir le dijo su tío, "¿llevas la documentación?". El sobrino le dijo que sí, mientras abría la guantera y mostraba dos cajas de 50 cigarrillos, destinadas a la pareja de la policía de tráfico.

Me viene a la memoria un carabinero que en sus ratos libres se dedicaba a llevar a Gibraltar en una furgoneta dos sacos de 50 kilos de almendras, artículo muy perseguido[86]. Lo hacía con la colaboración de sus compañeros, pero un día el carabinero de servicio en la aduana no lo conocía. Le pidió abrir las puertas de la furgoneta para registrarla, le descubrió la carga y, aunque éste le rogó, no tuvo complacencia y lo llevó ante el Administrador, que era la máxima autoridad. Le confiscaron la furgoneta y la mercancía y lo expulsaron del cuerpo.

86 A inicios del siglo XIX, la almendra era una de las importaciones fundamentales a Gibraltar desde España, junto al vino, aguardiente, pasas, ladrillos, tejas y sal.

Estos casos era el pan nuestro de cada día. Los vistas de aduana (encargados de registrar el género), el capitán de aduana, el teniente y los administradores eran los verdaderos contrabandistas. El matuteo lo hacía la gente más insignificante. Los que venían de Madrid hacían el contrabando grande para llevarse las carrocerías de los coches y los camiones, incluso motores. En los años cuarenta, junto a la misma aduana en La Línea se montaba la cabina y el chasis del autobús, que venían de Inglaterra. Luego lo llevaban a Madrid y allí lo encarrozaban.

Antonio Sotillo habla de conocidos suyos: "Un familiar mío que era guardia civil en la frontera, un día paró a un coche, le hizo levantar el capó y descubrió un contrabando fuerte. La lió, porque era **un contrabando acordado** previamente y tenía que haberlo dejado pasar. Otro conocido mío se dedicó a traer de Gibraltar las piezas de los coches desarmados, montaba los coches en el taller que tenía aquí y ganó mucho dinero". José Luis Rodríguez recuerda que de Gibraltar a La Línea "entraban autos y camiones completamente nuevos, comprados en Gibraltar en concepto de chatarra recuperable. Era un negocio de alta categoría. Las empresas de transporte locales sacaban de Gibraltar el chasis, y el chofer iba sentado en una caja de madera de coñac. En La Línea había especialistas en montar o en transformar los coches. Llegabas con uno viejo y a los tres días tenía neumáticos nuevos, culata y chasis, con el número de serie cambiado".

También yo me dediqué al estraperlo

A partir de 1954 en la frontera se endureció el control. Ya no había tanto contrabando, pero los trabajadores se ayudaban con el pequeño estraperlo, pasando pocas cantidades. Recuerdo a uno que liaba tres o cuatro cigarritos, desmontaba el sillín de la bicicleta y los metía en el tubo del cuadro donde entraba el sillín. En el taller donde trabajaba, a mediodía todos los mecánicos compraban cuatro *cuarterones*, los ponían entre dos tablas en el tornillo de banco y lo prensaban; de esos cuatro hacían uno y se lo metían en la suela del zapato, para pasarlo.

También yo me dediqué al estraperlo. Era el año 68. Al lado de la Renault en Gibraltar había un taller de reparación de autobuses, y todos los mecánicos que trabajaban allí tenían coche. Me explicaron por qué: "Vende la Vespa y coge un coche de segunda mano que no sea muy grande. Te buscas una tienda en La Línea y le llevas los artículos que te encargue. Tú le pones la ganancia que veas

y todos los días te sacas un sobresueldo sin riesgo de ninguna clase, pues los comestibles no se consideran contrabando".

Me compré un Renault 4/4, que me costó casi lo mismo que me dieron por la moto, y empecé mi vida de estraperlista. Yo tenía un pase que llamábamos "de deshoras", que me permitía volver a La Línea a comer. A mediodía salía corriendo del trabajo para comprar los *mandaos* que me habían encargado. En la aduana los ponía a la vista del carabinero junto con un par de duros, el carabinero hacía como que registra el coche, cogía el dinero y hasta otro día. Si estaba el capitán o el vista de aduana cerca, el carabinero dejaba el dinero y me mandaba a pagar los derechos arancelarios (cuando pagaba me daban un comprobante). Hecho esto iba a casa a comer, dejaba el encargo allí y entraba de nuevo a Gibraltar. Por la tarde, cuando llegaba a La Línea iba a la tienda con los *mandaos* y le cobraba, cogía el encargo para el día siguiente y corriendo hacia la Seat, a trabajar hasta la hora que Dios quisiera.

La aduana se pone cada vez peor, las restricciones son brutales, las colas para los registros a los trabajadores son larguísimas y los propios registros, acosadores. Si te sobraba un poco de pan o algo del *costo*, te lo quitaban. En este tiempo, los trabajadores volcaron a conciencia un coche de caballos de los jefes de la aduana, que venía lleno de contrabando para los vistas de aduana y para el capitán. Realmente, daba rabia ver aquella severidad en la vigilancia para ellos, al tiempo que se seguía permitiendo al gran contrabando.

Cortaron el tráfico rodado por la aduana en 1969, poco antes de cerrar la verja, y se acabó mi trabajo de estraperlista. Como el coche no me servía para nada lo vendí por el mismo precio que me costó, y otra vez a por una bicicleta de segunda mano, pues ya se comentaba que iban a cerrar la frontera y no era cosa de meterse en el gasto de una moto.

El 9 de enero del 65 fallece mi querido padre, el ser que más he admirado en mi vida. Me abracé a él llorando desconsoladamente hasta que mi madre y una vecina me separaron. ¡Qué trago más amargo! Al día siguiente, un día lluvioso y triste, antes del sepelio sufrí un pequeño desvanecimiento; ya no iba a ver más al mejor padre del mundo. Fue un hombre con pocos momentos de dicha, y cuando la vida parecía sonreírle de nuevo con sus hijos mayores casados, tres nietos y trabajo fijo, le vino la muerte. Ya que tanto había padecido, nos quedó el consuelo de que murió sin sufrir.

Mi padre, en octubre de 1960.

Al fallecer mi padre, mi hermana Montse empezó a trabajar en un comercio de Gibraltar. Tuvo que ir vía Algeciras y Tánger y quedarse a residir allí, ya que en esas fechas no concedían nuevos pases. Todas las semanas, le mandaba parte de su salario a mi madre, que con esto y una pensión de la Guardia Civil no pasó apuros económicos.

Ofertas de trabajo de Francia

Mis hijas van creciendo muy saludables y mis suegros y mi madre van tirando, a pesar de sus achaques. En la Semana Santa del 66 siento un dolor muy fuerte en el estómago, que se va extendiendo por todo el cuerpo: tengo perforación de estómago, y me operan. En la empresa donde trabajaba, durante el mes de baja el salario semanal no me faltó. Mi compañero en la Seat quiso darme la mitad del sueldo que sacaba por las tardes, y por supuesto no acepté.

A primeros del 65 me entero en el Sindicato de que han llegado ofertas de trabajo de Francia y solicitan pintores. Acudo a una reunión con un representante del sindicato francés y le digo que si me busca un trabajo de mi especialidad, estoy decidido a irme. Pasados un par de meses me avisan del Sindicato, arreglan mi documentación y me entregan el pasaporte y una nota con la fecha de salida hacia Francia. Me despido de mis seres queridos con mucha pena; lo hago por ellos, pues en La Línea se sabe que van a cerrar la frontera y no hay porvenir.

Subimos en Algeciras en un tren tercermundista y por el camino vamos recogiendo personal que va igual que nosotros. El viaje dura dos días. Fatigados y sin dormir, por fin llegamos a Irún. Pasamos un reconocimiento médico por especialistas franceses en el que rechazan a algunos trabajadores. Pregunto al representante que estuvo en La Línea si me ha buscado el contrato. El tío ni se acordaba, me dice que hay de pintores para la construcción y que si no me interesa que me vuelva. Me pongo algo nervioso y le increpo de mala forma. Me ofrece un contrato en la fábrica de automóviles SIMCA, de peón. Como lo he pasado tan mal en el viaje, acepto con la ilusión de que una vez dentro pueda optar al taller de retoques.

Cruzamos la frontera y en Hendaya cogemos el tren hacia la capital francesa (¡qué diferencia con los trenes de Renfe!). Me nombran jefe de expedición y me dan la documentación con los pasos que tenemos que dar. A un compañero y a mí nos llevan a Poissy, donde está la fábrica, nos hacen el contrato definitivo y nos asignan una habitación con tres camas y un aseo en un bloque de viviendas de la fábrica. La compartimos con un gallego que lleva dos años, que dice que cuando reúna el dinero suficiente para comprarse un par de vacas se vuelve.

Al día siguiente nos hacen un pequeño examen y nos mandan a la cadena de montaje; a mí me toca la 42. Sólo hay españoles, griegos y árabes. El trabajo en la cadena es infame, y cuando llego a la habitación tengo que cocinarme. Me entrevisto con un oficinista español, refugiado de la Guerra Civil, y le enseño los certificados de mi trabajo en Gibraltar como pintor de coches. Me dice que cuando sepa hablar suficiente francés hará lo posible por ayudarme. Me afilio a un sindicato, me entrevisto con un responsable que habla español y me dice lo mismo.

En una de las muchas cartas que recibo de mi mujer, me dice que ha ido al Sindicato para renovar mi carné, que como dije es imprescindible para mantener el pase para Gibraltar, y le han dicho que tengo que hacer acto de presencia. Decido despedirme y me marcho a La Línea. El paisano también se viene conmigo. Mi estancia en Poissy ha sido de 27 días. De toda la expedición, sólo se quedaron en Francia dos trabajadores.

En mi antiguo trabajo me acogen con los brazos abiertos. A los dos meses, mi mujer recibe un aviso para cobrar un giro postal por valor de 12.000 pesetas. Son los puntos de mis hijas por el tiempo trabajado en Francia. ¡Ante la Seguridad Social francesa hay que descubrirse!

Nos veíamos a través de la verja

El 9 de Junio del 69 cerraron definitivamente la frontera. Más de 5.000 trabajadores se fueron al paro. El cierre fue traumático para muchas familias. En la mía, la separación de mi madre y su hija fue muy dolorosa: nos veíamos a través de la verja y a gritos nos enterábamos más o menos de las vicisitudes diarias. Cuando podían, mi hermana y su marido viajaban desde Gibraltar a Tánger y de allí a Algeciras y La Línea, pero era un viaje muy pesado, y no podían estar mucho tiempo ni venir a menudo.

La situación laboral cambió mucho en Gibraltar tras el cierre. Como hacía falta gente para todo, mi hermana, que sabía un poco de inglés, se empleó en el periódico *Gibraltar Chronicle*, archivando. Allí trabajó hasta que se jubiló.

SEPARACIONES FAMILIARES Y DESPLAZAMIENTOS FORZOSOS DEBIDOS AL CIERRE DE LA FRONTERA

El cierre de la frontera afectó de un modo u otro a todas las familias de La Línea y Gibraltar, por el cambio obligado de rutas laborales y la pérdida de oportunidades, por las separaciones familiares, los desplazamientos forzosos y migración interior o exterior, el distanciamiento comunitario y el cambio lingüístico.

Muchos gibraltareños se vieron forzados a tomar una rápida decisión, como Vicente Ricardo explica: “La gente de Gibraltar que residía o pasaba temporadas en La Línea, en pocos días tuvo que tomar la decisión de seguir aquí, sabiendo que se quedaban bajo la dictadura de Franco y perdían la posibilidad de entrar a diario a Gibraltar; o bien marchar a Gibraltar, sin poder gestionar sus propiedades en España. Tu casa, tu esfuerzo, tu sacrificio... Algunos vendieron sus pertenencias a precio simbólico, por falta de tiempo”. Francisco Oda-Ángel da una cifra de dos mil gibraltareños que vivían en La Línea y decidieron trasladarse al Peñón (Francisco Oda-Ángel, 2007). Francisca Aguilar comenta que “Muchos dejaron las casas abandonadas y les saquearon todo. Una señora gibraltareña que tenía un chalet en La Línea le pagaba a una mujer que había servido con ella, para que lo cuidara “.

John Naylon, en un estudio sobre la economía de Gibraltar durante los años del cierre, habla de más de mil familias gibraltareños divididas con el cierre de la frontera (John Naylon, 1984). Gonzalo Arias (1926-2008), que reivindicó con varias acciones no violentas la apertura de la verja, afirmaba: “Por razones simplemente humanitarias, esto no se puede mantener cerrado. Las familias están separadas, dos comunidades que en realidad son dos barrios de una misma ciudad están separadas” (Alfredo Relaño, 1981).

Francisca Aguilar cuenta sobre su hermana: “Cerraron la frontera y a mi hermana la hundieron. Ella no tuvo niños y su calor era mi familia. Nos vimos las dos ingresadas en el hospital, una en Gibraltar y otra en La Línea, sin poder visitarnos. Hasta que ya abrió Felipe (el presidente Felipe González); Dios lo bendiga. Ya no murió ella sola. Son cosas históricas que te llenan el alma”. Y Francisca Barroso recuerda: “Todos los domingos íbamos mi cuñada, mi marido y todos a la alambrada que pusieron, para a hablar con mi familia en Gibraltar. Se ponían allí: ¡Mamá, ¿cómo estás?! ¡¿Qué tal, Anita?! Y desde aquí les contestábamos, “¡Todos bien! ¡¿Y los niños?! Había quien acordaba llevar a la niña vestida de colorado o de verde, para que la reconocieran desde lejos”.

Al cerrar la frontera se hizo un acuerdo para dar una paga a todos los que en ese momento estábamos trabajando; según los años trabajados. Empezó pagándolo Gibraltar, de un fondo fijo, y cuando nos iba tocando a los más jóvenes, cada vez la pensión era más ridícula. Los españoles hicieron presión y cuando se acabó este fondo de pensiones, Inglaterra se hizo cargo, revalorizó las pensiones y las pagaba a través del Banco de Inglaterra.

Todo el que estaba trabajando y tenía el pase, no importaba el tiempo que llevara, al cerrar la frontera tuvo posibilidad de acogerse a las propuestas del Estado. Las empresas privadas casi no cogieron mano de obra de ex trabajadores de Gibraltar. Nos dieron un salario de espera igual a lo que tuvieras declarado, muy por debajo de lo que percibías realmente, y una gratificación de 100.000 pesetas. El Sindicato estaba lleno de gente en busca de ofertas de trabajo.

Me apunté a unas clases de cultura general por las mañanas, donde te daban 200 pesetas semanales. Sucedió que hacía tres semanas que no cobrábamos el salario y el maestro puso un problema en la pizarra: "Un agricultor vende en el mercado cierta cantidad de patatas a tanto el kilo, ¿Cuánto cobraremos?". Nos vamos al recreo y a la vuelta alguien había borrado la "t" de cuánto y la había sustituido por una "d", y quedaba "¿Cuándo cobraremos?". La guasa que se armó fue grande.

Las clases para adultos finalizan y en la Seat me proponen quedarme fijo. Si acepto, mi compañero se queda sin trabajo por las tardes, así que les digo que prefiero intentar coger un trabajo del gobierno. Mi amigo piensa lo mismo y de esta manera nos quedamos sin escuela y sin taller; sólo nos queda el salario de espera. Hay un decreto para jubilarse anticipadamente, justificando un mínimo padecimiento, al que muchos se acogen, pero después se arrepintieron, porque les quedó una pensión de miseria. Esto le pasó a un amigo mío pintor de coches que trabajaba en Gibraltar. Como yo no iba a seguir en la Seat y su pensión casi no le llegaba para comer, les di a los jefes las mejores referencias y le emplearon fijo.

Me matriculo en un curso de autodidactas en rotulación para pintores, que dura dos meses en la Escuela de Formación Profesional, donde conozco a mi buen amigo Antonio Barros. Terminado el curso, seguimos vagabundeando y charlando en las puertas del Sindicato con los que todavía no han conseguido un empleo. No puedo estar todo el día sin hacer nada, y me apunto a dan un curso de seis meses para extrabajadores de Gibraltar. Aprendemos el uso de las herramientas y de los distintos materiales. Me gusta y asimilo con muchas ganas: en dibujo y rotulación rozo la perfección, en los trabajos manuales también, y en el examen final soy el primero. Me regalaron un arca de herramientas.

Cabina donde hice los ejercicios del curso de Formación Profesional.

El grupo que hicimos el curso de rotulación en 1969. Yo estoy agachado, a la derecha de la imagen, y Antonio Barros está a la izquierda. El monitor, Gaspar Martín Pacheco, es el primero por la izquierda, en la fila de en medio. A su derecha, Portillo.

Buscando un sobresueldo por las tardes

El gobierno toma diversas medidas para mostrar su esfuerzo en el desarrollo de la comarca, ya que nos había quitado nuestro espacio laboral, y monta un polígono industrial en Campamento (San Roque). Vienen varios empresarios, a ver quién se lleva más trabajadores, pero a los dos meses el polígono es un cementerio. Yo estuve en una fábrica de gafas sin cobrar; sólo me daban un bocadillo. La única empresa que sobrevive es una refinería de petróleo en la bahía de Algeciras, que se instala antes de cerrar la frontera, pero acoge a muy poca mano de obra y en buena parte son enchufados.

Al lado de la frontera, en La Línea, hacen varios edificios de altura y un parque tan grande, que requiere una legión de jardineros para mantenerlo. También un estadio de fútbol con pistas para atletismo, que se inauguró con un partido internacional España Finlandia y fue la única vez que he visto el campo lleno. Vino gente de todos los pueblos de la comarca, pues regalaban la entrada, el bocadillo y el autobús. ¡Todo esto, con la intención de demostrar a los gibraltareños que en España podían vivir mejor!

Para mí, lo único útil entre tanto alardeo fue el hospital o Residencia Sanitaria José María Guerra Zunzunegui[87]. Una obra de cuatro plantas que se

87 José María Guerra Zunzunegi ocupó varios cargos en la dictadura franquista, entre otros en el Patronato de Protección al Trabajo y en el Instituto Nacional de Previsión.

hizo en el tiempo record de nueve meses. Nos presentamos 180 pintores para una plaza en el hospital y la saqué. Las camas para la comunidad de las monjas que trabajarían en el hospital eran usadas; en aquellos tiempos el clero tenía mucho poder y temían que las monjas las rechazaran, y el administrador me pidió que hiciera todo lo posible por dejarlas bien. Después pinté y rotulé unos tableros pequeños con el lema "prohibido pisar el césped". En las dos ocasiones me felicitaron.

En septiembre de 1970 se inaugura oficialmente la Residencia Sanitaria. Cumplidos tres meses de prueba, nos hacen contrato indefinido con jornada partida. Como el salario es de 4.000 pesetas mensuales, la mitad de lo que ganaba en Gibraltar, solicitamos jornada continua para buscar un sobresueldo por las tardes. Un amigo mío montador de ascensores me ofreció pintar las puertas de éstos. Con tres compañeros, formamos una cooperativa de trabajos de electricidad, carpintería y pintura. Compramos un compresor, una pistola de pintar y varias herramientas más, vamos por toda la comarca y al mecánico que nos da el trabajo le damos un diez por ciento de las ganancias.

En el polígono de viviendas San Felipe hay más de mil puertas que pintar. Cuando vamos por la mitad el perito de la obra pone a otro pintor para que termine, buscando el porcentaje que nosotros le dábamos al montador. Este contratiempo nos decepciona. El compresor se ha estropeado y no se puede reparar, y a dos compañeros les sale otro trabajo. Ya no tenemos ganas de seguir pintando ascensores.

El perito del hospital nos propone al carpintero y a mí trabajar en la compra-venta de muebles antiguos. En este tiempo La Línea se está transformando; hay muchas reformas, derribos y nuevas construcciones y es fácil conseguir estos muebles. Montamos el taller en una casa vacía, él trae los muebles y los materiales, nosotros ponemos el trabajo y le cobramos según el tiempo que echamos. Cuando escasearon los muebles antiguos lo dejamos.

En estos años me concedieron una vivienda de protección en la barriada de El Junquillo, en una cuarta planta. Con el tiempo, cada vez costaba más trabajo subir. Poco antes de jubilarme la Junta de Andalucía puso en venta estas casas, y compramos la nuestra, para venderla por tres millones de pesetas: compré una casa pequeña por dos millones y con el dinero restante la reformé.

Estando muy cerca de la jubilación, me encontré casualmente con Antonio Barros, el pintor que conocí en el curso de rotulación. Cuando se terminaron las prestaciones del gobierno por motivo del cierre de la frontera, Antonio se hizo empresario de la pintura industrial, ramo que conocía a la perfección, y montó un taller en el garaje de su casa. Como es muy buen profesional y excelente persona, pronto le salió trabajo. Tuvo un encargo muy importante en

un complejo urbanístico en Guadacorte, y me pidió echarle una mano. Trabajar con Antonio es lo más grato que he hecho durante toda mi vida laboral.

Empecé a trazar un anuncio en un tablón. Cuando Antonio terminaba con los trabajadores se ponía conmigo. El trabajo quedó muy bien y aumentó la demanda. Rotulamos muchos tablones, algunos con dibujos. Rotulamos camionetas, furgonetas y murales, y también empezamos a pintar a pistola. Pero salieron al mercado unas máquinas que hacían los letreros más perfectos y más baratos que nosotros, y empezó a escasear el trabajo, ¡contra el progreso no se puede competir!

De la alegría al dolor en pocos años

Hacia el año 73 me extirparon un quiste sebáceo, más tarde me operaron de una hernia inguinal, después de una abdominal, luego me extirparon la vesícula biliar y a continuación un cáncer de próstata; lo peor de todo. Por último, a finales del 98 me operaron de cataratas. También me detectaron una inflamación de una arteria; requería de una operación muy agresiva y decidí no hacérmela, de forma que viviré con la espada de Damocles hasta que Dios quiera.

Solicité la jubilación anticipada acogiéndome a un decreto para los trabajadores que tuvieran 35 años de cotización, que hubieran cumplido los 64 y cuya empresa se comprometiera a contratar a otro trabajador. Me jubilé con el cien por cien de mi salario.

En 1973 se casó mi hermana Montserrat y se fueron Barcelona. Antes del año escuchan que la alcaldía linense quiere traer a los hijos del pueblo que estaban fuera. Aprovechando una visita, mi cuñado le explica al alcalde su situación y él le asegura que le buscará un trabajo. Locos de contentos empaquetan los muebles y enseres, y una vez en La Línea ocupan la casa de mi madre provisionalmente. Al cabo de dos días el alcalde no recuerda oferta alguna. Mi cuñado es muy paciente, pero se pone un poco violento. Al final le consigue un puesto de trabajo como ayudante de mecánico en la depuradora y mi hermana se emplea como dependienta en una librería.

Mi madre, con unos 65 años.

Mi hermana dio a luz en 1975 una niña que se bautizó como Julia. Estudió Magisterio y encontró un trabajo en el casino de Gibraltar. En pocos años

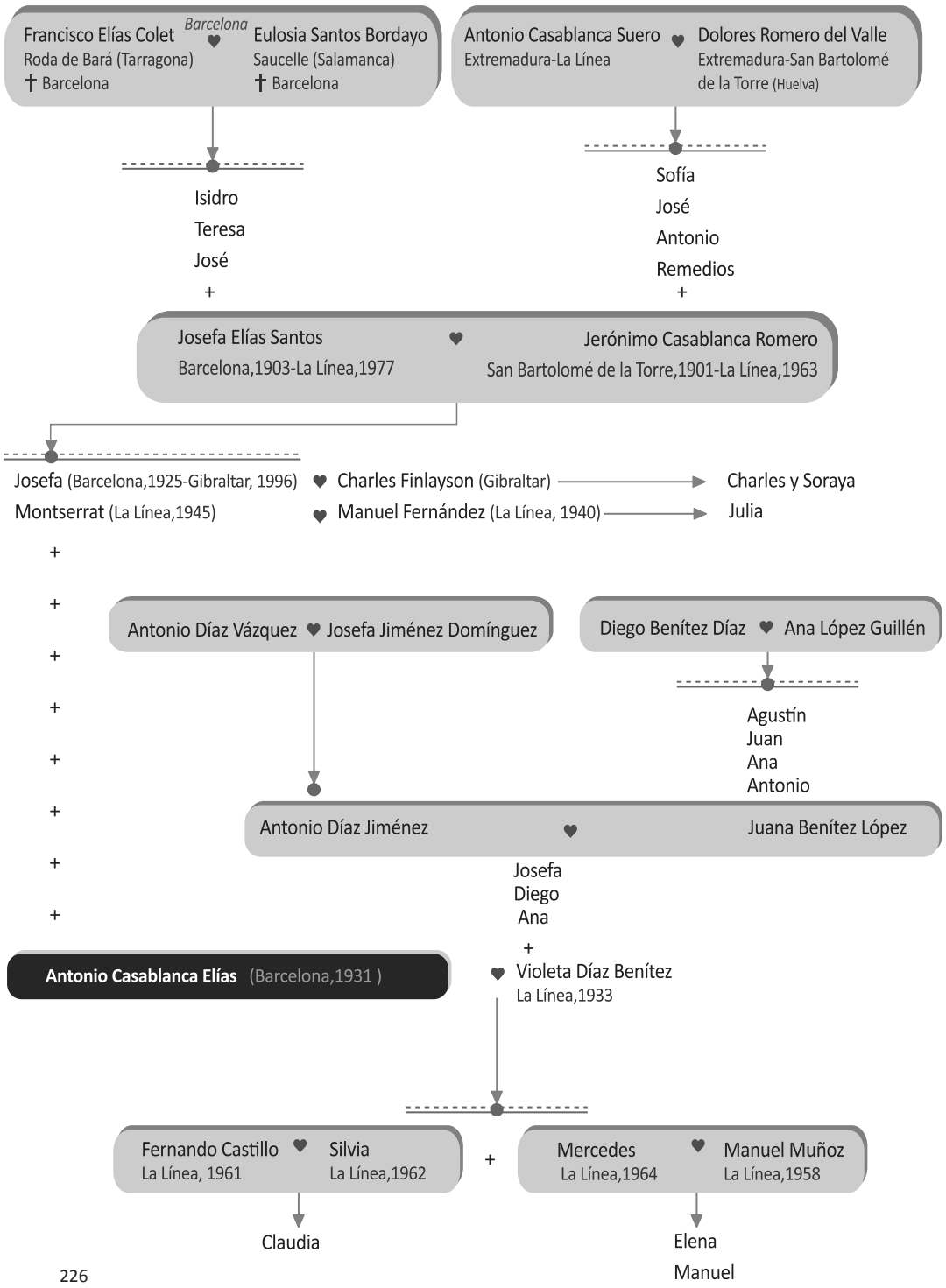
se pasa de la alegría al dolor: el 2 de julio de 1977 fallece mi madre política. Tres meses después fallece mi madre. Dos pérdidas tan seguidas que te dejan hecho polvo y con un vacío muy grande, pero no hay más remedio que hacer frente a estas situaciones, por ti y por los que tienes que seguir criando.

La Coral Campo de Gibraltar. María Serra, en el centro. Yo estoy al fondo a la derecha.

A finales del 82 se funda en La Línea la Coral Campo de Gibraltar. La directora es doña María Serra, la pianista que amenizaba las noches en el Café Nacional de La Línea, donde mi padre trabajó. Me presento a una prueba y me mandan a la cuerda de bajos. Cuando ya sabemos ocho o diez canciones, damos conciertos por todos los pueblos de la comarca. Fue una experiencia inolvidable.

He tardado un año en escribir estas memorias. He tenido que salvar muchas dificultades: el uso del ordenador, mi falta de memoria, mis fallos de ortografía y mi vocabulario. Lo he conseguido gracias a la estimable colaboración de mis hijos Fernando y Manolo, al compañero y amigo Manolo Antonio Nadales; y al compañero y amigo de Fernando, José Miguel Rubio. También, cómo no, a mi admirado profesor de informática, Humberto Romero. A todos les quiero expresar mi más profundo agradecimiento, ya que sin su ayuda este proyecto no hubiera podido salir a la luz.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE ANTONIO CASABLANCA ELÍAS



ISABEL ÁLVAREZ CASAL

8

Yo digo las cosas como son

Me llamo Isabel Álvarez Casal. Soy una persona muy inquieta y me vengo muy pronto abajo, pero cuando me pongo a hablar me llegan las cosas a la memoria, y según cuento voy cogiendo alegría y entusiasmo. Según dice la gente de cómo me expreso, yo soy de izquierdas; pero ni soy de izquierdas ni de derechas, sino que digo las cosas como son y ya está. Se ve que he nacido así de tan *joía*, como digo muchas veces.

En el Centro de Día de nuestra barriada no hablamos de lo que tenemos pasado, porque no lo podemos contar a cualquiera. Cuando me preguntaron si me apuntaba para contar mi historia, les dije, "¡si yo no tengo nada que contar!". Pero la verdad es que tengo un montón de cosas, porque esa época fue muy mala. Hay que vivirlo para creerlo. "Déjate de tonterías, mamá", me dicen los hijos, aunque algunos nietos y nietas sí me dicen, "Abuela, cuéntame cómo era la vida cuando tú eras chica".

Mi madre, Cándida Casal, era de Mieres, un pueblo de Asturias. Tenía un novio que se llamaba Restituto Álvarez Fernández y era minero barrenero. Como antes en los pueblos los familiares hacían tratos, no la dejaron seguir con su novio y la casaron con un señor de apellido Cordero, que creo que era militar. Cuando mi madre tenía dos hijos, su marido se jugó sus propiedades a las cartas y lo perdió todo.

Entonces la mujer se consideraba parte de las propiedades, y para evitar ser entregada a otro hombre mi madre resolvió coger a sus hijos y juntarse con su novio, mi padre. Eso en el pueblo lo vieron muy mal, y tuvieron que salir de allí. En Asturias tuvo cuatro hijos con mi padre: Manolín, Pacita, Titi y Alfredo. Cada vez que nacía uno, el cura del pueblo no lo admitía por no estar casados, y buscaban otro sitio donde fueran aceptados. Yo recuerdo escuchar a

Mi padre, Restituto Álvarez (indicado en la imagen con el nombre de Tuto) en Mieres, con compañeros suyos del trabajo. Años veinte.

mi hermana mayor hablar de Villaviciosa, Cangas de Onís, Oñón y más pueblos. Mi madre jamás nos contó nada de esto, porque en aquellos tiempos eso no era aceptado.

Mi madre, Cándida Casal.

Mis padres vinieron a La Línea en el año 31, donde mi madre tenía un hermano, Belarmino. De los hijos del primer marido, Lito (Manolito) se quedó en Asturias con una hermana de mi madre, y Nena (Marcelina) se fue con ella, con nueve años. El viaje fue malísimo y tuvieron que pedir en la estación de tren de Madrid.

Yo fui a Asturias, vi el tren de madera, vi la estación... Intentando hacerme una idea de lo que vivieron, veía en el andén a mi padre, y a mi madre cargada con un lío de ropa a la espalda, un niño de pecho en los brazos y cuatro niños chicos más, sin estar casados... Yo hablo con mi hijo chico, que tiene 42 años, y con mis sobrinas mayores, como si hubiera estado allí. Las cosas de mis padres me tiran mucho y Asturias, sin conocerla, me encanta.

Al llegar a La Línea, mis padres y los niños dormían repartidos en casas de vecinos de mi tío Belarmino. Él vivía en la calle Buenos Aires y tenía una tienda *de chocho mona* que era carbonería, y donde hacía moniatos (o boniatos) cocidos y manzanas. Era masón y años después estuvo preso.

Mi hermano Alfredo murió en La Línea sin cumplir el año, al poco tiempo de llegar; dicen que murió de necesidad. Mi madre se metió después en el patio Cabo Guardia (calle Jardines, en El Castillo). Primero no pagaban nada, porque los patios estaban medio vacíos y nadie miraba quién los ocupaba. Apareció después una casera y empezó a cobrar alquiler en nombre de los dueños. En ese patio nací yo, en 1934. Después entraron en la casa de los Ásquez, una familia que se fue para Gibraltar y dejaron a mi madre al cuidado de la casa y de su perro lobo[88]. Ella vivió muchos años ahí.

LA POBLACIÓN DE LA LÍNEA

Hasta entrado el siglo XX, Gibraltar era fundamentalmente una plaza militar y la mayoría del pueblo de Gibraltar vivía en San Roque, Campamento y La Línea. La comarca estaba bajo gobierno militar y la construcción de vivienda requería de un permiso militar, que se concedía de modo excepcional y arbitrariamente a familias locales o gibraltareñas

88 El apellido Ásquez es una adaptación del inglés Asquith. Al menos una familia de este apellido vivió en La Línea a inicios del siglo XX, de madre española y padre gibraltareño de origen inglés. Avanzado el siglo, esta familia se trasladó a Francia y Gran Bretaña.

privilegiadas. Antonio Barros explica: “Hay muchas calles y edificios que llevan nombres de gibraltareños ricos que vivieron aquí o que construyeron: Russo, Damato... Y el llamado paseíto Chacón deriva del apellido Saccone”.

Los patios típicos de La Línea tienen su origen en casas agrícolas de una planta, junto a los huertos que abastecían a la colonia. Parte de los materiales, como las vigas de madera de Flandes, se traían de la colonia. Algunos nombres de patios en La Línea son: el patio del Inglés, Jacomine, Baru Serfaty, Earle, patio del Cónsul, Negrotto, Parody, Danino, Vegazo, Falguero, George y Serruya.

Cuando La Línea se constituyó como población obrera y en sucesivas etapas conflictivas, muchos de sus propietarios marcharon a otros lugares y las alquilaron divididas. Vicente Ricardo describe las variaciones de población en los patios en los años veinte, al compás de la demanda de trabajadores en Gibraltar: “Cuando las escuadras de la marina inglesa atracaban en el puerto de Gibraltar y cuando los *ingenieros militares* tenían algún trabajo grande, La Línea estaba superpoblada y amplias familias vivían en una misma casa. Si esto no sucedía, las personas volvían a las cosechas y otros quehaceres en sus pueblos, los patios se quedaban casi vacíos y se ponían carteles anunciando el alquiler”.

Mucha gente se construyó una barraca en los arenales de las afueras, dando lugar a las barriadas de miles de habitantes. Quienes tenían algo más de estabilidad, pasaban a alquilar un partido o pieza del patio, con dos habitaciones y cocina. A partir de los años setenta, coincidiendo con el cierre de la frontera con Gibraltar, se construyeron barriadas de protección oficial para realojar a los miles de habitantes de las barracas. Desde finales de los años ochenta y durante los noventa, muchos patios se vendieron a constructoras y fueron derribados para construir edificios de altura.

En esta joven población, los patios han sido espacio de apoyo y crisol de socialización de costumbres en la alimentación, el juego, la formación profesional, y en rituales relacionados con el matrimonio, el parto, la primera comunión católica o la muerte. Además, en ellos se hacía comercio a pequeña escala. Todo esto permitió sobrevivir en tiempos difíciles y fraguar la identidad de los linenses. Como José González Jurado afirma, “los hábitos y costumbres de la necesidad son las leyes del progreso” (José González, 2009:44).

Mi tío Belarmino e Isabel, su mujer, con mi hermano Manolín y mi hermana Nena (Marcelina). La mujer de la derecha no sé quién es. Hacia 1934.

A mi madre se la llevó la Falange

En La Línea, mi padre siguió trabajando como minero barrenero. En 1932 estuvo haciendo la carretera de El Higuerón. Después se metió en Gibraltar de barrenero, para hacer los túneles.

Cuando yo tenía meses, mi madre trabajaba sirviendo en Gibraltar con los de Serruya, *hebreos*, y me llevaba con ella. Un día, las mujeres que servían en esta casa estaban conversando: "Dice mi marido que un compañero suyo que tiene un nombre muy raro, Restituto, lleva al trabajo un potaje de acelgas con garbanzos que, según él, está más sabroso que el mío". "¡Si Restituto es mi marido!", respondió mi madre. Y le dio la receta del potaje.

En 1936, cuando empezó la guerra, mi madre ya trabajaba en Gibraltar. El domingo 19 de julio entraron los *moros* desde Algeciras y ocuparon la ciudad. Todos los días, las vecinas del patio comentaban lo que había pasado por La Línea, y decía una, "cuando venga Cándida de Gibraltar, nos creemos lo que ella diga". Porque ella era muy seria y no exageraba.

Pusieron a algunos *moros* haciendo permanencia por delante de la entrada a Gibraltar, sentados con las piernas cruzadas y el fusil apoyado en éstas.

En aquellos días, el gobierno español no exigía pase; pero cuando salían de trabajar en Gibraltar, les hacían pasar con las manos arriba y un pañuelo blanco en lo alto. Mi padre no seguía estas normas, pues decía que no había por qué temer.

A mi madre se la llevó la Falange. De eso sí hablaba ella. Una vecina los denunció[89], y una noche vinieron en un camión de Falange al callejón de los Gitanos preguntando por ellos. La familia Calvente, que apreciaba mucho a mi madre, dijo, "Por aquí no vive nadie con ese nombre". Y comentó uno de los *falanges*, "es una señora que tiene un perro muy grande". Entonces respondió una mujer, "ese perro no es de ella". ¡Ya la descubrió!

Se los llevaron para interrogarlos, aunque entonces no solían perder el tiempo en eso. Le dijeron a mi madre que su marido había estado en la aduana gritando "¡Viva la República!" y mi madre les dijo que ese día él estaba en otro sitio. Le dijeron luego a mi padre, "Su señora ha salido de la aduana, se ha liado en la bandera republicana y ha dicho "¡Viva Dolores Ibárruri!". Y mi padre respondió, "pues no está bien de la cabeza, porque a esa hora estaba trabajando en Gibraltar con los de Serruya". Mi madre contaba que insistían con las preguntas y que ella siempre respondía lo mismo. Hasta que entró un guardia civil que les conocía y los pusieron en libertad. Cuando mis padres regresaron al patio, ya las vecinas nos tenían asignados entre ellas, pues a muchos otros directamente los habían llevado al cementerio.

Edmundo Muñoz aporta una anécdota: "Mi familia conocíamos bien a los feriantes, porque paraban en el bar Cirilo, de mis abuelos. Estaban los caballitos de Calatayud y los caballitos de Marcelino, que eran una divinidad. Cuando estalló la guerra, Marcelino tenía los caballitos instalados en la feria. Al otro día los encerró en un local por la carretera del cementerio. Dijo que mientras estuviera el fascismo no los alquilaba; porque en sus caballitos no se subiría nunca un fascista. Y tuvo los caballitos **cuarenta años parados**".

89 Francisca Aguilar duda si un familiar denunció a su hermano, la abuela de María Torremocha sospechaba que unos vecinos falangistas habían denunciado a su hijo, y la familia de Antonio Casablanca cree que las denuncias contra su padre fueron por envidias de conocidos. La ausencia de información en las detenciones y procesos judiciales alimenta las desconfianzas y dificulta entender la situación, lo que aumenta la sensación de indefensión frente al poder.

Mis padres siguieron trabajando en Gibraltar. Un barreno le cogió la pierna a mi padre en 1937. Se la tenían que haber cortado entera desde el primer momento, pero para intentar salvársela le operaron tres veces sucesivas, a medida que se le iba complicando. En aquellos tiempos no había Seguridad Social, y le ingresaron en el hospital de Gibraltar. Mi madre pasaría las de Caín, con mi padre en el hospital, yo con tres años, y los demás hermanos.

A mi padre le pusieron una pierna de goma. Aunque yo era muy chica, le recuerdo colocándose la pierna. El Conchal era un arenal y él andaba malamente, porque se le hundía la muleta. Y entre cuatro amigas de mi madre que eran jóvenes le hacían *la sillita caca*: las manos entrecruzadas dos de ellas, donde se sentaba, y otras dos a los lados sujetándole la espalda. A mí me gusta recordar estas cosas. Las muchachas no podían ir al cine solas de noche, y estas amigas le pedían a mi padre que les avalara: "Restituto, te compramos media botella de vino si nos das el permiso".

D.C.R.E., (South), Office
Viney Quarry,
Gibraltar.
5 Noviembre 1937.

Señora Restituto.

Muy Señora mia,

Siento notificarle que su esposo ha sufrido un accidente cuando estaba ocupado en minar esta mañana. Ha sufrido la rotura de una pierna, causada por una piedra que le cayo un poco mas arriba del tobillo.

Immediatamente fue llevado al Hospital Militar de Gibraltar, donde quedara albergado bajo tratamiento medico, hasta que sane.

Yo mismo he ido al Hospital y puedo asegurarle que se le esta tratando con toda consideracion. Puede usted pasarse por este Hospital y verle cuando usted desee.

Con gran pesar por lo ocurrido,
Quedo de Usted, atto y S.S.
q.e.s.m.

Major, R.E.
D.C.R.E., (South).

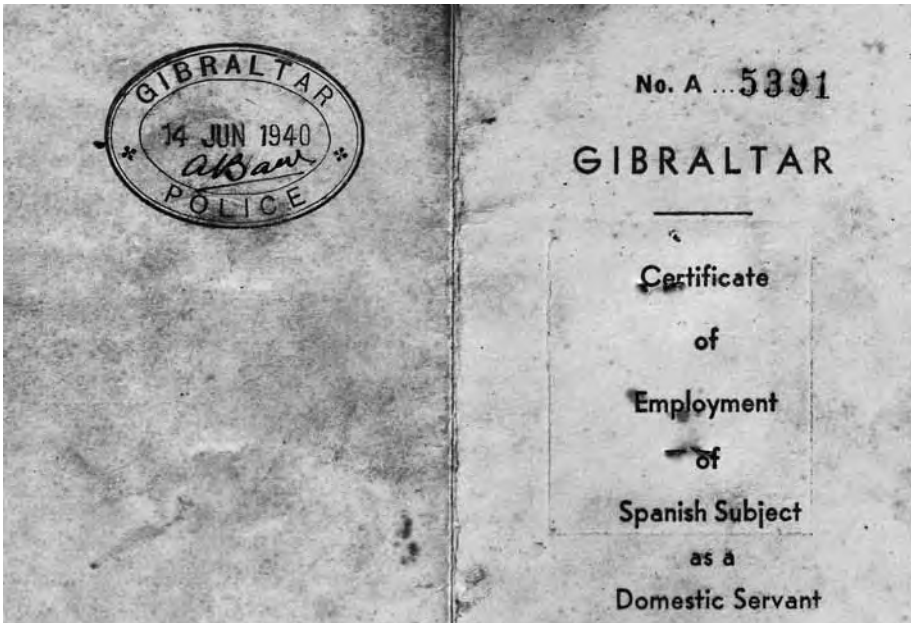
Esta es la nota que recibió mi madre del responsable del trabajo en los túneles, comunicándole que ese día mi padre había tenido un accidente.

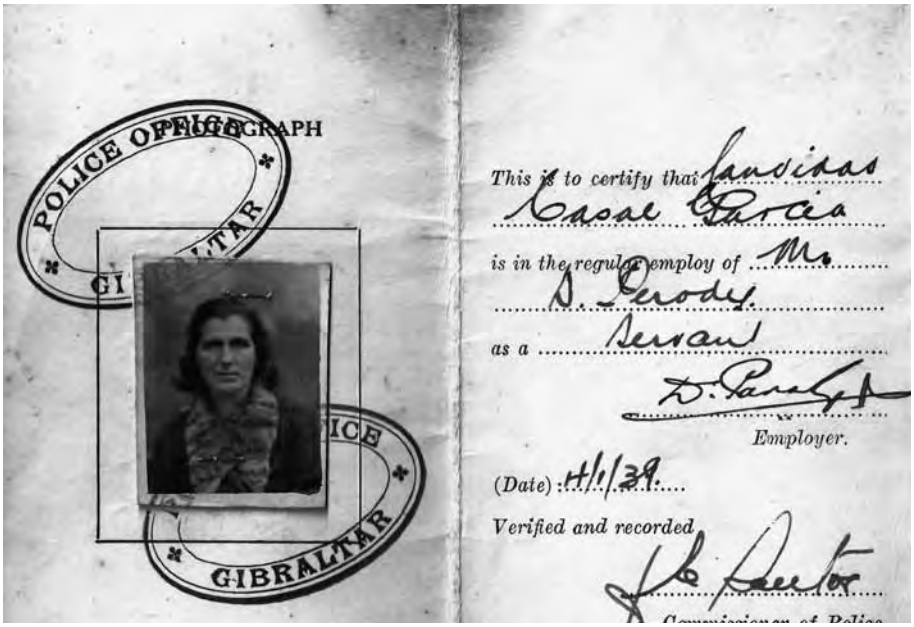
Mi padre, con las muletas, en 1938.

A consecuencia del accidente, a mi padre le entró gangrena. Murió en 1939, y fue enterrado en una fosa común en el Patio del Pozo del cementerio de La Línea, porque no lo visitó el cura cuando murió. Ya en esa zona han hecho obras[90].

Pase inglés de mi padre, donde figura como minero (*miner*). Fue tramitado en agosto de 1936.

90 El investigador Isidro Sepúlveda afirma que en la construcción de los túneles de Gibraltar murieron más personas que en los bombardeos sobre esta colonia (Isidro Sepúlveda, 2004:247).





Pase inglés de mi madre, donde figura como empleada en el servicio doméstico (*domestic servant*). Fue tramitado en enero de 1939.

Se traía hasta las piedras

Tras la muerte de mi padre, mi madre, mi hermano Lito y mi hermana Marcelina (Nena) siguieron trabajando en Gibraltar. Estaban en el W*inmigil*; en español, Los Molinos: una instalación militar arriba del monte que ya no existe. Para acceder necesitabas un pase especial. Lito trabajaba en la oficina de los militares, Nena en los lavaderos, que estaban bajo tierra y tenían muchísima maquinaria, y mi madre cosía la ropa.

Muchas mujeres de La Línea trabajaban allí, lavando la ropa de los militares: pijamas, uniformes, toallas, sábanas... Salían a tenderla afuera, a un solar; por eso a su trabajo le llamaban "el terreno". Cuando la ropa ya no valía, se desgarraba y se quemaba allí mismo, y a su tarea la llamaban "la condena". Las españolas apartaban algunas ropas que se podían aprovechar y se lo traían para La Línea. En casa teníamos manteles y sábanas de Gibraltar; y yo usaba vestidos y *babis* de telas que mi madre traía.

Como mi madre trabajaba todo el día en Gibraltar, contrató a una mujer joven para cuidar de nosotros. Se llamaba María y había venido de Estepona. La queríamos mucho, porque era una mujer maravillosa. Sabíamos que no era nuestra madre ni muestra hermana, así que mis hermanos y yo la decíamos "María la Mía". María tuvo una niña que se crió en la familia, a quien consideramos nuestra hermana.

María también trabajaba en Los Molinos. Estuvo limpiando, cuidando los niños de los indios donde trabajaba, pintando, lavando ropa... Ella se traía de Gibraltar hasta las piedras; y no se trajo el Peñón poquito a poco, porque no podía[91]. Venía a casa con latas usadas, cartones viejos y toda la ropa que le dieran. Y pasaba la aduana toda forrada de picadura de tabaco. Un trabajador de Gibraltar compraba los *cuarterones* y María los pasaba. El domingo venía a casa con su coche, se llevaba las cosas y a María le pagaba un tanto acordado.

Un conocido que trabajaba pintando en Los Molinos, solía dar menos manos de pintura de lo establecido, y los botes de pintura que le sobraban, que tenían muy buena calidad, los escondía por los matorrales. María iba al monte a recoger la pintura y se la traía a casa. Y lo mismo con el café. El domingo venían todos a casa, a recoger lo que María había podido traer durante la semana.

A mi madre no le gustaba *trasperlar* y a mis hermanos tampoco. Muchas veces se venía mi madre de Gibraltar con el bolsito pelado. Cuando era mayorcita

91 Exageración recurrente entre los linenses, que describe el gran trasiego y aprovechamiento de productos de la colonia. Tiene otras formas; por ejemplo: "Se traía hasta las piedras, para recuperar el Peñón".

yo me preguntaba, "Y mi madre, ¿por qué no se trae un *cuarterón* de tabaco o de café? ¿por qué no se trae un *pistolete*, un paquete de manteca o un paquete de azúcar? Y si lo puede vender, pues lo vende".

El *pan de lata* muchas veces se compraba para meter cosas, no sólo para comerlo. Se abría y se metía lo que fuera, manteca o dinero de estraperlo (pero esto se descubrió pronto). Si había fiesta en los *nafis* (donde comían los militares), mi madre se venía cuando acababa su trabajo, mientras que María esperaba hasta el final y recogía todo: de este modo ganaba más libras y todo lo que sobraba, si lo podía traer se lo traía. Venía para La Línea cargada, ponía el bolso en el mostrador de la aduana con cinco duros debajo y le dejaban pasar.

En los años treinta y cuarenta, había mujeres que traían dos *cuarterones* de café La Negrita, dos latas de *siro*, leche condensada, azúcar y cuatro cosas más. Eso normalmente te lo dejaban pasar; sólo te lo quitaban a veces, para justificar. En el paseo de La Velada y en la calle de Las Flores se ponían con un carrito y un peso, colocaban los productos en un trapo sobre el suelo y la gente les compraba. Cuando alguien gritaba "¡¡aaguaaaa!!" ya sabían que venía la *brigadilla*. Guardaban todo en la cesta y salían corriendo, porque les cogían el trapo y se llevaban los productos.

María la Mía, su hija, mi madre y yo, en una feria de La Línea, a mediados de los años cuarenta.

Francisca Aguilar explica: “El oficio y la vida de **las matuteras** era comprar y vender cosas, en vez de estar sirviendo en las casas. Se ponían en la plaza con las medias y otras cosas, y los soldados lo compraban para llevárselo de regalo a sus novias, a sus madres o a sus mujeres”. Teresa Almagro lo recuerda de los años veinte y treinta, y añade entre los productos especias como la canela y la pimienta. Antonio Barros cuenta que en La Velada había patios con dos portones: “Las mujeres entraban por un lado y exponían el estraperlo, el guardia entraba tranquilo porque pensaba que ya las tenía cogidas, y ellas salían por el otro lado”.

No me gusta que los de fuera digan que en La Línea somos contrabandistas y que hay mujeres malas. Me hierve la sangre cuando lo oigo. Si en tu casa están malamente y tú te traes un kilo de azúcar y un cartón de tabaco de Gibraltar y te puedes ganar dos pesetas, haces muy bien; te lo traes y bendita seas. Eso no se puede llamar matuteo ni estraperlo.

Los ingleses nos han dado la vida

Cuando yo era una niña, en La Línea las muchachas usaban medias de seda, enaguas de nailon, bolsas de *plasti*, pañuelos de gasa, picardías... Todo eso venía de Gibraltar y había casas de estraperlo que se dedicaban a venderlo.

Maruja Gil conoció **las tiendas de estraperlo**, surtidas de productos de Gibraltar y ubicadas en casas particulares, desde los años cuarenta: “En la calle Teatro, había una casita donde una señora vendía ropa interior que le traían de Gibraltar. Había muchas tiendas como ésta. La gente comentaba unos a otros y se sabía quién vendía. Recuerdo que la señora Pepa corría a media noche para llevar las cosas a otro sitio; porque como le cogiera la *brigadilla* se lo quitaban todo”. María Torremocha, a finales de los cincuenta: “Cuando tenía unos diecisiete años quería comprarme un jersey y una vecina me llevó a una tienda en casa de una señora de La Atunara que vendía de todo de Gibraltar: ropa, unas figuritas muy bonitas, tabaco, caramelos...”. Las tiendas se mantuvieron en los años sesenta, cuando se redujo el trasiego entre La Línea y Gibraltar.

Si nosotros íbamos allí a trabajar y llevábamos lo que podíamos, los gibraltareños también se traían de la plaza de La Línea lo mejor, porque tenían dinero para comprarlo. De niña yo iba a unos huertos del Zabal. Un día vi una

cosita coloradita que cultivaban para la gente de Gibraltar. "¡Qué bonitas! ¿Qué son?". "Fresas". Aquí no se comían fresas. Mucha gente ve muy mal que cultivásemos para ellos, porque dicen que nosotros no teníamos y que ellos nos trataban como esclavos.

A pesar de todas las diferencias que hacían a los españoles, en Gibraltar salías adelante mejor que en La Línea. Yo lo he vivido y lo he escuchado. Gibraltar ha dado vida a La Línea y ha crecido con ella. Y aquí ha habido siempre buena vida. Teníamos muchos cines y aquí llegaban las mejores compañías de teatro. Había hoteles y había cabarés. En La Línea teníamos una diversión que fuera no existía.

VIVIR JUNTO A GIBRALTAR: OPORTUNIDAD Y DEPENDENCIA

Eusebio Medina describe la frontera hispano portuguesa como "un espacio de acercamiento y oportunidades, una membrana permeable que permite la convivencia pacífica. La frontera del portuñol, de los matrimonios mixtos, de los préstamos y de las influencias, de la complementariedad natural y necesaria" (adaptado de Eusebio Medina, 2001). De igual modo, en el espacio fronterizo que nos ocupa la política de enfrentamiento entre los gobiernos centrales (español y británico) no impidió una íntima relación marcada por el comercio, el uso del español, el matrimonio mixto, la migración y el trabajo, como afirma el investigador Gareth Stockey (2009).

Mientras algunas relaciones transfronterizas benefician a la población, otras promueven su dependencia. La presencia de Gibraltar ofrecía buenas oportunidades laborales, tanto en el interior de la colonia (servicios, construcción, empleo en hogares) como en el comercio transfronterizo. Tener un familiar en Gibraltar daba más posibilidades de salir adelante, y los excedentes y desechos de la colonia vecina permitían sobrevivir mientras se optaba a estas oportunidades. "Siempre hemos dependido de Gibraltar", afirma María Torremocha. Y Francisca Aguilar define la colonia como "una gran mamadera".

La sociedad de la colonia era objeto de admiración, por estar mucho más iniciada en el consumismo que la española. Vicente Ricardo, en referencia a los años veinte y treinta, habla del espejismo de los jóvenes con salarios de Gibraltar, y aclara que las tiendas de lujo de La Línea se mantenían por los clientes de Gibraltar. Francisca Aguilar recuerda que en los años treinta había en La Línea una gran perfumería donde las niñas se echaban colonia de muestra y, por Reyes, el dueño "repartía juguetes a *pelón* y regalaba estuches y tarros de colonia". Maruja Gil añade que,

en los años cuarenta, las jóvenes se compraban brillantina para el pelo. Miguel Mougán explica que la vida en La Línea en los años cincuenta era distinta a la de otras ciudades de su tamaño: "Aquí corría el dinero".

En La Línea había más lujos posibles, pero no diseñados ni accesibles para la mayoría de la población. Durante décadas, los campo gibraltareños que accedían a la colonia vecina se beneficiaron de su cobertura social y sanitaria, de modo que la administración española pudo permitirse que en una ciudad fronteriza con una gran oferta de ocio y consumo, las calles y viviendas tuvieran un saneamiento deplorable.

Actualmente se da una situación equivalente: Juan José Uceda, entrevistado por el sociólogo Francisco Oda-Ángel para un estudio sobre Gibraltar y La Línea, explica que la gente sin recursos encuentra en La Línea un fácil subsidio diario: comprar unos cartones de tabaco en Gibraltar y revenderlos en un quiosco de La Línea. Cuando se controla más el contrabando aumenta la delincuencia, y la administración lo permite como vía de escape, evitando atender las necesidades sociales (Francisco Oda-Ángel, 1998:63). José Luis Rodríguez, que trabaja como voluntario en Cáritas de La Línea, explica que cuando la aduana *está muy mala* (cuando el control es severo), llega más gente a Cáritas pidiendo comida.

La dependencia existía y existe en los dos sentidos. Gibraltar, como colonia y base militar, estaba condicionada por intereses externos político militares, y su geografía limitaba su crecimiento y promovía su relación con la comarca. El proyecto colonial y la industria de Gibraltar se alimentaban de dos fuentes: de la vecindad de una descabalada ciudad como La Línea, y de parte de la población civil de Gibraltar, cuyos derechos y ciudadanía no empezaron a ser reconocidos hasta finales de los años cincuenta.

Me casé con los ojos cerrados

En mi niñez no he estado contenta, porque dentro de mí había rebeldía. Después de salir del patio, vivimos en la barriada de El Conchal. Cuando estaba en la escuela, me puse con el periodo y una chiquilla que también lo tenía me decía, "tengo un grano", y le respondo, "yo tengo otro"[92]. No sabía qué era eso, no conocía la palabra sexo ni sabía cómo se hacían los niños, pero me quedé en estado con 21 años. Yo he sido una niña con los ojos muy cerrados.

92 A Maruja sí le explicaron qué era la menstruación. La expresión que ella usaba cuando tenía la regla era "me he caído". Y en Gibraltar se decía, entre otras: "Ha venido mi prima de Argentina", similar a la usada en otros lugares de España: "Ha venido mi tío de América".

Mi cuñada Pepita (mujer de mi hermano Manolín), Manolín, Isabelita (hermana de Pepita), mi hermana Pacita y yo. A finales de los años cuarenta. Estamos en la Almoraima Chica, a donde se iba de romería una vez al año.

Mi novio era muy guapo y me quería mucho. También era un crío. Vivía en mi barriada y jugábamos juntos. Sus abuelos maternos, de apellido Azopardi, eran gibraltereños de origen maltés[93] y vivían en La Caleta. Cuando empezó la Guerra Civil, que él tenía tres años, parte de su familia entró en Gibraltar, pero su madre y un tío suyo decidieron seguir en La Línea. Cuando los gibraltareños fueron evacuados en 1940, a la abuela y a sus hijos pequeños les llevaron a un campo de refugiados en Jamaica, y su madre no quiso ir. Cuando volvieron a Gibraltar, sus familiares se quedaron a vivir en La Caleta (Gibraltar).

Después de tener al primer niño (que sería mi novio), ella se casó con un español, que le dio los apellidos a su hijo. Se hizo el pase español para entrar a Gibraltar; por detrás, lo he leído yo, indicaba que era gibraltareña. Se quedó viuda en los años cincuenta (antes de casarme yo) y podía haber pasado a Gibraltar con sus cuatro hijos: habría tenido trabajo y los niños escuela. Pero ella siempre siguió en La Línea, porque prefería vivir aquí.

Cuando ya sabía que estaba embarazada, mi novio tenía que marchar a la mili y pensamos en casarnos. El padre Miguel Mougán, que llevaba nuestra parroquia, le preguntó a mi novio si su familia le obligaba a casarse y él dijo que no. Yo me quedé con las ganas de que me preguntara, pues le habría dicho que no quería casarme; lo tengo guardado desde entonces. Yo no comprendía lo que era casarme y me harté de llorar. Llevaba un traje de chaqueta gris que me hizo mi madre, y al salir de la iglesia me dijo mi cuñada, "Vamos a Foto Venus". Me plantaron un ramo de flores y un gorrito con un velito. "Para el día de mañana, que tus niños te vean". Si abro un poquito los ojos, no me hago la foto.

---

93 En 1885 había unos 1.000 malteses en Gibraltar, a donde habían emigrado atraídos por las posibilidades laborales. En 1912 la comunidad había descendido a 700. Su presencia ha tenido un impacto en la población de La Línea y Gibraltar, reflejado en juegos, comidas y vocablos.

Él se fue a la mili y a los tres meses de estar sirviendo, en 1955, nació mi niña. La mili duraba año y medio, y antes de acabarla, en 1957, nació el segundo, Restituto. Y a los catorce meses nació el tercero.

Yo, con mi hijo Tuto en brazos, José Gómez (mi marido) y Alicia Sánchez, hija de mi hermana. En La Línea, hacia 1957.

Recuerdo que cuando estaba de parto de la niña, llamé a una comadrona. La pobre llegó tarde y sofocada, porque camino de casa tuvo un altercado en el cuartel de la Guardia Civil. Esto era el pan de cada día. De joven, cuando regresabas del cine y pasabas delante del cuartel, te llamaban la atención por cualquier cosa. Si al guardia de turno le daba el *barrunto*, te metía para adentro y te preguntaba y registraba. A María la Mía la interrogaron dos o tres veces. Si te ponías nerviosa y te aturullabas, te tenían el tiempo que les daba la gana.

Antonio Barros no olvida este suceso: "Hasta me da **vergüenza contarlo**, pero fue así: en la Avenida España había un cuartel de la Guardia Civil. Iba yo a ver a mi novia y pasé por delante. Dije buenas noches, porque había que hacerlo siempre, pero me llamaron: ¡Oiga, que no ha dado las buenas noches! ¿qué se ha creído usted? Tuve que volver atrás, pasar de nuevo por delante de ellos y decir buenas noches por segunda vez".

Yo vestía con ropa que le daban en Gibraltar a María la Mía; buena ropa que mi madre me ajustaba a medida, porque ella siguió trabajando de modista. A mis niños también los he vestido con esta ropa, y estaban siempre muy arreglados. De chicas teníamos vestidos hechos de los paracaídas de Gibraltar, que los tiraban cuando se cumplía una fecha. Y recuerdo que algunas niñas se hicieron el traje de comunión con esa tela.

Cuando salió de la parroquia el padre Miguel Mougán (en 1964) entró el padre Dámaso. Un día este cura le dijo a mi hijo Angelín que le llamaba la atención lo bien vestido que iba, y que sería porque su padre era contrabandista. Fui a hablar con él y le dije: "Mire usted, mi marido no es contrabandista. Y ojalá lo fuera, porque así no pasábamos las necesidades que tenemos"[94].

Entré en Gibraltar con la frontera cerrada

Cuando cerraron la frontera en 1969, la mayor parte de la gente de Gibraltar que vivía en La Línea con casa propia, fueran ingleses o *llanito*s, se marcharon a Gibraltar. Por eso tuvieron que obrar en la colonia más pisos[95].

En el Polo (lugar de Campamento donde se jugaba al fútbol). Mis hijos Angelín y Tuto (Restituto), María la Mía con Emilín, su nieto, y mi hija Didi (Cándida). Año 60 ó 61.

María la Mía se quedó trabajando en La Línea una temporada, hasta que ella y otras dos amigas consiguieron arreglar sus pasaportes: se fueron a Málaga, cogieron un avión a Tánger y en Tánger el barco a Gibraltar. Si la Guardia Civil sabía que ibas a Gibraltar, te ponía problemas, así que en los controles aduaneros trataban de ocultarlo. A los dos años vinieron a La Línea a ver a su gente. Y vuelta a Gibraltar por Málaga.

Tiempo después, yo lo estaba pasando muy mal, medio parada, y decidí irme a Gibraltar con mi marido. Entré en septiembre de 1980, y dejé aquí a mis hijos, el menor de catorce años, que se las apañaron solos. Iba hasta Algeciras para coger la *lancha* hacia Tánger. Al llegar a Tánger se bajaba la gente que se quedaba en esa ciudad y la *lancha* seguía en dirección a Gibraltar, destino del resto de los pasajeros. La gente de Gibraltar que quería ir a España hacía el recorrido inverso.

---

94 Estas acusaciones criminalizan a la población más pobre, que a veces debe optar por trabajos ilegales para sobrevivir (ver Beatriz Díaz, 1999). Rompiendo esta tendencia, el sacerdote Justo Martínez de Serdio criticó el enriquecimiento de cargos y familias privilegiadas a través del contrabando.

95 La edificación previa fue con el regreso de los evacuados, tras la Segunda Guerra Mundial.

TRABAJAR EN GIBRALTAR SIN PASE DIARIO

Las cifras oficiales españolas sobre los trabajadores españoles en Gibraltar hasta los años sesenta sólo contabilizan los que entraban con pase diario. A éstos hay que sumar los que residían en Gibraltar, a donde habían accedido con pasaporte vía Tánger, como María Torremocha explicó. Antonio Barros conocía varias personas en esta situación, en los años cincuenta: "Un vecino mío entraba a Gibraltar con pasaporte pasando por Tánger. La familia de su mujer vivía en Gibraltar y una vez dentro no tenía problemas; además él trabajaba en la mecánica de barcos y le era muy fácil encontrar trabajo. Se quedaba tres meses, que era lo que te permitía el pasaporte, venía a La Línea a ver a su familia y se volvía a Gibraltar por Algeciras y Tánger. En el taller donde yo trabajaba también había gente que había entrado por Tánger".

Los últimos años hasta el cierre de la frontera en 1969, el retorno de Gibraltar a La Línea podía hacerse a pie por el paso fronterizo. Una vez cerrada la frontera esto ya no era posible, aunque Antonio Barros anota: "Para ver a su familia en La Línea, había quien salía por el campo neutral y pasaba la alambrada a escondidas por un agujero. La Guardia Civil perseguía a esa gente, pero no siempre les cogían".

Líneas marítimas entre Gibraltar, Algeciras y Tánger

Las líneas marítimas de Algeciras a Gibraltar y de Gibraltar a Tánger tuvieron gran importancia económica y humana durante el siglo XX: Gibraltar dependía de la fuerza laboral española y de la industria del contrabando, y los suministros de fruta y verdura fresca para la colonia venían de Tánger y de España. Además, había muchas familias y amistades transfronterizas entre El Campo de Gibraltar, Tánger y Gibraltar.

Desde 1928, el barco Gibel Dersa comparte la ruta de Gibraltar a Tánger con el Gibel Zerjon y con el Gibel Tarik. La línea marítima Mons Calpe (de Bland Lines Ltd. Gibraltar) se inicia en 1954, coincidiendo con el conflicto diplomático por la visita de la reina de Inglaterra a Gibraltar. Respondía así al aumento de tránsito de trabajadores marroquíes entre Tánger y Gibraltar, y de españoles y gibraltareños que usan Tánger como puente. El barco estuvo operando hasta 1986, un año después de la apertura completa del paso fronterizo entre La Línea y Gibraltar.

En Gibraltar me acogió una tía mía que también trabajaba con el pasaporte, y me buscó trabajo con Sara, una mujer *hebrea* que tenía la panadería Amar (que sigue existiendo, aunque ya no es de ellos)[96]. Sara necesitaba una mujer española para cuidar a su madre, que estaba en una silla de ruedas y había que hacerla todo. Ella tenía *moras* trabajando de sirvientas, pero quería alguien que se entendiera bien con ella y con su madre. Para hacerme un contrato, como ya tenía otras personas trabajando en su casa, expuso que necesitaba alguien que hablase español.

Panadería confitería Amar. Delante, Isabel Álvarez y Francisca Aguilar.

96 La panadería se abrió en 1820. Elaboraba (y aún lo hace) productos según lo establecido por la religión judía, y horneaba para la calle ciertas comidas judías. Sara es sobrina de Omar, que a inicios de los años cuarenta se ofreció a ayudar a Vicente Ricardo para sacarle de España.

En la oficina de trabajo me daban una tarjeta de residencia que debía renovar cada tres. De vez en cuando salía a La Línea, para ver a mis hijos. Yo iba con la ilusión de volver a comer el *queso de pato*, que era como una rueda grande y lo cortaban con un alambre. El *bequi*, la *carne combi*, las salchichas en manteca, la *mantequilla de co* y el *jabón carbónico*, con el que frotábamos a los niños para quitarles la sarna y los granos; todo eso que en La Línea conocíamos de chicos. Pero en las tiendas me dijeron: "Mire usted, de eso ya no tenemos; eso venía cuando Gibraltar era militar".

Sara era soltera y diez años más chica que yo. Era una mujer de carácter y llevaba el negocio ella sola, con veintitantos empleados (su hermano era propietario pero no dirigía). Con ella tuve una buena relación y de confianza. Una vez, la secretaria de la panadería me dijo, "tu señora te llama". Y le dije, "no es mi señora, es Sara; y si es mi señora, también es tuya, porque tú también trabajas para Sara".

Ella tenía muchas amigas, y como iban a su casa yo las conocía. Un día, estando en el Carrefour de La Línea me llamó una joven: "Isabelina, ¿no te acuerdas de mí? Soy Ani, la hija de la amiga de Sara". Nos saludamos y me presentó a sus hijos. Me dio mucha alegría.

Mi marido no quería que yo trabajara

Mi marido tenía preparación para trabajar como contable, pero había mucha gente de Gibraltar que tenía prioridad para ser empleada con este oficio. A Sara le interesaba que él estuviera en Gibraltar, para facilitar mi estancia; por eso le hizo un contrato como panadero. Él trabajaba en la oficina y, cuando venían inspectores, se metía en la panadería.

En cuanto abrieron la frontera, en diciembre de 1982, me vine de Gibraltar con mi marido. En Gibraltar tenía que pagarme la comida, luz, casa y otros gastos, pero conseguí ahorrar ochenta mil pesetas y compré juegos de cama para mis hijos, entre otras cosas. Mi marido dijo que no quería volver a trabajar allí. Yo, que jamás había visto dos mil pesetas juntas, le dije, "si tú no vas a Gibraltar, yo sí".

Sara enseguida se dio cuenta que mi marido estaba malo[97], así que le sugirió: "José, coja una baja de una semana y otra después, hasta que el médico le dé la baja definitiva. Así le queda a usted un paro y una jubilación". Pero él

97 Se trataba del inicio de una demencia.

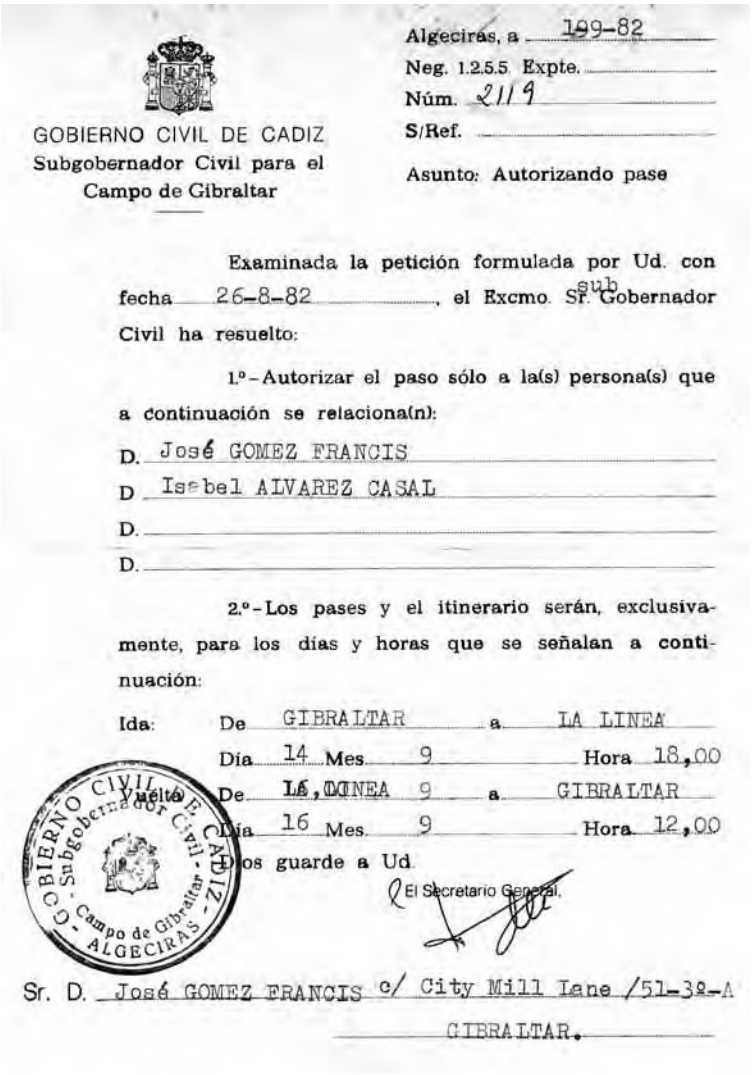
no aceptaba que una mujer le mandase. Dejó el trabajo con 52 años y no tuvo paro.

Como ya habían abierto la frontera, yo entraba y salía a diario, con mi pasaporte. ¡Otra vez unas colas de mujeres en la frontera española...! Y mi marido, que no quería que trabajara allí, me decía, "¡sabe Dios cómo te ganas el dinero!". Algunos días él venía conmigo hasta la puerta de la aduana española, hasta que me fui espabilando y le dije, "no vengas más a acompañarme".

LA APERTURA DE LA FRONTERA ESPAÑOLA CON GIBRALTAR

El 9 de diciembre de 1982 se reguló el tránsito de personas entre España y Gibraltar a través de un puesto de La Línea. Los españoles con pasaporte en vigor y los británicos con residencia legal y efectiva en Gibraltar podían pasar una vez al día en cada sentido. El 21 de diciembre se amplió a las personas originarias de Gibraltar que tuvieran su residencia establecida en El Campo de Gibraltar. El 10 de febrero de 1984 se extendió a los cónyuges, ascendientes y descendientes en primer grado y a otras personas, por razones humanitarias. Y finalmente el 31 de enero de 1985 se reguló el libre tránsito de personas, vehículos y mercancías.

A partir de la apertura de la frontera, Gibraltar empezó a sustituir a la población trabajadora marroquí por la española (que ya tenía cierta presencia), lo que evitaba el problema del alojamiento. Actualmente, sumados a los 30.000 habitantes de Gibraltar hay miles de trabajadores que entran y salen a diario: unos 3.700 trabajadores españoles con contrato, al menos tres mil más sin contrato (algunos textos hablan de 8.000 trabajadores españoles en total), y unos 6.000 trabajadores extranjeros no españoles. Gibraltar era "la única fábrica que hemos tenido en La Línea y que seguimos teniendo", concluye Antonio Casablanca.



GOBIERNO CIVIL DE CADIZ
Subgobernador Civil para el
Campo de Gibraltar

Algeciras, a 1-9-82
Neg. 1.2.5.5 Expte.
Núm. 2119
S/Ref.
Asunto: Autorizando pase

Examinada la petición formulada por Ud. con fecha 26-8-82, el Excmo. Sr. Subgobernador Civil ha resuelto:

1.º - Autorizar el paso sólo a la(s) persona(s) que a continuación se relaciona(n):

D. José GOMEZ FRANCIS
D Isabel ALVAREZ CASAL
D.
D.

2.º - Los pases y el itinerario serán, exclusivamente, para los días y horas que se señalan a continuación:

Ida: De GIBRALTAR a LA LINEA
Día 14 Mes 9 Hora 18,00
Vuelta De LA LINEA 9 a GIBRALTAR
Día 16 Mes 9 Hora 12,00

Dios guarde a Ud.

El Secretario General.

GOBIERNO CIVIL DE CADIZ - Subgobernador Civil - Campo de Gibraltar - ALGECIRAS

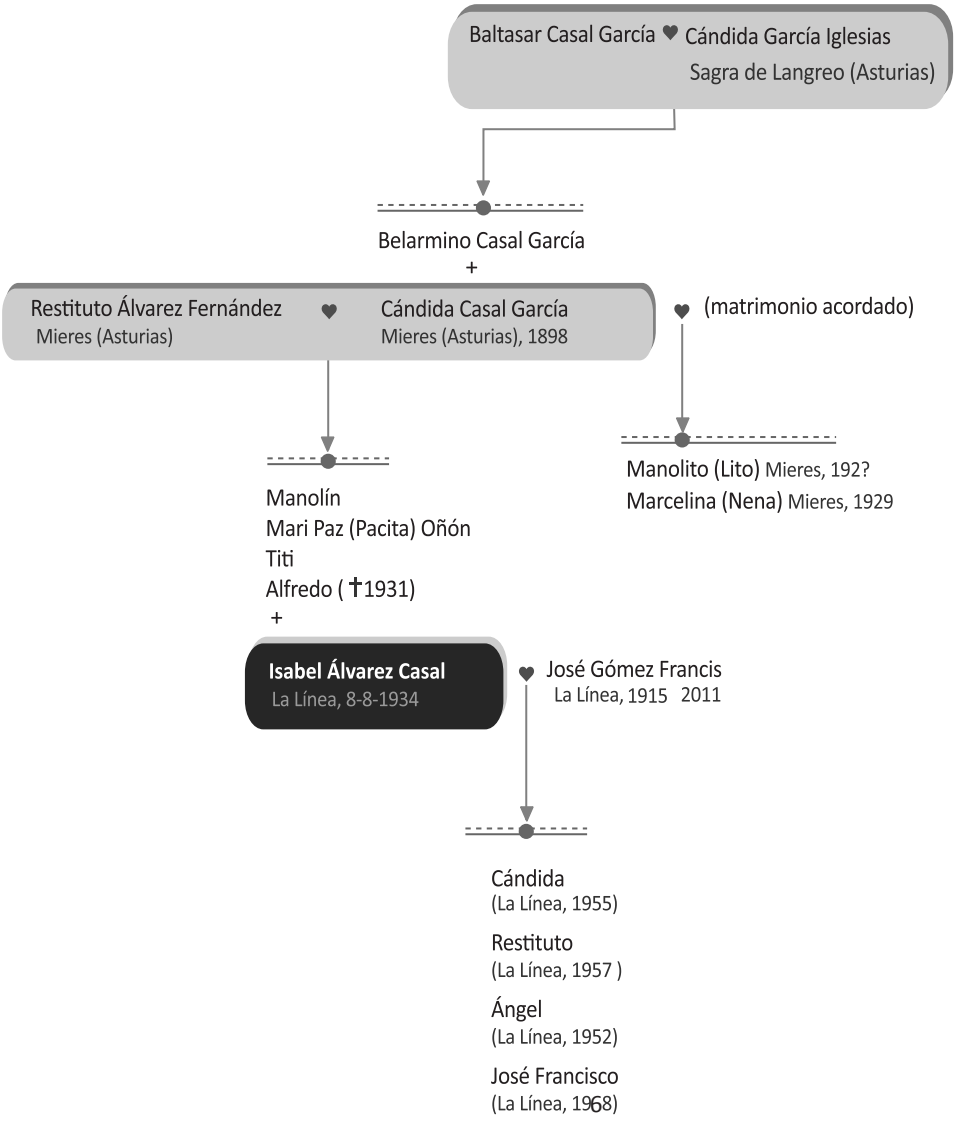
Sr. D. José GOMEZ FRANCIS c/ City Mill Lane /51-3º-A
GIBRALTAR.

Permiso especial que mi marido y yo tramitamos en agosto de 1982 en el Gobierno Civil de Cádiz, cuando vivíamos en Gibraltar, para pasar a La Línea y regresar al cabo de dos días. Aún no estaba regulado el paso fronterizo.

Yo trabajaba todas las horas que podía para cobrar más. Si trabajaba ochenta horas ganaba ochenta libras, pero salía a las seis o siete de la mañana, dejando la comida y la casa preparadas. Mi hijo menor lo pasó muy mal en estos años. Yo llegaba a mi casa y mi marido no había hecho nada. Andaba por ahí y lo mismo se caía y lo tenían por borracho. Cuando entendí que era momento de dejar de trabajar me quedé con él en la casa. Quince años estuvo malo; murió con 67 años. Yo muchas veces miro sus fotos, ¡y me da una angustia...!

Hablé con Sara y ella me dio el despido, luego arreglé el paro y me seguí pagando la Seguridad Social. Cobro una paga de 135 libras al mes por los once años que trabajé en Gibraltar (en España, si no tenías quince años cotizados no cobrabas nada). Como yo era residente en Gibraltar, cobraba más cantidad, pero no caí en esto y dejé de renovar la residencia, así que me bajaron la paga. Cada seis meses voy a Gibraltar y recojo las seis pagas juntas; porque si voy cada mes, entre chocolate y chucherías para los nietos, y un cartón de tabaco para mi hija, me lo gasto todo.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE ISABEL ÁLVAREZ CASAL



ANTONIO BARROS CAMPOY

9

Mi hermano era desaparecido

Me llamo Antonio Barros Campoy y nací en 1932. Algunos amigos de mi generación están escribiendo sus recuerdos, y quizá por eso me he sumado a la saludable costumbre de la vejez de hacer memoria y de repasar lo que uno ha sido. Tanto es así que hasta me he atrevido a encaramarme de nuevo a las escaleras, para darle una manita de escayola y pintura al techo de la entradilla. Esta arriesgada pirueta física es también un ejercicio de memoria: subir escaleras y trajinar en los andamios es lo que he hecho siempre.

Yo nací en Motril (Granada), pero me vine con cuarenta días a aquí. Mi padre, José Barros Martín, era carpintero y vino a buscar trabajo a La Línea. Le hicieron unas pruebas como carpintero y se empleó en Gibraltar con los militares. Uno de los tíos de Ramón Carlín, casado con una prima de mi madre, fue quien propuso a mis padres que se vinieran y nos dio una pequeña seguridad. Vivimos primero en su mismo patio, donde mis padres cogieron dos partidos, porque éramos muchos. En La Línea nació una hermana chica, que murió con siete años, de una infección.

Cuando empezó la guerra de 1936, mi hermano mayor, José María, tenía 15 ó 16 años y trabajaba en el Hotel Ceci, en la calle Real de Gibraltar. Mi padre había sido militar en el ejército durante la Segunda República, hasta que lo expulsaron por una pelea. Con las ideas de mi padre y las de mi hermano, arrastraron a quince o dieciséis personas, que salieron por Gibraltar a Tánger junto a mi hermano para ir a luchar a zona republicana. ¡La cuestión es que mi padre se quedó aquí!

Cuando reaccionó, mi padre fue hasta Tánger, para buscarlo en el centro desde donde partían para Valencia y a los frentes. Pero su hijo ya había salido. Lo segundo que hizo fue venir a la Delegación del Gobierno en La Línea para informar de la desaparición de su hijo. De esta forma aseguraba su situación, dada la época que vivía, porque él fue muy perseguido por sus ideas.

Mi hermano, José María Barros Campoy, desaparecido en la Guerra Civil.

En mi casa nada más que se recibió una carta de mi hermano, escrita con tinta roja desde un hospital de Figueras (frontera con Francia) diciendo que había sido herido en un río. Mi madre escribió a la Cruz Roja Internacional preguntando por él, pero nada; y mi padre no quiso mover más. Durante un tiempo, se sintió responsable de su desaparición, y mi madre se lo reprochaba cuando se hablaba de ello. Después venía gente vividora a mi casa, que se aprovechaba de las circunstancias diciendo que le habían visto en México y habían estado con él. Entonces

mi madre sacaba dos cafés y no sabía qué más ponerles, para que le contaran cosas de su hijo.

DESAPARICIÓN Y DUELO INCONCLUSO

La familia de Francisca Aguilar nunca tuvo confirmación de la muerte de José, su hermano, por lo que se considera desaparecido. Tres hermanos de Remedios Oncina también desaparecieron durante la guerra. Aunque vestida de luto, la cuñada de Francisca Aguilar regresó de Málaga sin confirmar la muerte de su marido; su madre acudió a videntes para buscar información, y su hermano se incorporó al frente en zona republicana, para buscarlo. La necesidad humana de materializar el duelo se traduce en el afán de saber del ser querido desaparecido, y esto impulsa a creer en lo menos fundado.

Cuando Vicente Ricardo tenía 16 años y estaba en el frente de guerra, decidió dejar de comunicar su paradero, de modo que si moría lo dieran por desaparecido y vivieran con la ilusión de hallarle; pero un duelo inconcluso no es menos traumático que el duelo por una muerte constatada. Su madre fue a buscarle, viajando a zona republicana a través de Gibraltar; arriesgada decisión que también tomaron el padre de Antonio Barros, el hermano de Francisca Aguilar y muchas familias separadas por las circunstancias.

La familia de Antonio Barros guarda su última carta, Francisca Aguilar conserva una guitarra y una caja de pastillas suya, además de algunas fotos. Los objetos personales adquieren un sentido especial por dejar constancia de la represión y el sufrimiento, y se convierten en verdaderos portadores de memoria. Esto es más necesario en la desaparición de un ser querido, para ayudar a materializar el duelo.

El sentimiento de culpa o la búsqueda de responsables en el entorno cercano surgen ante la impunidad de los verdaderos responsables, y cuando no es posible conocer la verdad ni reclamar justicia.

La represión se vale del mismo dolor de los familiares del desaparecido para agrandar su herida: incide en la existencia del desaparecido para justificar la negación de derechos, no reconoce la paternidad del hijo nacido tras la desaparición (como sucedió a la cuñada de Francisca Aguilar, esposa del desaparecido) y reduce las posibilidades laborales negando el pase de acceso a Gibraltar o impidiendo elegir destino en el servicio militar, como relatará Antonio Barros.

Por cualquier cosa lo metían en la cárcel

Recuerdo que cuando la guerra, en la plaza de la Iglesia de La Colonia había personas que de forma voluntaria recogían vidrios, botellas, hierros y chatarra, las amontonaban y de vez en cuando venía un camión a recogerlo, para usarlo en la fabricación de las bombas. Esto lo organizaba un vecino que era de la Falange.

En La Línea, los niños se hacían cometas. Acostumbraban a poner una cañita con una cuchilla en la cola de la cometa, y se retaban a cortar el hilo de la otra cometa, que salía volando. Hacia 1940, mi hermano Vicente cortó la cometa de un hijo de Fortuoso, un falangista muy conocido. Fortuoso, que era alto y fuerte, se llegó a nuestro patio vestido de *falange*, preguntando a mi madre quién le había cortado la cometa a su hijo (él ya sabía que era mi hermano). Y gritaba desde la puerta, "¡Saca al niño!" y mi madre le respondía, "¡Entra tú a por él!". Ella lo pasó mal. En una habitación tenía mi padre un taller con las herramientas de carpintería, y mi madre nos contaba después: "¡Llega a entrar y me lo cargo con una herramienta!". Al día siguiente vinieron buscando a mi padre para llevarlo detenido. Así actuaba la Falange después de la guerra.

En mi casa había unos libros anarquistas que mi padre había traído de Motril. Uno se titulaba: "El pan al alcance de todos". Al acabar la guerra, algunos de esos libros y dos revólveres que mi padre conservaba, tuvimos que tirarlos a una alcantarilla. Fue una situación muy complicada y no sé ni cómo explicarlo. Mi madre me llevó con ella para disimular, porque estaban los carabineros vigilando en la carretera de arriba. Los llevó escondidos en un delantal de color blanco y negro; lo recuerdo perfectamente.

Mi madre, María Campoy Fernández.

Mi padre, José Barros Martín.

Estuvo un día mi padre charlando sobre cohetes y petardos en un bar, y un oportunista que había allí dio conocimiento: otra vez se lo llevaron a la cárcel. Como era de un pensamiento diferente en aquel entonces, por cualquier cosa lo metían. Si uno era atrevido y decía algo, o le llevaban a la cárcel o se vengaban a través de su trabajo. Mi gente teníamos miedo; no se fiaba uno de nadie a consecuencia de la dictadura. Ese temor y ese reservarse algunas cosas todavía existe.

Iban mis hermanos mayores a llevarle un colchón a la cárcel; y les decían que ese colchón estaba ya muy visto. El director de la cárcel de La Línea se llamaba don José Chacón y tenía un bigote muy grande; eso se me quedó grabado. En ese tiempo se contaba que en las cárceles se moría la gente del "piojo verde". En cierta ocasión lo iban a llevar a la cárcel de Ronda y en casa estábamos revolucionados, porque sabíamos que podía entrarle la enfermedad esa[99].

Mi padre tenía mucha relación con un teniente coronel del ejército, porque los hijos iban mucho a mi casa, y mi padre le hacía trabajos de carpintería y no le cobraba. Esto no era de extrañar, en esa época. Mi madre habló con este teniente, él fue a la cárcel de La Línea y en pocos días lo dejaron libre. Más de una vez lo sacó de la cárcel.

REPRESIÓN POLÍTICA EN LA LÍNEA: MARGINACIÓN LABORAL Y CRIMINALIZACIÓN

El estrechamiento de la red social y laboral era una vía de represión sobre quienes habían vivido en zona republicana durante la guerra o que habían tenido relación con las instituciones del gobierno republicano (considerados "rojos"). En La Línea, la represión se concretó en negar las posibilidades de trabajo en Gibraltar y en la criminalización a través de varios estigmas entrelazados entre sí.

Negación del pase de acceso a Gibraltar

Durante los primeros años de guerra y posguerra se les negó o retiró el pase a Gibraltar. Así sucedió al padre de Francisca Aguilar y a ella misma, al padre de Maruja Gil y al de Antonio Casablanca, a Vicente Ricardo, a María Serra, a su marido y al de Isabel Álvarez, que detalla: "Te preguntaban, ¿tu padre está en la *zona roja*? Y no te lo daban, o te

99 El llamado *piojo verde* transmitía con facilidad el tifus exantemático.

lo quitaban. Como su padre había huido a Casablanca y pensaban que estaba en la zona *roja*, no le dieron el pase. Y por cualquier situación en la familia que no veían bien te quitaban el pase de visita semanal". Las frecuentes detenciones y requerimientos policiales que sufrió el padre de Antonio Barros se ubican en esta misma estrategia; por eso él dice que "se vengaban a través de su trabajo". Manuel Gil describe a los afectados como "la generación del silencio y la *gandinga*, los que nos castigaban retirándonos el pase para trabajar en Gibraltar".

Represión y estraperlo

Muchas familias arrastraron durante décadas el estigma de ser "rojas". Con ello, aparte de la pérdida o exilio de familiares, y de la expropiación de casas o propiedades, vieron cerrarse sus posibilidades de trabajo, cobijo, alimento y apoyos sociales. En un contexto de escasez, enfermedad y hambre, estás formas de represión toman una dimensión cruel. No es extraño, por tanto, que muchos recurrieran a trabajos marginales, entre ellos el estraperlo (opción de muchas otras familias en difícil situación). El matuteo fue la salida de emergencia de muchas mujeres consideradas de izquierda y que eran viudas, huérfanas o separadas, como Pepa Acosta, la madre y hermana mayor de Nicolás Calvo, Francisca Barroso y María Montedeoca (cuya historia recogió José Salguero en 2007). Eusebio Medina constata el recurso al estraperlo por las viudas de guerra en La Raya, entre España y Portugal (Eusebio Medina, 2001).

La criminalización a través de los estigmas

Una vez que el portador de la etiqueta de "rojo" es marginado socialmente, puede fácilmente ser acusado de otros delitos sociales (ser "contrabandista" o ser "mala mujer") sin más prueba que la propia etiqueta impuesta. A su vez, quien trabaja en el contrabando o apoya a éstos puede ser relacionado con la izquierda. Varias décadas después, cuesta hablar de estos hechos. Aunque conscientes de que esas etiquetas negativas eran impuestas, y sabiendo los motivos de sus decisiones, es una herida abierta que a muchos les provoca el llanto. Y aún se percibe en su comunidad el eco de la criminalización.

Repartían dinero a las familias de refugiados

Algunos refugiados españoles que trabajaban en Gibraltar, cambiaban libras a pesetas en el mercado negro, para hacerlo llegar a sus familiares en La Línea. Otros trabajadores que vivían en La Línea, recogían este dinero y lo sacaban de Gibraltar escondido, pues estaba prohibido pasar más de cierta cantidad. Mi padre era uno de ellos. Como era carpintero, pasaba rollitos de billetes en los puños de los formones y de las gubias: colocaba las herramientas con el puño hacia abajo y los cortes para arriba, sabiendo que al carabinero le daba respeto el filo y no metía mano allí.

Lata de *carne combi*.Imagen tomada de la web www.esacademic.com.

También cogía latas de *carne combi*, quitaba con cuidado la etiqueta (que era una faja), hacía un corte a la altura de la etiqueta (para no tocar la tira de apertura), sacaba la carne, limpiaba la lata y la llenaba de dinero. Como la carne pesaba más que el dinero, para no despertar sospecha fijaba en el interior unas chapitas de plomo. Luego soldaba la lata y pegaba de nuevo la etiqueta. En estas latas mi madre mandaba cigarros a mi hermano, cuando servía en San Fernando. Y las acompañaba de una cartita donde decía, "espero que te aproveche la *carne combi*".

Los fines de semana, de noche y a escondidas, mis hermanos mayores se dedicaban a llevar este dinero a las familias de los refugiados. Había uno que robaba de noche, a quien llamaban El Tío del Capote; como mis hermanos con el mal tiempo llevaban también un capote negro, mi madre les prevenía, "¡tened cuidado, que os confunden con El Tío del Capote y os dan un palo!".

Mi hermano Manuel.

Mi hermano Vicente.

En el año 1969, Franco dio una amnistía para que pudieran venir los republicanos exiliados, y muchos que estaban en Gibraltar regresaron[100]. Otros tenían miedo de volver, o decidieron quedarse porque, con el paso de los años, se habían distanciado de la familia en La Línea o se habían casado en Gibraltar.

100 El decreto ley del 31 de marzo de 1969 declaraba prescritos todos los delitos cometidos antes del 1 de abril de 1939, fecha del fin de la guerra.

Los patios eran una maravilla

En La Línea había cientos de patios y la gente se conocía. Aunque se pelearan entre vecinos, se enteraban de quién no podía poner el puchero y le pasaban un platito. Y se ayudaba a los mayores. En mi patio había una señora que había perdido la cabeza y todos los niños estábamos pendientes de ella: "¡Que la señora Carmen va a cruzar la carretera!". Y las mujeres del patio salían a por la señora.

Por la mañana, se ponía el puchero en el infiernillo o anafe, con un poco de carne de ternera (cuarto y mitad, que se decía), un hueso, tocino y costilla. En mi casa siempre se llevaba la mayor parte mi padre, porque trabajaba fuera de la casa. Patatas fritas y huevo era la comida más difícil que hacían algunas mujeres de mi patio cuando mi madre llegó. Ellas tenían una pila de costumbres gibraltareñas e iban a mi casa a aprender de mi madre. Mucha gente que vinieron de los pueblos de fuera enseñó a guisar a los de aquí.

Llegaban a vivir hasta nueve y diez personas en una habitación. Nos secábamos con un trapo, pues casi ninguna familia tenía una toalla para cada uno. Y aunque no se tuviera mucho, siempre había reservados una sábana, una toallita, una bata o un pijama, y una palanganita para lavarse las manos, por si alguien se ponía malo y venía el médico. En mi patio, una señora que tenía dos hembras y cuatro varones (que trabajan como verduleros y en la construcción) compró una toalla al *ditero*. Y ¿qué hizo para poder pagarle? Le cobraba una perra gorda a cada hijo que se secara con la toalla.

Mi padre compró una maquinilla y nos pelaba a todos; él tenía mucha habilidad para esas cosas. Por allí vivía un sargento que tenía *unos pocos* de chiquillos, y la madre estaba pendiente de cuándo cogía la maquinilla mi padre, para mandar a sus chiquillos a la cola. Cuando teníamos las anginas inflamadas, mi padre nos ponía en fila, nos echaba para abajo la lengua con una cuchara y nos daba unos toquecitos con un guisopito (un algodón y un palito) mojado en glicerina yodada. Después, un porrazo en la cabeza: "¡a jugar!". Si enfermábamos, nos daban un frote de aguarrás o trementina y tomábamos baños de vapor de hojas de eucalipto, tapados con una manta.

Siendo muy niño, mi madre me apuntó a una escuela privada. Tenía que llevar cada uno su banquito, y mi padre me lo hizo de madera. Unas semanas después me llevaron con un hombre que vivía en nuestro mismo patio: se llamaba don José Amusco y había venido de la zona *roja*. Él estaba necesitado y entre todos los vecinos del patio le apoyábamos. Mi madre le pagaba con tabaco y cosas de Gibraltar.

En mi patio había unos veinticinco o treinta vecinos, y todos tenían niños que íbamos a esa escuela. Era una habitación de su propia casa, donde puso

una pizarra que, por cierto, se la hizo mi padre. No había hora para entrar; era un modo de tenernos recogidos. Por eso pienso que los patios son maravillosos. Yo me acuerdo que cuando acababa la clase, mostraba un dibujo de un lobo y empezaba a cantar, "¿Quién teme al lobo feroz?", ¡y ya salíamos corriendo todos los chiquillos! Son cosas entrañables.

Entré en la Escuela Nacional a los cinco años. Mi padre nos hacía las pizarritas para escribir con pizarras que había en muchos techos de Gibraltar, poniéndoles un marquito de madera. En cada clase teníamos la fotografía de Franco y la de Primo de Rivera. Al entrar había que decir, "Ave María Purísima", y el maestro contestaba, "Sin pecado concebida"; y en el recreo, lo primero que hacíamos era cantar el "Cara al sol" con el brazo en alto[101]. Cambiaban mucho de maestro, cada uno enseñaba diferente y la clase se convertía en un molinillo. Yo sé todas las canciones del franquismo; sin embargo, de las cuatro reglas no salí, y torpemente.

Recuerdo con cariño a mi primer maestro, don Diego. Todos los sábados jugábamos un partido de fútbol entre los compañeros del colegio y mi equipo solía ganar. Uno de los sábados no pude asistir y perdimos. Mis compañeros dijeron que fue por haber faltado y yo, molesto, el sábado siguiente me negué a jugar. El lunes don Diego me subió a un taburete y dio una charla sobre la soberbia. Esa enseñanza me marcó para siempre.

Cierto día, un maestro nos dio una lección sobre el pan, mientras mostraba en alto un *bollito* de los que él traía para desayunar. En ese tiempo, nosotros no podíamos comer aquel pan tan blanco y tan bonito. Mientras contaba sobre la harina, la masa y el horneado, todos mirábamos con apetito el *bollito* que ostentaba. Acabada la clase, lo dejó sobre la mesa y salimos al recreo. Al regreso, el *bollo* había desaparecido. Dos hermanos conocidos como los Zagales, que habrían venido de un pueblecillo cercano, se lo habían repartido.

LA ENSEÑANZA EN LA LÍNEA

Escuelas de balde

Teresa Almagro y Francisca Aguilar asistieron durante la Segunda República a una escuela de balde (pública y gratuita). Los cuatro Grupos Escolares de balde (Velada, Santiago, Playa y Buenos Aires, que suponían

101 José Antonio Primo de Rivera fue fundador y líder de Falange Española, partido fascista usado por Franco como referente ideológico y de gestión. El "Cara al sol" es el himno de este partido, y el brazo en alto, el saludo fascista.

32 aulas) fueron construidos en este tiempo y no se ampliaron hasta el año 1951. José Luis Rodríguez calcula: "En el año 54 había unas cuarenta y tantas unidades de escuelas de balde en La Línea. Era una población de setenta y tantos mil habitantes censados, más una cantidad considerable no censada; la ratio de una escuela era una unidad por cada 250 habitantes, así que debía de haber unas 280 unidades escolares. Miles de niños no tenían atención escolar pública".

Vicenta López y Antonio Barros asistieron brevemente a una escuela pública en los años cuarenta, donde dicen que no aprendieron mucho. Antonio Casablanca subraya que los profesores titulados "tenían un sueldo tan mísero, que lo que menos hacían era dedicarse a la docencia. De ahí el dicho popular, tiene más hambre que un maestro de escuela. Y de los niños que eran casi analfabetos se decía que habían estado en la escuela de balde".

Escuelas religiosas

El padre de Mercedes Puertas nació en el año 1917, y en los años veinte estudiaba en una escuela católica privada en Gibraltar, de los *Christian Brothers*, donde aprendió inglés. "Eso no lo podía hacer la mayoría de la gente", incide Mercedes.

Escuelas particulares

Miguel Mougán afirma que en las barriadas de La Línea había muchas escuelas particulares; y que éstas mantuvieron la cultura de La Línea. José Luis Rodríguez añade: "En una familia con varios hijos, si los padres y los hijos mayores se dedicaban, por ejemplo, a llevar café a la Estación de San Roque, les interesaba dejar a los niños pequeños en la escuela, para que estuvieran recogidos". Tanto Antonio Barros como varios mayores de Tarifa explican que sus padres les llevaban a estas escuelas desde los cuatro o cinco años, porque de ese modo estaban atendidos.

Los protagonistas recuerdan haber conocido a muchos maestros particulares: Don José Amusco (en el patio de Ramón Carlín), Juan González (en la barriada de El Castillo), Manuel Puerta (que huyó para Brasil), don Francisco el Cojo (en La Colonia, que vino de zona republicana con una pierna cortada), Ásquez (en calle San Pedro), don Juan el marido de doña Lola, Manolo el Cojo, Gutiérrez Parra, Manuel Bravo (en la calle Muñoz Molleja), Antonio Losada (en la calle Las Flores), Cipriano del Álamo (en calle Gibraltar), don Emiliano y Pablo Cabezón. José Luis Rodríguez añade los siguientes: Antonio Orozco (en calle San Pedro), Racundo Guerrero

(en calle Padre Perpén), Andrés Vázquez (en la esquina de San Pablo con Granada), Manuel Álvarez (en calle Granada), Marcelino Doce (en calle Andalucía), José Moltó (en calle Cádiz), Moltó el hijo, Ángel Sánchez y Conchita (en calle Oviedo), Antonio Navarro (en calle Colón), Manuel Reyes (en calle Gibraltar), Francisco Morales, Herminia la Altramucera (en calle San Pedro) y C. Gómez de la Mata (en plaza Fariñas).

Unos maestros particulares trabajaban sin formación reconocida. Otros no podían o no querían optar a plazas públicas, por haber tenido relación con la izquierda o con el gobierno republicano hasta 1939 (decían de ellos que "habían venido de zona *roja*"). Manuel Gil Fornell menciona en un relato al maestro Pablo Cabezón, que fue represaliado por ser republicano y se exilió en México (2010). José y Antonia Postigo, familiares de Mercedes Puertas, eran solteros: "En un patio de vecinos tenían una *miga* (escuela privada); él daba clase a los niños y ella a las niñas. José era maestro con titulación, fue arrestado durante la guerra y estuvo en un campo de concentración. Tuvo que estar presentándose en la policía cada semana, hasta el año 63".

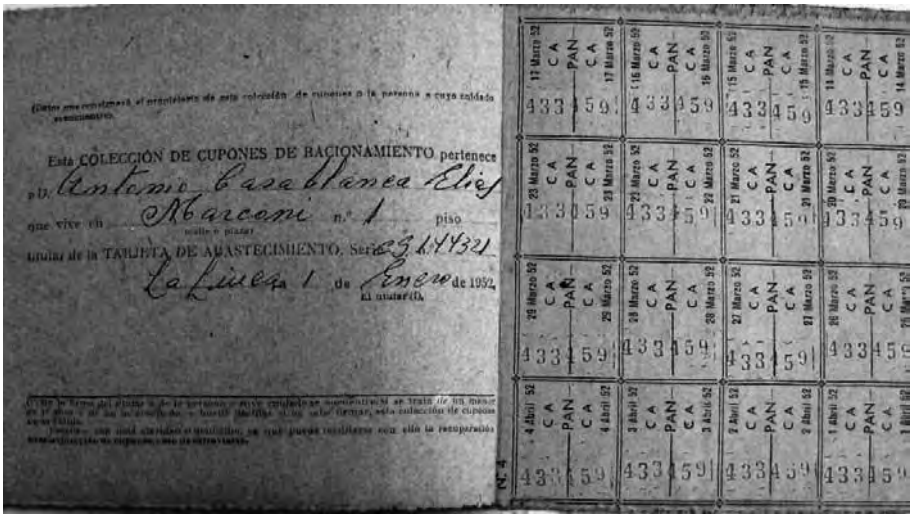
Mi padre compró un terreno en La Línea y empezó a construir una casa. Todos los días después del colegio, yo tenía que llevar tres carros de piedras (con un carrito que me fabricó) y volcarlos en una pila. Mis hermanos y mi padre, junto al albañil (si había dinero para contratarlo) se encargaban de hacer el muro maestro. Si estaba cansado o quería jugar, intentaba engañar a mi padre llevando menos carros. Un día no llevé ninguno y le dije que había traído los tres, y esa vez él supo que era mentira, porque había salpicado con cal todas las piedras de la pila el día anterior y no había piedras sin cal.

Yo tenía ilusión por llevar café

Los niños estábamos esperando que llegaran las madres con el racionamiento para coger el chocolate, ¡que era más malo...! Venía a veces hasta con gusanillos. El pan de maíz era de harina de maíz con la cáscara, que te hería la boca. Yo no podía cortarlo, porque se desboronaba todo. Mi hermano Vicente tenía una gran habilidad y sacaba la rebanada entera[102].

102 Desde 1940 llegaron a España varias donaciones de maíz. El pan elaborado con harina de maíz requiere más amasado y fermentado que el de trigo, y por eso se suele mezclar con otras harinas. Si no es así, el resultado es el descrito por Antonio Barros.

Portada de una cartilla de racionamiento de La Línea.



Interior de la cartilla de racionamiento de Antonio Casablanca, de 1952.

Las colas eran muy frecuentes, también para el carbón. En las carbonerías mojaban el carbón para que pesase más; con eso han ganado mucho los carboneros. En La Colonia había una carbonería, a donde traían el carbón del campo en carros o camiones cargados de seras. Todo el mundo se ponía en la cola con un cestito, para coger dos o tres kilos de carbón. Un día estaba mi madre en la cola y empezaron algunas mujeres: "¡No la despaches, que es

roja!". Entonces el carbonero salió afuera y, sin esperar a que fuera su turno, cogió el saquito de mi madre y le echó los tres kilos de carbón. ¡Eso era algo muy comprometido para aquellos tiempos!

En mi casa sólo mis padres tenían colchón de lana. Había colchón de *vegetal*: la palma del palmito se deja secar y se corta en tiritas. Otros eran de la panocha del maíz o sayo, de *borra* (restos de lana de poco valor) o de trocitos de corcho. Mi padre hacía jabón azul con sosa. Le echaba polvos de talco para endurecerlo y azulejo, para que salieran trozos de colores. Venga a mover y remover, y cuando cuajaba se echaba en un cajón y se cortaba. Le puso el sellito del abanico, que se lo fabricó él mismo, y mi hermano lo vendía en las tiendas de La Línea como si fuera jabón de Gibraltar[103].

En la época de racionamiento en Gibraltar, tras la Segunda Guerra Mundial, por la aduana nada más te dejaban pasar un pan. Los *panes de lata* se hacían en unos moldes cuadrados de lata, de tres en tres. Como éramos siete en la casa, mi padre prensaba los tres panes con el tornillo de la carpintería y hacía uno. Yo me acuerdo que después mi madre intentaba estirar el pan todo lo que podía.

Yo iba al cine gracias a las cerraduras viejas de Gibraltar que mi padre traía, tras quitarlas de las puertas. Cogía el resbalón y la llave, y con la venta del metal me pagaba la entrada. Unas cerraduras estaban más viejas y otras menos, porque en Gibraltar tenían un presupuesto fuerte que había que agotar y justificar, y las cosas tenían un tiempo de uso (dos años, cuatro...). Aunque estuvieran bien las renovaban, y muchas veces las tiraban directamente a la basura.

Yo tenía una ilusión grande por llevar café a la Estación de San Roque. Todos los chiquillos de La Colonia iban andando campo a través hacia la Estación tan contentos, con los macutillos o *pacotas* que hacían para ese fin. Yo estaba loco por ir, pero mi padre no me dejaba. El café se llevaba en sacos de tres, cuatro o cinco kilos, y al llegar a la Estación de San Roque lo vendían. Los que venían de los pueblos de Cádiz y Málaga a la Estación se llevaban el café y traían chorizo, morcilla, o productos de estraperlo como garbanzos, aceite... cosas que aquí escaseaban, que se vendían o se intercambiaban por el café.

Antes de pagarles el café en la Estación, lo pesaban en una romana. Había quien llevaba un poco de plomo con un ganchito: en el momento de pesarlo lo colgaba en el saco para aumentar el peso del café. Al quitar de la romana el saco cubría el plomo con la mano, lo retiraba y se lo guardaba en el bolsillo. Cosas de niños.

---

103 El Abanico era una conocida marca de jabón que se vendía en Gibraltar.

A un vecino mío que era un chiquillo le dispararon los policías en la Estación y lo mataron. Lo que llevaba era un macuto con unos kilos de café. Era hijo de Manuela y hermanastro de Miguel Quiñones. Otros murieron ahogados cruzando el río. Tragedias como ésta pasaron muchas.

EL ESTRAPERLO DE CAFÉ

José Luis Rodríguez explica que los estraperlistas de café iban temprano a las casas de La Línea donde se vendía el café de Gibraltar, compraban según el dinero que disponían y lo llevaban a la Estación de San Roque en mochilas: "Para hacer una mochila o *pacota* de café, se llena un saco con el peso que se pueda soportar; se amarra por arriba una cuerda doblada, y los dos extremos se atan a las esquinas inferiores, formando las correas. En la Estación lo vendían, y otra vez para La Línea. A veces hacían hasta tres y cuatro viajes por aquellas veredas, con las alpargatas llenas de barro en los días de lluvia, y el sol abrasador en el verano. Y la Guardia Civil los hacía correr cada vez que los veía. Otros vecinos lo traían desde Gibraltar. Los problemas se creaban cuando no dejaban salir por la aduana, si se ponía difícil el camino o si no dejaban embarcar en la Estación. Si la aduana estaba mala, los precios de los productos subían, no podían comprar toda la carga y tenían que multiplicar el número de viajes".

En el blog "La vida de un jubilado", Fernando Sevilla describe de forma cruda su experiencia de trabajo en el contrabando de café y de tabaco en esta comarca. Optó por este trabajo cuando tenía diez años y hasta los dieciséis, para poder pagar la penicilina que su madre necesitaba. Menciona la constante necesidad de esconderse, los apoyos entre los contrabandistas y las dificultades para recuperar los cadáveres de adultos o niños tiroteados por la Guardia Civil, y para enterrarlos dignamente (ver Fernando Sevilla, 2011).

La suegra de María Torremocha y las hermanas de su marido tuvieron que hacer estraperlo de café, y unos familiares de Francisca Aguilar también. Había quien lo guardaba en cajones en su patio o en su barraca, como Francisca Aguilar y una cuñada de Maruja Gil: "Era un trapicheo normal en aquella época. Empezó como un favor, y después le pagaban por tenerlo. Entonces le dieron una romana, y venía la gente con saquitos, para llenarlos de café una vez pesado. ¡A mí me daba un

miedo...! Llegó una altura que ella estaba muy asustada y, como mi cuñado se había colocado en las obras de los túneles dijo, esto se ha acabado".

Mucha gente se enriqueció

Cuando éramos niños, nos poníamos a jugar a la pelota en el límite de La Línea con San Roque, en un llano cercano a La Bola de Oro, un restaurante (o sala de fiestas o cabaré, como se quisiera llamar) donde venía gente de Madrid, Barcelona y Málaga. Decían que eran militares de alto rango, y allí mismo llenaban sus coches con tabaco y muchos otros productos de contrabando. Entonces, sólo la gente de dinero podía tener un coche. A veces entrábamos a jugar a la misma nave donde esta gente cargaba los coches. El dueño del local nos quitaba de en medio: "¡Niños, fuera de aquí!".

El sacerdote Justo Martínez de Serdio denunció el abandono de la ciudad, en contraste con el interés en **el contrabando de altos cargos y negociantes**: "A La Línea solamente se la recuerda para venir a ella en coches oficiales o particulares, y sacar a través de ella para otras regiones de España los productos extranjeros que en La Línea ni se consumen siquiera". Y después, aludiendo a la represión del pequeño contrabando, se pregunta: "El alto contrabando que se realiza en coches por acá o por allá, ese con el poder del dinero en sus manos, ¿será suprimido?".

Vicente Ricardo habló del contrabando que un cargo militar se llevaba desde una tienda de Gibraltar y Francisca Aguilar fue testigo de esta forma de contrabando, tanto en Gibraltar como en La Línea. Antonio Sotillo conoció esta situación a través de familiares que trabajaban en la aduana: "Venían de Madrid altos personajes; los acompañaban a Gibraltar y se traían el coche llenito del contrabando que les interesaba".

En los coches se llevaban también unos cristalitos muy chicos, como pastillitas, de *azucarina* (sacarina) para endulzar el café. Para España entera, Gibraltar era foco de distribución de sacarina.

EL CONTRABANDO DE SACARINA

La sacarina se sintetizó por primera vez a finales del siglo XIX y poco después se comercializó. Su uso se extendería tras las dos guerras mundiales, en que escaseaba el azúcar, pero la competencia comercial condujo a su prohibición y por lo tanto a su contrabando lucrativo, apoyado en falacias médicas de interés político (ver estudio de Jordi Vallverdú, publicado en 2005). Desde los años veinte aparecen en prensa noticias sobre el contrabando de sacarina por zonas fronterizas (Portugal, Gibraltar o Francia). Los informes de la Guardia Civil en los años sesenta sobre lanchas apresadas con contrabando de Gibraltar, citan la sacarina como una de las cargas principales, después del tabaco y las bebidas alcohólicas (Antonio Figueruelo, 1968; Velarde Fuentes, 1970).

Juan Cabrera, de Bornos (Cádiz), explica en un blog su experiencia en el contrabando, en los años cuarenta a sesenta: "La sacarina, pastillas edulcorantes o pastillas del café, como también se les llamaba, era traída de La Línea o de la Estación de San Roque. Venían en latas de un kilo y eran como trocitos de cristal. Al igual que la penicilina y las pastillas Roter (para las úlceras de estómago), su transporte y comercialización era muy arriesgado por estar fuertemente sancionado. Dependiendo de la cantidad aprehendida podía suponer pena de cárcel, por lo que sólo se servía en compromisos importantes" (Juan Cabrera, 2009). Juan Lobato, de Los Barrios, recuerda que en los años treinta usaban pastillas de sacarina para endulzar la achicoria (sucedáneo del café). Y en los años cuarenta, Pepa Acosta compraba en Los Barrios sacarina de contrabando y la vendía en Olvera (Cádiz).

Los consumos o arbitrios controlaban lo que entraba en La Línea, como en una aduana. En la Avenida España había uno, en la carretera del cementerio otro, y en el Toril un registro de Inspección Fiscal, en el cruce de la carretera Cádiz Málaga con la de San Roque La Línea. Como a la gente les quitaban los productos o les hacían pagar, daban una gran vuelta y se escondían para no pasar por esos controles.

Justo Martínez de Serdio afirmaba que buena parte de los ingresos municipales eran **los arbitrios** de la mercancía que ingleses y gibraltareños consumían en La Línea, o bien llevaban a Gibraltar. Y Francisca Aguilar recitó esta copla: "Santo Cristo del Poder / Tú que tanto poder tienes / quita la Junta de Abastos / que mira cómo nos tiene".

Aquí había varias destilerías donde hacían vino, coñac o aguardiente: Clavero, El Alambique, el de Gavira... Manuel Gavira se dedicaba a traer alcohol de Madrid, con el que hacía el coñac Gabardón, el anís La Hortelana y el vino Mantecoso, que salían para muchos lugares. Camuflaban las barricas de alcohol y pasaban por el consumo de La Línea como otro producto. En La Línea mucha gente se enriqueció.

Estaba prohibido pasar alcohol para Gibraltar. En el taller donde yo trabajaba había un muchacho que no podía estar mucho tiempo sin beber, y en cinco minutos salía de Gibraltar con la moto, compraba en la tienda más cercana y volvía con media botella de coñac.

Después de la Segunda Guerra Mundial, en la bahía dejaron fondeados barcos inútiles que habían sido torpedeados en la guerra. Les decían los pontones y servían de almacén. Había personas que desde El Espigón y desde toda la playa de Poniente traían cajas de coñac Tres Cepas y las metían en un barco de estos[104]. Allí quedaban almacenadas para cuando vinieran los barcos con soldados a Gibraltar, pues ellos las intercambiaban por dinero, tabaco o lo que fuera.

Yo he conocido esto, porque vivía enfrente de la Avenida España. Un señor de La Colonia a quien llamaban el Bandido llevaba el negocio, en acuerdo con los carabineros, que permitían que se almacenara allí el coñac. Los soldados salían de su barco y trepaban por la escala de gato del pontón para hacer el intercambio. Aunque eso era de sobra conocido y permitido por sus jefes, se formaba un verdadero enjambre y parecía un asalto. Para calmar un poco el escándalo, desde el barco de origen apuntaban a los mismos marineros con mangueras de agua a presión.

En Gibraltar no había espacio suficiente para almacenar combustible, alimentos y material, tanto para los habitantes como para los barcos que venían a repostar. Con este fin se usaban **los pontones**, embarcaciones grandes que solían ser viejas y estaban amarradas de firme en el puerto. En estos barcos empleaban a portugueses y gallegos (había varios centenares en La Línea y en Gibraltar). Vicente Ricardo detalla: "Solían vivir en los mismos pontones, y pasaban a Gibraltar de vez en cuando. De noche guardaban el barco y de día descargaban el material que traían las compañías grandes. Comían de lo que pescaban y de las cajas que se rompían; si se veía necesario, se dejaba caer una caja. Aunque ganaban una miseria ahorraban dinero, porque no gastaban. Lo mismo sucedía con quienes trabajaban *embarcados*".

104 Tres Cepas era el coñac menos caro de la posguerra, época en que se popularizó en Andalucía el coñac de etiqueta. En los años sesenta desplazó a otros destilados y Tres Cepas pasó a llamarse Fundador.

Los curas tenían un poder especial

En la iglesia de La Colonia, cuando aún no tenía dieciocho años, yo colaboraba repartiendo queso y leche en polvo a la gente necesitada[105]. Se tomaba la medida de leche con una lata de leche condensada y se iba echando en el recipiente que trajeran. Había mujeres que no traían nada, y en el mismo delantal se la echaba. Un día llegó una señora que tenía una tienda y estaba en buena posición, y delante del padre Junco recogió una lata de queso que pesaba siete *libras*. Yo se la retiré: "Usted no la necesita; esto es para los pobres". ¡Y el cura, al escuchar aquello, me dijo que yo era "un poco *rojo*"!

El padre Junco con un grupo de la parroquia; entre ellos yo (estoy a su izquierda, con gafas oscuras). La foto me la dedicó personalmente.

Aquí, si tu familia quería criarte en una situación más cómoda, casi siempre te guiaban a la iglesia. Los curas mandaban mucho; tenían un poder especial. Aparte de meterte la religión, con ellos se podía aprender algo de cultura y arreglarse bien con otras instituciones. En nuestra familia, mi hermana y yo nos metimos en la iglesia de La Colonia, donde estaba el padre don Vicente Gaona Pacheco.

Vino una comisión de Acción Católica, y nos hicieron apuntarnos a todos los muchachos y muchachas que estábamos colaborando en la parroquia. Nos reuníamos y cantábamos canciones religiosas. Un tal Samir, judío de Gibraltar que tenía un restaurante en Pelayo (Algeciras), se había convertido al catolicismo tras sobrevivir a un accidente. Este hombre venía casi todas las semanas y nos favorecía con regalos. El cura nos decía, "cuando venga Samir, tenéis que vitorearle: ¡¡Viva Samir!!".

105 En 1953 Franco firma un convenio económico con EEUU que durará diez años, a cambio de permitir bases militares en España. Llegan entonces donaciones de leche en polvo y queso (llamado "americano"), que son distribuidas a través de centros religiosos y escolares.

Vicente Gaona Pacheco.

En una ocasión estuvieron unas personas haciendo apostolado por dos o tres semanas. Iban cada noche a cenar a la casa de uno del grupo y les daban una charla. Un día me dijo el cura, "Antonio, y a tu casa, ¿qué?". No sin cierto temor, hablé con mi madre primero, y luego con mi padre. "Si no me van a obligar a rezar o a bendecir la comida, que vengan y que sigan su ruta", respondió mi padre. Me enorgulleció bastante su postura.

Hacia 1953 hice el servicio militar en la Marina. Tras el periodo de instrucción traté de irme al buque escuela Juan Sebastián Elcano. Nos apuntamos dos y nos hicieron un examen de pintura, que como era mi oficio me resultó fácil. Me llamó el capitán Ocaña: "has salido aprobado para el Juan Sebastián Elcano", y prosiguió, "... pero ya tu madre tiene un hijo desaparecido, y tú no vas a ir". Cogió su lápiz de cera, que tenía una punta azul y otra roja, y me tachó de su lista con una línea roja.

Uno de La Línea que gestionaba los informes reservados donde servíamos, me dio la posibilidad de ver el mío. ¡Estaba reflejado todo! Que mi hermano mayor era desaparecido, que mi padre era esto... y que yo pertenecía a Acción Católica. El padre Bueno, que estaba en la Estación de San Roque, mandaba estos informes. Se me ponen los vellos de punta al recordarlo[106].

Cuando estuve en la Marina.

A los de Acción Católica que estábamos haciendo el servicio, el Opus Dei nos metió durante nueve días en una casa de ejercicios espirituales, donde nos exigían empezar por una confesión pública bastante dura: el cura nos preparaba para decir la verdad y contar lo que nadie sabía. Ahora pienso que esto suponía ponernos en las manos del que nos dirigía.

106 En colaboración con los poderes político y militar, durante el franquismo los sacerdotes elaboraban informes de conducta requeridos en la instrucción de procesos judiciales represivos, que podían llevar a la marginación social o a otros tipos de represión de la persona señalada. Además, usaban sus privilegios para resolver problemas selectivamente. Lograban así el acercamiento a la Iglesia de algunas familias beneficiadas, al tiempo que dejaban de lado a muchas otras.

Lo importante era aprender el oficio

Como casi todos de los de mi condición, salí pronto de la escuela, porque entonces las manos de un niño eran iguales a las de un trabajador. En La Línea se educaba a los niños en el colegio hasta los doce o catorce, si se podía. Luego aprendíamos un oficio empleados en un taller: carpintero, mecánico, pintor... Con la idea siempre puesta en buscar la forma de entrar a Gibraltar al cumplir dieciocho años. Aquello lo veíamos como una cosa natural. Mi infancia estuvo dirigida a meterme en Gibraltar. Esa era la mentalidad de la clase nuestra; la clase trabajadora. Y los ricos, con sus negocios y sus cosas.

Estuve de aprendiz de pintor en Campamento con José Gil Carrillo (Pepe el de Ceuta). Mi primer sueldo fue de 7 pesetas a la semana, pero casi nunca lo cobraba, porque mi maestro decía que a él le hacía más falta. De todos modos, lo importante era aprender el oficio. En este tiempo pinté el chalet del médico don Roberto. De merienda, la mujer hacía a sus niños boniatos cocidos, y a mí también me daba, porque yo era un chiquillo como ellos. Yo venía a almorzar a mi casa y Pepe se quedaba en el trabajo. Él me mandaba a su casa, para recoger su comida. Me daba su esposa un portaviandas (fiambrera) blanco de porcelana y yo iba picando alguna cosita por el camino ¡Solía llevar una ensalada de zanahoria más buena...![107]

Yo pinté el techo interior del cine Imperial, que es de corcho sobre una armadura de madera. Se hicieron varias piezas con grecas que encajaban en puzle, pintadas con una plantilla que preparaba un decorador de Sevilla, y se iban subiendo una vez hechas. Cuando el dueño del cine quería consultar algo, me decía, "niño, veta a buscar al decorador". El decorador nunca estaba en la obra; se iba a La Polaca, una casa de prostitución enfrente de la calle Gibraltar, llamada así porque la *madame* era polaca.

Había mucha prostitución, salas de fiestas (El Bombo, El Patio, El Tronio, La Bola de Oro...) y no sé cuántos cabarés. A las diez de la noche, cuando las prostitutas españolas de los cabarés de Gibraltar acababan su trabajo, venían en el último coche que salía antes de que cerraran la frontera[108]. En La Línea tenían su casa y en Gibraltar trabajaban. La gente joven íbamos a estar con ellas al bar España en la Plaza de la Constitución, a donde iban tras pasar la

---

107 Maruja Gil, que es hija de José Gil, añade: "La fiambrera, en casa sigue. Tiene tres departamentos: el de abajo con boquetitos, para poner el carboncito que lo mantiene caliente. El potaje va encima, y después el segundo plato: pescado frito o ensalada de zanahorias".

108 La limitación horaria para pasar a España afectaba a todos los trabajadores y trabajadoras.

frontera, pues pensábamos que eran mejores que las de aquí. Allí tomábamos café, las invitábamos y después cada uno se iba con una que le gustaba. Había que gastarse dinero porque, como venían de Gibraltar, pedían cosas que aquí no era costumbre. María Serra, que tocaba el piano en los cabarés de Gibraltar, venía con ellas.

Hacia 1950, un conocido de mi hermano Vicente me mandó la carta de llamada para trabajar en Gibraltar. Esta carta servía para tener pase, pero no te garantizaba el trabajo. El primer día que pasé la verja encontré trabajo en el taller de pintura de don Manuel Linares. Ahí trabajaba de encargado el hermano de mi maestro en el taller, Paco Gómez García. Cuando Paco llegaba a La Línea, mi maestro me mandaba a hacer *chapuces* con él y teníamos una buena relación.

Cuando la reina de Inglaterra visitó Gibraltar en 1954, a Paco le retiraron el pase inglés durante unos días, porque en los archivos policiales de Gibraltar estaba fichado como de derechas. Igual que en el lado español nos quitaban el pase por diversos motivos, en Gibraltar también tenían sus informes y trataban de controlar; en este caso para evitar conflictos durante la estancia de la reina.

En las obras, a los que destacábamos un poquillo nos ponían a dirigir el trabajo. Una de mis primeras responsabilidades fue en una obra en la *librería* Garrison, donde se escribía La Crónica[109]. Estando allí, el director, *Mister* Raid, que era inglés, me dio la noticia: un avión había cogido a Paco. Era canadiense y había aterrizado de emergencia en el campo de aviación.

En ese tiempo no había barrera sino un semáforo, y avisaban con una sirena. Cuando ésta sonó, ya había gente cruzando el campo de aviación; la mayoría trabajadores que venían a almorzar a La Línea. Paco fue literalmente succionado por los motores de reacción del avión, que lo destrozaron. Sufrí bastante. Recuerdo que estuve viendo sus restos y acudí al funeral. Yo era un chiquillo y de la impresión me salió una enfermedad en la piel. Fue unos de los acontecimientos más desagradables de mi vida[110].

---

109 La Crónica es el diario *The Gibraltar Chronicle*. La *librería* Garrison es la biblioteca Garrison (*The Garrison Library*), creada en 1793 por un coronel y abierta oficialmente en 1804 por el duque de Kent. Se mantiene con fondos privados y fue durante mucho tiempo sede y archivo del diario *The Gibraltar Chronicle.*

110 Tanto la enfermedad de Antonio Barrios tras la muerte de su compañero como la "boca torcida" tras observar los bombardeos, que afectó a Francisca Aguilar, son efectos somáticos inmediatos del trauma. Un ambiente psicosocial adverso (muerte de sus hijos y hermana, y acuciantes problemas económicos) consolidó la diarrea crónica y la psoriasis de la madre de Teresa Almagro.

Bicicletas, coches y peatones, en su mayoría trabajadores españoles en Gibraltar, esperan a que pase un avión ante una pequeña barrera tras la aduana. Años cincuenta del siglo XX. Tomada de http://www.ceuta.com/forosceuta.

Fachada del edificio donde se edita e imprime el periódico La Crónica o *The Gibraltar Chronicle*. En un lateral se sitúa la biblioteca, *The Garrison Library*.

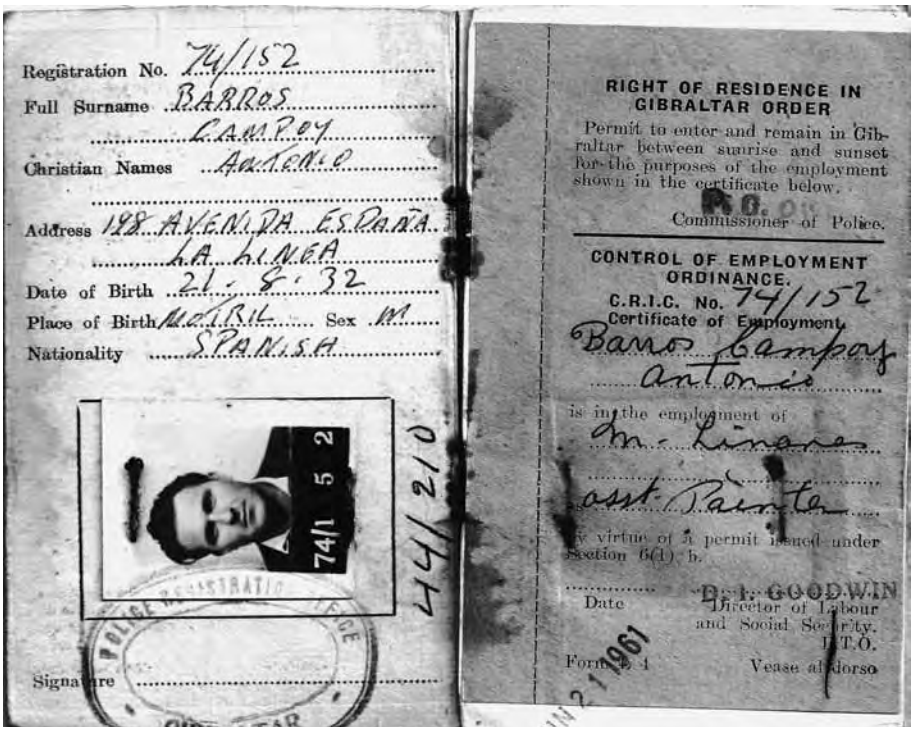
En Gibraltar estuve casi veinte años con la misma empresa, haciendo trabajos en toda clase de lugares. Cuando entré, con 18 años cobraba 3 libras y 15 chelines a la semana, y en el trabajo que dejaba en España cobraba 192 pesetas a la semana (menos de dos libras).

Alguna gente prefería trabajar con *los ingenieros*, en el *arsenal* o en el *City Council* (el Ayuntamiento): se dedicaban menos horas, era un trabajo más fijo, tenían un sueldo regulado y cuando cumplían la edad tenían una *penshi* (una cantidad fija a modo de liquidación o *regalía* por la labor prestada). Otros escogíamos empresas particulares. En mi empresa tenías que hacer por lo menos diez horas, estaba el encargado enfrente vigilando y no teníamos *penshi*, pero ganábamos más.

Nos prestábamos entre los mismos trabajadores

En mi contrato figuré siempre como ayudante de pintor, categoría menor a aquella por la que realmente cobraba. De este modo lo que cambiaba obligatoriamente en el Banco de España era menor que mi salario real. Me asignaron cuatro libras con quince céntimos a la semana como salario formal, y esa cantidad no la subieron en todos los años que trabajé allí. Así funcionaban las cosas. En las empresas particulares hacíamos esto con el consentimiento de

nuestros jefes y de la oficina de trabajo en Gibraltar; los que trabajaban para el gobierno de Gibraltar no podían hacer lo mismo.


Registration No. 74/152
Full Surname BARROS
CAMPOY
Christian Names ANTONIO
Address 128 AVENIDA ESPAÑA
LA LINEA
Date of Birth 21-8-32
Place of Birth MALAGA Sex M
Nationality SPANISH
Signature
74/210
RIGHT OF RESIDENCE IN GIBRALTAR ORDER
Permit to enter and remain in Gibraltar between sunrise and sunset for the purposes of the employment shown in the certificate below.
Commissioner of Police.
CONTROL OF EMPLOYMENT ORDINANCE.
C.R.I.C. No. 74/152
Certificate of Employment
Barros Campoy
Antonio
is in the employment of
M. Linares
asst Painter
By virtue of a permit issued under section 6(1) b.
Date
D. I. GOODWIN
Director of Labour and Social Security.
Form No. 4
Vease al dorso
21 1961

Mi pase inglés, tramitado en 1961. Figura que estoy contratado por M. Linares como ayudante de pintor *(assitant painter*).

El trabajador que tenía necesidad, cambiaba de *estrasperlo* su salario en Gibraltar: así conseguía más pesetas que cambiando en el banco, y la situación en su casa durante tres o cuatro semanas mejoraba. Recuerdo a un compañero muy bueno que era fontanero; pensaba un poco a la ligera y siempre se veía con el agua al cuello. Como tenía seis o siete hijos, cambiaba de *estrasperlo* para llevar más dinero a su casa.

Cuando a esta persona le iba a cumplir el plazo del pase, esas tres o cuatro semanas no figuraban registradas en el *libro de cambio*, porque no había hecho el cambio oficial. Entonces los mismos compañeros de trabajo le prestaban la cantidad de libras equivalente a las semanas que debía, se daba la colecta y el libro a un cambiador, que le canjeaba el libro por otro con un registro correcto. De este modo, el hombre podría renovar su pase y seguir trabajando en Gibraltar.

Luego había que ayudar a los que habían prestado al primero, porque ese mes ellos son ellos los que no habían cambiado en el Banco de España y por

lo tanto el cambio no quedaba reflejado en su libro; era como un intercambio de ayuda mutua. Como las fechas de renovación de cada uno no coincidían, se iban turnando los que cambiaban de *estrasperlo* y los que prestaban para anotar el cambio en el libro.

En el taller donde yo estaba éramos lo menos ochenta entre albañiles, pintores, carpinteros, fontaneros, etcétera, y más de una colecta la hicimos entre todos. Si alguno había tenido gastos extras por enfermedades u otras cosas, también se reunía dinero. Esto se llevaba a cabo en casi todos los talleres.

UN CAMBIO OBLIGATORIO QUE PROMUEVE EL ESTRAPERLO

"Si se cambiaba en el mercado negro, cuando llagaba el momento de presentar el *libro de cambio* completo para poder renovar el pase, un grupo de mafiosos prestaba las libras necesarias y utilizando sus contactos conseguía sellar las hojas del *libro de cambio* que faltaban. El trabajador tenía que pagar esas libras al cambio oficial sumado a un coste brutal en forma de intereses" (adaptado de José Luis Chamizo, 2007). El modo de evitar esos abusos eran los mecanismos de apoyo descritos por Antonio, o bien hacerlo a título individual. Un hermano de Isabel Álvarez cambiaba su salario en Gibraltar para ahorrar dinero, y pasados los seis meses, cuando tenía que renovar el pase, la misma policía de la aduana le cambiaba el libro, en acuerdo con un cambista o prestamista.

Y cuando el salario real era mayor que el oficial, el sobrante no cambiado en el Banco de España bien se cambiaba en la *bolsa negra*, donde podían obtener hasta un treinta por ciento más, o bien servía para comprar *mandaos* o productos de estraperlo y obtener ingresos extra.

Por otra parte, muchos trabajadores y trabajadoras tenían pase, pero no tenían contrato o empleo formal, ni salario fijo. Si sus ingresos no llegaban para completar el *libro de cambio*, había quien recurría al estraperlo. Francisca Aguilar hizo una copla en referencia a esto: "¡Ya tengo lo que quería / el pase pa' Gibraltar! / Pero tengo que cambiar / diez chelines to' los días / ¿De' onde lo voy a sacar?". Ella menciona otra opción: "Un muchacho hizo unos pases *de estraperlo* (falsificados). Así no necesitaba renovarlos, evitaba llevar al día el *libro de cambio* y no tenía que cambiar en el Banco. Lo metieron preso en San Roque, y yo acompañaba a su mujer cuando lo visitaba". El investigador Luís García Bravo recogió el caso de una persona que, ante la urgencia de renovar su pase a Gibraltar,

trató de cobrar un impuesto revolucionario identificándose como guerrillero antifranquista (Luis García Bravo, 2009).

Trabajadores españoles entrando en Gibraltar para acudir a su trabajo diario. Años cincuenta del siglo XX. Tomada de http://www.ceuta.com/forosceuta.

Las argucias recordadas ayudan a desdramatizar la terrible realidad social que las originaba, sin olvidar que son estrategias de supervivencia ante la urgente necesidad de salir adelante con grandes trabas administrativas. Isabel Álvarez afirma que era una situación forzada e injusta: "Los *libros de cambio* fueron un crimen horrible; un robo a mano armada. Yo eso lo he vivido; me pongo a hablar y se me crispan los nervios". Se resolviera de una u otra forma, los testimonios muestran con claridad que este sistema de cambio obligado para condicionar el acceso a Gibraltar, además de alimentar la corrupción promovía el propio estraperlo o matuteo.

Era costumbre traerse un *cuarterón*

Los militares limitaban la edificación con cimientos en el antiguo campo neutral; por eso los cuarteles eran barracones sobre pilares. Posteriormente se hicieron casas, donde trabajé yo en los años cincuenta. Yo acompañaba al dueño de mi empresa al almacén de pintura del gobierno inglés y él me preguntaba, "¿cuántos galones hacen falta?". Si yo le decía diez, él pedía quince. Dejábamos en el trabajo diez y los otros cinco los guardaba en su coche, para otros trabajos de la empresa. Una vez tapé la pintura que iba en el coche con una mantita y me dijo el dueño, "¿Para qué lo tapas? ¡Se van a creer que estamos robando!". "¿Y qué estamos haciendo?", le respondí.

Después de salir de mi trabajo habitual, tres compañeros nos dedicábamos a hacer *chapuces* por las casas, y también los sábados y domingos. Yo les pedía a los mismos trabajadores de los almacenes, "me hace falta un galón de verde;

déjamelo en tal sitio". Y les pagaba la libra que costaba, pues en la tienda valía más. Eso no era una vez, sino continuamente, porque yo salía de un sitio y me metía en otro.

Viviendas militares donde trabajé, en la entrada de Gibraltar.

Balconadas que pinté.

También he trabajado dentro de García, la mejor tienda de tejidos que había y que hay en Gibraltar, con fama de que todos sus productos eran ingleses. Los que hemos trabajado allí en los años cincuenta sabemos que por detrás había unos almacenes donde marcaban a rodillo en la orilla de las telas el sello "*Made in England*" (hecho en Inglaterra)[111]. ¡Pero ese género había llegado desde fábricas de Barcelona!

Muchos de los que entrábamos a Gibraltar teníamos la costumbre de traernos un *cuarterón* de tabaco. Y en las mismas puertas de la aduana, en la parte española, había dos filas de gente, mayormente mujeres, que se dedicaba a comprar a los trabajadores esta picadura. A finales de los cincuenta el *cuarterón* valía en Gibraltar cinco pesetas y afuera nos lo compraban a siete pesetas. Siete pesetas valía en los años sesenta y aquí te lo pagaban a nueve.

111 Juan Maestre explica que en las tiendas de estraperlo de La Línea se vendían artículos de fabricación española "enmascarados como extranjeros", y haciendo creer que eran procedentes de Gibraltar (1968:24).

Alguna gente lo guardaba en su casa y un día a la semana lo vendía a una tienda o a un bar de La Línea. O lo vendían a otro que lo escondía en un patio, y periódicamente lo cargaban en caballos o perros para llevarlo a la Estación. Del patio del señor Juan, que tenía una tienda en La Colonia, salían cinco o seis perros amaestrados con *cananas* en su cintura, e iban solos a la Estación de San Roque. Allí había otra persona que los descargaba y echaba otra vez los perros para acá. Así evitaban a la Guardia Civil.

LA CULTURA DEL CONTRABANDO

El contrabando a pequeña escala, prohibido y perseguido por los Estados, suele ejercerse como actividad complementaria. La comunidad en general lo considera una forma legítima de sobrevivir. Al tener un alto coste personal, suele escogerse cuando las opciones menos arriesgadas no son posibles. Es una práctica extendida en la que se implica toda la comunidad, y se inserta en redes de transporte legal, *recova,* pequeños comercios y ventas, y trueque. Eusebio Medina explica que el contrabando descansa necesariamente en la aceptación implícita y la protección que le brinda la comunidad, y que ayuda a consolidar las relaciones de intercambio y amistad entre las poblaciones (Eusebio Medina, 2001).

Al mismo tiempo, los grupos sociales dominantes imponen definiciones interesadas para su propio beneficio, y lo ejercen a mayor escala y sin riesgos. Fernando Sevilla lo explica desde su propia experiencia: “En aquellos tiempos, en El Campo de Gibraltar el contrabando era bueno para unos y malo para otros. Para los porteadores era malo, y bueno para los caciques y señores, que pagaban y no exponían ni su dinero ni la vida” (Fernando Sevilla, 2011).

Este oficio provoca curiosidad y admiración a los niños que no se ven en la obligación de ejercerlo, y lo representan desde la infancia. Juan Leiva explica en un blog que para los chavales de Alcalá, la ruta de contrabando que iba de La Línea, por Puerto Galis y Alcalá, hasta Jerez, “estaba llena de aventuras y romanticismos; se diría que muchos de ellos hubieran asumido con gusto el oficio de contrabandista” (Juan Leiva, 2009). También se transmite a través de coplas, relatos y juegos,

▶

como forma de iniciación y socialización. El juego "contrabandistas y carabineros", en Los Barrios, o "los matuteros" en Jimena (citado por Juan Ignacio de Vicente Lara, 2001), donde el grupo de los carabineros persigue a los contrabandistas o *mochileros* hasta que los cogen, fue practicado en la comarca al menos hasta los años setenta.

La extensión del contrabando pequeño se fragua como cultura y práctica habitual en todos los grupos sociales, aunque en cada uno con diferentes características. En los años veinte, el padre de Mercedes Puertas pasaba la frontera a diario para estudiar en Gibraltar, y aunque era un niño, todos los días se traía escondido un *cuarterón* de tabaco en las pastas de un libro con una tapita simulada. Carlos Castilla del Pino, cuya familia vivía en San Roque y estaba bien situada, dice sobre su infancia (años veinte y treinta): "No pasaban 15 días sin ir a comprar a Gibraltar, sobre todo si corría la voz de que la libra había bajado. Ropa, calzado, botas de agua, bicicletas. Y desde luego tabaco, café, té, azúcar y conservas, que se adquirían a un precio ridículo" (adaptado de Carlos Castilla, 2005:182).

Hoy en día las personas mayores de la comarca atribuyen a muchos productos de Gibraltar un valor superior. En la comarca es habitual traer alimentos, ropa, objetos decorativos o medicinas de Gibraltar, Ceuta o Tánger. Y muchos participantes en viajes organizados desde pueblos cercanos a Gibraltar, costean su visita sacando un cartón de tabaco, que revenderán en su lugar de origen.

Cuando venía del trabajo, mi padre se distraía con un huertecito muy chico; un canterito. Sembró cuatro plantas de tabaco; no sé de dónde cogió la semilla. Uno de La Colonia llamado el Tagarnino lo denunció y vinieron los *blanquillos* a mi casa (los inspectores de la Fiscalía de Tasas). Estuvieron tomando un vaso de vino en el mismo patio, mi padre quitó las cuatro plantas y esa vez no se lo llevaron a la cárcel.

Yo, leyendo en el patio de nuestra casa. Años cincuenta. Esa mesa es donde los *blanquillos* tomaron un vino con mi padre, cuando vinieron por la denuncia.

Mi padre y muchos más traían el tabaco "esperdigado", que decían ellos: se echaban en los bolsillos la picadura y en casa los vaciaban. Por la necesidad, mi padre llegó a falsificar el tabaco: lo mezclaba con otra planta que sembraba y que también se fumaba, la *altabaca*. "Me dicen alta y no lo soy, me dicen vaca y no tengo cuernos, al que lo acierte le doy un premio"[112]. Él vaciaba los *cuarterones*, compraba el papel de colores que se usaba para forrar los baúles, hacia paquetitos que metía en unas cajetillas, los rellenaban con la mezcla de tabaco y *altabaca* y lo presionaba un poco.

Mis hermanos mayores vendían estos *cuarterones* falsificados a la gente que traía verduras de los pueblos cercanos para el mercado. Venía la *brigadilla* detrás de ellos y de todos los que vendían tabaco. Todo esto, claro está, lo hacían por necesidad.

Miguel López Salas escribió un pequeño relato sobre su abuelo, en el que detalla **argucias** a las que recurrió para sobrevivir. Nació en Jimena de Libar (Málaga) sobre 1891, y de adolescente se trasladó a Ubrique y ejerció de contrabandista. Llevando tabaco a las minas de Riotinto (Huelva), es delatado por un compañero y decide refugiarse en Gibraltar con su familia. "Estuvieron durante dos años trabajando en Gibraltar, mi abuela en una fábrica de tabacos, y hacia 1924 volvieron

112 La *altabaca* o *Inula viscosa*, planta mediterránea y vivaz, crece con facilidad en suelos pobres. En algunas zonas de España se denomina tabaquera, pues sus hojas se usan como sustituto del tabaco.

a Ubrique. A partir de entonces mi abuelo, en vez de traer de Gibraltar los *cuarterones*, traía sólo los envoltorios originales y los empaquetaba él. Compraba tabaco en Algodonales, y con una pequeña prensa manual y un molde, lo prensaba. Si faltaba materia prima, le añadía hojas de papas secas. Esto duró pocos años, porque los carabineros lo acosaban" (Miguel López, 2010).

Teresa Almagro recuerda trucos similares con otros productos de estraperlo: "Dos vecinos míos eran tan pobres que cuando traían café de Gibraltar (el café negro en grano de marca La Negrita) iban a la playa a buscar *chinorritos* negros, le quitaban la grapa al paquete, sacaban algo de café y añadían esas piedras, bien mezcladas. ¡Al que compraba ese café y lo metía en el molinillo se le destrozaba la máquina! A los cafés de mezcla que se tostaban con azúcar, les echaban agua para que engordara, y un poquito de aceite para suavizarlo".

También vendíamos cigarrillos. Mi padre tenía una maquinita rudimentaria, por la que se pasaba el papel y se colocaba el tabaco, que salía liado. Con una esponja con goma acuosa quedaba pegado. Los iba echando en una bandejita y los hermanos más chicos estábamos en la mesa haciendo las *cabecillas*: cogías el cigarro en vertical, siempre con un dedo debajo para que no se saliera el tabaco, y con un palillo de mixtos de madera le cerrabas las puntas hacia dentro, doblando varias veces. Después, mi padre le hacía una abrazadera a cada cincuenta, y lo vendía a las tiendas.

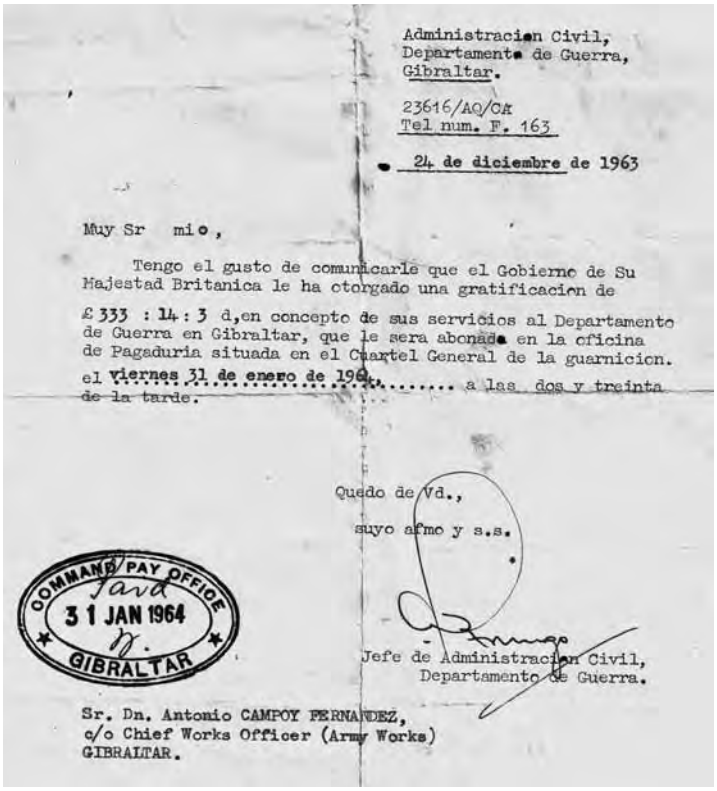
Isabel Álvarez afirma que en La Línea "había muchas **mujeres que preparaban los cigarros** en su casa, con *cuarterones* de tabaco que traían de Gibraltar". Esta dedicación era común y necesaria en todas las poblaciones a donde llegase este comercio. José Araújo recuerda que en Tarifa "había mujeres que liaban cigarrillos y los vendían. Yo los compraba donde Luisa Flores, una mujer viuda muy mayor que se dedicaba al alquiler de novelas y a la venta de cigarros (por una peseta, ocho). A veces me sentaba con ella y le hacía las *cabecillas*".

Había quien vendía tabaco de contrabando por las calles. "De ahí salieron los primeros *carrillos* de ruedas", dice José Araújo. Un *carrillo* es un quiosco de venta de golosinas o periódicos, en muchos lugares de Andalucía, Canarias y Ceuta. En origen, los carritos vendían frutos secos, dulces, cigarros de matalaúva y cigarrillos de contrabando, que se escondían entre la mercancía. Numerosos blogs recuerdan esta práctica, y

la persecución policial a los vendedores, que en ocasiones eran detenidos y encarcelados.

Antonio Casablanca tenía un amigo cuya madre se quedó viuda con tres hijos: "Trabajaba de cigarrera, liando cigarros a mano en una fábrica de tabaco de Gibraltar: Cigarrillos Colón. Como tenían mucha habilidad para rematar las puntas, no los engomaban. Ganaban según la cantidad que hacían". Según los censos oficiales, en 1964 quedaban en Gibraltar 22 mujeres contratadas como cigarreras. En años previos serían muchas más, dado que habría mujeres sin contrato, y que el número de trabajadoras y el volumen de tabaco exportado se había reducido sensiblemente.

Mi padre trabajó con los militares hasta que se retiró y recibió el *penshi*. Siguió trabajando en La Línea en *chapuces* hasta que se murió, a los setenta y pico años.



Administracion Civil,
Departamento de Guerra,
Gibraltar.

23616/AQ/CA
Tel num. F. 163

24 de diciembre de 1963

Muy Sr mio,

Tengo el gusto de comunicarle que el Gobierno de Su Majestad Britanica le ha otorgado una gratificacion de £ 333 : 14 : 3 d, en concepto de sus servicios al Departamento de Guerra en Gibraltar, que le sera abonada en la oficina de Pagaduria situada en el Cuartel General de la guarnicion. el viernes 31 de enero de 196.... a las dos y treinta de la tarde.

Quedo de Vd.,

suyo afmo y s.s.

COMMAND PAY OFFICE
31 JAN 1964
GIBRALTAR

Jefe de Administracion Civil,
Departamento de Guerra.

Sr. Dn. Antonio CAMPOY FERNANDEZ,
c/o Chief Works Officer (Army Works)
GIBRALTAR.

Carta que recibió mi padre en 1963, donde la comunican la concesión del *penshi.*

Fumar te hacía hombre

Yo empecé a fumar muy chico. Con diez o doce años ya los niños liábamos el grano de la *matalahúga* (anís). No sé la sensación que daba cuando la fumabas, la cuestión era que pasabas a otra escala; fumar te hacía hombre. Te daba la impresión de que habías crecido más ligero como varón, igual que las mujeres se pintan de esa manera y se ponen tacones. Con diecisiete años empecé a fumar tabaco. Ni de joven ni de mayor, nunca fumé delante de mis maestros de taller. En mi casa había mucho respeto: mi padre nos enseñó a no mirar a los mayores descaradamente. Ya cuando entré en Gibraltar sí fumaba delante de quien fuera; ahí había más libertad.

Había quien mascaba tabaco y lo escupía. Había cartillas de racionamiento de tabaco, pero aquello era infumable: le decíamos los mataquintos, y sólo los muy pobres lo utilizaban. Y si querías fumar más de lo que te permitía la cartilla, tenías que buscar a alguien que no fumara y te dejara la cartilla. Los estancos vendían muchas cosas, menos tabaco.

FUMAR TABACO

José Araújo empezó fumando cigarros: "dos o tres, de unos paquetitos de Gibraltar que se llamaban Four Ases (los cuatro ases de la baraja de póquer), rubio e inglés, bastante bueno. Jorge Russo y Cubanito eran de lo más suave. El Águila podía ser fino (paquete blanco) o basto (verde). Cuando me fumaba diez al día, Four Ases me resultaba muy caro. En consecuencia, como casi todos, compraba un *cuarterón* y me liaba cigarrillos. Los ricos fumaban una marca egipcia, Abdulah. Un día, un señor me dio a probar uno; ¡aquello era una maravilla!".

María Torremocha no entiende por qué, "habiendo tanta necesidad, el tabaco era una cosa esencial. El hombre tenía que estar fumando, aunque no tuviera para comer". Antonio Sotillo recuerda que se aprovechaba hasta el mínimo resto: "Había pobres que recogían las colillas por la calle, juntaban el poquito de tabaco de cada una, lo liaban y lo vendían a los que no podían comprar paquetes". Mientras, quienes tenían posibilidades económicas, como los dueños de la farmacia de Écija (Sevilla) donde él trabajaba, lo encargaban de Gibraltar".

En muchas ciudades de España se vendían cigarrillos baratos elaborados con anís, para niños y adolescentes. Pepe Fortes, de Ceuta,

relata en su blog que en los años cuarenta y cincuenta un hombre vendía cigarrillos de matalahúga, tallos de la calabaza dulce o cidra (también para fumarlos) y pipas de caña para fumar la picadura de contrabando (Pepe Fortes, 2008-2010). Antonio Casablanca dice: "mi padre fumaba las hojas de unos árboles que se llaman canarios. Y la hoja seca y en picadura del árbol llamado plátano (*Platanus hibrida*). Había quien fumaba la cáscara de naranja, muy picadita".

Participar en las tareas de los mayores en torno al comercio o preparación del tabaco era una iniciación al hábito de fumarlo. José Luis Rodríguez relata: "Al comenzar el bachiller, cuando mi padre llegaba del trabajo desgranaba el *cuarterón* que traía de Gibraltar en un cacharrito de madera, y de ahí tomaba picadura para liar cigarros. Por las mañanas, antes de salir para el instituto y muy a escondidas de mi padre, yo cogía un poco de la picadura y me liaba unos cigarros". Antonio Casablanca aclara que fumaban a escondidas de los padres "por respeto, no porque no lo supieran".

Accesibilidad del tabaco

Antonio Casablanca recuerda que en el año 45, "compraba a mi maestro dos cigarritos ingleses con un real (veinticinco céntimos de peseta); me mandaba él a la plaza, donde lo vendían los estraperlistas. Y un cigarro normal valía una gorda (diez céntimos)". Hacia 1952 un sólo cigarro costaba un real. Vicente Ricardo remarca: "Aquí había un buen nivel de vida, relativamente, y podías permitirte el lujo de comprar tabaco más barato y de fumar más. En La Línea los niños empezaban a fumar muy temprano la picadura. El que podía no fumaba tabaco de *cuarterón*, sino cigarrillo rubio. El tabaco inglés lo hemos conocido desde pequeños".

Entre las pocas mujeres que fumaban, la mayoría se relacionaban con clases altas. En el otro extremo, había trabajadoras en fábricas de tabaco que tenían acceso libre al tabaco, o bien les pagaban parte del salario en especie. Francisca Aguilar tenía unas vecinas mayores que fumaban, y le explicaron que en la fábrica de tabaco de Cádiz donde habían trabajado, todas fumaban desde niñas.

Trabajando en Gibraltar, me fumaba una cajetilla y media o dos diarias. Llegó un momento en que me fumaba tres paquetes diarios de tabaco rubio. He llegado a estar trabajando con un cigarro encendido en la mano, y en cuanto se me acababa encendía otro. Estudié todas las formas que dicen para dejar de

fumar y al final me quité solo. Estaba en la entrada de Sotogrande trazando un letrero que anunciaba viviendas. Había subido sin escalera y cuando acabé la tarea no podía bajarme, del temblor que tenía en las piernas. Resbalé por unas tiras de hierro que aguantaban el letrero, se rasgó el pantalón y me quedé con toda la pierna quemada. Nada más bajar le di el paquete a mi compañero: "yo ya no fumo más".

Los gibraltareños nos ponían de comer

A veces íbamos al cine por las tardes. Nos avisábamos los trabajadores unos a otros, "¡que ponen una película verde!" y venían también las matuteras. Porque en España eso no estaba permitido[113].

La viuda de Mackintosh, que hacía muchas obras de caridad, tenía un edificio que después donaría al gobierno de Gibraltar, y sería un centro cultural (el *John Mackintosh Hall*) donde los trabajadores españoles hemos acudido para campeonatos de ajedrez, exposiciones, conferencias y zarzuelas. Estábamos deseando que la empresa nos mandara a este edificio porque, según pasábamos la puerta, su criada (así la decían) nos daba siempre, a modo de propina, media corona (*half a crown*); la moneda de más valor entre las monedas inglesas. Le decían *two and six*, porque equivalía a dos chelines y seis peniques[114].

John Mackintosh (Gibraltar, 1865-1940) era hijo de comerciantes escoceses y se incorporó a los negocios que entonces prosperaban en Gibraltar: como agente naviero, en la construcción de cargueros, en la exportación de tejidos y en el carbón. Fue también cónsul de Dinamarca y de Noruega. Él y su esposa Victoria, hija de una de las hermanas Saccone, destinaron parte de su herencia a la educación de los jóvenes gibraltareños en Gran Bretaña, a un centro cultural, a hogares para ancianos y pobres (1964), y a la ampliación del entonces Hospital Colonial de Gibraltar (1969). En 1974 se puso el nombre de John Mackintosh a la plaza de El Martillo o *Commercial Square*.

113 María Torremocha iba con su marido al cine Rialto. Ella recuerda que una vez apareció Franco en la pantalla, y la gente de Gibraltar empezó a abuchearle.

114 Un chelín equivalía a 12 peniques, una corona a 5 chelines (ó 60 peniques) y ocho coronas sumaban una libra (ó 240 peniques).

Actual edificio *Mackintosh Hall*, donado por la viuda de Mackintosh.

Frente por frente de la casa de la viuda de Mackintosh vivía Jorge Russo, dueño de la fábrica de tabaco El Águila. Yo estuve pintando esa casa, y recuerdo muchos cuadros de Cruz Herrera. Delante nuestra, que estábamos tan necesitados, la mujer que vivía con Russo alimentaba a sus perros con jamón y dulces[115].

En el barrio llamado *Irish Town* había otras fábricas de tabaco, entre ellas El Cubanito (que de Cuba sólo tenía el nombre). En los barcos llegaban los fardos grandes de hojas de tabaco. Hasta hace poco, en ésta y otras calles había unas carruchas para transportar los fardos de la fábrica al secadero, con unos brazos giratorios para dirigirlos al interior.

Trabajé en casa de una señora mayor solterona que se apellidaba Serruya. Tenía un estanco y una perfumería, que entonces era la única de Gibraltar. La señora era un poquito impertinente, no sé si por la edad o por el dinero, y la gente no quería trabajar allí. Nos hacía cruzar el pasillo sin pisar la alfombra, para no mancharla. Un día me preguntó, "¿qué edad represento?", y le dije, "Unos cuarenta y cinco años". Desde entonces, nada más quería que fuera yo a pintar, y a diario me daba un paquetito de diez cigarrillos.

Perfumería Seruya, en *Main Street* (calle Real) de Gibraltar.

Con frecuencia, íbamos a pintar una habitación de una casa, y los dueños nos ponían de comer, o nos servían un poco de té con unos dulces. Una vez nos pusieron carne asada con col hervida, y nosotros nos mirábamos... ¡no sabíamos cómo meterle mano a aquello!

En una vivienda donde estuve haciendo *chapuces*, cuando yo me fui a casar ya conocían toda mi historia, ¡y me tenían un cariño...! Cuando la mujer

115 Convivir con familias adineradas permite conocer sus modos de vida. Su nivel de vida contrasta con la dramática situación de los trabajadores españoles, en especial de las propias mujeres que servían en sus casas, como comentó Maruja Gil.

cambiaba las cortinas de la casa, llamaba al taller y pedía que me avisaran para que las recogiera. Y preparaba dulces para mi hijo pequeño.

Foto de la cartilla sanitaria, hecha en 1966: estoy con mi mujer, Concepción Campoy, y mis hijos Antonio, el mayor, y José Manuel, el chico.

Íbamos a un sitio que le llamaban el *boqui yuni* (el sindicato *Workers Union*), una especie de cantina donde estaba todo más barato; como un centro de apoyo. Durante la guerra, tenían lecturas y pancartas de la zona republicana, y años después todavía se leían allí cosas en contra del gobierno de Franco. Los trabajadores españoles también acudíamos a un comedor social de una congregación religiosa que había en la calle Real (*The Wesley House*), porque nos salía más barato[116].

Sede del sindicato *Unite the Union* en Gibraltar (anteriormente *Workers Union*).

Aquí estaba el comedor religioso. Es la sede de la Iglesia Metodista (*The Methodist Church*), iglesia protestante originada a partir de la anglicana. *The Wesley House* pertenece a esta iglesia.

116 Hasta los años sesenta, en Gibraltar había numerosas organizaciones benéficas católicas, judías y protestantes, que atendían las necesidades básicas de muchos gibraltareños (John D. Stewart, 1968).

Me encaraba con los carabineros

A diario, cientos de trabajadores nos desplazábamos en bicicleta a Gibraltar. Llegó a haber tantas bicicletas, que la alcaldía de La Línea puso un gravamen. Te daban una chapa que demostraba que habías pagado, lo que te permitía entrar en Gibraltar con la bicicleta. Yo tenía una de la marca Helios y me dieron una chapa con el numero 4. Cuando fui a la frontera española para renovar el permiso, un brigada ya mayor que era un *saborío* insistía en que yo tenía dos bicis y que debía pagar por la otra. No era mucho dinero, pero me negué porque no era cierto, así que no me dejaron pasar a Gibraltar.

Hablé con el padre don Vicente Gaona Pacheco, que era padrino del gobernador militar, y fue conmigo a Algeciras para contar el caso al gobernador. A mí no me dejaron estar en el encuentro, pero poco después el portero me pasó un mensaje: "ya puedes ir a por la chapa". Me presenté de nuevo en la frontera y el brigada me hizo pasar a la oficina, donde por lo normal no se permitía entrar a nadie. Sus palabras fueron, "¿Tú tienes relación con el gobernador? ¿Te llamas Barroso o Barros?" (porque el gobernador se apellidaba Barroso)[117]. Y le digo, "yo he ido a verle porque es una situación injusta".

A finales de los cincuenta, el gobierno de Franco inventaba medidas para eliminar a los que estábamos trabajando en Gibraltar. Aunque yo tenía el pase, me llamaron de la Delegación de Fronteras en La Línea para revisar los documentos. Fui allí con la cartilla familiar, y don Manuel Díaz entró para entrevistarme, se sentó y empezó a preguntarme con la cartilla en la mano: "¿Qué me dice de su hermano, José María Barros?". "¿Mi hermano...?".

Él debió de informarse previamente, pues no me dio tiempo a decirle que era desaparecido. Se levantó de la mesa y me cogió tirando por la camisa, a la altura del pecho. Yo tendría veinticinco años, y del susto que me dio aquel hombre me oriné encima; primero por el miedo a perder el pase y segundo por el propio gesto. Cada vez que me acuerdo de eso me entra un escalofrío.

Un día, un carabinero llamado el Gallego que hacía servicio en la aduana, me pidió que me quitara los zapatos. Yo me negué. Este hombre tenía muy mala ostia, era un poquito bruto y además maleducado. ¡Se formó un laberinto...! Hasta me metieron en la sala de armas, pero no me quité los zapatos. Él tenía sus motivos para hacerme eso. Se arreglaba en una barbería de La Colonia

117 Antonio Barroso y Sánchez Guerra, gobernador militar de El Campo de Gibraltar entre 1951 y 1953, ocupó diversos cargos durante el franquismo, como la dirección de la Escuela Superior del Ejército, la Jefatura de la Casa Militar de Franco y Ministro del Ejército entre 1957 y 1962.

donde yo también iba. Un día, mientras le estaban afeitando contó un chiste y la gente que estaba en la barbería se rió, pero yo no me reí. El carabinero, muy ofendido, se levantó y me preguntó por qué no me reía. “Porque no me ha hecho gracia”, le dije.

En el tejado de una casa que estábamos arreglando nos encontramos una pelota usada. “¿A quién le toca llevársela?”. La asignamos al compañero que tenía los niños más chicos. “Yo la pasaré”, dije, y la metí en el bolso que llevábamos los trabajadores de Gibraltar. En la aduana española me preguntan por la pelota. “Me la he encontrado”. “No se puede pasar”. Y me encaro con el carabinero: “¡Cómo que no! ¿Esto es contrabando?”. Con la porfía que tuve, vino hasta el teniente de la aduana. Era última hora, y para cerrar el asunto lancé la pelota hacia la frontera de Gibraltar. Me apuntaron el número del pase, para quitármelo, pero no hubo ocasión, ¡porque al poco tiempo cerraron la frontera!

Los mismos remiendos y las mismas miserias

Cuando cerraron la frontera, yo tenía dos niños ya y decidí buscarme la vida aquí. Mucha gente no quería irse. Otros marcharon fuera de La Línea y cuando vieron que el trabajo no les gustaba se volvieron. A mí me avisaron para ir a Cádiz y me asustaron diciéndome que si no aceptaba el trabajo me quitaban la Seguridad Social. Mi mujer iba a hacerse una operación de riñón y decidí acudir para renunciar.

Alguno se pudo acoplar y mejoró su situación, pero todo el mundo no es igual: a mi hermano Manolo lo mandaron a un hospital de Barcelona, a transportar enfermos. Él no se amoldaba a aquello, le costó una enfermedad y solicitó el traslado. Después lo destinaron a un silo en el campo, donde estuvo hasta que se jubiló. Un amigo mío que tenía dos hijos murió en Barcelona al

Grupo de un curso cuando nos trajeron de Gibraltar en 1969. Yo soy el sexto de la fila de en medio, empezando por la izquierda.

poco tiempo de empezar a trabajar; no llevaba bien la situación. La gente no se quería ir; tenían aquí su casa, su familia... Eso es como arrancar un árbol de su sitio.

En Gibraltar había tres escalas de trabajadores muy diferenciadas. En primer lugar estaban los ingleses; en todos los sentidos: en cobrar, en actuar y en dedicarles tiempo y atención sanitaria. Los ingleses les decían a los gibraltareños *roc scorpis* (*rock scorpions*), escorpiones de roca, aludiendo a la desconfianza que sentían hacia ellos; les trataban como inferiores. Después de los ingleses estaban los gibraltareños, y luego los españoles. En cuarto lugar estaban otros más pobres, como los indios no nacionalizados ingleses: muchos indios trabajaban en las tiendas sólo por la estancia y la alimentación.

Los gibraltareños cobraban un salario mayor que nosotros para un mismo trabajo; lo llamaban el "plus de carestía". Además, en los últimos años antes de cerrar la frontera, a todas las empresas gibraltareñas el gobierno de Gibraltar les exigía tener aprendices *llanitos*. Un aprendiz que había en mi taller cobraba más que yo y no hacía casi nada; el chiquillo se sentaba en un rincón y jugaba. En el taller también había unos pocos *moros* y portugueses, que los ingleses empezaron a traer. Estaban acoplándose, y tras el cierre se quedaron.

En el momento de salir de Gibraltar, en 1969, yo ganaba de hecho diez libras y pico a la semana, y la libra en *el estraperlo* estaba a 128 pesetas. Aparte de las chapuzas que hacía por mi cuenta. En el taller de La Línea donde me empleé seguidamente, ganaba dieciocho pesetas diarias; casi la mitad. Nosotros sabíamos que, con todo, estábamos mejor que los trabajadores en España. Más de una vez me decían, "si no estás contento aquí, te vas con tu Franco".

MIRANDO A LA SOCIEDAD DE GIBRALTAR

Antonio Casablanca aclara: "En el *arsenal* de Gibraltar trabajan miles de españoles. Trabajaban también los gibraltareños, pero ellos no decidían nada; estaban como nosotros, pero un poco mejor pagados. El gobierno de Gibraltar estaba muy aparte del gobierno inglés; los gibraltareños no tenían voz ni voto". Esto era lo normal en todas las sociedades coloniales: los gibraltareños, como súbditos coloniales tenían un salario inferior al de los británicos, muchos de los cuales eran militares. A la vez, se les reservaba ciertos espacios laborales y tenían un salario algo más alto que los linenses (entre los años 1966 y 1969 el salario oficial era un 22 por ciento más alto). Hasta 1950 los gibraltareños no tuvieron derecho a voto y fue en 1964 cuando Gibraltar adquirió cierto autogobierno. En 1969 se promulgó su constitución, que por primera vez daba participación en los asuntos internos al pueblo de Gibraltar.

Los ingleses de la metrópoli consideraban menos a los españoles que a los gibraltareños, y la sociedad gibraltareña era clasista, pero ▶

menos que la de El Campo de Gibraltar. Mucha gente que ha trabajado o vivido en Gibraltar siente agradecimiento hacia la colonia. Algunas trabajadoras (aunque no todas) se sentían más respetadas en Gibraltar. El salario, aunque menor que el de los gibraltareños, podía duplicar al de España para el mismo puesto. Los registros y las exigencias burocráticas eran mayores por parte de los funcionarios españoles. Y los sindicatos en Gibraltar no siempre reconocían sus derechos; pero en España no había libertad sindical.

Entré de nuevo en Gibraltar tras la apertura. Tenía curiosidad por ver cómo vivían los *moros* y me metí por *Queis Meis* (*Casemates*), pasando el bastión por el túnel: el patio grande estaba lleno de chabolas donde dormían, comían y hacían su vida. Les vi cocinando con las bombonas sobre el suelo, y observé que tenían el mismo aspecto que nosotros en décadas pasadas. Los mismos remiendos en los pantalones y las mismas miserias. Ahora presumimos de ser casi ricos, pero cuando trabajábamos en Gibraltar estábamos parecido a ellos.

Yo vi que los gibraltareños trataban a los *moros* peor que a nosotros. Y cuando abrieron la frontera empezaron a entrar los españoles: muchos se reincorporaron con sus antiguos jefes y echaron a los *moros* otra vez; hicieron un crimen con ellos. Es muy feo que las personas nos sintamos superiores a otras.

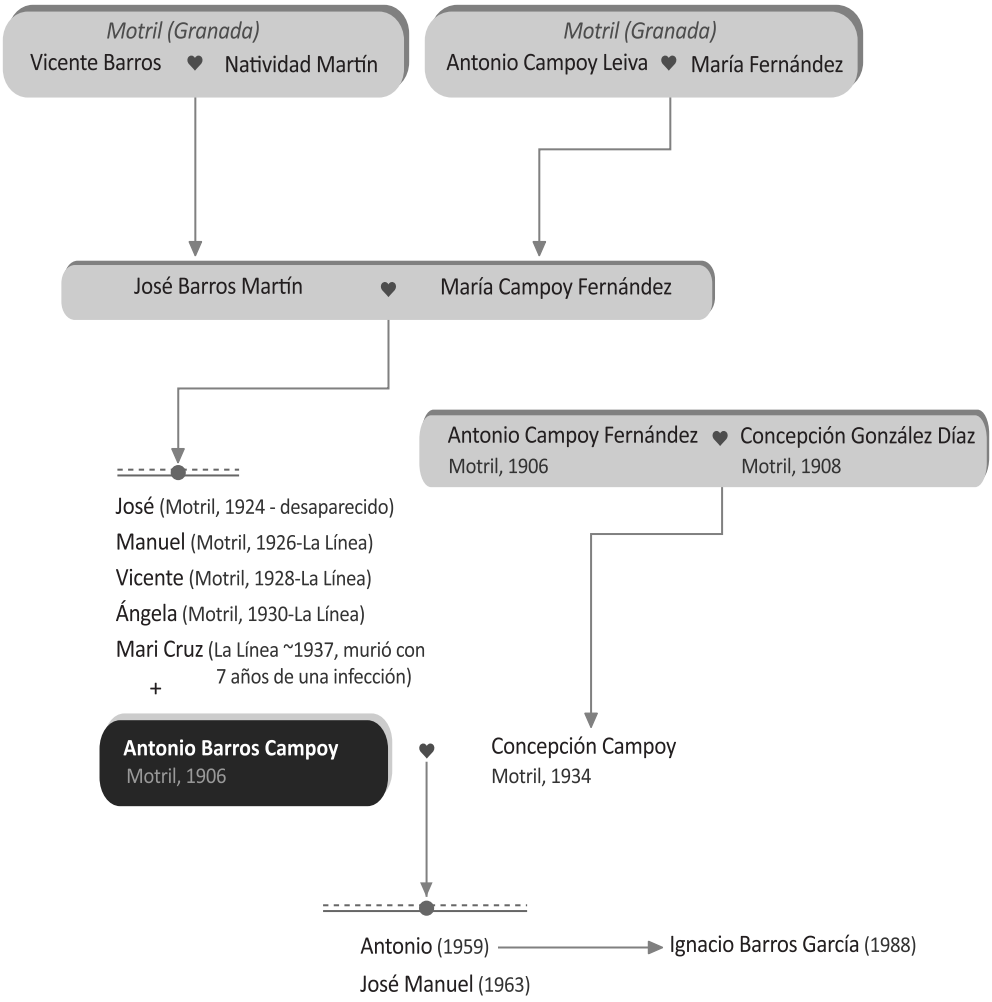
Plaza de Casemates, donde estaban ubicadas las chabolas a las que se refiere Antonio Barros, denominadas *barracks* por los gibraltareños. No tenían unas mínimas condiciones sanitarias y fueron desmanteladas poco después de la apertura. Actualmente en ese edificio hay fundaciones y cooperativas gibraltareñas.

Antes no había tirantez entre la gente de La Línea y la de Gibraltar. Ahora se está creando entre los dos pueblos un rechazo. Desde que cerraron la verja, esa juventud nueva de la colonia nos tomaron como odio[118].

La Línea ha acogido a todo el mundo. Todos los que venían de fuera eran bien recibidos aquí. A la gente de La Línea nos llamaban y nos siguen llamando contrabandistas. Y había una auténtica guerra de la prensa contra La Línea. Yo no sé por qué tanto atacar a La Línea; ¡se rebela uno! Yo he vivido con mucha miseria, muchas restricciones y siempre trabajando; salía de un trabajo y me metía en otro. Mi familia ha vivido cómodamente, pero yo a mis niños no los he visto crecer. Era muy doloroso. Muchas veces he comentado con mis compañeros, "¿de qué nos ha servido trabajar tanto?". Y tanta honestidad, ¿para qué?

118 Maruja también se muestra dolida, porque cuando abrieron la frontera "muchos gibraltareños atacaron a los linenses"; y no entiende la distancia que se ha creado.

ÁRBOL GENEALÓGICO DE ANTONIO BARROS CAMPOY



Vocabulario

Significado en el texto de las palabras de uso local o en desuso, que en los relatos figuran en cursiva.

- **Aceite de castor.** Aceite de ricino. Del inglés *castor oil*.
- **A pelón.** A discreción.
- **Aplicar.** Solicitar un puesto o presentarse a una convocatoria. Del inglés *to apply*.
- **Aquella zona. La otra zona. Por ahí.** Eufemismos para llamar a la zona donde se mantenía el gobierno republicano durante la Guerra Civil, o zona republicana.
- **Arreciíto.** Arrecío. Muerto de frío.
- **Arrimaíto. El arrimaíto.** Juego maltés de chapas, practicado en La Línea.
- **Arsenal.** Base naval, incluidos el muelle y los astilleros. Ahí se hacía la reparación de barcos, carga y descarga, gestión de armamento, etcétera.
- **Asustón.** Asustadizo, miedoso.
- **Azucarina.** Sacarina.

- **Babi.** Bata que usan algunos escolares.
- **Barrunto.** Dar el barrunto. Tener una ocurrencia sin motivo aparente.
- **Bautizar.** Ser madrina o padrino de bautizo.
- **Beicon.** Bequi. Panceta ahumada. Del inglés *bacon*.
- **Berraca.** Berraquita. Barraca. Chabola.
- **Blanquería.** Ropa de ajuar; de cama, aseo y mesa, fundamentalmente.
- **Blanquillos.** Los blanquillos. Inspectores del Servicio Especial de Vigilancia Fiscal o Fiscalía de Tasas, que vigilaban la regulación de los abastecimientos.
- **Bollo.** Bollito. Pieza pequeña de pan blanco, blando y ligero.
- **Bolsa negra.** Mercado ilegal. Mercado negro.
- **Bombo.** Bidón o cuba metálica.
- **Brigadilla.** Guardias civiles de paisano que perseguían el contrabando.

- **Cabecilla.** Cabeza o extremo del cigarrillo, que se hace plegando el papel sobre sí mismo.
- **Cabila.** Cabilas de los *moros*. Poblado o campamento en Marruecos.
- **Calentita.** Pastel salado de harina de garbanzo.
- **Canana.** Cinturón elaborado manualmente con cuerda, a la que se sujetan cuarterones de tabaco o de café en todo su recorrido.
- **Cañoneras.** Botones metálicos de las guerreras militares.
- **Carne combi.** Carne combí. Carne de ternera cocida, encurtida en salmuera y enlatada. Del inglés *corned beef*.
- **Carrillo.** Quiosco de golosinas y otros productos.
- **Córrela.** Juego parecido al béisbol, practicado en La Línea con una pelota de tenis.
- **Corseles.** Corsés.
- **Costo.** Comida.
- **Craquer.** Galleta craquer. Tipo de galleta salada sin levadura. Se suele emplear en cantinas militares, por su gran durabilidad. Del inglés *cracker biscuit*.
- **Cuarterón.** Cuarta parte de una libra: 115 gramos. Referido a las pastillas o paquetes de picadura de tabaco prensada.
- **Cuca.** Pene.
- **Cucos.** Bragas.
- **Cuécaro.** Copos de avena. Del inglés C*uaquer Oats*, marca de cereales.
- **Cuerpo de casa.** Oficio de empleada de hogar. Del inglés *house corp*.
- **Chapuces. Chapuzas.** Pequeños trabajos en el ámbito de la construcción, fuera de contrato o no declarados.
- **Chinorritos.** Chinos. Chinorros. Piedrecitas.
- **Chocho mosca**. Tienda *de chocho mosca o de chocho mona*. Espacio o habitación habilitado como tienda, de pocos productos, normalmente básicos.

- **Descansado.** Fallecido.
- **Ditero.** Vendedor ambulante que cobra a plazos y con interés. También se refiere a quien presta dinero y cobra de igual modo.

- **Dornillo.** Cuenco o plato profundo, hecho de madera de fresno, generalmente.

- **Echar el agua.** Bautizar.
- **Embarcado.** Trabajar embarcado. Trabajar en barcos grandes, en la tarea que se requiera según el tipo de barco (petrolero, remolcador, carguero, pesquero...).
- **Emblanco.** En blanco. Guiso de pescado cocido con pocos ingredientes; normalmente patata, cebolla y un poco de aceite.
- **Endeblez.** Anemia. Gran debilidad.
- **Escuta.** Patinete. Del inglés *scooter*.
- **Esmayá.** Muy cansada, agotada.
- **Está buena la aduana.** Se dice cuando dejan pasar contrabando, o vigilan poco. Por el contrario, se dice que "está mala la aduana" cuando no dejan pasar contrabando, porque se ha estrechado la vigilancia.
- **Estraperlar.** Trasperlar. Estraperlear. Hacer estraperlo o trasperlear. Hacer contrabando o comercio ilegal en pequeñas cantidades y con pequeños beneficios.
- **Estrasperlo.** Trasperlo. Estraperlo. "De estraperlo" o "al estraperlo" alude a un modo ilegal o clandestino: **1.** Pase de estrasperlo: pase falsificado. **2.** Cambiar dinero al estraperlo: cambiar dinero en el mercado negro. **3.** Producto de estraperlo: el que, en pequeñas cantidades, pasa la frontera o los controles sin declarar.
- **Estrozó.** Accidentó. Hirió. Estropeó.

- **Falange.** Militante activo del partido Falange.
- **Forme.** Encargado de obra o capataz. Del inglés *foreman*.
- **Frangollo.** Pan de maíz, o la masa misma.

- **Gandinga.** Sobras de comida procedente de los cuarteles militares de Gibraltar.
- **Glacis.** Barracones militares prefabricados, situados en la entrada de Gibraltar, que con el tiempo se transformaron en viviendas.

- **Hacer teléfono.** Llamar por teléfono. Del inglés *to make a call*.
- **Hebrea.** Hebreo. Los judíos de Gibraltar usan este término para llamarse a sí mismos. Si hablan en inglés, usan la palabra *jew*.
- **Higuereta.** Ricino. *Ricinus communis.*
- **Hilero.** Cordelero.
- **Hoyito.** El hoyito. Juego de canicas u otros objetos pequeños, que han de meterse en un hoyo con ciertas reglas.

- **Incónito.** De incónito. De incógnito. Clandestino, oculto, escondido.
- **Ingenieros.** Los ingenieros o ingenieros militares. Se refiere al Cuerpo de Ingenieros Militares de la Armada Británica, llamado *Royal Engineers*, formado por militares con formación técnica.

- **Jabón carbónico.** También llamado jabón fenicado y jabón fornicado. Jabón bactericida. Producido en Inglaterra por Lever; importado de India. Aun se vende en Gibraltar.
- **Jachear.** Hachear. Criticar, hablar mal a espaldas de alguien.
- **Jartita.** Hartita.
- **Joía.** Jodida. Persona cuyo firme actuar o cuya claridad molesta o cuestiona a otras personas.
- **Josifa.** Jocifa. Fregona o trapo para jocifar (fregar) el suelo.

- **Lancha.** La Lancha. Catamarán que iba de Algeciras a Tánger, y continuaba viaje hacia Gibraltar, entre los años setenta y ochenta.
- **Libra.** Unidad de peso equivalente a 460 gramos.
- **Librería.** Biblioteca. Del inglés *library*. Librería Garrison es la biblioteca Garrison.
- **Libro de cambio.** Libreta donde se registraba el cambio semanal (de libras a pesetas, en el Banco de España) del salario de los trabajadores en Gibraltar.
- **Liquirbá.** Regaliz. Del inglés *liquorice bar*.
- **Llanito/a.** Yanito/a. Hombres o mujeres gibraltareños, y una de las lenguas que hablan. La lengua llanita tiene como base el andaluz y el inglés, con aportaciones de otras lenguas, principalmente el hebreo, ligur, portugués, maltés y árabe.

- **Madame.** Dueña de una casa de prostitución y jefa de las mujeres que trabajan en ella.
- **Maestro escuela.** Maestro de una escuela.
- **Malvaloca.** Malva, malvarrosa o malva real. *Althaea rosea.*
- **Mandaos.** Mandaítos. Mandados. Cosas que traen los trabajadores en Gibraltar. Puede tratarse de productos regalados (por sus empleadores), comprados para uso personal o comprados de encargo, para su reventa.
- **Manpaua.** Oficina de empleo en Gibraltar. Del inglés *manpower.*
- **Manteca de co.** Manteca de Cork (ciudad irlandesa).
- **Meblis.** Canicas. Del inglés *marbles*.
- **Mesao.** Comedor militar donde se reparte el rancho. Del inglés *mess house*.
- **Miga.** Antigua escuela particular. En algunas localidades, sólo alude a escuelas de niñas.
- **Migao.** Migado. Líquido (ya sea leche, té o purgante) empapado en miga de pan.
- **Mija.** Poca cantidad. Pizca.
- **Mochilero.** El que hace contrabando a pie, portando una mochila, macuto o pacota.
- **Moro.** En algunas partes de Andalucía, alude a los marroquíes.

- **Na.** Nada.
- **Nafis.** De la sigla NAAFI: *Naval Army Air Forces Institute*, o Instituto para los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. Se trata de la institución que provee de comedores, tiendas y servicios en general para el personal militar británico.
- **Nitin.** Hacer nitin. Tejer a dos agujas. Del inglés *knitting*.

- **Pacota.** Mochila, macuto.
- **Palicache.** Juego practicado en La Línea, con un taco de madera que se encaja en el suelo y un palo, que lo lanza hacia afuera.
- **Pan de lata.** Pan de molde.
- **Paniza**. Panisa. Del italiano *panizza*. Masa de harina de garbanzo cocida y, una vez cuajada, frita.

- **Pañitos.** Paños higiénicos. Piezas de algodón u otro tejido que se colocaban en las bragas, para empapar la sangre menstrual. Muchas mujeres los han usado al menos hasta los años ochenta, en que se extendió el uso de las compresas desechables.
- **Patinito.** Patio pequeño.
- **Penshi.** Regalía. Cantidad fija que se concedía tras el retiro de una persona. No es una pensión.
- **Plasti.** Plástico. Del inglés *plastic.*
- **Poli.** Abrillantador o cera para suelos de madera. Del inglés *polish*.
- **Puchero lavao.** Puchero que, debido a la escasez, se hacía con pocos ingredientes y sin grasa.
- **Pudin pen.** Fuente para hornear el budín o pudin. Del inglés *pudding pan*.

- **Queis Meis.** C*asemates*. Plaza y puertas de Gibraltar.
- **Queso del pato.** Queso de barra *cheddar*, de marcas como Queso de la Cigüeña y Queso del Sombrero.

- **Recoger.** Atender en el parto.
- **Recovero.** Persona que se dedicaba a intercambiar huevos, gallinas, miel y otros productos del campo por los que escaseaban allí (azúcar, café, mantequilla, aceite...). Con frecuencia se desplazaba a caballo.
- **Remamar.** Tomar el pecho más de lo necesario, provocando debilidad en la madre.
- **Ring.** El ring. Juego de canicas: hay que sacar una canica de un círculo tirando las otras. Del inglés *ring* (anillo).
- **Roja.** Zona roja: zona en que se mantenía el gobierno republicano durante la Guerra Civil. Atribuido a una persona, se relaciona con sus ideas de izquierda o compromiso con el cambio social.

- **Saborío.** Antipático, desagradable.
- **Sacalastoas.** Juego que se practica con huesos de animales.
- **Sardiguera.** Sal de higuera o sulfato de magnesio, de propiedades purgantes.

- **Seña.** Señá. Señora.
- **Sillita caca.** La sillita caca. La sillita de la reina. Juego infantil en el que se construye una silla con los brazos, en la que llevar a alguien.
- **Siro.** Sirope. Del inglés *sirup*.
- **Shu.** Vertedero o tolva. Del inglés *chute*.
- **Sospan.** Zospen. Cazuela o cacerola. Del inglés *sauce pan*.

- **Tener gracia para curar.** Tener un poder o capacidad especial para sanar.
- **Tosantos.** Fiesta de Todos los Santos.
- **Trasperlo.** Ver estrasperlo.
- **Trocha.** Vereda que sirve para cortar camino, por lo que suele ser más abrupta.

- **Unos pocos.** La expresión "unos pocos de...", dependiendo de su contexto, puede indicar lo contrario: muchos.

- **Vacie.** Vacíe. Vertedero de aguas negras, basuras o escombros.
- **Visitorio.** Pase de visita semanal.
- **Volatero.** Que cambia con frecuencia de un trabajo a otro, o de un lugar a otro.

- **Winmigil.** *Wind Mill Hill*. Colina de Los Molinos de Viento, o Los Molinos. Está en el extremo sur del Peñón y es donde han vivido los militares hasta los años setenta.
- **Woqui.** Barquillo cónico relleno de nata.
- **Woqui yunio.** Boqui yuni. Sindicato de trabajadores. Del inglés *Workers Union*. Con frecuencia se refiere al sindicato *Transport And General Workers Union*.

- **Zambaleones.** Zarandeos.
- **Zurrapita.** Zurrapa. Restos sólidos de alimento en un medio líquido: posos del café, migas de atún en aceite, o restos de carne en la grasa animal.

Bibliografía Consultada

- *ABC* (1965). «Toma de posesión del nuevo gobernador militar del Campo de Gibraltar». 2 de octubre. Edición de Andalucía, página 43. En http://hemeroteca.abcdesevilla.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/sevilla/abc.sevilla/1965/10/02/048.html
- Alcaraz Ibáñez, María Antonia y otros (1995). *El contrabando en Gibraltar.* Instituto de Empresa de Madrid. En www.fsa.ulaval.ca/personnel/VernaG/EH/F/noir/lectures/Gibraltar.html
- Ángel Vázquez (2008). *La vida perra de Juanita Narboni.* Ediciones Cátedra.
- Ann Brittenden, Terry (2004). «Evacuation of the Gibraltarian Population». *World War 2; People's war*. En http://www.bbc.co.uk/ww2peopleswar/stories/78/a2494578.shtml
- Araújo Balongo, José (1999). «Del frangollo a la leche en polvo, la mantequilla y el queso americanos». *Aljaranda* 33. En http://www.tarifaweb.com/aljaranda/num33/art7.htm
- Araújo Balongo, José (1999). «Las matuteras». *Aljaranda*; Revista de Estudios Tarifeños 34. Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Tarifa. En http://dialnet.unirioja.es/servlet/dcart?info=link&codigo=2239261&orden=106234
- del Arco Blanco, Miguel Ángel (2006). «Morir de hambre. Autarquía, escasez y enfermedad en la España del primer franquismo». *Pasado y Memoria* 5 (241-258). En http://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/5926/1/PYM_05_12.pdf
- Archer, Edward G. (2006). *Gibraltar, identity and empire*. Ed. Routledge, Oxford. En http://books.google.es/books?id=2ip0C6odET4C&lpg=PP1&ots=fyLR9oTbTb&dq=Gibraltar%2C%20identity%20and%20empire.&pg=PP1#v=onepage&q&f=false
- *Archivo de la Experiencia* (2007-2009). *El contrabando en Gibraltar, Estraperlo de Gibraltar a Algeciras, y El estraperlo de granadinas y malagueñas* (vídeos). Plan Avanza2 y Ministerio de Industria y Comercio. En http://www.archivodelaexperiencia.es/testimonios
- *Área* (1995). «J.L. Justo Martínez de Serdio». La Línea, 2 de julio.
- Azcoytia, Carlos. *Historia del hambre en España tras la Guerra Civil*. Historiadores de la Cocina. En http://www.historiacocina.com/paises/articulos/1940.htm
- Ballesta Gómez, Juan M. (2007). «Gibraltareños con cortijos en San Roque (1895-1945)». Revista *Alameda* Julio 2007.
- Barroso, Pepe (2008). «La cuesta del Cortijo La Cruz». *Revista Alameda,* mayo. Foro Ciudad de San Roque. En http://sanroquecadiz.mforos.com/1370424/7649440-la-cuesta-del-cortijo-la-cruz/
- Beiso, Dennis D. (2002). *El impacto de la Guerra Civil española en Gibraltar*. En http://www.ciere.org/CUADERNOS/art%2062/Art.%203.htm

- *Bornichos por el mundo* (blog) (2008-2011). Juan Cabrera y otros. En http://bornichosporelmundo.blogspot.com/search/label/El%20estraperlo
- del Campo, Salustiano (1997). «Gibraltar y su campo en la actualidad». En: *Estudios sobre Gibraltar.* Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior. Madrid (233-252).
- Carmen Romo Parra (1995). «El Peñón de tantas culpas. Mito y emblema del discurso desarrollista en El Campo de Gibraltar (1964-67)». *Almoraima* 14 (77-85).
- Castilla del Pino, Carlos (2005). *Preterito Imperfecto. Autobiografía (1922-1949).* Tusquets Editores. Barcelona.
- Cohen Mesonero, Leon (2002). *José Marmolejo.* Gente de La Línea de la Concepción. En http://lalineadelaconcepcion.gentesde.com/?p=714
- Comunidad cristiana de Santiago (1989). *Recuerdos y reflexiones. Experiencia cristiana; parroquia de Santiago Apóstol. La Línea de la Concepción (1952-1964).* Autoedición. Imprime Gráficas Magariños. La Línea.
- Contreras, José (2006). «Carmen Guerra, la centenaria cigarrera de Cádiz». *El Mundo,* 26 de julio. En http://www.elmundo.es/elmundo/2006/07/26/obituarios/1153895750.html
- Contreras Pérez, Francisco (1996). «El río revuelto de la emigración. El papel de las agencias gibraltareñas a principios de siglo». *Almoraima* 16 (63-73).
- Contreras Pérez, Francisco (1997). «El río revuelto de la emigración (II). El papel de las navieras y los estados en Gibraltar a principios de siglo». *Almoraima* 18 (71-78).
- Corzo Sánchez, Ramón (coord.) (1984). *Los Barrios.* Los pueblos de la provincia de Cádiz. Diputación de Cádiz.
- Chamizo, José Luis (2006). *Memoria Histórica (Recuerdos)*. Acacia. En http://wwwacacia.blogspot.com/2006/12/memoria-histrica-recuerdos.html
- Chamizo, José Luis (2007). *La plácida extorsión*. Acacia. En http://wwwacacia.blogspot.com/2007/11/la-plcida-extorsin.html
- Diario de Jerez (2009). «Tabaco de Contrabando». *Diario de Jerez*, 22 de diciembre. En http://www.diariodejerez.es/article/jerez/592173/tabaco/contrabando.html
- Díaz Arriaza, J. y Castejón Fernández, J. (2007). *Utrera 1936. Ocupación militar y represión.* Editado por Muñoz Moya y Editores Extremeños.
- Díaz Lima, Juan Manuel (2010). *De Estraperlo*. Documental producido por Veo Veo. En http://www.diariosur.es/v/20100226/campo-gibraltar/diaz-presenta-estraperlo-20100226.html
- Díaz Lima, Juan Manuel (2010). *Lista de Diálogos del documental De Estraperlo*. En http://www.promofest.org/films/...de-estraperlo.
- Díaz Martínez, Beatriz. *Memorias de mujeres de Facinas*. La Historia de mi Vida. En http://facinas.org/facinas24/mujeres/
- Díaz Martínez, Beatriz (1999). *La ayuda invisible. Salir adelante en la emigración*. Edita Likiniano Elkartea. Bilbao.

- Díaz Martínez, Beatriz (2007). *Memoria de Juan Quero, labrador, pastor y escritor*. Edita LitOral. Tarifa.
- Díaz Martínez, Beatriz (2008). *Hambre, Gracias a Dios, nunca pasamos. Memorias de seis mujeres de Facinas y Tarifa.* Editan Atrapasueños y LitOral. Tarifa.
- Díaz Martínez, Beatriz (2009). *Calle Tesón. Memorias de Diego García Chaves, empresario chiclanero.* Editado por Diego García. Chiclana de la Frontera (Cádiz).
- Díaz Martínez, Beatriz (2011). *Un rosal de flores chiquititas. Represión y supervivencia en Los Barrios*. Edita Treveris. Cádiz.
- El Gran Capitán. *Uniformes de* carabineros. En http://www.elgrancapitan.org/foro/viewtopic.php?t=7988
- E. R. (2008). Aldepama dedica su décimo aniversario al periodista linense Sánchez-Cabeza. *Europa Sur*, 22 de mayo. En http://www.europasur.es/article/lalinea/135262/aldepama/dedica/su/decimo/aniversario/periodista/linense/sanchezcabeza.html
- Esperanza3 (2009). «Mujeres y Estraperlo». *Género y Economía*. En http://generoyeconomia.wordpress.com/2009/04/30/mujeres-y-estraperlo/
- *Europa Sur* (1995). «Una carta a Franco que le supuso el destierro». 16 de agosto.
- FAO (1983). «Briquetas de carbón vegetal». *Métodos simples para fabricar carbón vegetal*. Estudio FAO: Montes 41. En http://www.fao.org/docrep/X5595S/X5595S12.htm
- Fierro Cubiella, Eduardo (1997). *Gibraltar: aproximación a un estudio sociolingüístico y cultural de la Roca (1984)*. Servicio de publicaciones de la Universidad de Cádiz. Cádiz.
- Figueruelo, Antonio (1968). *Informe sobre Gibraltar*. Ediciones de Cultura Popular. Barcelona.
- Forbes, Elizabeth (1998). «Obituary: Eduardo Asquez». *The Independent.* En http://www.independent.co.uk/arts-entertainment/obituary-eduardo-asquez-1175390.htm
- *Foro de La Línea*. En http://www.lalinea.ws/foro/todos-los-temas/8625-duda-aduana-gibraltar.html+%22cafe+La+negrita%22+gibraltar+estraperlo&cd=1&hl=es&ct=clnk&gl=es
- Fortes Castillo, José (2008-2010). *Historias del ayer*. Ceuta. En http://www.ceutaenelcorazon.es/PepeFortes/HistoriasDelAyer/HISTORIASDELAYER.html.
- *Further moments in the life of HMS vanguard*. Diary of events for 1953. En http://battleshiphmsvanguard.homestead.com/19531.html
- Gabás (1909). «El Heraldo en La Línea». *El Heraldo de Madrid*. Domingo 28 de Febrero. En http://www.scribd.com/doc/27155339/El-Heraldo-de-Madrid-1909
- García Gómez, Emilio (2005-2009). *Los "yanis" de Gibraltar.* En http://www.etnografo.com/gibraltar_yanis%20de.htm
- García Bravo, Luis (2009). *El falso guerrillero.* El blog de Luis García Bravo. En http://www.garciabravo.com/el-falso-guerrillero.html

- Gibraltar Rock. *Gibraltar and my role in its defense*. En http://gibraltar-rock.co.uk/better%20rthan%20the%20bahamas.htm

- Gil Fornell, Manuel (2010). *De Levante a Poniente. La Línea de la Concepción*. Imprime Línea Offset. Cádiz.

- Gómez Fernández, Diego (1978?). «Constantes en las adaptaciones fonético fonológicas inglés, español y andaluz, a partir de las interferencias léxicas inglesas en El Campo de Gibraltar». Revista *Cauce* 3.

- González, Juanlu (2005). *Tortura Autóctona.* BitsRojiverdes. En http://www.bitsrojiverdes.org/wordpress/?p=344

- González Jurado, José (2003). *El Zabal y su despensa*. Impreso en La Línea.

- González Jurado, José (2004). *Las granzas del amor*. *Poemas y canciones.* Autoedición. Imprime Gráficas Magariño's. La Línea.

- González Jurado, José (2005). *Las pavesas del dolor*. Autoedición. Imprime Gráficas Magariño's. La Línea.

- González Jurado, José (2009). *Albergues de la necesidad*. Autoedición. Gráficas Magariños. La Línea.

- Green, Alan (2004). «Gibraltar circa 1954 - a great article and pictures sent in by Alan (Jimmy) Green». *Gibraltar, What do you remember?* En http://www.oldships.org.uk/GIB

- Guerra Salazar, Pedro. *De Algar a Gibraltar; un episodio de estraperlo.* Recogido por Mercedes Rodríguez, Ana María Martínez y Juan Ignacio Pérez. Algar (Cádiz). Tomado de http://www.weblitoral.com/archivo%20de%20textos/dichos-y-hechos/fragmentos-de-vida/estraperlo (actualmente inactiva).

- Hidalgo Paniagua, David (1930). «Espectacular persecución policial tras un chivatazo de contrabando de sacarina». *ABC de Sevilla*, 1 de marzo. En http://www.lasemana.eu/memoria-dh/efemerides/1930-espectacular-persecucion-policial-tras-un-chivatazo-de-contrabando-de-sacarina

- *Informe del defensor del pueblo andaluz. La prostitución: realidad y políticas de intervención pública en Andalucía*. En http://www.defensor-and.es/informes_y_publicaciones/informes_estudios_y_resoluciones/informes_especiales/materias/extranjerxa/informe_0017/TEXTO_PAGINADO/index_paginado.html?page=6

- Intergeneraciones (2008). *Contrabandistas: Vivir en el límite*. Información social.com. En http://www.intergeneraciones.com/index.php?option=com_content&view=article&id=1094&catid=37%3A-haciendo-memoria-&Itemid=112

- Jean Genet (1949). *The Thief's Journal*. En http://books.google.es/books?id=9YdyjvszY7EC&lpg=PA1&dq=%22Jean%20Genet%22%20%22The%20Thief%E2%80%99s%20Journal%22&pg=PA2#v=onepage&q&f=false

- Klaumann Cánovas, Marília Dalva (2008). «Drama en dos actos: la emigración española masiva y la trayectoria del inmigrante en la cafecultura paulista, 1880- 1930». *Naveg@mérica* 1. En http://revistas.um.es/navegamerica/article/viewFile/44071/42181.

- Lara, Manuel y Maruny, Lluís (2010). *De Cuevas Bajas a La Bisbal d'Empordà (1940-1980)*. Edita Ayuntamiento de Cuevas Bajas. Cuevas Bajas.

- *Las batallas del abuelo cebolleta. Ritos de paso: de la pubertad a la adolescencia*. En http://abuelocebolleta.blogspot.com/2007/07/ritos-de-paso-de-la-pubertad-la.html

- Lasala Meseguer, Antonio (1999). «La inmodestia del coñac. Alcohol, sociedad y cultura». *Revista Teruel* 87 (173-190). En http://www.revistateruel.org/Convenios/IET/Revista.nsf/D2C6FCBE00BF4ECBC12571E60033C08D/$FILE/Teruel_87_II_6.pdf

- Leiva, Juan (2009). *Evocaciones alcalaínas. El contrabando*. En http://mialcala.blogspot.com/2009/11/evocaciones-alcalainas_22.html

- Maestre Alfonso, Juan (1968). *Hombre, tierra y dependencia en El Campo de Gibraltar*. Editorial Ciencia Nueva.

- Mann, Fred (2009). *A drastic turn of destinity*. Ed. Azrieli. Series of Holocaust Survivir Memoirs. Canada. En http://www.azrielifoundation.org/docs/Books/Mann_En_Double.pdf

- María Jesús Ruiz (2006). *La poesía improvisada en la Andalucía Mediterránea*. Asonante. En http://romancerogomera.blogspot.com/2006/12/la-poesa-improvisada-en-la-andaluca.html.

- Márquez Reviriego, Víctor (1978). «Gibraltar: 25.000 familias ante un problema». *Donde acaba Andalucía*. Editorial Aljibe. Granada (36-42).

- Martínez, Ana Mª y Pérez, Juan Ignacio (recopiladores y editores). Coplas de chacarrá. Comunicaciones orales con los recopiladores y de http://weblitoral.com/archivo-de-localidades/cadiz/la-linea-de-la-concepcion-cadiz/ (actualmente inactiva).

- Martínez, Lola y Gutiérrez Molina, José Luis (2007). «El trabajo esclavo de los presos políticos del franquismo en Andalucía». *Historia y Memoria*. Editorial Universidad de Almería. Almería. En http://www.todoslosnombres.org/doc/documentos/documento123.pdf

- Martínez de Serdio, Justo (1954). *Carta enviada al General Franco en 1954*. Gente de La Línea de la Concepción. En http://lalineadelaconcepcion.gentesde.com/?p=634&cpage=1#comment-17

- Medina García, Eusebio (2001). *Contrabando en la frontera de Portugal: orígenes, estructuras, conflicto y cambio social*. Memoria de tesis doctoral. Universidad Complutense de Madrid. En http://eprints.ucm.es/tesis/cps/ucm-t25310.pdf,

- MH Bland (2010). *MHBland 200 year Brochure*. En http://www.mhbland.com/ebook.htm

- Mojarrafina (2008). *Los carrillos de las chucherías.* Ayamonte en el recuerdo. El blog de la mojarra fina ayamontina. En http://mojarrafina.blogia.com/2008/111201-ayamonte-en-el-recuerdo.-31.-los-carrillos-de-las-chucherias.php.

- de Molina, José Manuel. *Bombardeo sobre La Línea durante la Segunda Guerra Mundial, Un trágico error de los italianos en su ataque a Gibraltar.* En http://www.scribd.com/doc/21550020/Bombardeo-sobre-La-Linea-durante-la-Segunda-Guerra-Mundial.

- Morales Benítez, Antonio (1997). «Implantación de la masonería en El Campo de Gibraltar durante el primer tercio del siglo XX». *Almoraima* 17 (249-267).

- Moreno Mengíbar, Andrés y Vázquez García, Francisco (1999). *Crónica de una marginación. Historia de la prostitución en Andalucía (siglos XII al XX).* Ediciones BAAL. Cádiz.

- Moreno Mengíbar, Andrés y Vázquez García, Francisco (2002). **«**La realidad cotidiana y el imaginario masculino de la prostitución andaluza, 1840-1950**»**. Capítulo de: Ramos, María Dolores, y Vera, María Teresa (coords). *Discursos, realidades, utopías; la construcción del sujeto femenino en los siglos XIX-XX*. Anthropos Editorial, Barcelona.

- Muñoz, Araceli (2009). «Una de reyes, caballos y zorros». *Europa Sur digital*. Los Barrios. En http://www.europasur.es/article/comarca/493350/una/reyes/caballos/y/zorros.html

- Muñoz Martínez, David, y Sáez Rodríguez, J. (1995). «Apuntes para un estudio socioeconómico de La Línea de la Concepción a comienzos del siglo XX». *Almoraima* 13 (409-424).

- Naylon, John (1985?). *Gibraltar, a siege economy*. University of Keele. En http://www.dipalme.org/Servicios/Anexos/anexosiea.nsf/VAnexos/IEA-P37_8-c22/$File/P37_8-c22.pdf

- Oda-Ángel, Francisco (1998). *Gibraltar: La herencia oblicua*. *Aproximación sociológica al contencioso.* Diputación de Cádiz, Cádiz.

- Oda-Ángel, Francisco (2007). *Gibraltar a un año de la Declaración de Córdoba: la recuperación de la confianza.* Real Instituto Elcano. En http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/dt+45-2007

- Ortega, Alfredo (1996). «Comercio y contrabando en Gibraltar a mediados del siglo XIX: informes de Joseph Antoine Limperani, cónsul de Francia». *Almoraima* 16 (51-62).

- *Parroquia del Sagrado Corazón de Jesús (La Línea de la Concepción)*. Cadizpedia. En http://wikanda.cadizpedia.eu/wiki

- Pérez González, Beatriz (2005). *Estraperlo en Cádiz. La estrategia social*. Editorial Quorum. En http://www.eumed.net/tesis/bpg/index.htm

- Philip Howell (2009). *Geographies of regulation. Policing prostitution in nineteenth-century, britain and the empire*. Cambridge University Press. Extractro en http://assets.cambridge.org/97805218/53651/frontmatter/9780521853651_frontmatter.pdf

- Ponce Alberca, Julio (2010). «La Guerra Civil y el Peñón de Gibraltar». *Historia Contemporánea* 41 (321-343). En http://www.historiacontemporanea.ehu.es/s0021-con/es/contenidos/boletin_revista/00021_revista_hc41/es_revista/adjuntos/41_03.pdf

- Prieto Borrego, Lucía (2006). «La prostitución en Andalucía durante el primer franquismo». *Baética. Estudios de arte, geografía e historia* 28, 2 (665-688). En http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2242551

- Puente Cristo, África (2009). *El carrillo de Ramón*. África Puente Cristo (una mujer de Ceuta). Ceuta. En http://africapuente.wordpress.com/2009/05/03/el-carrillo-de-ramon

- Regueira Ramos, José (1997). «Los Larios en el Campo de Gibraltar». *Revista Almoraima* 17(265-280). En http://www.mancomunidadcg.es/IECG/doc/revistas/Almoraima%2017-Articulo%2022.pdf

- Regueira Ramos, José (2010). *Fortificaciones del Campo de Gibraltar (1939-1944)*. En http://www.tiojimeno.es/2010/08/fortificaciones-del-campo-de-gibraltar.html
- Relaño, Alfredo (1981). «La Línea clama por la apertura de la verja. El cierre de comunicaciones con Gibraltar supuso su ruina». *El País*, 13 de diciembre. En http://www.lalinea.ws/foro/hemeroteca-de-la-linea/7994-13-diciembre-1981-la-linea-clama-por-la-apertura-de-la-verja.html
- Riquelme Sánchez, José (1985). *El Campo de Gibraltar en la poesía española*. Caja de ahorros de Jerez. Jerez.
- Salgado, Jesús (coord) (1996). *Estudios sobre Gibraltar.* Instituto de cuestiones internacionales y política exterior (INCIPE). Madrid.
- Salguero Duarte, José (2007). «María Monte de Oca Pérez, Viuda y víctima de la Guerra española». *El Faro Información*, Los Barrios (Cádiz). En http://www.ateneorepublicano.org/index.php?option=com_content&task=view&id=66&Itemid=9
- Sánchez - Cabeza Earle, Enrique (1978). *La Línea de mis Recuerdos.* Autoedición. Barcelona.
- Sánchez - Cabeza Earle, Enrique (1985). *Presencia de La Línea en la Guerra y en las Prisiones del Franquismo*. Autoedición. México DF.
- Sánchez, Mark G. (2007). *The Prostitutes of Serruya's Lane and other Hidden Gibraltarian Histories*. Rock Scorpion Books. United Kingdom.
- Sánchez Mantero, Rafael (1989). *Estudios sobre Gibraltar. Política, diplomacia y contrabando en el siglo XIX*. Edita Diputación de Cádiz. Cádiz.
- Sánchez Mantero, Rafael (1991). *Difícil convivencia en el siglo XIX*. «El problema de Gibraltar: tres siglos de reivindicaciones, tensión y guerras». *Historia 16*, 187(53-60).
- Santos Gómez, Marcos (2009). «La otra ciudad». *Educación y Filosofía*. En http://educayfilosofa.blogspot.com/2009/03/la-otra-ciudad.html
- Sepúlveda, Isidro (2004). *Gibraltar, la razón y la fuerza*. Alianza Editorial. Madrid.
- *Seven Days*. «Entrevista a Tito Vallejo. Documenta la historia de la pena de muerte en Gibraltar a lo largo de los siglos». *7 Days´s Interview.* En http://www.7daysgibraltar.com/article.php?id=1949
- Sevilla García, Fernando (2011). *La vida de un jubilado*. En http://lavidadeunjubilado.blogspot.com/
- *Sigue las Huellas* (2008). En http://siguelashuellas.wordpress.com/2008/07/03/cafe-portugues/#comment-1212.
- *SUR,* Semanario (1935). «Una voz de La Línea. También nosotros pedimos», 25 de marzo.
- *SUR,* Semanario (1935). «En honor del rey Jorge V de Inglaterra», 10 de junio.
- Stacie D.A. Burke (2007). «Reproductive Choices in Gibraltar: A Case Study of a Community In Transition, 1960-1996». *Canadian Studies in Population* 34, 2 (149-178). En http://www.canpopsoc.org/journal/CSPv34n2p149.pdf

- Stewart, John D. (1968). *Gibraltar, piedra clave*. Ed. Aguilar, Madrid.
- Stockey, Gareth J. (2009). *Gibraltar. A Dagger in the Spine of Spain?* The Cañada Blanch Centre for Contemporary Spanish Studies and Sussex Academic. Reseña en http://www.sussex-academic.co.uk/sa/titles/history/stockley.htm
- *The end of capital punishment in Europe*. En http://www.capitalpunishmentuk.org/europe.html
- «The Legacy of John Mackintosh» (2009). *Visitigibraltar.gi*. Boletín informativo de la oficina de turismo de Gibraltar. En http://www.visitgibraltar.gi
- Tizón Bernabé, María del Carmen (2009). *Cancionero de la tradición oral moderna en Tarifa*. Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento de Tarifa. Tarifa.
- *Todos los Nombres*. Asociación Andaluza Memoria Histórica y Justicia. En http://todoslosnombres.org
- Tornay de Cózar, Francisco. *Gibraltar; origen del Aeropuerto*. En http://asocamart.org/Archivos/artis/r6902.htm
- Tornay de Cózar, Francisco (1991). «Una cultura hortelana linense». *Almoraima* 6 (123-128). En http://www.mancomunidadcg.es/IECG/doc/revistas/Almoraima%206-Articulo%2010.pdf
- Tornay de Cózar, Francisco (1995). «La navegación a vapor y el puerto de Gibraltar». *Almoraima* 13 (369-379).
- Tornay de Cózar, Francisco (1998). «Orígenes de la prensa periódica en el Campo de Gibraltar». Revista *Almoraima* número 0 (26-33). En http://www.mancomunidadcg.es/IECG/doc/revistas/Almoraima%200-Articulo%204.pdf
- Trapero, Maximiando (2003). Romancero General de Lanzarote. Edita Fundación César Manrique Lanzarote. En http://www.fcmanrique.org/recursos/publicacion/romancero.pdf
- Tumbaíta (2006). *El Carrillo de Pepe el Cojo*. La coctelera. Almería. En http://tumbaita.lacoctelera.net/post/2008/06/03/el-carrillo-pepe-cojo-sacado-del-periodico
- Urogallo (2004). *Las tropas italianas en la guerra civil española*. El gran capitán. En http://www.elgrancapitan.org/portal/index.php/extensions
- Vallverdú, Jordi (2005). «¿Cómo finalizan las controversias? Un nuevo modelo de análisis: la controvertida historia de la sacarina». *Revista Ciencia, Tecnología y Sociedad* 5, 2 (19-50). En http://www.revistacts.net/index.php?option=com_content&view=article&id=98:icomo-finalizan-las-controversias-un-nuevo-modelo-de-analisis-la-controvertida-historia-de-la-sacarina&catid=43:articulos
- *La Vanguardia Española* (1951). «Terrible explosión en Gibraltar». 28 de abril. En http://hemeroteca.lavanguardia.es/preview/1951/04/28/pagina-4/32806170/pdf.html?search=gibraltar arsenal
- Váquez Gaitán, Nicolás. *Memoria de la parroquia de Santiago Apóstol*. En http://www.santiago-apostol.parroquia.org/Nuestra-Historia.php
- Vega Sombría, Santiago (2008). *La represión psicológica franquista y la coacción de los comportamientos.* En http://www.ahistcon.org/docs/murcia/contenido/pdf/12/santiago_vega_taller12.pdf

- Velarde Fuertes (1970). *Gibraltar y su Campo. Una economía deprimida. Imperialismo y latifundismo*. Ed. Ariel. Barcelona.
- de Vicente Lara, Juan Ignacio (2001). «Testimonios arqueológicos orales de los juegos populares de El Campo de Gibraltar». En *Almoraima* 26 (167-183).
- Virginia. «Las historias de nuestros mayores». *La Granada de Riotinto.* En http://www.lagranadaderiotinto.com/index.php?option=com_content&view=article&id=50&Itemid=120
- Yborra Aznar, José Juan (2005). *La lengua como código cultural en Gibraltar: estado de la cuestión.* Centro Virtual Cervantes. En http://cvc.cervantes.es/lengua/anuario/anuario_05/yborra/p01.htm

ANEXOS
Carta de Justo Martínez de Serdio al dictador Francisco Franco, en 1954.

A su Excelencia DON FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE, Jefe del Estado y Generalísimo de sus Ejércitos.

Justo Martínez de Serdio, sacerdote médico, párroco de la barriada de La Atunara, parroquia de Nuestra Señora del Carmen, en La Línea de la Concepción, alentado por la favorable acogida que Vuestra Excelencia dio al escrito del que suscribe, fechado en 8 de noviembre de 1952, en el que exponía en visión de conjuntos algunos da los breves problemas de esta ciudad, se atreve nuevamente a dirigirse a Vuestra Excelencia, para hacerle presente de la forma más clara y veraz que sea posible, la angustia y amargura de esta hora en que La Línea de la Concepción estamos viviendo. Porque, situado por imperio del cargo pastoral y de la vocación sacerdotal en contacto con el pueblo y teniendo ocasión de pulsar el ambiente y de oír opiniones, puede un servidor deciros, señor, que una sola frase es resumen exacto de todos los decires, y esta frase es: "Si Franco supiera esto, no lo permitiría". Y en esta, cuantas inquietudes, lágrimas y pequeñas tragedias van incluidas.

Colocado en efecto Vuestra Excelencia como Jefe da la nación en el centro de esta inmensa máquina que son los Estados modernos y ocupado por exigencias de este mundo tan inquieto en dirigir las más sabia asombrosa y triunfante política exterior que ha conocido la historia de España no podéis, señor, aunque vuestro profundo amor a los españoles lo anhela, descender al detalle de los pequeños problemas locales, ni podéis tampoco conocer su existencia si, mas veces por negligencia, otras por falta de posibilidades, otra por temor servil y otras por falta de espíritu de servicio, fallan los escalones del Estado que han de llevar ordinariamente el sentir y sufrir de España hasta la mente de su glorioso salvador. Pero cuando Dios nos regala a los españoles con un Caudillo de corazón amplio, noble, generoso y comprensivo, no tiene por qué sentirse obstaculizado un humilde párroco de infrasuburbio para, hecho portavoz de los que sufren, cumplir este grave deber de conciencia de dar a conocer a vuestra Excelencia la triste y grave situación a que hemos llegado.

Con el máximo respeto, pero con le máxima claridad también.

La Línea de la Concepción, señor, está sometida a un tratamiento concienzudo de debilitamiento que terminará con su vida como tal ciudad. Y La Línea de la Concepción

no es merecedora de este trato. Se tacha en campañas de prensa y radio de poco española, de poco religiosa y de masónica. La Línea, señor, comenzó a ser por mutuo acuerdo de los Gobiernos español y británico, allá en el siglo XVIII, como colonia de emigrantes genoveses y napolitanos. Más tarde comenzaron a establecerse los trabajadores de España y sólo en 1870 adquiere independencia como municipio. Y en estos ochenta y tres años acabados da cumplir, ¿se hizo algo por mejorarla? Ochenta y tres años que ha sido ignorada por España y sus autoridades. Ochenta y tres años que solamente se la recordaba para venir a ella en coches oficiales o particulares y sacar a través de ella para otras regiones de España los productos extranjeros que en La Línea ni se consumían siquiera.

Ochenta y tres años que no ha tenido, ni tiene, iglesias ni sacerdotes suficientes, ni colegios religiosos de ambos sexos, ni escuelas nacionales con arreglo a su censo escolar de unos 12.000 niños. Ochenta y tres años con sus viviendas infrahumanas, con su promiscuidad de sexos y edades, siendo para vergüenza de España, no el barrio obrero de Gibraltar, sino el mesero tugurio obrero de la ciudad irredenta. Ochenta y tres años con plena sensación de abandono por parte de España y con toda su vida legal o ilegal, real o ficticia sostenida por el dinero que sus trabajadores ganen en Gibraltar. Ochenta y tres años sabiendo y experimentando dolorosamente que las logias, y nadie más, son las que dan buenos empleos y jornales permanentes. Ochenta y tres años permitiéndosele una floreciente industria de prostitución para mejor satisfacer los instintos del extranjero. ¿Puede extrañar con todo esto su aireada falta de religiosidad, su moralidad deficiente, su pretendida simpatía británica o su predominio de logias en otros tiempos?

Lo que sí puede y debe extrañar es que a pesar de todo eso La Línea sea buena, fundamentalmente buena, y en el fondo de su alma hondamente española y patriótica. Porque desde un principio rindió culto a la Cruzada y sintió plena devoción y amor por su Caudillo, que por algo cuando un servidor os servía como alférez médico en el Tercio de la Merced de Jerez, muchos bravos de aquellos requetés andaluces eran voluntarios de La Línea de la Concepción.

Y es que son dos conceptos diferentes simpatía por Gibraltar y simpatía por Inglaterra. Como son dos seres diferentes y ordinariamente divorciados, el gibraltareño (yanito) y el inglés. Entre La Línea y Gibraltar es lógico y humano pero no anti-español que haya comprensión y mutuo afecto. Son 250 años de constantes intercambios no sólo en lo económico, sino de sangre, de tal manera que cuando la población civil fue evacuada en la última guerra, el gobierno británico se vio desagradablemente sorprendido porque los de Gibraltar hablaban pensaban y vivían en español. Fue entonces cuando se inició la política de britanización que llegará a conseguir nada positivo puesto que son muchas las mujeres españolas que cada año siguen contrayendo matrimonio en Gibraltar.

A dos poblaciones así unidas no es posible súbitamente separarlas, si no a costa de la vida de las dos. Constituyen en verdad dos poblaciones siamesas. Y si ahora es práctica corriente en cirugía separar los siameses, la estadística nos habla elocuentemente de que lo ordinario es la muerte de los dos o, al menos, del más débil. No hay por ahora ni un solo procedimiento que hiriera a Gibraltar (y dentro de Gibraltar, muchos hijos de España) sin que sea herida igual o más gravemente La Línea de la Concepción.

Y esto se está haciendo. Asfixiando al comercio y población gibraltareña y asfixiando al comercio y población linenses. Es posible que se llegue a tal estado de cosas que la población civil de Gibraltar sea evacuada (sueño dorado de los ingleses para tener una fortaleza militar completa). Pero si eso llega, habrá llegado antes le muerte de La Línea. ¿Porque, entonces, se la dejó crecer exuberante y anárquica como un tumor?. ¿Para tener después el placer de aniquilarla y extirparla?

La Línea de la Concepción, sin término municipal que no se le ha dado, sin industrias que no se le ha permitido, sin más ingresos municipales que los arbitrios por las mercancías que aquí se consumen por linenses o gibraltareños, o que pasan la frontera para ser consumidas en Gibraltar. ¿Tiene la culpa de que se le haya dejado crecer y formar precisamente como consecuencia de la detención extranjera del Peñón? Porque la ciudad ha crecido porque la dejaron y se ha hecho como es porque así la dejaron hacer. Los que hace ochenta años y los de ahora. Que ha sido exactamente en estos tiempos cuando su crecimiento hizo más extensivo; si en 1950 su censo arrojaba un total de 55.105 habitantes, en 30 de abril del actual arroja de 71.047 habitantes.

Y es en estos momentos cuando a la olvidada ciudad se le recuerda para protegerla verbalmente y hundirla en realidad. Porque se han dado decretos, se han creado patronatos, han venido señores ministros y directores generales y se ha hablado y prometido y se ha proyectado. Mas el colegio salesiano adjudicado en diciembre de 1952 sigue perezosamente haciendo sus cimientos; las 249 viviendas protegidas de la Obra Sindical del Hogar, adjudicadas en 1949, siguen sin terminarse; la iglesia de Santiago, con sus 15.000 feligreses, continúa de prestado en la clase de una escuela; la del Carmen de un servidor está instalada en un saloncito de 7×5 metros; las escuelas prefabricadas y prometidas en un plazo de quince días no llegaron al cabo de un mes… Todo, absolutamente todo, se hace lentamente. En cambio, las medidas aflictivas para la ciudad llegan y se ejecutan con la rapidez del rayo.

Porque es triste espectáculo, señor, el que ofrece estos días la Aduana al paso de los trabajadores y obreros. Se les prohíbe llevar a Gibraltar hasta la fruta fresca para postres de su humilde comida. Se les prohíbe traer hasta lo más mínimo. Con esas medidas retroactivas, más que el comercio gibraltareño, son trabajadores y obreros las verdaderas víctimas. Porque, o para consuno de su casa o para ayuda

de su jornal en esta carestía de vida propia del Campo de Gibraltar, unos y otros tenían ya sus presupuestos estabilizados. Y, sin embargo, el alto contrabando, el que se realiza en coches por acá o por allá, ése con el poder del dinero en sus manos, ¿será suprimido?

Y los trabajadores de Gibraltar merecen comprensión y compasión, sobre todo por esa pena de tener que salir a trabajar bajo patrones extranjeros, fuera de sus casas, desde las cinco de la mañana a las siete de la tarde, soportando colas y registros aquí y allí, con frío o calor, con viento o con lluvia, y todo ello, no por capricho o ambición, sino porque mujer e hijos no pueden vivir con las 114 pesetas semanales del jornal de un peón y tienen que buscar ese otro jornal extranjero de peón que, aunque menor que el de un trabajador inglés, es al menos de 250 pesetas semanales, el cual se completado con la venta de sus pequeñas compras de Gibraltar.

Pero merecen además admiración y gratitud, ya que suponen una fuente saneada de divisas (libras) pera el Estado. Concretamente, el último viernes 23 de julio ingresaron en el Banco de España de la aduana 6.466 libras, 12 chelines y 6 peniques; y en el año 1953 ingresaron solamente por conceptos de trabajadores 890.925 libras, 19 chelines y 2 peniques, sin suponer ello salida de pesetas o mercancías, sino salida de sudor, esfuerzos y sacrificios de 10.000 modestos y buenos españoles. ¿No merece esto sólo de por sí la gratitud de España? Y todavía La Línea proporciona al Estado por otros conceptos (turismo y exportaciones) cerca de 100.000 libras más. Exactamente, 99.509 libras en 1953. No obstante, Excelencia, La Línea y sus obreros se sienten desamparados. No tienen estos trabajadores la protección de la cristiana legislación laboral que vos, señor, habéis querido dar a los obreros de España y han de estar a merced de leyes extranjeras discriminatorias de españoles, "llanitos" e ingleses. Bien es verdad que se creó un sindicato de trabajadores españoles en Gibraltar, pero hasta ahora poca ha sido su protección y más aparente, en cambio, su papel obstaculizador. Para dar al obrero documento de la delegación de frontera, pide al obrero para concederle el pase de trabajador exige el sindicato que el patrono de Gibraltar que va a colocar a ese obrero pague al sindicato español la cantidad de 18 chelines en moneda inglesa. El patrono siempre se niega y aunque el sindicato lo sabe continúa exigiendo ese pago por lo que obliga al obrero, antes de estar trabajando en Gibraltar, a acudir al mercado negro de divisas y comprar esos 18 chelines para, en moneda inglesa, entregarlo en el sindicato español. ¿Cabe cosa más ilegal e inmoral? Ciertamente, no es esto proteger al obrero.

Hay una mutua de seguros. Obligatoriamente, cada obrero ha de dar semanalmente a esa mutua de seguros 5 pesetas por cada libra que cambia, y 25 céntimos por chelín. Quiere ello decir que, solamente en 1953, el sindicato recaudó para esa mutua 4.451.171 pesetas. Pero los servicios están mal atendidos, y menos

mal que desde hace algún tiempo dan el 50% del importe de las recetas. Socorro metálico, ninguno. Y el obrero, sin querer, compara que si un peón paga 10 ó 12 pesetas semanales a la mutua, en Gibraltar solamente paga 3 peniques, y en Gibraltar además de la asistencia le dan un mínino de 5 chelines diarios al soltero.

Después surge el comentario y así es como los hombres, quizás sin darse cuenta, desvirtúan los deseos y las órdenes de Vuestra Excelencia, que se sacrifica día y noche por el bienestar de los españoles.

Señor, si al exponer y enjuiciaros todas estas cosas, el estilo resulta quizás duro, aunque no irrespetuoso, ha sido en aras de la verdad que he querido que llegue sin mistificaciones hasta Vos, por lo que me duele hondamente que ese rayo de sol que es vuestro amor y vuestra sabiduría de gobernante, se quiera hacer llegar a través de cristales ahumados como si hubieran hombres señalados, empeñados en hacer ingrata la ingente obra social, patriótica y política de Vuestra Excelencia, y ha sido porque siempre he confiado que Vuestra Excelencia no es sólo Caudillo, sino padre de los españoles y nosotros, por tanto, podemos hablaros con esa claridad de los hijos a quienes está permitido violar su corazón sangrante, en el corazón abierto y generoso del padre que les escucha. Perdone pues, señor, este atrevimiento de un sacerdote.

Señor: Que Dios guarde la preciosa vida de Vuestra Excelencia y María en su limpia concepción lo proteja.

La Línea de la Concepción, 29 de Julio de 1954

Tomado de:

http://lalineadelaconcepcion.gentesde.com/?p=634&cpage=1#comment-17

ANEXOS
Piezas de testimonios referidos al estraperlo o contrabando en la comarca.

** Pueden consultarse, además, los citados en la bibliografía.*

ESPERANZA SÁNCHEZ (TARIFA)

Mi madre nació hacia 1912, se llamaba Beatriz y la conocían por Mema, porque cuando jugaba de pequeña era muy torpe. Se casó con un marinero de una familia que les decían "las Hormigas". Él era motorista de barcos y mi madre trabajaba en las fábricas de pescado, unos banquitos donde abrían el pescado y lo preparaban en conserva.

Nosotros vivíamos alquilados en una callecita que salía a la calle Guzmán el Bueno. Éramos tres hermanos. Yo nací en 1938, y cuando tenía unos cuatro años nos trasladamos a otra casa en la calle de Colón, cerca de la Puerta de Jerez. Mi padre enfermó del pecho y le dijeron que no debía ir a la mar. Así que mi madre, para sacar adelante a los tres niños chicos, puso una tienda que entonces se llamaba "de *estrasperlo*". Todo lo que hoy es la salita de mi casa era la tienda, y estaba lleno de sacos.

Vinajera, un teniente coronel que vivía cerca de nosotros, era quien estaba detrás[119]. Los soldados venían del cuartel mandados por un general, con el aceite, los garbanzos, las habichuelas, el arroz, los jabones... Esa mercancía se la quitaban de comer a los mismos soldados. Aquí arriba, en la Puerta de Jerez, estaba Intendencia, y de ahí venían los carromatos hacia nuestra casa, tapados y tirados por una mula. Paraban el carro y empezaban a bajar sacos y sacos.

Una vez dieron un chivatazo, vino la Guardia Civil y se llevaron todas las cosas. Se presentaron en el cuartel mis padres y le dijeron a Vinajera: "Esto lo queremos en veinticuatro horas en mi casa; si no, vamos a contar lo que

119 Se trata de Ángel Sanz Vinajera, coronel del Regimiento Álava.

tenemos que contar". Y les llevaron todo de vuelta. Vinajera le puso a mi madre la manita en el hombro y le dijo, "Beatriz, a los soldados no se les puede comprar nada". Y mi madre se tuvo que callar la boca pero pensó, "¡Será hijo de puta!".

Yo me crié como una señorita y no salí a la calle a trabajar; que entonces tenía que trabajar todo el mundo[120]. En ese tiempo la gente no les daba carrera a los niños; les daban un oficio. Mis hermanos saben porque son listos, no porque hayan estudiado.

Ya mi padre se murió. Mi madre tuvo que quitar esa tienda y empezó el *estrasperlo* de Gibraltar. Empezaron a ir tantísimos trabajadores a Gibraltar; y hay quien no trabajaba pero sacaba lo que fuera. Uno de Tarifa que se llamaba Pedro trabajaba allí, ¡y no sabes las cosas que se traía! Estaban también la Barbera, Paco el de Caño Sucio, que iba en moto hasta dos veces al día, y una que vendía unas muñequitas muy monas. La Sultana y otra, que eran de Algeciras, le mandaban a mi madre coches con la mercancía, y a la puerta de casa descargaban todo. Como ella pagaba, a veces se lo dejaban fiado, porque se vendía mucho.

Había muchas matuteras o *trasperlistas*, como quieras llamarlas, que le traían a mi madre tabaco y café. Ellas conseguían el matute de Gibraltar, y tenían en Algeciras sus conocidas que se lo guardaban a cambio de cualquier cosa. O se juntaban cuatro o cinco y se venían en coches particulares. Cuando reunían bultos suficientes en Algeciras, avisaban a un taxi, lo cargaban y se venían. El café y el azúcar se lo traía Luisa la Toribia, María Antonia la del Carrillo, Mariné (su hermana), la de Mayo, Lola la Frutitas y María Daza.

El *estrasperlo* ha sido de siempre, y estaba perseguido. La Guardia Civil hacía guardias por la carretera y a veces las hijas iban a avisarlas y ellas se tenían que echar por los campos, las pobres, y esconder los bultos por ahí. Las cogían muchísimas veces y les quitaban todo. A veces se lo devolvían.

Cuando le avisaban a mi madre que venían a su casa para un registro, las vecinas le escondían la mercancía. Luego recogía de cada casa menos de lo que había metido. Un día los guardias le tantearon a mi madre, "Te dejamos que vendas tranquilamente, si nos dices quiénes son las que van a Algeciras". Y mi madre les respondió, "Mira, yo ya tengo mis años para chivatear a mis compañeras".

En la tienda tenía combinaciones, sostenes, relojes, juegos de peines, medias, cinturones, faldas a cuadros plisaditas y los conjuntos *d' Hombro*,

120 En la ciudad de Tarifa las mujeres pobres, que eran la mayoría, se veían en la necesidad de trabajar fuera de su casa, fundamentalmente en las fábricas de pescado y sirviendo.

una marca de muy buena calidad. Vendía mantelerías, mantillas, mantones de Manila... La gente se llevaba un cartón o dos de tabaco, para regalarlo. Antiguamente, venía a casa una muchacha mayor que nosotros que liaba los cigarros, y nosotras la ayudábamos a hacer las *cabecillas*. ¡Tú no sabes el tabaco que se vendía suelto!

Las pastillas que se llaman Rendell, que eran para no tener niños, se las traían de Gibraltar y de Tánger. Porque a lo primero en España no las vendían, y venían hasta los médicos a comprarlas. Traían la penicilina, la "tractomicina" (estreptomicina) y los radios chiquititos, que nadie los tenía en aquel entonces.

En Tarifa estaba la Infantería de Marina (las lanchas de la Marina de guerra estaban en el puerto militar) y Artillería, y había un montón de soldados haciendo la mili. ¡No sabes lo que *trasperlearon* toditos! Esos chavales y los mandos, cuando se iban a sus casas los fines de semana, se venían a comprar para llevar a la madre, a la hermana... También lo vendían, para pagarse el viaje a San Fernando o a Jerez.

Venía el cura de la Base Militar; un señor alto y guapetón que no cabía por esta puerta, y le decía a mi madre, "Beatriz, ¿ha traído usted algo nuevo?", y le respondía ella, "A mí no me maree padre, ahí tiene todas las cosas. Usted mire lo que quiera". Porque a mi madre le era violento enseñarle las combinaciones y los sujetadores a un cura. De una estantería grande que tenía de todo, él apartaba: "Esto para mi sobrina", "esto para no sé quién". Se llevaba de todo.

Cuando llegaban a Tarifa los camiones para cargar las conservas de pescado de los Pérez, de Diego Piñero y de La Chanca, si querían llevarse regalos los mandaban a casa de mi madre. Lo mismo que la gente que iban a los espectáculos del Teatro Alameda (en la misma calle de nuestra casa). Por aquí han venido toreros y artistas; Juanito Valderrama, Rocío Jurado... Las artistas venían a comprar, nos regalaban entradas, ¡y hasta nos dedicaban canciones en su actuación! Un día tenía puesto un jersey de cuello alto de Gibraltar (yo era una cría bien rellenita), a Rocío Jurado se le antojó y se lo tuve que dar. Cuando era más mayor todos los días estrenaba un conjunto, porque era el figurín de mi madre. Rebecas de mi madre, tiene todo Tarifa. Las mujeres de las tiendas, las de los médicos, las de la guardería...[121].

---

121 En Tarifa, los dueños de comercios y los trabajadores de la salud y de la educación eran, sumados a los funcionarios civiles y militares, los pocos que tenían un salario fijo y considerable. José Araújo afirma que en Tarifa se podían comprar muchos productos de Gibraltar muy baratos, pero "para la mayoría, como no teníamos dinero, eran carísimos".

Venía mucha gente de toda la campiña a comprar lo que no les traían los *recoveros*. Ella no podía escuchar que no tenías para comer; y teniendo mercancía, no te dejaba irte sin el café o el potaje. Venían del campo chorreandito *y arreciítos*, con el carbón (para vender o cambiar), y mi madre les daba una ropita. Se traían un pedacito de tocino y ahí se lo comían sentaditos, con el café. Luego pusieron un *land rover* que venía todos los días de Cañá Jara, de Puertollano, de La Luz, a hacer los mandados. El que traía el *land rover* está muerto, y ahora, aunque hay mucha gente que va en coche, hay otros que no pueden venir.

Cuando cerraron la frontera, mi madre iba a Tánger, porque una tía suya que vivía allí le daba dinero para comprabar mercancía. Era cuando se vendía por kilos los abrigos, vestidos, sábanas y pantalones, género usado que no se consideraba contrabando. Mi madre murió hace trece años, en 1997, con ochenta y tantos años. Ha tenido la tienda de *trasperlo* hasta que se murió.

JOSÉ ARAÚJO (TARIFA)

La mayoría de las matuteras, aunque no todas, eran viudas de marineros. Los marineros tenían muy corta vida. Se iban de turnos por veinte días, lo más lejos a Agadir, cuando tuvieron barcos adecuados. Aquello se llamaba "ir al oscuro". Cuando venían de turno, se pasaban aquí el lunario (la luna llena). Pasaban muchas fatigas en la mar, y más con aquellos faluchos de entonces. Al llegar de la mar partían (repartían) lo ganado, en un bar generalmente, y le daban algo a la mujer. Luego, muchos se emborrachaban hasta extremos que no te puedes imaginar. Esto quiere decir que un hombre con cincuenta años era un viejo, porque empezaban a trabajar muy jóvenes. En el naufragio de Los Mellizos había un niño de doce años: era el chiquillo del barco; porque todos los barcos tenían su chiquillo.

Las jóvenes viudas se veían cargadas de hijos y tenían que buscarse la vida como fuera, porque no había pensión. Se hacían presentes en las particiones: "reserva un cuarto para fulana y para la otra" (un cuarto era la cuarta parte de una porción apartada), pero si había cuatro o cinco viudas en un barco no les llegaba casi nada. Hubo mujeres viudas que trabajaban en las fábricas de pescado o conserveras y hubo quien se dedicó al contrabando[122].

122 Antonia la del Carrillo, de Tarifa, empezó a trabajar de matutera cuando se quedó viuda con cinco hijos e hijas, la mayor de 7 años. Su hija Isabel explica: "Mi madre salía por la mañana para coger el coche a Algeciras, a los niños nos dejaba solos en casa, y volvía hacia las tres. Entonces nos hacía de comer. Comíamos una vez al día".

En la Tarifa de los años cuarenta, vivía mucha más gente en el campo que en la ciudad. Como Tarifa quedaba más lejos de Gibraltar que los pueblos de la bahía, tenía menos vigilancia. José Araújo detalla: "había ventorrillos y casas de peones camineros, donde también se hacía contrabando. Otra parte del contrabando iba en los camiones que llevaban el pescado de Algeciras a Sevilla. De cuando en cuando cogían a uno. Si el chófer iba a la cárcel, el dueño, como había ordenado el transporte, tenía que ayudar a su familia. El chófer de la fábrica de conservas donde yo trabajaba de contable, iba a repartir conservas hasta Sevilla y al regreso me repasaba los pagos en los diversos controles, para liquidárselos: control de Tarifa, control de La Barca de Vejer, control de Chiclana, control de El Cuervo y control de Sevilla".

JUAN QUERO (FACINAS)

En el ventorro que tenía el padre de Juan Quero en Facinas, al café y las bebidas que tomaban los campesinos se añadía el tabaco procedente de Gibraltar. Desde los años cuarenta hasta los setenta, Juan se dedicó a la *recova*: "En el campo había muy poco dinero; lo que había era huevos, gallinas, pavos, chivos, cabritos, queso, cacería... Yo iba a Algeciras llevando estas cosas y cargaba el caballo de comestibles de estraperlo para venderlo por el campo. El tren que llegaba a Algeciras venía lleno de gente de Arriate, Antequera y otros pueblos, que traían productos intervenidos: fideos, aceite, harina, tocino, chorizos, etcétera. Lo descargaban en la misma estación, y había cuarenta matuteros esperándoles para intercambiarlo por azúcar, café y otros productos de Gibraltar. Los *recoveros* intercambiábamos o comprábamos a unos y a otros.

Por la *trocha* de Algeciras hacia Facinas nos juntábamos cinco o seis *recoveros*: uno de Zahara, otro de La Zarzuela, otro de Facinas... Cada uno tenía su clientela. En el cuartel de la Guardia Civil de Facinas daban un pase para desplazarse a Algeciras, y los *recoveros* teníamos que pasar por los controles den El Pedregoso; en el cortijo de Las Corzas o Santa Rita y en Tejas Verdes (Los Barrios). No me cogieron nunca en el estraperlo; al contrario, me hacían encargos. Eran conscientes de que en el campo faltaban cosas, y lo que más perseguían era el contrabando de tabaco y de café" (adaptado de Beatriz Díaz, 2007).

PEPA ACOSTA (LOS BARRIOS)

Desde los años veinte, un tío de Pepa Acosta tenía en Los Barrios un negocio de contrabando de tabaco, con caballos y perros que traían la carga atada. Su familia fue perseguida y aislada socialmente desde el inicio de la Guerra Civil. Con 14 años, Pepa ya había trabajado sirviendo en casas, y antes de los 17 estaba en el estraperlo: "Íbamos todos los días en el tren hacia hacia Bobadilla, con tabaco, café y pastillas de sacarina, y traíamos garbanzos, tocino, pan, aceite y chacinas. Los muchachos y mujeres que esperaban en la estación nos ayudaban a llevar los bultos. De regreso a Los Barrios nos esperaban familiares y conocidos, que nos traían la carga en burros".

Después de casarse y tener dos hijos, Pepa y su marido empezaron a llevar contrabando de La Línea o la Estación de San Roque a Los Barrios: "Era el año 1945. Yo he ido andando a La Línea hasta dos veces al día. Muchas veces venía mi niño conmigo. Si avisaban que en el cruce estaban los guardias, cruzábamos el río: cuando estaba crecido nos llegaba el agua al pescuezo y teníamos que llevar los bultos en lo alto de la cabeza. Algunos compañeros se echaban nuestros sacos encima para que no se mojara el café. Te cogían los guardias con el saco, ¡y qué buena romana tenían! Lleva veinte kilos; diez para el cuartel y diez para aquí: cinco para ti y cinco para mí. Lo agradecíamos, porque así nos levantaba la multa".

En 1953, Pepa decide ir a trabajar a Gibraltar. Primero se queda a dormir en la colonia, y más adelante busca un trabajo que le permita estar con sus hijos. Aprovecha su trabajo en Gibraltar para hacer matuteo: "Si conseguíamos el pase para entrar diariamente a trabajar en Gibraltar, aparte de los trabajillos que nos salieran aprovechábamos para venir cargadas de contrabando, que vendíamos a las tiendas de Los Barrios y a casas particulares". Como agradecimiento a la mujer que le ayudó a conseguir el pase, Pepa iba varios días a limpiarle la casa. "Las matuteras de Los Barrios nos juntábamos a almorzar mientras esperábamos a que abrieran las tiendas. Me salió después un trabajo en casa de una señora inglesa: por las mañanas ella salía de compras a La Línea y yo cuidaba a sus cuatro niñas. A diario cobraba cinco chelines y un *pan de lata*, una lata de *combi*, un salchichón o lo que fuera" (adaptado de Beatriz Díaz, 2011).

ANEXOS
RECETAS

Francisca Aguilar

MORUNAS

Ingredientes para cuatro personas: 1 kilo de sardinas, 1 kilo de tomate, 1 kilo de cebolla, ½ kilo de pimiento, 4 dientes de ajo, 2 cucharadas de vinagre, orégano, laurel, pimentón, sal y aceite. Se coge la cazuela, se echa tomate, pimiento, cebolla finita y ajo picados, que cubra el fondo, y una *mija* de orégano, pimentón y sal. Después se cubre con una capa de sardinas abiertas y sin espina; aunque sean grandes no importa. A continuación se echa otro poquito de tomate, pimiento, cebolla y ajo. Se sigue con otra tanda de sardinas, y así hasta llenar la cacerola, acabando con una capa de verdura. Entonces le echas aceite, vinagre, orégano y sal; nada de agua. Y lo pones a fuego lento para que no se pegue.

GACHAS DULCES

Se fríen en aceite trozos de pan pequeños y una cucharadita de matalahúga (anís). Se saca el pan frito y se añade agua, cáscara de limón, canela en rama y azúcar al gusto. Después se va añadiendo harina poco a poco, hasta conseguir una masa cremosa. Cuando empiece a hervir se deja cocer unos minutos y se aparta del fuego. Cada uno se sirve la cantidad que quiera en el plato, con tropezones de pan frito, leche caliente y canela al gusto.

PUDIN

El pan duro se remoja en agua. Cuando está cuajadito se escurre bien, se echa en una fuente y se pone en remojo con leche. Le echas pasas, nuez moscada rallada, canela molida, limón rallado, un poquito de vino dulce o cualquier licor, azúcar y huevo (tres huevos por litro de leche), hasta que se ponga esponjoso pero no caldoso. Mi hija le echa trozos de manzana. Se mezcla bien, se pone en el *pudin pen* (recipiente) y se mete en el horno.

Cuando no tenía horno untaba un poco de manteca en la sartén y echaba la mezcla. Cuando estaba doradita por un lado le daba la vuelta.

PANIZA

Se prepara echando agua, sal y pimienta molida en un cazo. Se pone a calentar y cuando está el agua tibia le vas echando la harina de garbanzo y remueves como si fueran las gachas. Cuando hierve y espesa se echa en una fuente poco profunda y una vez cuajada la cortas en trocitos y la fríes.

La *paniza* se considera de origen genovés y también siciliano. También lo es la *calentita*, elaborada hoy en día en Gibraltar, Argelia y el norte de Marruecos, y en Argentina y Paraguay.

CALENTITA

Ingredientes: 4 vasos de agua, 1 vaso menos dos dedos, de aceite de girasol, ¼ kilo de harina de garbanzos, 1 huevo, sal y pimienta. Se mezcla el agua, aceite, harina de garbanzo, huevo, sal y pimienta hasta hacer una crema no muy espesa, sin grumos. Poner en una bandeja en el horno a 250 grados durante media hora. Sacar del horno y dejar enfriar y cuajar.

Maruja Gil

CUAJADO DE HABICHUELAS

Necesita medio kilo de habichuelas ya remojadas, un tomate, un pimiento, una cabeza de ajos entera, una patata gordita, un chorizo, las especias que quieras, sal y un chorreón de aceite. Cuando las habichuelas estén cocidas, se añade un huevo cocido, picadito.

BORONÍA

Se pone medio kilo de garbanzos remojados, dos dientes de ajo y unos cien gramos de todas estas verduras: judías verdes, calabaza, zanahoria, pimiento y tomate, pimiento molido y azafrán. Se pone a cocer todo con un chorreón de aceite de oliva.

SOPA DE TOMATES

Lleva medio kilo de tomates maduros, dos pimientos, dos dientes de ajo y sal. Con esto se hace un refrito en aceite de oliva, se añade agua y se deja cocer. Se trocea a mano medio kilo de pan de campo moreno del día anterior, se echa la sopa cocida sobre el pan y se deja reposar tapado.

HUEVO GUISADO

Se pica un cebolla pequeña y se fríe hasta pochar, se añade un poco de perejil y agua. Cuando empieza a hervir, se echa el huevo. En cuanto cuaja, se echa sobre el pan, que ya lo teníamos a rebanadas en el plato.

TORTILLA DE BACALAO

Lleva un kilo de bacalao remojado, sin sal y desmenuzado, nuez moscada, azafrán, una cebolla picada, tres dientes de ajo, perejil, un vaso de leche y otro de agua. A esta mezcla se le añade toda la harina que necesite para hacer una pasta que se pueda freír en aceite de oliva a cucharones.

TORTILLA DE PASAS

Lleva medio paquete de pasas, un vaso de leche, un vaso de agua, un vaso de azúcar, un sobre de levadura Royal, un huevo sin yema y harina, la que admita. En la leche y el agua se cuece un poco de anís en grano, ralladura de limón, y canela en rama y molida. Después se mezcla con los otros ingredientes. Debe quedar una masa ligera, como la de la tortilla de acelgas. La masa se fríe en aceite de oliva y a continuación se pasa por miel (que previamente se ha calentado con agua y azúcar) o bien se le echa almíbar.

María Torremocha

SOPA DE JURELES O DE SARDINAS

Si sobraban jureles o sardinas fritas, al otro día mi hermana hacía un guisado de patatas o de fideos con un refrito de pimiento, cebolla y tomate; y cuando estaba casi cocido le ponía el pescado frito por encima. También preparaba un refrito, lo echaba al agua hirviendo y cuando estaba cocido añadía la sardina limpita en crudo. Esa sopa se echaba en el plato sobre unas rodajitas de pan.

ARROZ CON ATÚN O CON *CARNE COMBI*

En las tiendas vendían al peso el atún de una lata grande, y nosotros esperábamos a que se acabara para comprar las migas que quedaban en el fondo (la *zurrapita*), porque era más barato. Cuando el arroz estaba casi hecho, añadía las migas y le daba una vuelta. Otras veces ponía sobre el arroz trocitos de *carne combi.*

ARENCÓN

El arencón es un pescado salado muy típico de Gibraltar. Se le quitaba la espina, y a trozos se echaba en la ensalada, con patata hervida y aceitunitas.

TORTILLA DE ACELGAS

La acelga o la espinaca cocida y muy escurrida se añade a la harina de garbanzo y el huevo y, si quieres, ajito. Se forma una masa líquida, que se fríe como la tortillita de camarones. Antes le echaban mejorana.

GUISO DE PALOMO

Mi cuñado tenía palomos y, de vez en cuando, en casa se hacía puchero de palomo, que llevaba una ramita de hierbabuena. A veces le echaba pan a rebanaditas, en vez de fideos o arroz. Si podía, le cuajaba un huevo.

BONIATO

En casa de mi hermana Teresa, que había sido cocinera en Gibraltar, por la noche, si no había otra cosa, se tomaba boniato cocido, que se compraba o se cogía de noche en los huertos. Teresa cocía el boniato pelaíto y lo endulzaba con canela y azúcar. Cuando llegaba la fiesta de *tosantos* o los difuntos, mi abuela paterna ponía en el carbón una olla con boniato, membrillo, castañas, clavo, canela y un poquito de azúcar, si tenía; le ponía papel de estraza encima y lo dejaba cocer tapado.

Isabel Álvarez

POTAJE DE HABICHUELAS (POTAJE DE ACELGAS)

Mi madre ponía en agua por la noche los garbanzos y las habichuelas, por la mañana lo ponía en la olla a cocer. Aparte hervía la hoja de la acelga; los troncos no los echaba. Y después de hervida la escurría, para quitarle el verdín. Cuando estaba la habichuela y el garbanzo cocido añadía la acelga, y patata, morcilla y chorizo. Ni pimiento, ni cebolla, ni más nada. Lo removía y lo dejaba cocer un poco.

FABADA

La habichuela gorda, una vez remojada, se pone a cocer por la mañana con panceta, chorizo y tocino ahumado. No lleva aceite.

El Peñón de Gibraltar
no tiene tantos cañones
como tiene mi morena
en el pelo caracoles.

A Roma se va por bula;
a Cádiz se va por sal;
por mantas a Grazalema
y por tabaco a Gibraltar.

El tabaco es contrabando,
la morcelina y la pana;
también será contrabando
el querer de una serrana.

Tienes una cinturita
que parece un contrabando,
que to's los contrabandistas
andan por ella penando.

En Gibraltar sentí frío
y en La Línea calentura,
pero en llegando a San Roque
todos mis males se curan.

Coplas de chacarrá
(fandango de
El Campo de Gibraltar)

HISTORIAS DE VIDA RECOGIDAS POR BEATRIZ DÍAZ MARTÍNEZ

Un rosal de flores chiquititas; Represión y supervivencia en Los Barrios (2011)

Como jornaleros, carboneros, corcheros o guardas, sirviendo en casas o en el estraperlo, cinco mayores nos ofrecen su memoria de la represión.

Calle Tesón; Memorias de Diego García Chaves, Empresario Chiclanero (2009)

"Espero que mis memorias sirvan de ejemplo. Sería triste que marchásemos en silencio, llevando con nosotros nuestra experiencia".

El Olor de la Hierbabuena; Emigrantes Europeos en Marruecos (2009)

"Soy de origen italiano, francesa de cultura y vivo en España, pero con la mentalidad de los europeos nacidos en Marruecos. De corazón, marroquí".

Hambre, gracias a Dios, nunca pasamos; Memorias de seis mujeres de Facinas y Tarifa (2008)

En el patio, en la fábrica de pescado, la plaza, la reguera y la huerta, ellas percibieron todo lo que ha quedado fuera de la Historia oficial...

He tenido la suerte de vivir esa época; Memoria de Juan Quero, labrador, pastor y escritor (2007)

Juan nos desvela con sabia lucidez la injusta propiedad de los cortijos y las penosas condiciones de trabajo de las gentes de la comarca.

Lo peor es ser huérfana de país; Esperanza, refugiada angoleña en Zaire (2005)

Vine buscando las raíces de mi padre; Marta Eugenia, de Argentina al País Vasco (2003)

CAMINO DE GIBRALTAR

Dependencia y Sustento en La Línea y Gibraltar

Beatriz Díaz Martínez

Tras de cualquier realidad social, por encima de decisiones y motivaciones personales, hay condicionantes sociales que deben conocerse y responsabilidades institucionales a asumir. Estas historias de vida nos muestran una ciudad con miles de barracas a la sombra de Gibraltar, donde se comían las sobras del rancho de los soldados. Nos hablan de la represión política ligada al aislamiento social y laboral, de los abusos sexuales a las matuteras y del contrabando de las clases poderosas. Sus protagonistas se presentan como una generación beneficiada por la cercanía de la colonia de Gibraltar, pero vapuleada según los intereses del poder. En los años cincuenta, un sacerdote fue cambiado de destino por denunciar la sangrante realidad de la ciudad, a la que definía como mísero tugurio de Gibraltar. Actualmente, los documentos sobre su historia local evitan el pasado reciente. La represión y la criminalización se cebaron en las mujeres y hombres que buscaban el cambio social, y en los que sacaron adelante a sus familias recurriendo a oficios ilegales. Apoyado en el silencio, el estigma (contrabandista, matutera, rojo o mujer mala) impone destino y penaliza sin juicio ni sentencia. Por eso es imprescindible desvelar lo vivido y situar en su justo lugar, con dignidad, a los protagonistas.

JUNTA DE ANDALUCIA
Consejería de Salud
Delegación Provincial Cádiz